

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Sumario

(Para navegar por la Revista, utilice el **MENÚ DE LA IZQUIERDA**)

SUMARIO

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 70 AÑOS DESPUÉS: PANORAMA MULTIDISCIPLINAR

Presentación

Antonio López Vega
Coordinador del número y Director de *Circunstancia*

Artículos

La "Guerra Civil" de Miguel de Unamuno.
Paul Aubert

Miradas Opuestas: La Casa Blanca y la opinión pública norteamericana ante la Guerra Civil Española.
Soledad Fox Maura

El exilio de 1936 y la *tercera* España. Ortega y Gasset y los *blancos* de París, entre franquismo y liberalismo.
Eve Giustiniani

De la Gran Guerra a la Guerra Civil: el nacimiento de la movilización industrial.
Elena San Román

El Picasso más político: el Guernica y su oposición al franquismo.
Genoveva Tusell García

Miscelánea

Crisis de la Modernidad. El escenario del siglo XX.
José Lasaga Medina

Gregorio Marañón y el nacimiento de la endocrinología en España: Ejemplo ilustrativo del impulso científico del primer tercio del siglo XX español.
Antonio López Vega

Reseñas y noticias bibliográficas

El estante vacío. Literatura y política en Cuba. Rafael Rojas.
Andrea Donofrio

La democracia en treinta lecciones. Giovanni Sartori
José Lasaga

Historia de Europa en el siglo XX. A través de grandes biografías, novelas y películas (1914-1989). Onésimo Díaz Hernández.
Manuel Martínez Neira

From Colony to Superpower. U. S. Foreign Relations Since 1776. Herring, George C.
José Antonio Montero Jiménez

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Presentación

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 70 AÑOS DESPUÉS: PANORAMA MULTIDISCIPLINAR

El Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset me confía la tarea de dirigir en los próximos tiempos la revista electrónica de ciencias sociales *Circunstancia*. Mi maestro y amigo, Juan Pablo Fusi, que ha dirigido la revista hasta ahora — junto a José Juan Toharia en los últimos tiempos —, ha logrado en los primeros seis años de andadura de la misma, que *Circunstancia* tenga un espacio propio en el panorama académico español. Asumo ahora esta responsabilidad, con el objetivo fundamental de consolidar esa presencia perseverando en los criterios fundacionales de la revista, el rigor científico y la precisión conceptual. Respondiendo a su vocación, la revista tendrá la mirada puesta en el ámbito multidisciplinar prestando atención a distintos enfoques académicos, siempre desde la mayor exigencia y garantía científica.

En este número 19, la revista *Circunstancia* se asoma a la Guerra Civil española al cumplirse 70 años de su finalización. Es lugar común de todas las historias de la contienda española explicar la imposibilidad de recoger ni siquiera una densa selección de la inmensa bibliografía publicada en todo el mundo sobre la cuestión. Con todo, el tema no se ha agotado y los investigadores siguen alumbrando el conocimiento de la misma con investigaciones y enfoques originales, lo que es buena muestra del interés que continúa suscitando su estudio.

En el monográfico de este número se recogen artículos complementarios que abarcan cuestiones desde diferentes perspectivas. Así se podrán encontrar investigaciones sobre intelectuales (Aubert y Giustiniani), la perspectiva internacional de la guerra desde la opinión pública norteamericana (Fox Maura), la economía (San Román) o el arte (Tusell García). En el apartado miscelánea se recoge un artículo sobre la crisis de la modernidad (Lasaga) y otro sobre la historia de la endocrinología en España (López Vega).

Antonio López Vega

Coordinador del número y Director de *Circunstancia*.

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Artículos

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- *La "Guerra Civil" de Miguel de Unamuno.* Paul Aubert
- *Miradas Opuestas: La Casa Blanca y la opinión pública norteamericana ante la Guerra Civil Española.* Soledad Fox Maura
- *El exilio de 1936 y la tercera España. Ortega y Gasset y los blancos de París, entre franquismo y liberalismo.* Eve Giustiniani
- *De la Gran Guerra a la Guerra Civil: el nacimiento de la movilización industrial.* Elena San Román
- *El Picasso más político: el Guernica y su oposición al franquismo.* Genoveva Tusell García

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Artículos

LA "GUERRA CIVIL" DE MIGUEL DE UNAMUNO

Paul Aubert

[Resumen-Palabras clave / Abstract-Keywords](#)

¿DOS ESPAÑAS?

[MINORÍAS Y MASAS / JÓVENES Y VIEJOS-](#)

[GUERRA CIVIL Y GUERRA "INCIVIL"](#)

¿TRES ESPAÑAS?

[DE LA PERSECUCIÓN A LA DISIDENCIA](#)

[DEL EXILIO INTERIOR A LA "DESCORTESÍA RENCOROSA"](#)

UNSOLITARIO

["NO HAY ANTI-ESPAÑA"](#)

["LA INTELLECTUALIDAD ES GASEOSA"](#)

*«Media España ocupaba España entera
con la vulgaridad, con el desprecio
total de que es capaz, frente al vencido,
un intratable pueblo de cabreros.»*

Jaime Gil de Biedma

La revolución liberal parece suscitar una interminable guerra civil cuya violencia da nacimiento a la entrada de España en el mundo moderno. Volver a glosar el tema de las dos o de las tres Españas[1], en un estudio de los antecedentes de la Guerra civil española de 1936, supone a menudo renunciar a pensar históricamente para aislar dos Españas que se oponen sin solución de continuidad, olvidando que se nutren dialécticamente una de otra. Tal dicotomía les convenía a algunos historiadores del siglo XIX que consideraron que la Guerra civil era una solución para resolver conflictos que la vía política no pudo zanjar: un desquite o una catarsis nacional, después de la monarquía facciosa de 1814 y 1823 que acabó provocando intentonas revolucionarias y pronunciamientos que no eran más que la expresión del deseo de restaurar la constitución.

El ultra-absolutismo, nacido en el seno del absolutismo en 1823 en reacción a la política de Fernando VII, llevó a la I^a Guerra carlista que terminó en 1840, sin haber resuelto el problema que la había provocado. El triunfo de la Restauración, con aparentes formas modernas de gobierno pero con un proletariado agrario y urbano y unas clases medias al margen de las relaciones de ciudadanía, no solucionó la cuestión agraria engendrada por la liquidación de la propiedad comunal, según Joaquín Costa quien advirtió del peligro de una contienda civil. De tal manera que, más allá de la polarización en torno a la derecha o la izquierda, propia de la vida política, lo que estuvo en juego en estos enfrentamientos fue la índole misma del régimen con la promulgación o el rechazo de una constitución.

En este contexto, el término "Guerra Civil" designa, antes de 1936, a la guerra carlista, considerada en el siglo XIX por sus propios historiadores como una epopeya[2], lo mismo que otros más tarde hicieron hincapié en la heroicidad de los combatientes, comparando, durante la Guerra Civil de 1936, la lucha republicana contra los militares sublevados con la epopeya popular de la Guerra de la Independencia. Estas representaciones, lo mismo que las veintidós novelas, publicadas entre octubre de 1912 y febrero de 1933, sobre los acontecimientos revolucionarios que tuvieron lugar entre 1820 y 1845, revelan la obsesión de los liberales por no verse desposeídos de este pasado de vencidos, al mismo tiempo que gustan de retratar románticamente al revolucionario como un eterno conspirador.

Así concebido pues, fuera del debate parlamentario, el combate ideológico no descarta el recurso a la violencia ni a la Guerra civil. Unamuno no deja de alimentarlo etimológica y metafóricamente, aunque su postura evoluciona pasando de la predicación cívica, para "hacer espíritu", a la discrepancia sistemática del viejo liberal con el Poder que pretende luchar "contra esto y aquello", sin que estos impulsos batalladores le eximan de la lucha consigo mismo. Pueden distinguirse varias etapas en el compromiso cívico de Miguel de Unamuno: la hostilidad al ensanche de Bilbao, una breve etapa socialista, la lucha contra el casticismo y el regeneracionismo elemental, la definición de un nuevo liberalismo, el antimilitarismo, el enfrentamiento con el Rey Alfonso XIII y luego con el dictador Miguel Primo de Rivera, la época del exilio, el militante a favor de la República, la hostilidad a la política de Manuel Azaña, la dolorosa etapa final, con una breve aprobación del golpe militar del 18 de julio y el

ruidoso desquite del discurso del 12 de octubre de 1936^[3]. En cuanto a su evolución temática, parte Unamuno de una protesta global para llegar a un verdadero cuestionamiento cívico que se niega siempre a plasmar en un programa político. Más que la historia de las dos Españas nos interesa la de sus representaciones, que enarbolan periódicamente quienes procuran mantener este dualismo cómodo que culpa siempre al enemigo de los males de la patria. Al fin y al cabo, la historia de las "dos Españas" es la que redactan los vencedores.

¿DOS ESPAÑAS?

No obstante, de la permanencia de este combate ideológico, Unamuno, después de su testimonio acerca de la Segunda Guerra carlista, que marca el principio de su edad consciente^[4], ofrecía inicialmente una versión más intimista, aludiendo a una violencia simbólica. Los españoles habrían luchado entre sí para curar su angustia existencial:

"Y los más de los deportes, entre los que incluyo a la guerra, a la política, al arte, a la ciencia y hasta a esa moral que se dice no cristiana —es decir, que no toma en cuenta el próximo fin del mundo— no son más que diferentes formas de morfina para acallar el dolor de tener que morir, para borrar el hecho capital de la civilización moderna neo-pagana; la desesperación íntima.

Por no querer ser desesperados, conscientemente desesperados y buscar en la desesperación misma motivos de esperanza, por no querer hacer razón y resorte de la vida, ese trágico combate entre el corazón y la cabeza, entre la fe y la ciencia, por no querer encarar nuestra propia íntima realidad de consciencia damos en morfinómanos. Y es morfinomanía la política, y lo es la ciencia, y lo es el arte, y lo es la guerra, y por no luchar cada uno consigo mismo y como Jacob con Dios preguntándole su nombre, luchamos unos con otros."^[5]

A esta explicación psicológica de la guerra civil, varios autores, a modo de Pío Baroja en 1917, contraponen una versión más violenta de la historia como revancha o catarsis mediante una división del trabajo: «el intelectual burgués va demoliendo la casa vieja e incómoda, el obrero va poniendo los cimientos de la casa del porvenir. La misión de la intelectualidad burguesa no es otra: destruir.»^[6] Pero unos años antes, en 1910, en la Casa del Pueblo de Barcelona, el escritor había ampliado el concepto de Revolución al militantismo cultural y científico, cuando proclamaba que «la ciencia en política es la revolución», antes de concluir, exhortando a los obreros a procurar que la revolución transforme totalmente la sociedad: «Yo no llamo revolución a herir o a matar; yo llamo revolución a transformar. Y para eso hay que declarar la guerra a todo lo existente. Aunque no tenga autoridad para ello, permitid que os diga: Trabajad por la expansión del espíritu revolucionario, que es el espíritu científico, difundido, ensanchado, propagado».

Por su parte, los conservadores alimentaron esta misma perspectiva violenta, razonando, como Marcelino Menéndez Pelayo, en términos irreconciliables de ortodoxia y heterodoxia. Más allá de la dicotomía, que sugiere el juego entre amigo y enemigo, evocar las dos Españas recuerda la difícil unidad dialéctica de dos visiones del mundo que constituyen la España contemporánea: tradición y progresismo. Los intelectuales se dan cuenta de que no se puede prescindir de la tradición, aunque se apoya en ella la reacción fernandina. Tampoco es posible negar la españolidad de los heterodoxos que quedaron marginados de la cultura nacional. Menéndez Pelayo por un lado, Galdós, por otro, contribuyeron a la creación de una doctrina maniquea (aunque el segundo no la teoriza). La división parece ahondarse en el último cuarto del siglo XIX: por un lado la gran propiedad agraria aliada con la burguesía dentro del sistema de la nobleza del viejo régimen, y, por otro, la clase obrera y la gran masa del asalariado agrario que van operando su toma de conciencia (que es todavía una conciencia inmediata más que una conciencia de clase) con la ayuda de los intelectuales de las clases medias. Pero, cuando Unamuno crea, en 1895, el concepto de "intrahistoria" que contrapone a la historia concebida como suma de acontecimientos superficiales que afecta a los grupos dirigentes sin conmovir la entraña nacional, procura ya —cambiando de punto de vista, es decir partiendo del hombre mismo y no de una historia abstracta e imperiosa— superar este axioma de las dos Españas irreconciliables. Opone entonces, a la España real, una España soñada, operando una valoración ideológica y mítica más que una oposición de hechos objetivos, porque en esta visión no cabe la política.

Más concreta es la visión de Machado cuando compara la España del trabajo y la del ocio. Y este horror al trabajo no es precisamente de origen campesino. La distinción entre estos dos tipos humanos, expuesta por primera vez en *Soledades*, desemboca finalmente en el descubrimiento de un antagonismo social, expresado claramente en *Campos de Castilla*, en el poema "Los Olivos"—y en los poemas posteriores a 1912— en el que distingue Machado entre dos categorías de hombres: «los benditos labradores» y «los bandidos caballeros»^[7]. Pero ahora su rebeldía es más fuerte que su tristeza. «Este régimen de iniquidad en que vivimos empieza a indignarme», escribe en 1912 a Juan Ramón Jiménez^[8]. Plantea así Machado la cuestión de las relaciones entre el pueblo y las demás clases sociales: entre un pueblo desconocido y lleno de porvenir, una burguesía agotada antes de haber nacido y una aristocracia que ha desaparecido como tal. Esta visión de la situación española le permite enfocar el problema de los males nacionales sugiriendo que esta honda crisis tiene causas de índole social. Pero no se complace Antonio Machado en la condenación conjunta del pasado y del presente. Reconoce «Mas otra España nace / la del cincel y de la masa»^[9] y esta España anónima logra dar sentido, a su parecer, a una «palabra poco española / y castiza: trabajar»^[10]. Esta fe en una España laboriosa reiterada en «El mañana efímero» o en el «elogio a Azorín» la manifiesta ya en 1912, en la citada carta a Juan Ramón Jiménez: «Hay que defender a la España que surge del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegarlo todo. «La originalidad de Machado consiste en esta visión de una fuerza nueva que surge más allá de dos polos negativos, constituidos por aquel ayer en la crisis de hoy. Machado muestra que ésta procede de una concepción ochocentista del presente»^[11]. Y se vale de la misma dialéctica: la razón ha insensibilizado al hombre del primer cuarto de siglo —que sigue siendo el del ochocientos— y le ha llevado a embestir en la nada; pero más allá de la crisis del ochocientos que se prolonga en la del novecientos, es decir hasta hoy, surge la expectativa del hombre actual^[12].

Nada más lejos de su espíritu que el deseo exacerbado de considerar al otro bando como disidente, para favorecer el divorcio de las dos Españas— como vino a proponerlo Zulueta, después de la "Semana Trágica":

«Los sucesos de Barcelona han venido a demostrar, de manera tan brutalmente clara que no deja lugar a la menor sospecha, que en el campo político y social de España existen y se mueven dos fuerzas contrarias, diametralmente opuestas, que es necesario en absoluto deslindar. Es imposible, absolutamente imposible, que continuemos por más tiempo juntos los unos y los otros.» [13]

Los que se expresan con cierta bravuconería en los momentos críticos, como Marcelino Domingo en 1917, quien opone, a la luz de la neutralidad: «La España resignada a todo y la España dispuesta a transformarlo todo» (la primera, «es también la España del que no comprende ni siente una España mejor», la segunda, «la España representada por los partidos de izquierda» [14]), no hacen más que alimentar, con una retórica de muerte y resurrección sin alcanzar el nivel dialéctico, o con el determinismo propio a la psicología comparada de los pueblos, la espiral de la sobrepuja en el desafío verbal. Según el fogoso diputado de Tortosa:

«Inglaterra es el país de las reformas; Francia es el pueblo de la revolución [...] ¿Y España? ¡Ah! España es y ha sido siempre el país de las guerras civiles. Pues bien acabemos de una vez. Las guerras civiles nos dan pena; pero no nos causan miedo.» [15]

Cuando el Unamuno, recién destituido de su puesto de Rector y con impulsos batalladores, se da cuenta de que, más allá del conflicto europeo, se está perfilando una lucha entre la autocracia y la democracia, le indigna la neutralidad oficial española. Recibe una carta de Antonio Machado que compara "Germanófilos y francófilos" con "Frasculistas y lagartijistas", los partidarios de los mejores toreros del momento [16].

«Nuestra neutralidad hoy consiste [...] en no saber nada, en no querer nada, en no entender nada. Lo verdaderamente repugnante es nuestra actitud ante el conflicto actual y épico, nuestra conciencia, nuestra mezquindad, nuestra cominería. Hemos tomado en espectáculo la guerra, como si fuese una corrida de toros, y en los tendidos se discute y se grita. Se nos arrojará un día a puntapié de la plaza si Dios no lo remedia. Los elementos reaccionarios, sin embargo aprovechan la atonía y la imbecilidad ambiente para cometer a su sombra indignidades como la que usted fue víctima. Si no se enciende dentro la guerra, perdidos estamos [17].»

Esta comprobación conduce al poeta, que se está haciendo eco a menudo a las reflexiones de Unamuno, a la formulación radical del prólogo a la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas*, es decir en 1919, tras el fracaso del gabinete de unión presidido por Maura:

«Los defensores de una economía social definitivamente rota seguirán echando sus viejas cuentas y soñarán con toda suerte de restauración; les conviene ignorar que la vida no se restaura ni se compone como los productos de la industria humana sino que se renueva o perece.»

No obstante, Machado no ignora que esta ruptura histórica, fruto de esta revolución que presenta, desde 1913, como "una fulminante jubilación de cocheros borrachos" [18], no es posible en la España presente. En 1915, no duda de que ésta será obra de la juventud: « la juventud que hoy quiere intervenir en la vida política debe, a mi parecer, hablar al pueblo y proclamar el derecho a la conciencia y al pan, promover la revolución, no desde arriba ni abajo, sino desde todas partes [19]. ». Matiza inmediatamente: «Mas Dios nos libre de los nuevos cocheros, de los sustitutos de estos cocheros locos. En España ha habido siempre un Gobierno malo y una opinión descontenta, que aspiraba vehementemente a otro peor. [...] Cuando fracasasen las cabezas pediremos que gobiernen las botas», escribía en 1915 [20]. Pero, más allá de esta resignación, comprueba, con Unamuno, que «las Españas» coexisten, luchan entre sí, pero también nacen unas en el seno de otras de tal forma que la renovación no viene del exterior, ni de una minoría selecta, sino de las fuerzas sociales más jóvenes al entroncar con lo mejor del pasado.

Desde otro punto de vista, con ambiciones más inmediatamente políticas, para José Ortega y Gasset la cuestión está clara: «Hay dos Españas que viven juntas y que son perfectamente extrañas; una *España oficial* que se obstina en prolongar los gestos de una edad fenecida, y otra España aspirante, germinal, una *España vital*, tal vez no muy fuerte, pero vital, sincera, honrada, la cual, estorbada por la otra, no acierta a entrar de lleno en la historia» [21]. Ortega quiere hablar en nombre de la nación que se identificaría con la España vital.

MINORÍAS Y MASAS / JÓVENES Y VIEJOS [22]

En esto estriba la diferencia entre la España germinal de Ortega y la España militante de Domingo: la de Ortega es la de unas elites que piden el relevo de los grupos oligárquicos en el Poder, la de Domingo, la de una minoría que aspira a ser mayoritaria. Naturalmente es algo más que una diferencia de perspectiva, es todo el debate sobre la élite y la masa lo que se está perfilando ahora, en plena controversia en torno a oportunidad de la neutralidad, es decir cuando se plantea de nuevo la cuestión de las relaciones de España con Europa. En este combate Unamuno está presente a su manera poniéndose a la cabeza de la Liga Antigermanófila para luchar contra los reaccionarios a quienes llama "trogloditas", por no querer abrirse a las influencias extranjeras.

A esta dicotomía entre el corazón y la razón, lo viejo y lo nuevo, el progreso y la tradición, el mundo rural y el desarrollo capitalista de la ciudad, la minoría y las masas urbanas, Ernesto Giménez Caballero, añade otra, describiendo, con el historicismo intransigente de la vanguardia, dos juventudes enemigas. El fundador de *La Gaceta Literaria* en 1927, quien afirma que la juventud tiene que hacer prueba de intransigencia, se enorgullece de haber hecho de su revista el crisol del que salieron las dos facciones enemigas que estaban preparándose a un enfrentamiento civil: comunismo y falangismo.

Ya Filippo Marinetti definía las implicaciones violentas de su programa en 1910 en la revista *Poesía*: «Queremos exaltar el movimiento agresivo... la carrera, el salto mortal, la bofetada, el puño... la belleza de la velocidad. [23]». Con la efervescencia de la "Belle Époque", se presenta el culto a la juventud, a la estética y a la eficacia de la violencia, propio de este ideario contrarrevolucionario, como la lucha moderna de unas élites sociales según las reglas del darwinismo social que sólo permite sobrevivir a los mejores frente a la nación hostil y propone soluciones jerárquicas a los problemas sociales. Aunque se fundamenta en el mito del pueblo sabio del campo, conducido por jefes carismáticos, la renovación del conservadurismo por estas vanguardias intelectuales reaccionarias, deseosas de superar la democracia, encuentra sus referencias en el Antiguo régimen al mismo tiempo que predica la violencia como única manera de lograr la ruptura con el orden presente. En esta paradoja

ideológica, fruto de la yuxtaposición de la modernidad, del pasado nacional y del mito (con referencias al mundo greco-latino), estriba la insólita dialéctica de la nueva derecha, que establece durante la Dictadura de Primo de Rivera, relaciones con Mussolini, antes de predicar abiertamente la contrarrevolución. La radicalización política de los últimos años de esta Dictadura y luego la que precedió la insurrección asturiana de octubre de 1934 acrecentó este divorcio entre la vanguardia minoritaria y las masas. Así mismo el empeño de la vanguardia falangista en hacer coincidir modernidad y reacción expresa veleidades autoritarias y antiliberales.

Giménez Caballero cuenta cómo un banquete de cien invitados, que ofreció en su honor Gómez de la Serna en el *Pombo*, degeneró en pugilato en el que tomaron parte Rafael Alberti — quien distribuía un panfleto hostil a la *Revista de Occidente*, a Ortega y a Antonio Marichalar —, el escenógrafo Bragaglia, acusado de fascista, Antonio Espina, que había sacado una pequeña pistola, un juguete, y Ramiro Ledesma Ramos, quien enarbolaba un revolver verdadero y exigía más heroísmo de parte de la juventud. Concluirá Giménez Caballero más tarde, al referir esta anécdota, que la Guerra civil acababa de empezar y que los poetas, como siempre, se adelantaban a los políticos[24].

Giménez Caballero exigía más fervor y abnegación, mientras Rafael Alberti, solidario del pueblo proletario, escribía su primer poema subversivo, « Con las botas puestas tengo que morir ». Los partidarios de la nueva España que miran hacia Italia quieren aplastar « como sapos » a « aquellos intelectualoides atraídos por la política que, desde la derecha y la izquierda, impiden la circulación del espíritu nuevo » y desean enterrar, como mandarines a Marañón o a Jiménez de Asúa[25].

Pero esta ruptura con el orden antiguo no tiene el mismo sentido para todos : algunos como Alberti echan la culpa a los viejos valores liberales y Sender se regocija de la crisis de la cultura burguesa ; otros, como Díaz Fernández ponen su pluma al servicio de un nuevo liberalismo, mientras Giménez Caballero o Ledesma Ramos se deslizan hacia el fascismo, cuidando de apartarse de los movimientos reaccionarios que desde el maurismo, en 1913, hasta *Acción Española*, en 1931, o la *Juventud Conservadora*, han instrumentalizado la rebelión juvenil.

Paradójicamente, reivindicar el papel de precursores suponía para los vanguardistas instalarse en un eterno e imposible presente y adoptar la incómoda postura de quienes se portan como si fueran los últimos. Pero esta concepción de la vanguardia se diluye en la cultura de masas, señalando un horizonte que huye siempre sin desaparecer jamás. Esta carrera acaba transformándose en su propio fin. Su interés reside en la tensión que induce. Finalmente, la vanguardia llega a ser una actitud provocadora más que un proyecto.

A finales de 1933, la izquierda del PSOE se aleja de la política y se está preparando a la conquista violenta del Poder para instaurar la dictadura del proletariado. Bajo el peso de las circunstancias internacionales, el viejo dilema: reforma o revolución, había sido postergado por otros que formulaba un Araquistáin leninista en el prólogo a los *Discursos a los trabajadores* de Largo Caballero[26] o desde las columnas de su revista *Leviatán*: "revolución o contrarrevolución", "dictadura capitalista o dictadura socialista." Los tiempos en que Araquistáin, lo mismo que Azaña, quería sencillamente hacer la revolución por la ley, habían pasado.

A partir de la insurrección asturiana de octubre de 1934, la actuación de los jóvenes salidos de la generación anti-conformista va radicalizándose. Una ola de movilización juvenil afecta al mundo occidental en los años treinta y hasta finales de la Segunda Guerra mundial. Estas juventudes armadas y uniformadas: *Juventudes fascistas o falangistas*, por una parte, fascinadas por la estética del héroe y el culto del jefe ; *Juventudes Socialistas Unificadas*, cercanas al Partido Comunista y a la Internacional Juvenil Socialista, sitúan su acción en un marco internacional y fuera del ámbito de la política tradicional, aunque invocan el carácter juvenil de la revolución o de la contrarrevolución[27]. Esta juventud desempeñó un papel importante en Cataluña en el proceso de emergencia de la sociedad de masas a lo largo del período de entreguerras y en particular al acercarse al movimiento anarquista[28], cuando las tensiones entre jóvenes y viejos se acentúan con la crisis de la confederación sindical *Solidaridad Obrera*.

Ledesma Ramos, quien tenía en mente las categorías orteguianas y en particular la teoría de las generaciones, en el momento de analizar la actitud de los jóvenes frente a las nuevas circunstancias políticas y culturales[29], tampoco era indiferente a las reacciones del imprevisible Unamuno cuyo valor y aparente irracionalidad admiraba[30].

Es en términos generacionales cómo hay que entender primero el despecho de Miguel de Unamuno frente al violento enfrentamiento de las juventudes de izquierdas y derechas desde el fin del primer bienio: « *los hunos y los hotros* », como si los cortes generacionales no fueran más que un juego de manipulaciones o el fruto de construcciones sociales o políticas. Tal confusión no le impide a Unamuno medir el desajuste que existe entre la gente de su edad y la juventud actual a la que acusa de lanzarse a la aventura de la violencia política como si se tratara de una competición deportiva. Y el filósofo negará incluso que esta generación de 1931 haya tomado parte en el advenimiento de la República. Es en nombre de otra rebelión juvenil, inicialmente formulada en las columnas de la *Gaceta Literaria* de Giménez Caballero, cómo Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera hacen su entrada en la vida política. Pero Unamuno guarda en la memoria «el recuerdo de las miradas agresivas de aquellos mozalbetes, con los que uno se cruzó por la calle...»[31].

GUERRA CIVIL Y GUERRA "INCIVIL"

Para Unamuno, no puede haber dos Españas opuestas de manera intemporal y abstracta. Al contrario, cree necesario superar cualquier riesgo de escisión con una tensión entre ambas corrientes ideológicas que llama "guerra civil", término poco afortunado desde la perspectiva actual que entonces opone al marasmo al que se resignan los casticistas.

Pero en 1903, aquello estaba muy claro cuando usaba dos acepciones de la "guerra civil". «España está muy necesitada de una nueva guerra civil, pero civil de veras, no con armas de fuego ni de filo, sino con armas de ardiente palabra, que es la espada del espíritu.» En este sentido, la "guerra civil" era para Unamuno un acontecimiento fundador capaz de crear una nueva conciencia ciudadana.

La paradoja no es mayor que la que sugieren entonces las disquisiciones unamunianas en torno al regionalismo y

a cosmopolitismo, al progreso y a la tradición: «lo progresado se trasmite, *traditur*, haciéndose tradición; trasmítese el progreso, *se tradiciona*. Es, pues, el progreso, progreso de tradición, y es la tradición, tradición de progreso, cuando una y otro son vivos de veras.» [32] En 1905, en *Vida de Don Quijote y Sancho*, preguntaba: «¿Qué se teme? ¿Que se trabé y se encienda la guerra civil de nuevo? ¡Mejor que mejor! ¡Eso es lo que necesitamos!» [33]. Desde 1915, decía que no debe molestar ni entristecer a los españoles el hecho de ver que «cada uno de sus yos aspira a la hegemonía» [34]. Y exclamaba, al año siguiente: «¡Y ay de nosotros, los españoles, el día en que uno de esos bandos desapareciese y el otro, falto de contradicción, se despeñase en su concepción del progreso o en la tradición! Por lo que a mí hace falta sé decir que mientras yo viva no faltará guerra civil en un rinconcito...de la España espiritual...en mi conciencia.»

A finales de agosto de 1914, Unamuno se ve privado de su cargo de Rector de la Universidad de Salamanca del que se había valido como caja de resonancia a nivel nacional [35]. Lo había nombrado en este puesto, en octubre de 1900, a los treinta y seis años, Antonio García Alix, que inauguraba la cartera de Instrucción Pública recién creada. Al perder este instrumento y parte de sus ingresos, Unamuno considera su destitución, durante el gabinete Romanones, por el ministro Francisco Bergamín, algo arbitraria. «Es un golpe de efecto contra los intelectuales», le escribirá a Ortega [36]. (Había dicho algo parecido en 1896, en una carta a Cánovas, para explicar la condena de Corominas a raíz del proceso de Montjuich). Era una manera de pagar su independencia espiritual. Cuando es muy probable que se le reprochara el haberse negado a presentar su candidatura con el partido liberal al puesto de senador representante del claustro universitario de Salamanca. Evocará más tarde aquella etapa de su vida como una de las más ajetreadas:

“Estalló la gran guerra en agosto de 1914 y poco después comenzó mi guerra también. A fines del mismo agosto empecé a ser perseguido por el más alto poder público de mi patria. ¿Mi pecado? No lo sé. Acaso andar erguido, sobre dos pies, y no salirme del sendero de mi trabajo, de mi oficio público, para buscar coyunturas de oficiosos y excusados saludos [37].”

El escritor no soporta que los militares quieran inmiscuirse en la política. Y todavía menos que las élites militares quieran rivalizar con las élites intelectuales pretendiendo ostentar el monopolio del patriotismo y del discurso social o procurando imponer su peculiar visión de la cosa pública. No deja de denunciar el “pretorianismo” de las Juntas de Defensa militares (aparecidas en la primavera de 1916) en numerosos artículos de *El Liberal* a principios de los años veinte. Este patriotismo que llama “testicular” contradice la idea de España que tiene el filósofo quien no vacila en reivindicar, frente a una paz impuesta por la mordaza, el debate que traduce las querellas nacionales.

A partir de este momento Unamuno vuelve a evocar regularmente la necesidad de una guerra civil (el debate social de los paisanos) que opone a la guerra incivil (la de los militares) y por supuesto a la anestesia nacional. Pero esta desafortunada expresión de “guerra civil” molesta a los españoles que no son filólogos, es decir a muchos. Unamuno hace entonces llamamientos a la inteligencia española: “la inteligencia debe estar al servicio de la verdad”, proclama, el 3 de octubre de 1923 [38], mientras Manuel Ciges Aparicio y Manuel Pedroso orquestan una campaña desde las columnas de la revista *España* y de *El Liberal* para que Unamuno se ponga a la cabeza de la protesta de los intelectuales disconformes con el régimen dictatorial.

Durante la República, en 1933, Unamuno, que está a sus anchas en el debate público, se complace todavía en el comentario de esta alegre imagen literaria. Incluso va todavía más lejos en la formulación provocadora: «Desde que tengo uso de razón civil, que me apuntó en medio de una fratricida guerra civil –toda guerra es civil y arranque de civilización.»

Sin embargo, su concepción de la guerra civil está cambiando, ya en 1933, empezaba a aludir con enojo al Antiguo Testamento, evocando, a la manera del Machado que descubrió la pobreza mental de la meseta castellana y el cainismo rural: «el pozo turbio de nuestras entrañas espirituales colectivas; el légamo de nuestra Historia, la herencia de nuestro Caín cavernario... Guerra civil que es el estado normal.» Está claro que no pretende hacer ninguna apología de la guerra. Al contrario esta guerra civil, o debate ideológico, le parece necesaria para impedir la otra, la guerra “incivil”, llevada a cabo por los militares. «Se quiere evitar cierta guerra civil –claro, no una guerra civil cruenta a tiros y palos, no.» En mayo de 1936, lamentaba «Aquí, en España, se exagera el culto a la matanza –sin otra ideología».

Y el 21 de enero de 1936, poco antes de las elecciones que darían la victoria al Frente Popular, Unamuno había firmado el manifiesto contra una posible guerra civil que le había mandado el abogado Ossorio y Gallardo [39].

¿TRES ESPAÑAS?

Cuando se niega a aceptar la amnistía que le otorga Primo de Rivera a finales del verano de 1924 porque no reconoce culpabilidad alguna (y no está seguro de poder volver a ejercer su labor crítica) y cuando elige deliberadamente, después de la deportación impuesta, el camino del exilio, siendo al mismo tiempo destituido de sus cargos de Vicerrector de la Universidad de Salamanca y Decano de su Facultad de Filosofía y Letras y suspendido de empleo y sueldo como catedrático, Unamuno quiere transformar la sanción gubernativa en reto personal (como Rodrigo de Vivar o Víctor Hugo). Cuida de escenografiar lo que llamará la «proscripción» [40], y de vivirla hasta el final, es decir mientras Primo de Rivera permanezca en el Poder [41].

DE LA PERSECUCIÓN A LA DISIDENCIA

Unamuno no deja entonces de repartir injurias al monarca, vituperios o elegías, saludos o adioses a la nación (“mi España de ensueño” [42]). Insulta la bandera (“ese roto harapo gualda y rojo/bilis y sangre- que enjuga la espada”) o se deja llevar ya por la contemplación del paisaje y de los elementos. No le desagrada verse proscrito ni valerse, lo mismo que Víctor Hugo, de reminiscencias bíblicas para influir como profeta auto-proclamado sobre el porvenir de su país. Pero era arriesgado para uno creer que estaba encarnando a Moisés, cuando el pueblo, al que se había advertido de los peligros del *pretorianismo*, y en nombre del que se pretendía «haber llevado en el exilio el depósito sagrado del progreso», según decía Hugo, no compartía la impresión de que «el continente estaba lleno de cadalsos y de cadáveres» [43].

El escritor quiso personificar la tragedia de su país, víctima de la Dictadura y de las fechorías de Primo de Rivera a quien llama «cerdo epiléptico»[44], lo que no le impide exclamar: «¡Qué triste oficio este de desterrado! »[45] ni seguir jugando con la etimología hasta temer lo peor :«¿Tendré en el destierro entierro?» y sigue contemplando, como en los primeros días del exilio, la posibilidad de no volver a pisar el suelo español.

El 12 de abril de 1931, se complace Unamuno en celebrar el triunfo de la razón colectiva –que naturalmente está dispuesto a encarnar– sobre la razón de Estado y la arbitrariedad. Dispuesto a asumir un papel mesiánico (llegó a compararse desde el exilio a Moisés), gusta de recordar sus últimas palabras al partir el tren: «Yo volveré a traeros la libertad».

Si al volver del exilio, gusta de presentarse como el padre de la patria, le decepciona rápidamente el cariz que toma el nuevo régimen. Después de haberse imaginado quizá Presidente de la República, y no haber dudado en afirmar que había preparado, a lo largo de su destierro, la ideología revolucionaria que había triunfado en abril de 1931, Unamuno, decepcionado por el nuevo régimen, cansado por el debate político, pronto desbordado por los acontecimientos, afirma su convicción de ser “republicano de otra república”, sugiriendo con acentos bíblicos que quizá pertenezca también a otra época:

«¿No entramos ya en un nuevo mundo y en una nueva era? Y que esos Josués pasen con sus arcas el Jordán, que es un Rubicón, y tras el cual les aguarda la inevitable guerra civil inacabable, la que otros llaman revolución, la revolución permanente del profeta israelita Trotzki, el avance sin muga. Yo, amigo, vengo del siglo XIX liberal y aburguesado: los sueños de mi niñez se brizaron al fragor de aquellas modestas guerras civiles de 1874, cuando el cursi himno de Riego espoleaba corazones. Pase amigo, pase el Jordán-Rubicón y entre en la nueva España, en la España federal y revolucionaria. Yo me quedaré en Gredos, pues empiezan a caerme las manos y los pies. Cada vez sueño más con hierba fresca y verde, para descansar sobre ella o debajo de ella, al sol del cielo o a la sombra de la tierra» [46].

Pero este autorretrato dista mucho de ser un testamento político. En sus famosas conferencias en el Ateneo sobre “El pensamiento político en la España de hoy”, en noviembre de 1932, Unamuno ataca toda la política del Gobierno Azaña, tanto el aspecto agrario, como el regionalista o el religioso. A partir de este momento, es objeto de duras críticas en la prensa adicta al Gobierno que le acusa de hacer el juego de la derecha[47]. Asumiendo esta fama de político inconsecuente e irresponsable, se define, en noviembre de 1933, no ya como un guía desfallecido sino como un libertador, deseoso de liberar al pueblo español de esta República que se le antoja dogmática. Y lo hace mediante la profesión de fe de un provocador político, desconfiando tanto de los tratadistas que tienen la ambición de definir un régimen como de los que llama “los agitadores-revolvedores-mitingueros”. «Hay que indefinir –concluye-. Tenemos que librarnos –y libertarnos– de facciosos de derecha, de izquierda y de centro, de inventores de dogmas, de falsificadores de la Historia, de inquisidores y de definidores»[48], manifestando conjuntamente su amargo deseo de retraimiento tumultuoso y su rechazo reiterado de la nueva Constitución.

Al “aldabonazo” de Ortega que se había convertido en deseo de “rectificar” a la República, a la doble desaprobación del filósofo –“No es esto, no es esto”– de septiembre de 1931, hacía eco la cuádruple negación de Unamuno de septiembre de 1933 para exigir “la revisión de una Constitución que acaba con ella la República o ella acaba con la República”[49]. “y luego el viraje de Azorín en noviembre del mismo año, pasando de la apología a la oposición”[50]. A partir de este momento, Unamuno califica al Poder de “gobierno sedicente revolucionario”, y adopta una actitud provocadora.

Cuando, este mismo mes, la derecha parlamentaria y los radicales de Lerroux ganan las elecciones en el Tribunal de Garantías Constitucionales, Unamuno, como tantos otros, ve en este resultado una moción popular contra el Gobierno, y confiesa que tuvo un reflejo de viejo liberal votando contra la candidatura “ministerial” y que aprovechó la oportunidad para votar no contra la República sino contra la Revolución, otorgando su sufragio a los agrarios, es decir a los monarquistas. Pensaba expresar de esta manera su ideal unitario frente a la renuncia oficial a la tradición católica nacional, frente a los regionalismos y a las reivindicaciones proletarias que interpretaba también como señales de la lucha de clases capaces de quebrar la unidad nacional. Pero si Unamuno y Ortega pretenden someter las vicisitudes del compromiso a la nitidez de una política de la inteligencia y de la voluntad, otros, como Azaña y De los Ríos, asumen los actos del Poder, sabiendo que el político tiene que hacerse responsable —lo mismo que el médico, según decía Marañón— de procesos de cuyo origen no tiene la culpa.

Mientras Ortega reivindica su concepción del Estado, Unamuno afirma que «no se puede sacrificar España a la República» (palabra que no tolera ver escrita con mayúscula). Adopta una actitud hostil e irónica frente a la Constitución, calificándola de «Constitución de papel o de bolsillo»[51] y oponiéndole unos fundamentos superiores: la Constitución nacional de España, que es su historia espiritual «desde que España es España [52]», cuando el historiador Claudio Sánchez Albornoz, miembro del grupo *Acción Republicana* de Manuel Azaña, se vale de la misma tradición en un sentido favorable al texto para reivindicar una tradición histórica de cuatro siglos[53]. Este distanciamiento histórico le permite luego a Unamuno relativizar la importancia del 14 de abril. El Rector aprovecha la renuncia a la tradición nacional católica del nuevo régimen para proclamar su discrepancia y denunciar la religión republicana que está surgiendo y «empieza a surtir con sus dogmas, sus mitos y sus ritos, su culto, su liturgia y sus supersticiones -sobre todo- y hasta con sus supercherías»[54].

Mientras Azaña creía que esta constitución posibilitaba cualquier transformación futura, los intelectuales más críticos, que fueron también sus redactores, veían en ella un texto sedicioso (Unamuno), una insuperable limitación (Ortega), o un engaño para los trabajadores (Araquistáin). El carácter sagrado del texto, adoptado el 9 de diciembre de 1931, irrita a algunos intelectuales. La mística de la República a la que han contribuido desemboca sobre una tautología que no admite crítica alguna[55]. Se sienten víctimas de sí mismos. Unamuno se siente desanimado por el tono apasionado que está cobrando la vida pública, el recurso a la violencia que preconizan ciertos partidos, la confusión que, a su parecer, imposibilita el debate público («Algunos preguntaban qué era lo que había que gritar» [56]). Ensimismándose, piensa con alivio en quien oye las arengas por la radio, lejos de la presión de las masas, y tiene la facultad de bajar el sonido del receptor, para conseguir que se le

hable en voz baja[57]. La vuelta a este intimismo corre pareja con una apología del individualismo. Pero Unamuno no calla, critica pormenorizadamente la política de Azaña, buscando la aprobación de Marañón y de Ortega[58]. Piensa que su papel es luchar contra el Poder, liberar a la República de los fanáticos. Tal es el sentido de su voto a favor de los agrarios en 1933 y de su alabanza del libro de Spencer, *El individuo contra el Estado*[59]. Teme que la nación esté desagregándose. Su preocupación ya no es hacer el Estado sino defender al individuo de las garras de éste. Una advertencia de Unamuno ilustra compulsivamente esta dolorosa perplejidad: "[...] ésta mi España — la mía, mía, mía — no sé si está deshaciéndose o rehaciéndose." [60] Y en la primavera de 1936, desde las columnas de *Ahora*, empezaba a reflexionar en torno al «pavoroso problema de la relación entre la conciencia colectiva y la individual»[61].

Desde 1932, la República sufre un cambio de orientación decisivo, en cuanto se suma a la movilización de las izquierdas la de las derechas. Los intelectuales se dan cuenta de la fragilidad y de la imperfección de la obra de la República en un momento en que en España, como en otros países europeos, una nueva derecha organizada militarmente se prepara a la acción. Los más prestigiosos de ellos, Unamuno y Ortega, se han apartado de ella, aunque no han renunciado a la presidencia de los organismos oficiales que les fue otorgada. Unamuno preside el *Consejo Superior de Instrucción Pública* y Ortega, hasta febrero de 1932, la *Comisión de Estado*.

Es también cuando los intelectuales más famosos se sienten íntimamente molestos y parecen política y socialmente inconsecuentes porque producen un discurso ambiguo sin renunciar a presidir ciertos organismos oficiales[62]. Unamuno ha renegado de la República[63]. Ortega no se contenta ya, como en 1931, con dar un doble "aldabonazo"[64]. Después de haber pedido una "rectificación" de la República, hace un último esfuerzo para dotarse de un partido político estructurado, y disuelve la *Agrupación al Servicio de la República*. Ambos escritores critican la actuación del gobierno Azaña, aunque pretenden haber renunciado a la vida política, porque tuvieron la impresión de clamar en el desierto.

Ortega es reticente frente a la política regional y aboga por una descentralización. Pero Azaña apunta en su diario que el filósofo vino a felicitarle después de su discurso sobre el Estatuto de Cataluña. Unamuno se opone en las Cortes a la concesión de las autonomías regionales[65], pero acaba votando el Estatuto de Cataluña, y arremete contra todos los aspectos de la política de Azaña desde las columnas de *Ahora* o de *El Sol*.

El comentario de la insurrección de Asturias sirve de justificación a la derecha para anunciar su propia revolución: "la buena, la santa, la definitiva", según la expresión de Honorio Maura en *ABC*, el 20 de octubre de 1934, quien anunciaba ya el principio de la Guerra civil bajo la forma de una inevitable cruzada nacionalista:

«Ha empezado la revolución. Y hay que continuarla y llegar hasta el fin. Hay que barrer todo lo que sea anti-patria, extranjerismo, doctrina exótica [...] Nosotros somos nosotros [...]. De cruces y de espadas está hecho nuestro pasado, y en la cruz y las espadas tiene que cimentarse nuestro porvenir. Es nuestro destino español.»[66]

Ahora la ontología se reducía para la derecha en el particularismo de una tautología; mientras que para la izquierda iba diluyéndose en la acción: "la revolución había empezado", señala también Araquistáin, en enero de 1935.[67]

José Antonio Primo de Rivera fue el único a la derecha en intentar entender la dimensión utópica, lo que llama « el fervor místico » del movimiento revolucionario y en no insultar a los mineros asturianos[68]. Así fue cómo el discurso de la prensa de derechas hizo de la insurrección de octubre de 1934 una revolución o una guerra civil, como apuntaba Araquistáin en octubre de 1934, y se percibió luego como el "prólogo de la de 1936", según Azaña. Cualquier coexistencia parecía imposible ente ambos campos cuyos discursos se excluían mutuamente y que usaban un vocabulario radical que aludía a la limpieza y a la eliminación recíproca.

Estas reacciones que no son siempre simultáneas: radicalización de unos, distanciamiento de otros, se producen como una estrategia defensiva a nivel individual o colectivo tras el debate que suscitaron, dentro y fuera del PSOE, los viajes de algunos militantes a la URSS y lo que se considera ahora como el fracaso de la experiencia reformadora en España. A partir de esta polarización político-cultural en torno a la revolución y a la contrarrevolución se tuvo la impresión de vivir una crisis generalizada de los valores. La República amenazada o amenazadora ya no era aquella escuela de civismo que describiera Manuel Azaña. Si, en 1931, el eslogan de Marañón fue "Ni Monarquía ni anarquía". En 1934, el de Madariaga será "Anarquía o jerarquía". Paradójicamente, se tiene la impresión de que no ha pasado nada, de que la República no fue más que un interludio desordenado y que era tiempo de rectificar, de restaurar la autoridad del Poder mientras la mayoría de los intelectuales estaban buscando terceras vías. Y José Antonio volvía a comprobar, maniqueo: "Hoy están frente a frente dos concepciones totales del mundo." [69]

Unamuno se refugia en la irracionalidad. Habla de ahora en adelante, como lo hiciera en 1911, de "revolución deportiva", de vuelta al canibalismo, y condena indiscriminadamente a ambos bandos, a los que acusa de haber generado aquella violenta polarización de la lucha política: «comunismo libertario o fajismo, lo mismo da». Unamuno, a quien acaban de tributar un homenaje nacional con motivo de su jubilación en 1934, dirige un llamamiento desesperado, el 30 de septiembre de 1934, a los estudiantes para que salven a España de la «disolución nacional, civil y social», muy distinto por cierto de aquella carta abierta que les mandara unos años antes fechada «el domingo de Pasión de 1929». Y ve en la actualidad revolucionaria la confirmación de sus tesis sobre el desgarramiento de la patria, mientras unos analizan la curiosa situación de esta República sin republicanos y otros comprueban que los enemigos de la República son dueños de ella[70]:

La izquierda interpreta la victoria del Frente Popular como una condena de la represión de octubre de 1934; lo mismo que la derecha explicará el 18 de julio como una respuesta al Frente Popular sugiriendo, por consiguiente, que según lo afirmó más tarde Madariaga "con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936"[71]. Pero la mayoría de los intelectuales que se juntan para denunciar, en un manifiesto famoso la represión del movimiento de octubre no pretenden ir más allá. Lo que está claro es que nadie tiene conciencia de participar en unas elecciones legislativas clásicas dentro de un régimen constitucional aceptado por todos. Se teme que la extrema derecha y la extrema izquierda no acepten

los resultados de elecciones que les sean contrarios. En esta coyuntura, en la que cada campo se dispone a romper las urnas y está convencido de que una nueva etapa está preparándose y de que esta República se ha quedado sin republicanos, Largo Caballero afirma que si ganaban las derechas, él "procedería a declarar la guerra civil". Gil Robles también evocaba esta posibilidad.

Hasta Antonio Machado reconoce que el mundo capitalista está en plena descomposición y se pronuncia por vez primera sobre la realidad del proletariado, cuando hasta la fecha cuidaba siempre de referirse al pueblo, y reflexiona sobre la dictadura de éste. Pero Unamuno se conforma quizá con el recuerdo de un militantismo juvenil y echa mano de una pirueta etimológica afirmando en un interviú olvidado, el 18 de febrero de 1936, un día después de la victoria del *Frente Popular*: "En cuanto a la dictadura del proletariado, me parece absurdo, porque no tienen nada que dictar y no saben qué es marxismo."^[72]

Las críticas de Unamuno y de Ortega al régimen republicano, así como las denegaciones de Azorín, marcan el principio de una disidencia que se confundirá más tarde con una adhesión al régimen del general Franco de parte de aquella "tercera España" que se alejaba ya de la República pero proclamaba su incompatibilidad con ambos campos, porque tampoco aceptó inicialmente el comportamiento de los militares rebeldes.

Los intelectuales que pidieron que la República cambiara de rumbo, y los que contemplaron la posibilidad de romper con el orden constitucional, amplificaron sus divisiones con el triunfo del Frente Popular. La salida para el exilio de los partidarios de la "Tercera España", ora considerados como chivos expiatorios, ora como traidores, sugiere a algunos, como Azorín o luego Madariaga, que podrían asignarse un último papel negociando una amnistía para los intelectuales. Pero el nuevo régimen no se contentó con vencer, estuvo empeñado en la destrucción de la Anti-España encarnada por el rojo y el intelectual liberal.

El exilio de estos intelectuales empieza pues desde 1936. En este contexto Unamuno representa un caso particular pues el suyo es un "exilio interior" cuya oportunidad había contemplado varias veces desde los años veinte como ilustración suprema de la discrepancia. Este proceso mental, que traduce el desencuentro del escritor con el Poder (con el régimen de la Restauración, con la Dictadura de Primo de Rivera y luego con la República) viene de lejos.

De hecho, Unamuno está convencido de encarnar la verdadera España, de ser la conciencia nacional. Y desde la aceptación de la medalla que le impuso el Rey, explicando de sí mismo que se la merecía, hasta el momento en que la República le nombra ciudadano de honor en 1935, o la alocución hostil a Millán Astray y a los militares sublevados (a quienes, por otra parte, como presidente de la comisión de depuración, representaba oficialmente) que improvisa, el 12 de octubre de 1936 en Salamanca, no pierde ninguna ocasión para reafirmar con insolencia esta convicción.

Se trata de algo más que patriotismo, es una verdadera identificación que le lleva a defender la unidad nacional y la lengua castellana. Esta misión que se asigna, concebida como una "lucha civil", le lleva, después de haber aceptado la tesis europeísta, al reaccionar contra el casticismo, a expresar sus reticencias frente a la europeización, presentada por Costa y luego por Ortega, como una panacea (si bien el inicio de la Primera Guerra mundial le incita a elegir el campo de las democracias y a reanudar con una francofilia razonada).

Entre el deseo de preservar su libertad, para no verse acusados de servilidad para con el nuevo poder, y la necesidad de no dar argumentos a los enemigos de la República, no todos los intelectuales quisieron elegir. Muchos se inhibieron, dejaron de reivindicar el historicismo y el deber de describir un mundo cartesiano. Azaña pregunta, cuando es patente que estos intelectuales ya no son de la República ni reivindican ningún magisterio que no pueda ejercerse en una universidad extranjera: «¿dónde están?»^[73] ¿Quién les ha invitado al viaje?» e ironiza sobre la firmeza de su fe republicana: «Republicanos para ser ministros y embajadores en tiempos de paz. Republicanos para emigrar en tiempos de guerra»^[74].

DEL EXILIO INTERIOR A LA "DESCORTESÍA RENCOROSA"^[75]

Desde julio de 1936, los que habían renunciado a elegir un campo, disponían de medios financieros o ejercían un oficio que les permitía vivir en el extranjero, tomaron el camino del exilio^[76]. Moralmente Unamuno se une a ellos, después de haber aprobado brevemente el sublevamiento, aunque reconoce que su postura dentro del país es inaguantable: «Los motejados de intelectuales les estorban tanto a los hunos como a los hotros (sic). Si no les fusilan los fascistas les fusilarán los marxistas. A quién se le ocurre ponerse de espectador entre dos bandos contendientes sin tomar partido ni por uno ni por otro?»^[77]

«Cuando nos metimos unos cuantos — yo el primero — a combatir la dictadura primero-riberana y la monarquía, lo que trajo la república no era lo que fue después la que soñábamos; no era la del desdichado frente popular y la sumisión al más desatinado marxismo y al más necio pseudo-laicismo.

¡Aquellos imbéciles de radicales socialistas ! — pero la reacción que se prepara, la dictadura que se avecina, presiento que pese a las buenas intenciones de algunos caudillos, va a ser algo tan malo ; acaso peor. Desde luego, como en Italia, la muerte de la libertad de conciencia, del libre examen, de la dignidad del hombre. Hay que leer las sandeces de los que descuentan el triunfo.»^[78]

Esta actitud de Unamuno no deja de suscitar comentarios^[79] por lo tortuoso que parece el camino que conduce a su cólera del 12 de octubre. Frente al desencadenamiento de la violencia, Unamuno confió en los militares que pretendían salvar a la República. En efecto, tanto Queipo de Llano, en Sevilla, como Cabanellas, en Zaragoza, terminaban su proclama por una referencia a la República. De tal manera que el antimilitarista Unamuno creyó cándidamente que estos militares republicanos iban a poner orden en el régimen.

El mismo Franco invocaba el 18 de julio « la Fraternidad, la Libertad y la Igualdad ». En Salamanca, el comandante militar, Manuel García Álvarez, había terminado su proclama, el 19 con un "¡Viva la República!". Y Yagüe acababa su arenga después de la toma de Badajoz, el 14 de agosto, invitando a los legionarios: "Gritad conmigo: ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército!"^[80]. El viejo catedrático que se sentó, solo, en el velador del Café Novelty en la Plaza Mayor de Salamanca para mostrar que no había pasado nada, ignorando

quizá que habían matado a un hombre joven en el Campo de San Francisco, cerca de su casa, intentó convencerse de que aquello era una mera operación de limpieza para devolver la seguridad en la República. Y cuando después de haber cedido a este impulso exhibicionista, le ofrecieron formar parte del nuevo Ayuntamiento que sustituiría el de la República, aceptó. Pero todos los servicios municipales estaban bajo el mando del comandante Francisco del Valle Marín y los representantes de la izquierda del antiguo consistorio republicano estaban encarcelados. ¿Quién podía creer que allí estaba defendiendo los valores de la civilización cristiana, o que confiaba en los militares para ello?

En el verano de 1936, Unamuno cree, en un momento, que la solución a la violencia callejera puede pasar por la intervención militar, antes de cambiar de parecer y de reivindicar la soledad eterna del viejo liberal. De una guerra civil (la segunda guerra carlista de 1874) a otra, Miguel de Unamuno también estuvo en guerra consigo mismo, según lo sugirió su amigo Jean Cassou en 1926[81] o Antonio Machado al enterarse de la muerte de quien consideraba su maestro[82].

UNSOLITARIO

Sin embargo, los acontecimientos siguientes le abren los ojos al escritor quien presidía a la sazón la Comisión de purificación del funcionariado. ¿Creyó que con su influencia ofrecería un contrapunto liberal al movimiento militar? Como Rector, representaba al general Franco, jefe del Estado de Burgos, en las ceremonias oficiales. En su nombre abrió la ceremonia del 12 de octubre de 1936. Fue entonces cuando entendió que el grito de la legión que dio Millán Astray, "¡Viva la muerte!", se parecía demasiado al de los militares que amenazaban a los intelectuales a la salida Ateneo: «¡Mueran la inteligencia! ¡Mueran los intelectuales!»

Unamuno se arrepiente tardíamente: «Qué cándido y qué ligero anduve al adherirme al movimiento de Franco, sin contar con los otros y fiando- como sigo estándolo- en este supuesto caudillo, que no consigue civilizar y humanizar a sus colaboradores. [...] Esta es una campaña contra el liberalismo no contra el bolchevismo», le escribía a Quintín de la Torre, evocando las persecuciones de las que era objeto José M^a Gil Robles[83], después de haberle confesado en una carta anterior que estaba preso en Salamanca. «La cosa es que no me vaya de Salamanca, donde se me retiene como rehén no sé de qué ni para qué»[84].

La entrevista que concedió, a mediados de agosto, al corresponsal de la agencia *International News*, Knickerbocker, sabiendo que sus propósitos serían ampliamente difundidos; las cartas que mandó, el 13 de diciembre de 1936, al escultor Quintín de la Torre, sin ignorar que las interceptaría la censura, prueban que gustaba de desafiar a las autoridades "nacionales": «Cuando todo pase, estoy seguro de que yo, como siempre, me enfrentaré con los vencedores», confesaba al primero[85]. Unamuno explica también, a su corresponsal su reciente actitud:

«[...] aunque me adherí al movimiento militar no renuncié a mi deber — no ya derecho — de libre crítica y después de haber sido restituido — y con elogio — a mi rectorado por el gobierno de Burgos, rectorado del que me destituyó el de Madrid, en una fiesta universitaria que presidí con la representación del general Franco, dije toda la verdad, que vencer no es convencer ni conquistar es convertir, que no se oyen si no voces de odio y ninguna de compasión. Hubiera usted oído aullar a esos dementes de falangistas azuzados por ese grotesco y loco histrión que es Millán Astray. Resolución; que se me destituyó del rectorado y se me tiene en rehén.»

La desesperación de Unamuno es grande porque no ve salida alguna a esta situación que presenta como una lenta degradación de la vida política. Ya no hay lugar para el debate social. Unamuno ve cómo cada campo, presa de aquella enfermedad mental que diagnosticaba en 1911, está vociferando: «Aquí está este retrato del que habla en un mitin, ante un micrófono, con la boca en o y el brazo en alto»[86].

«En este estado y con lo que sufro al ver este suicidio moral de España, esta locura colectiva, esta epidemia frenopática — con su triste base, en gran parte, de cierta enfermedad corporal — figúrese como estaré ! Entre los unos y los otros —o mejor los hunos y los hotros— están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo a España. Sí, sí, son horribles las cosas que se cuentan de las hordas llamadas rojas, pero ¿y la reacción a ellas? Sobre todo en Andalucía. Usted se halla, al fin y al cabo, en el frente, pero, y en la retaguardia? Es un estúpido régimen de terror. Aquí mismo se fusila sin formación de proceso y sin justificación alguna. A alguno porque dicen que es masón, que yo no sé qué es esto ni lo saben los bestias que fusilan por ello. Y es que nada hay peor que el maridaje de la demencialidad (sic) de cuartel con la de sacristía. Y luego la lepra espiritual de España, el resentimiento, la envidia, el odio a la inteligencia.»

Pero la salida del viejo catedrático, abandonando ruidosamente el campo nacionalista, no significa que haya decidido volver al redil republicano. Unamuno confía, el 20 de octubre, al escritor griego, Nicos Kazantzakis[87], que a su parecer los españoles están desesperados, puntualizando: «El desesperado es el que ha perdido toda esperanza, el que ya no cree en nada y que, privado de la fe, es presa de la rabia», y se despide de él afirmando que el intelectual tiene el deber de ocultar la verdad al pueblo[88] — como lo hacía su héroe Manuel Bueno, aquel cura que había perdido la fe.

El viraje socialista de 1934 ha alejado a los intelectuales de la izquierda, aunque algunos, y entre ellos Unamuno, se juntaron momentáneamente para denunciar la represión de la insurrección asturiana de octubre de 1934 adhiriéndose al "Manifiesto de protesta contra la sentencia impuesta a los asesinos del periodista Luis de Sirval". Había vuelto el tiempo de los manifiestos. El 11 de junio de 1933, Unamuno, Jiménez de Asúa, Marañón y el jurista Recasens Siches llaman a la formación de un "Comité de intelectuales conscientes para ayudar a las víctimas del terror nazi". El 14 de julio del mismo año, con motivo de la visita de Henri Barbusse en el Ateneo de Madrid, se crea el Comité de Ayuda Antifascista presidido por Jiménez de Asúa. Desde el mes de abril de 1934 la actualidad internacional reúne de nuevo sus firmas al pie de manifiestos contra el nazismo, contra la intervención italiana en Abisinia en 1935, contra el régimen de Oliveira Salazar en Portugal en 1936. Marañón firma también el manifiesto de la *Asociación de los Amigos de Rusia* o el de los *Enemigos de Hitler*. Antonio Machado, los manifiestos de solidaridad con los pueblos oprimidos. Unamuno es el primer firmante, en abril de 1934, del *Manifiesto contra el terror nazi*. Si la sinceridad de tales adhesiones es cuestionada por la prensa "nacional", lo es también por algunos órganos socialistas, tales como *Claridad*, el diario de Largo Caballero, que apunta:

“El fascismo triunfante hubiera publicado un manifiesto con las mismas firmas. Proporciona esta seguridad el conocimiento de la condición moral de tipos como Unamuno, Azorín, Baroja, Madariaga etc. cada uno lleva un traidor dentro. O una complacencia de meretriz, a elegir.”[89]

“NO HAY ANTI-ESPAÑA”

«Unamuno es, como de sí mismo decía Campoamor, un fugitivo de todos los ejércitos», explicó Ortega[90]. A lo que contesta Unamuno explicando que siempre procuró no alistarse en ninguno. «Me he jactado ser orejano, que es como suele llamarse al becerro que no lleva marca o hierro de ganadería»[91]. Este distanciamiento institucional no significa que Unamuno fuera incapaz de comprometerse cuando le pareció necesario: contra la neutralidad de su país durante la primera Guerra mundial o contra la Dictadura de Primo de Rivera, por citar dos momentos en que pareció encabezar el movimiento de protesta de la sociedad civil o de los intelectuales.

La vida pública de Unamuno es una larga lucha personal contra el Poder, cualquiera que sea, es decir contra la autoridad pública. Desde este punto de vista, alcanzó su fin. Es en la predicación cívica y en el conflicto ideológico donde se encuentra a sus anchas, porque prefiere la polémica y el enfrentamiento al marasmo.

“La guerra europea se ha traducido —y alabado sea Dios por ello ! — aquí en España, en una guerra civil, o más bien en un despertamiento de nuestra guerra civil, que parecía estar durmiéndose, por desgracia”,

apunta en *España* en 1915[92].

Otros autores ven entonces en la introspección, que engendran el retraso y el alejamiento internacional de España, una incitación a las luchas fratricidas. La España de la neutralidad llegó a ser para ellos una nación estéril, enferma.

En este contexto, bajo la pluma de Unamuno, “guerra civil” vuelve a ser lo contrario de “guerra incivil” o guerra de los militares. En un país que no hizo, a su parecer, su unidad desde las guerras carlistas, designa así al debate público, la lucha de los paisanos por la cultura y la civilización que opone a la barbarie de los militares. En 1936, frente al aumento de la tensión social, luego, después del sublevamiento franquista, su formulación se hará más sutil para suscitar el entusiasmo. Pero lo desaprobarán ambos campos. Unamuno no ignora lo paradójico de su actitud: «Yo mismo me admiro de estar de acuerdo con los militares. Antes yo decía: primero un canónigo que un teniente coronel. No lo repetiré. El Ejército es la única cosa fundamental con que puede contar España», afirma, el 22 de agosto de 1936, al corresponsal de *Le Matin*. También explica que el Gobierno carece de autoridad y no controla ya las bandas armadas que siembran el terror. Para los republicanos la traición es patente: el antimilitarista Unamuno está del lado de los militares[93]. ¿Se hubiera portado de la misma manera si hubiera vivido en la zona republicana? La redacción de la revista *Política* lo sugiere:

“Si algo consistente y enhiesto había en la contradictoria acción política de Unamuno, eran sus catilinarias contra todo lo que es y representa la sublevación del pretorianismo analfabeto: los legionarios cortacabezas, “la cruzada a cristazos”, “los héroes jubilados”. Con palabras de este renegado casi póstumo, podrían componerse la más certera antología imprecatoria de cuanto ahora enaltece. Si la sedición le coge en Madrid, hubiera reeditado sus tonos jeremiacos contra la bestia apocalíptica del militarismo, contra el “fajo” y “las dictaduras de casta, de clase o de familia” y sus apelaciones a la “conciencia civil”. Pero el criminal pronunciamiento ha sorprendido a Unamuno en Salamanca, rodeado de espuelas y charrascos. ¡Magnífica ocasión para un glorioso martirio ! El Don Miguel de los panfletos anticlericales, cruzándose de brazos ante los generales brutales y lanzándoles, con la cabeza erguida, el ceño prieto y la boca amarga, un apóstrofe hiriente... Este gesto esperarán de él los que no conocen el secreto de Unamuno[94].”

Unos días después, José Bergamín, en un acto de la Alianza de Intelectuales Antifascistas celebrado en el Teatro de la Zarzuela de Madrid, anunció conjuntamente la muerte de García Lorca y el fusilamiento de Unamuno[95], con un derroche de detalles bárbaros que demuestra que la actitud del Rector irritaba a mucha gente y que tal noticia no sorprendió a la redacción del diario *ABC*.

Unamuno permaneció callado cuando el asesinato de su colega y amigo, el catedrático de Anatomía, Casto Prieto Carrasco, alcalde republicano de Salamanca o de Andrés y Manso y cuando la detención, el 10 de agosto, de Filiberto Villalobos, exMinistro de Instrucción Pública en el gabinete Samper, o la del periodista José Sánchez Gómez. Pero el 12 de octubre de 1936, lleva en el bolsillo una carta de la mujer de su amigo el pastor protestante Atilano Coco, por la que se entera que éste ha sido detenido por masón y temen por su vida. En el mismo sobre redacta apresuradamente el guión de un posible discurso que le servirá para clausurar la ceremonia que le toca presidir en el paraninfo de la Universidad como representante del Jefe del Estado de Burgos, el general Franco[96], y llega a ser una condena de la actitud de los militares sublevados. Por unanimidad el consejo municipal estableció que Miguel de Unamuno, por “su descortesía rencorosa” en el acto académico de la Fiesta de la Raza había incurrido «en un caso de incompatibilidad moral corporativa, de vanidad delirante y antipatriota actuación ciudadana»[97].

Unamuno no vuelve a salir de casa y empieza a redactar este borrador titulado *El resentimiento trágico de la vida*. Pero el que abandone estrepitosamente el campo “nacionalista” no significa que el viejo catedrático haya decidido volver al campo republicano. Confiesa, el 20 de noviembre de 1936, al escritor griego Nicos Kazantzakis:

“En este momento crítico que atraviesa España era indispensable que yo me pusiese al lado de los militares. Ellos son los únicos que pondrán orden porque tienen el sentido de la disciplina y saben imponerla. No haga caso de lo que se dice de mí. No me he convertido en un hombre de derechas, no he traicionado a la libertad. Pero, de inmediato, es urgente instaurar el orden. Verá cómo, dentro de algún tiempo, no dentro de mucho, seré el primero en reanudar la lucha por la libertad.”[98]

El 22 de octubre, el general Franco firmaba su trigésimo sexto decreto para destituir a Unamuno de su puesto de Rector. *El Socialista*, del 3 de noviembre anunciaba la noticia con acentos calderonianos, sugiriendo la inconsecuencia y la ligereza del escritor: “El traidor no es menester”[99]. De ahora en adelante Unamuno toma apuntes que titula *El resentimiento trágico de la vida*[100]. No quiere optar por ningún campo y no ve ningún

porvenir a los intelectuales en su país. Destituido por unos y otros, está desesperado, elige una especie de exilio interior. Y se considera rehén de los "nacionales". Está convencido de que la guerra es un crimen contra el espíritu y que el antiintelectualismo se ha generalizado: «Nos libraron de la salvajería moscovita pero que no nos traigan la estupidez católico-tradicionalista española.»[\[101\]](#), apunta a propósito de las tropas franquistas.

Desde 1934, Unamuno pensaba en la eventualidad de un nuevo exilio: «Al que esto os dice, que ya otra vez tuvo que emigrar de su patria, le estruja el cogollo del corazón el pensar que tenga que volver a hacerlo y... después de haber pasado sus setenta años»[\[102\]](#). Evoca de nuevo tal posibilidad en agosto de 1936, en un artículo que dedica a Indalecio Prieto: «Así escribía yo hace diecinueve años en aquella Hendaya, a la que no sé si tendré que volver -también yo, amigo Prieto- a barajar en paciencia, a volver a los solitarios. Aunque, ¿qué más solitarios que estos comentarios que barajo aquí?»[\[103\]](#). Estos intelectuales confiesan no poder soportar la intolerancia de los defensores de la República. Huyen de la Revolución que ha estallado en la zona republicana y no quieren vivir en la zona nacionalista privada de libertades. El escritor vuelve a ensimismarse, apunta en su último borrador: «La experiencia de esta guerra me pone ante dos problemas, el de comprender, repensar, mi propia obra... y luego comprender, repensar España»[\[104\]](#). Y añade: «La que los *hotros* llaman la anti-España, la liberal, es tan España como la que combaten los hunos.»

Tal es la última lección de Unamuno: aquella intuición de que las dos Españas se nutren mutuamente en un momento en que las tropas franquistas pretendían erradicar los gérmenes de la anti-España. Estos tiempos de lucha fratricida no eran favorables a reflexiones de esta índole aunque las hiciera un hombre apasionado[\[105\]](#) cuyo pesimismo absoluto raya en nihilismo: «No son unos españoles contra otros -no hay Anti-España-, sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo»[\[106\]](#)

«Vencerán pero no convencerán; conquistarán, pero no convertirán», le escribe a Quintín de la Torre, el 13 de diciembre de 1936[\[107\]](#), repitiendo en parte las palabras que hubiera pronunciado en el paraninfo de la Universidad el 12 de octubre[\[108\]](#). Pero el escritor parecía haber alcanzado un punto de no retorno[\[109\]](#)

El ex-Rector luchó contra las derechas españolas, contra el Rey, contra el dictador Primo de Rivera y los militares en general, por y contra la República, por y contra el régimen de Burgos. Criticado, destituido, despedido, condenado a la cárcel, deportado, voluntariamente desterrado; festejado, agasajado, honrado, condecorado, celebrado, vituperado, arrestado en su propia casa, Unamuno fue siempre, en su lucha por la libertad, un provocador y un agitador, un franco-tirador y finalmente un disidente. Y donde mejor se encuentra esta evolución es en la lectura de su obra periodística.

Ahora bien ¿qué quería Unamuno? No quería hacer política, no pretendía convencer como Azaña, ni tranquilizar y agrupar cerebros como Ortega, sino inquietar a los españoles para que decidieran adueñarse de su destino.

El ecléctico Enrique Gómez Carrillo subrayaba el carácter lúdico de la política y suplicaba, en 1922, a Unamuno que dejara de guerrear "contra esto y aquello", asignándole, como ingente tarea cívica, la traducción directa al español de los clásicos griegos que se leían todavía a partir de una traducción hecha del francés[\[110\]](#). Insulto supremo. Al contrario, Unamuno siempre creyó que podía ser más útil a su país procurando inquietar a sus conciudadanos. Pero sería un error garrafal buscar un "Unamuno político" y juzgarlo como tal. Difícilmente puede explicarse la situación de Unamuno por la censura, pues en París ésta no afecta a lo que publique en Francia. Pero es evidente que estos escritos no pueden explicarse si se prescinde de la situación política española, aunque parezca exagerado tomar al pie de la letra la afirmación posterior del escritor: "¿Qué han sido y son todos mis escritos, sino Diarios gritados en la plaza pública. ¿Íntimos? Más bien, éxtimos"[\[111\]](#). Unamuno no se refiere al género literario, más bien recuerda que, lo mismo que no construyó un sistema filosófico, carece de ideario político. No piensa la política ni lo político sino que reacciona públicamente a ciertas situaciones críticas. Permaneció fiel a la explicación íntima que dio a Giner de los Ríos después de su conferencia del 25 de febrero de 1906 en el Teatro de la Zarzuela. Ésta no dejaba lugar a dudas:

"[...] ¿Yo diputado? No voy ni para ministro ni a hacer bufete. Quiero hacer espíritu y no política[\[112\]](#). [...] Ni entiendo ni siento la acción social como la entienden y la sienten por lo común nuestros hombres públicos, nuestros políticos [...] No soy un político; la vida civil no me es más que un pretexto para obrar sobre otra vida [...] No soy un político y no creo, como nuestro ilustre amigo Costa, en la *Gaceta*[\[113\]](#)."

" LA INTELLECTUALIDAD ES GASEOSA "

Este desquite es también para Unamuno una manera de reivindicar cierta influencia espiritual, situándose por encima de las circunstancias, lo cual no le impide hacer política criticando los actos del Gobierno pero pretendiendo no estar en la política. Ora actor, ora comentarista, sabe mantener el equívoco y decir que la política no es su fuerte. Unamuno sigue oponiéndose a todas las panaceas y fórmulas milagrosas, sean españolas o europeas, monárquicas o republicanas. Y no renuncia nunca a su papel fiscalizador de intelectual. Hasta cuando le toca encarnar el poder legislativo, no deja de emitir un discurso crítico paralelo al del poder. En este sentido fue fiel al papel que se había asignado para participar en lo que llama "los combates de la Historia", aunque esto le lleva a veces a insistir más en las carencias que en los logros de la política de la IIª República:

"[...] el deber social del intelectual es hacerse oír y hacerse oír del mayor número posible de gente, pero sin esclavizar su sinceridad y su veracidad a disciplinas de gremio o de partido, sin perder su independencia [...] sin perder la gaseosidad esencial a su condición[\[114\]](#)."

Pero Unamuno tampoco ignora lo dificultoso de la vía que ha elegido. Tal es la ambigüedad, en este contexto, del intelectual liberal, que no es siempre el testigo imparcial que pretende ser. A Ortega, que comprueba que en dos décadas los intelectuales españoles pasaron de serlo todo a no ser absolutamente nada[\[115\]](#), Unamuno había contestado de antemano con unas explicaciones psicológicas: "Yo me quedaré en Gredos porque empiezan a caérseme las manos y los pies". Y Pérez de Ayala advertía en 1927, desde un punto de vista sociológico, cuando entendió que la polarización político-cultural en torno a la revolución y a la contrarrevolución no era más que la expresión de un momento de crisis generalizada de los valores, que dificultaba la exégesis del texto constitucional y que no había permitido superar el malestar crónico del intelectual tradicional. «Vivimos en una

época de transición y de fluencia. En rincón alguno de la tierra hallaremos unidad ideológica y sentimental»[116]. Azaña no soportaba tales quejas y seguía exigiéndole coherencia y firmeza al intelectual. «Guardémonos de acreditar la sospecha de que un intelectual es un hombre con quien no puede contarse para nada», comentaba zumbón después de la visita de Unamuno a Palacio, en abril de 1922[117].

Todos planteaban proféticamente, a su manera, la cuestión de la identidad, de la ubicación y del papel del intelectual liberal en la crisis de la sociedad burguesa. Pero sólo le quedaba al intelectual de aquella tercera España, que no pudo elegir un campo, el último recurso que no descartaba Ortega al iniciar su acción pública: callarse.

Naturalmente algunos pensaron volver a hacer la revolución de 1789 en 1917 u ofrecer, al contrario, una percepción anticipada de ciertas coyunturas críticas. La Guerra civil, la evocaron en España algunos comentaristas de la crisis de 1917, y quienes, como Unamuno, juzgaban necesaria una radicalización del debate ideológico o comprobaban, al contrario, la aparición de gérmenes de una fractura social. Ortega explica, en febrero de 1929, en una clase que dio en un teatro tras el cierre de la universidad de Madrid, que una distancia demasiado importante entre dos generaciones engendra una crisis histórica[118]. Acostumbrado a jugar a los Casandra, no se atrevía a anunciar una catástrofe inminente por miedo a asustar sin convencer. Pero decía: «Ello es que está ahí una ola recién llegada de tiempo nuevo; sobre ella ha de brincar quien quiera salvarse. El que se resista, el que no quiera comprender la nueva fisonomía que toma el vivir, quedará sumergido en la resaca irremediable del pretérito.» Esta frase remite al sentido común pero también a la intuición de que los que se sienten molestos por el anticonformismo de la juventud no están al abrigo siempre de las sorpresas de la historia.

Lo que llama la atención en España es la perpetua impresión de un fracaso y de una vuelta a empezar. Se habla a principios de 1936 de la necesidad de una segunda revolución mediante una alianza obrera[119]. Ésta, con la victoria del Frente Popular, podría desembocar en una Tercera República más atenta a las cuestiones sociales, aunque Unamuno no oculta su reticencia.

Las generaciones coexistieron difícilmente. Tuvieron la impresión de que todo estaba por hacer y de que nadie quería tomar el relevo: ningún heredero pues, lo cual tranquilizaba el orgullo de los mayores que se creían insustituibles, pero ninguna herencia tampoco, dicen los más jóvenes, cuando inscriben su actuación en la perspectiva de una perpetua renovación y, por consiguiente, en un imposible presente. A causa de este déficit ontológico y comunicacional, deben librar un combate perpetuo por la vida, como si el fracaso de sus mayores fuera a la vez la causa y la consecuencia de la reacción iconoclasta de los cadetes que corren siempre tras la política sin lograr anclar el ideal de la modernidad en la contemporaneidad: ser jóvenes, en suma.

A la disidencia generacional se añadía la escisión política. En 1914, Ortega contemplaba todavía a España como una posibilidad. En 1939, Fernando de los Ríos preguntaba: «¿por qué nuestra generación tuvo tan trágico destino?»[120] » La respuesta la dio una discípula de Ortega en 1930, María Zambrano, frente a la actitud distante del maestro, rogándole que no renunciara al impulso vital de la política: «Hoy no se puede ser conservador en esta triste España sin ser antes revolucionario, sin derrumbar lo que está podrido y envenena el ambiente con su cadáver.»[121] Destruir pues, según lo predicaba el Baroja de la primera década al asignar al intelectual esta única misión. Un campo de ruinas, pero de ruinas recientes (según lo deseaba el insolente Agustín de Foxá) cuya paternidad se atribuye demasiado fácilmente a la movilización de una juventud que fue la primera víctima de la guerra y no les dejó el tiempo a sus intelectuales de desarrollar su proyecto. Después de haber pretendido escribir o interpretar la historia frente a unos acontecimientos que se les escapan, éstos se sienten inútiles y defraudados. "Una vez más hay que segar el trigo en verde" repetía Azaña[122], explicando la frustración de su generación cuando capitularon los maestros liberales y los intelectuales católicos y franquistas creyeron que les tocaba edificar la ciudad de Dios en un país demasiado ocupado en desarraigar a la Anti-España.

Tal es el drama del intelectual liberal que habla en nombre de un pueblo a cuya formación debe contribuir y se da cuenta de que el liberalismo al que se aferra para defender al individuo frente a las masas, postula su propia superación sin ser capaz de llevarla a cabo.

*

Desde el primer tercio del siglo XIX, se volvió a acudir al método inquisitorial de unificación para escindir, cortar por lo sano y desarraigar la ideología del enemigo: «Aquí yace media España, murió de la otra media»[123]. ¿Cabe dudar todavía, después del último intento de erradicación de aquella Anti-España teorizada por los carlistas y luego por los integristas de *Acción Española*, de la utilidad de los grandes relatos? Quizá, más que a la retórica del discurso histórico de Menéndez Pelayo, que, desde la ortodoxia y con acentos dignos de la Reconquista, sigue glosando el sino de la nación española, pueda acudir al resumen que hizo el propio general Franco explicando al periodista Jay Allen, con acentos del Antiguo Testamento, que quería restablecer el orden alterado por el reformismo republicano aunque tuviera que fusilar a media España[124]. Por consiguiente, no puede seguirse estudiando en un mismo impulso crítico la Guerra Civil y la II República española, sugiriendo todavía que ésta es causa de aquella, para hablar del naufragio del liberalismo, olvidando que este orden que pretendieron restaurar los militares sublevados era él de una España minada por el analfabetismo, las injusticias sociales, el recurso abusivo al estado de excepción y la práctica razonada de las elecciones falsificadas.

La "cruzada" permitió a unos nuevos inquisidores, acaudillados por José M^a Pemán, instaurar el estado franquista mediante la destrucción del Estado de derecho. En cuanto a Miguel de Unamuno, antes que cuatro falangistas se llevaran su féretro, el 1º de enero de 1937[125], se contentó con apuntar su angustia en los folios que titulaba *El resentimiento trágico de la vida* y con metaforizar la realidad que le había hecho escribir en 1913: «A mí, que tanto me duele España, mi patria, como podía dolerme el corazón, o la cabeza o el vientre.» Así fue cómo el último muerto del año 1936, que, siempre tuvo que ajustar cuentas con las autoridades de su país, interiorizaba los recientes acontecimientos en aquel soneto redactado el 28 de diciembre: «Vivir encadenado a la desgana, ¿es acaso vivir?», había reiterado, el 8 de enero de 1936, en el diario *Ahora* su dolorosa convicción de encarnar a la

nación española: «Ay de los hombres que nos hemos criado en pecado de liberalismo!... ¡Ay, España, cómo te están dejando el meollo del alma!»

Este viejo catedrático que no creyó en la existencia de dos Españas, ni se identificó con la tercera que tomó el camino del exilio desde el verano del 36, se sintió ajeno a la Segunda y a una posible Tercera República, ya alejado de la Historia, no dejaba de repetir: «No soy ni fascista, ni bolchevique. Soy solamente un solitario.»^[126] Este solitario, convencido de que encarnaba la conciencia de la patria, volvía a personificar la tragedia de su país^[127].

Bibliografía

- Aubert, Paul (1987), "Los intelectuales en el Poder (1931-1933): del constitucionalismo a la Constitución ", *La II República -El primer bienio*, Madrid, Siglo XXI, p. 169-231.
- Aubert, Paul (1995), *Les intellectuels espagnols et la politique (1898-1936)*, Lille, ANRT.
- Aubert, Paul (2001), "Los intelectuales y la II República", *El nacimiento de los intelectuales en España, Ayer*, nº 40, Madrid, p.105-133
- Aubert, Paul (2002), « Le rôle des intellectuels », *Temps de crise et « années folles »*, S. Salaün, C. Serrano (eds.), Paris, Presses de la Sorbonne, p. 91-107. Trad. Española, *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- Aubert, Paul (2005), "Unamuno y la política: de la predicación cívica a la disidencia", Ana Chaguaceda Toledano (ed.), *Miguel de Unamuno- Estudios sobre su obra II*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, p. 213-235.
- Aubert, Paul (2006), « "Vieille et nouvelle politique" : l'impossible relève générationnelle, 1868-1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Madrid, nº36-1, mayo de 2006, p.49-82.
- Aubert, Paul (2008-a), "Los intelectuales y la quiebra de la democracia en España: entre la Tercera República y la Tercera España", Congreso Internacional, *La Guerra Civil española (1936-1939)*, Santos Juliá (dir.), Madrid, 2006. http://www.secc.es/media/docs/17_5_Aubert.pdf; CDRom: Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales, Ministerio de Cultura, 2008, 43 p.
- Aubert, Paul (2008-b), « Intelectuales y obreros (1888-1936) », *Homenaje à Manuel Tuñón de Lara, Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense, nº30, Madrid, 2008, p. 127-154.
- Azaña, Manuel (1911), *El problema español*, conferencia pronunciada en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, imp. La cuna de Cervantes, 1911, p. 10. Publicado en *Azaña*, ed. de V. A. Serrano y J.-M. San Luciano, Madrid Edascal, 1980.
- Azaña, Manuel (1966-1971), *Obras Completas*, México, Oasis, 4 vols.
- Azaña, Manuel (1978), *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona, Aguado, 4 vols.
- Aznar, Manuel (1958), *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, Editora Nacional, 3ª ed., 1958, t. 1, p. 179.
- Baroja, Pío (1917), *Nuevo Tablado de Arlequín*, Madrid, Caro Raggio, 1917, (2ª ed. 1948).
- Díaz, Elías (1986), «Unamuno y el alzamiento militar de 1936», *Sistema*, nº75, noviembre de 1986, p. 63-81.
- Díaz, Elías (1990), «Miguel de Unamuno y la Guerra civil», La voluntad de humanismo. Homenaje a Juan Marichal, B. Ciplijauskaité, C. Maurer (eds.), Barcelona, Anthropos, p. 209-221.
- Díaz, Elías (1994), «Unamuno y la guerra incivil de 1936», *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza, p. 33-52.
- Díaz-Plaja, Fernando (1979), *Si mi pluma valiera tu pistola. Los escritores españoles en la guerra civil*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Domingo, Marcelino (1917), *En esta hora única*, Madrid, Zeus.
- Ehremburg, Ilya (1937), «El caso de Miguel de Unamuno y la militarada española. Entrevista con Merry Bromberger», *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, vol. XXXIII, nº2, 16 de enero de 1937, p. 37-38.
- Escolar Hipólito (1987), *La cultura durante la Guerra Civil*, Madrid, Alhambra.
- Garosci, Aldo (1981), *Los intelectuales y la Guerra de España*, Madrid, Júcar.
- Giménez Caballero, Ernesto, (1979), *Memorias de un dictador*, Barcelona, Plaza y Janés.
- González Egido, Luciano (1986), *Agonizar en Salamanca*, Madrid Alianza,
- Gonzalez Quintana, Antonio y Martín Nájera, Aurelio (1983), *Apuntes para la Historia de las Juventudes Socialistas de España*, Madrid.
- González, Nazario (1989), *Historia de España, España actual. La Guerra civil (1936-1939)*, José Andrés Gallego (dir.), t.13.1, Madrid, Gredos.
- Hugo, Víctor (1972), *Poesie*, t. I, Paris, Seuil.
- Juliá, Santos (2004), *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.
- Kazantzakis, Nicos (1958), *Du Mont Sinaï à l'île de Vénus. Carnets de voyage*, trad. de Pierre Fridas y Giselle

Prassinós, París, Plon. Versión española, *Obras selectas*, Madrid, Planeta, 1979.

Largo Caballero, Francisco (1934), *Discurso a los trabajadores*, pról. de Luis Araquistáin. Madrid, Gráfica socialista.

Larra, Mariano José de Larra (1836), "El día de difuntos de 1836", *El Español*, Madrid, 2 de noviembre de 1836, Fíguro, colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, Alejandro Pérez Vidal (ed.), Barcelona, Crítica, 2000.

Ledesma Ramos, Ramiro (1935), *Discurso a las juventudes de España* Madrid, Biblioteca Nueva, (2ª ed. 2003).

Machado Antonio (1963), *Obras. Poesía y prosa*, Buenos Aires, Losada.

Machado, Antonio (1947), *Las Adelfas*, Madrid, Espasa Calpe, 1947, p. 59 (obra de teatro escrita en colaboración con Manuel Machado).

Machado, Antonio (1971), *Los Complementarios*, ed. de D. Yndurain, Madrid, Taurus.

Machado, Antonio (1983), *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, ed. de Julio Rodríguez Puértolas y Gerardo Pérez Herrero, Madrid, Emiliano Escobar, 1983.

Machado, Antonio (1989), *Obras Completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 2 vols.

Madariaga, Salvador de (1944), *España*, Buenos Aires, ed. Sudamericana.

Marrero Suárez, Vicente (1961), *La guerra española y el trust de los cerebros*, Madrid.

Maurín Joaquín (1935), *Hacia la Segunda Revolución*, Madrid.

Obregón, Antonio de (1938), «Entierro de don Miguel de Unamuno», *Vértice*, nº 7 y8, noviembre-diciembre 1938.

Ortega y Gasset, José (1914) "Vieja y nueva política" (1914), *Obras Completas*, Madrid, Alianza ed., 12 vols.

Ortega y Gasset José (1997), *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Alianza ed.

Pirala, Antonio (1858), *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista* (1ª ed., 5 vols., 1858-1866), Madrid, Turner, 1984.

Portillo, Luis (1953), "Unamuno's Last Lecture", en Cyril Connolly (ed.), *The Golden Horizon*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1953, p. 397-409. en Hugh Thomas, (1961), t. II, *The Spanish Civil War*, (versión francesa, *La Guerre d'Espagne*, París, Robert Laffont, 1961, 2 vols.

Preston, Paul (1998), *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza y Janés.

Primo de Rivera, José Antonio (1976), *Obras Completas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 2 vols.

Rubio Cabeza, Manuel (1975), *Los intelectuales españoles y el 18 de julio*, Barcelona, Planeta.

Salcedo, Emilio (1964), *Vida de don Miguel*, Salamanca, Anaya.

Trapiello, Andrés (1994), *Las armas y las letras*, Barcelona, Planeta, 1994, Ambos libros están desprovistos de notas y referencias precisas.

Tuñón de Lara, Manuel (1969), "¿Dos Españas?", *Revista de la Universidad de México*, enero-febrero 1969.

Ucelay Da Cal, Enric (dir.) (1987), *La joventut a Catalunya al segle XX, Materials per a una historia*. Barcelona.

Unamuno Miguel de (1905), *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid.

Unamuno, Miguel de (1958), *Obras Completas*, Barcelona, Aguado Vergara, 12 vols.

Unamuno, Miguel de (1966-1971), *Obras Completas*, Madrid, Escelicer, 9 vols.

Unamuno, Miguel de (1991-a), *Epistolario inédito*, Madrid, Espasa-Calpe, 2 vols.

Unamuno, Miguel de (1991-b), *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil española*. Estudio preliminar de Carlos Feal Madrid, Alianza.

Urrutia, Manuel M^a (1997), *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Bilbao, Universidad de Deusto.

Víñas, Ricard (1978), *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI.

Zambrano, María (1977), *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, Madrid, ed. Hispamerca.

[1] Tuñón de Lara, 1969; Juliá, 2004.; Preston, 1998; Aubert, 2008-a, 2008-b.

[2] "Grande hasta la sublimidad se nos presenta la Historia de la Guerra Civil de España. ¡Cuántas acciones heroicas, cuántos honrosos sacrificios, cuántas virtudes atesora! En sus sangrientas y gloriosas páginas vemos personificada la revolución de las ideas y de los hechos; el combate de las antiguas tradiciones con los nuevos usos; y retratado el heroísmo español, la nobleza de sus afecciones, ora sean a los principios, ora a las personas." (Pirala, 1858-1866, p. 1).

[3] Aubert, 1995, 1987; Urrutia, 1997.

[4] Unamuno confiesa que sólo vio un día, con un largo catalejo, a un soldado carlista: "que abría un foso en el alto de Quintana, en Archanda, y cuyos botones de metal dorado refulgían al sol". Le impresionó mucho más el fragor del bombardeo de Bilbao tanto más cuanto que "una de las primeras bombas que llegaron a la villa – recuerda--, creo que la primera, cayó dos o tres casas más debajo de la nuestra." Pero reacciona inmediatamente como un niño que hace novillos o sale a la calle con sus compañeros cada vez que se oye el toque de una corneta. Sin embargo con este suceso se acabó su niñez: "El bombardeo de la villa marca el fin de mi edad antigua y el principio de mi edad media. De antes de él apenas conservo sino reminiscencias fragmentarias; después de él viene el hilo de mi historia." (*Recuerdos de niñez y mocedad*, Unamuno 1966-1971, t. VIII, p. 129-131).

[5] Miguel de Unamuno, "El fin del mundo", *Mercurio*, New-Orléans, 1º de diciembre de 1911.

[6] Baroja, 1917, p. 84.

[7] Ortega y Gasset, "Vieja y nueva política" (1914), 1983, t. I, p. 273.

[8] Machado, 1963, p. 190.

[9] *Ibid.*, p. 904.

[10] "El mañana efímero", *Ibid.*, p. 197.

[11] «Cuando las ideas del ochocientos se conviertan en piedras arrojadas, pasarán al dominio de las masas, y aparecerán como tópicos oratorios y programas políticos» (Machado, 1971, p. 230-231).

[12] Machado, 1947, p. 59.

[13] Luis de Zulueta, *La Lectura*, noviembre de 1909, p. 328.

[14] Domingo, *En esta hora única*, 1917, p. 90.

[15] "El mitin de anoche", *El Socialista*, 1º de marzo de 1917.

[16] Machado, 1989, t. II, p. 1172.

[17] Carta a Unamuno, 16 de enero de 1915 (Machado, 1989, t. II, p. 1572).

[18] Machado, 1989, t. II, p. 1173. Machado, 1963 p.721.

[19] Machado, 1963, p. 920.

[20] El poeta le dará vueltas a esta idea de ruptura hipotética a lo largo de su vida. «Rota la continuidad de nuestra historia sólo cabe saltar hacia el mañana», dirá de nuevo al presentar, el 14 de febrero de 1931, a Ortega y Gasset, Marañón, y Pérez de Ayala en el primer mitin de la Agrupación al Servicio de la República, en Segovia (Machado, 1989, t. II, p. 1174).

[21] Azaña, 1911, p. 10; Ortega y Gasset, "Vieja y nueva política" (1914), 1983, t. I., p. 274.

[22] Aubert, 2006, p.49-82.

[23] « Nous voulons exalter le mouvement agressif...le pas de course, le saut mortel, la gifle, le poing... la beauté de la vitesse.» (la traducción es nuestra).

[24] Giménez Caballero, 1979, p. 76.

[25] Eugenio Montes 1930, « ¿Qué es la vanguardia? », *La Gaceta Literaria*, 15 de julio de 1930.

[26] Largo Caballero, 1934, pról. de Luis Araquistáin, p. XIII.

[27] Viñas, 1978; Gonzalez Quintana y Martín Nájera, 1983.

[28] Ucelay Da Cal, 1987, p. 152-167.

[29] Ledesma Ramos, 1935, p.67.

[30] Ramiro Ledesma Ramos, « Unamuno y la filosofía », *La Gaceta Literaria*, 15 de julio de 1930; «Grandeza de Unamuno », *La Conquista del Estado*, 21 de marzo de 1931.

[31] Miguel de Unamuno, "Mañana será otro día", *Ahora*, 19 de mayo de 1936.

[32] M. de Unamuno, « Tradición y progreso», *El Magisterio Salmantino*, 3 de diciembre de 1900; *El Eco de Cartagena*, 8 de diciembre de 1900.

[33] Unamuno, 1905.

[34] "Lo que puede aprender Castilla de los poetas catalanes", Conferencia pronunciada en el Teatro Lope de Vega de Valladolid, el 8 de mayo de 1915, Valladolid, Imp. Castellana, 1915, 20 p; Unamuno, 1966-1971, p. 317-331.

[35]. *Gaceta de Madrid*, nº242, 30 de agosto de 1914, p. 531.

[36]. Carta a Ortega, 3 de septiembre de 1914, Unamuno, 1991-a, t. II., p. 115.

[37]. M. de Unamuno, "Cambio de rumbo", *La Nación*, Buenos Aires, 10 de noviembre de 1920, 1966-1971, t. VIII, p. 445.

[38] M. de Unamuno, "El valor de la inteligencia", *El Liberal*, 3 de octubre de 1923.

[39] Lo firmaron Ángel Ossorio y Gallardo, Azorín, Teófilo Hernando, Pío del Río Horta, Manuel Bastos, Gustavo Pittaluga y Unamuno. Se negaron a firmarlo alegando que Ossorio exageraba la gravedad del momento: Marañón, Castro, Eduardo Marquina y José Ortega y Gasset. El propio Ossorio y Gallardo llegó a creer que éstos tenían razón y desistió de hacer público el manifiesto. (Emilio Salcedo, 1964, p.396)

[40] Unamuno, 1966-1971, t. IX, p. 459.

[41]. "Perseguí a la Dictadura, que no ella a mí. Y de tal manera que tuvo que confinárseme a la bendita isla de Fuerte ventura — desértico remanso de sosiego —, y lo hizo en espera de que yo reclamase y me pusiera al habla con aquel Gobierno, para ganárseme. Me esquivé de ello y decidí hacer de víctima en servicio de España, con lo que seguí mi destino y mi misión. No debía quedarme aquí, privado de proclamar a todo aire y a toda luz las verdades de mi verdad." ("Palabras de agradecimiento al ser nombrado ciudadano de honor de la República, en abril de 1935", *Ibid.*, p. 459).

[42]. "¡Adiós, mi Dios, el de mi España,/adiós, mi España, la de mi Dios,/se me ha arrancado de viva entraña/la fe que os hizo cuna a los dos !", 24 de diciembre de 1925, *Ibid.*, p.74.

[43]. "Avoir emporté dans l'exil le dépôt sacré du progrès", "le continent (soit) encombré d'échafauds et de cadavres", Discurso de Victor Hugo delante de la tumba de Jean Bousquet en el cementerio de Saint-Jean, en Jersey, el 20 de abril de 1853 (Hugo, 1972, p. 595).

[44] Carta a Jean Cassou, 22 de noviembre de 1924. Casa Museo Unamuno, Salamanca

[45] Carta a Jean Cassou, 9 de abril de 1925.

[46]M. de Unamuno, "La antorcha del ideal", *El Sol*, 23 de junio de 1931.

[47] Véanse los artículos de J. Sánchez Rivera en *Heraldo de Madrid*, 30 de noviembre y 6 de diciembre de 1932.

[48] Unamuno, "Cartas al amigo, II", *Ahora*, 11 de noviembre de 1933 ; Unamuno, 1966-1971, t. VII, p.1017;"Cartas al amigo-III", *Ahora*, 24 de noviembre de 1933, *Ibid.*,p. 1018-1020.

[49] M. de Unamuno, "Constitución y República", *El Adelanto*, Salamanca, 12 de septiembre de 1933.

[50]. Azorín, "Los dos pactos", *La Libertad*, 10 de noviembre de 1933.

[51]. *Diario de Sesiones*, 27 de agosto de 1931, nº 28, p. 650.

[52].M. de Unamuno, "Sobre el cavernicolismo", *El Sol*, 21 de octubre de 1931.

[53]. *Diario de Sesiones*, 27 de agosto de 1931, nº28, p.652-657.

[54].M. de Unamuno, "Religión de Estado y Religión del Estado", *El Sol*, 8 de septiembre de 1931.

[55] En 1935, se discute la oportunidad de reformar la Constitución. La cuestión se evoca después de las tres conferencias que pronuncia el Presidente de la República con el título de "Tres años de experiencia constitucional". Pérez Serrano y Antonio Royo Villanova disertan sobre el particular en la Academia de Jurisprudencia. "La reforma de la Constitución", Conferencia en la Academia Nacional de Jurisprudencia, *El Sol*, 4 de mayo de 1935. José Castillejo comenta esta posibilidad, de noviembre a diciembre de 1935, en las columnas de *El Sol*.

[56]. "Cartas al amigo. IV", *Ahora*, 29 de noviembre de 1933, Unamuno, 1966-1971, p.1021-1022.

[57]. *Ibid.*, p. 1015.

[58].M. de Unamuno,"Cartas al amigo. Envés, revés y canto. A Gregorio Marañón", *Ahora*, 8 de febrero de 1933 ; *Ibid*, p. 1006; " A José Ortega y Gasset", *Ahora*, 6 de diciembre de 1933 ; *Ibid.*, p. 1023

[59]. *Ibid.*, p. 1016.

[60].Carta a Jean Cassou, 28 de mayo de 1932, Unamuno, 1991-a, t. II, p.291.

[61] M. de Unamuno, "Schura Waldajewa", *Ahora*, 11 de mayo de 1936.

[62]Unamuno sigue presidiendo el *Consejo Superior de Instrucción Pública* y Ortega, hasta febrero de 1932, la *Comisión de Estado*.

[63] Unamuno, "Constitución y república", *El Adelanto*, Salamanca, 13 de septiembre de 1933.

[64]Ortega y Gasset, "Un aldabonazo", *Crisol*, 9 de septiembre de 1931.

[65].Discurso en las Cortes, *Diario de sesiones*, 23 de junio de 1932.

[66].Honorio Maura, "Una revolución", *ABC*, 20 de octubre de 1934.

[67].Luis Araquistáin, "The october Revolution in Spain ", *Foreign Affairs*, art. citado.

[68]. "La raíz jugosa y profunda de la revolución está en otra cosa : está en que los revolucionarios han tenido un sentido místico, si se quiere satánico, pero un sentido místico de su revolución... Nadie se juega nunca la vida por un bien material... Cuando se arriesga una vida cómoda, cuando se arriesgan unas ventajas económicas es cuando se siente uno lleno de un fervor místico por una religión, por una patria, por una honra o por un sentido nuevo de la sociedad en que vive. Por eso los mineros de Asturias han sido fuertes y peligrosos.", José Antonio Primo de Rivera, *Diario de Sesiones de las Cortes*, 6 noviembre 1934, p. 4566.

[69] Primo de Rivera, 1976, t. II, p.22.

[70]Gaziel, "La gran interrogación", *La Vanguardia*, Barcelona, 19 de octubre de 1934.

[71] Madariaga, 1944, p. 550

[72] "Unamuno ante las elecciones", *El Sol*, 18 de febrero de 1936.

[73] Azaña, 1978, t. I, p. 83.

[74] 26 de agosto de 1937; Azaña, 1978, t. IV, p. 359.

[75] Así calificó el pleno del Ayuntamiento salmantino el discurso que Unamuno pronunció el 12 de octubre de 1936 (Acta del consejo municipal del 12 de octubre de 1936, citado por Ignacio Francia, *El País*, 29 de diciembre de 2006).

[76]. Rubio Cabeza, 1975, p. 73-75 ; Escolar, 1987, Marrero Suárez, 1961 ; Zambrano, 1977; Díaz-Plaja, 1979, Garosci, 1981, Díaz, 1986, 1994. También González, 1989, t.13.1, Trapiello, 1994. Ambos libros están desprovistos de notas y referencias precisas.

[77]. Unamuno, 1991-b, p. 43.

[78]. *Carta a Quintín de la Torre, 1º de diciembre de 1936*, Miguel de Unamuno, 1991-a, p. 352.

[79]. José Miguel de Azaola, "El « alzamiento » de Unamuno en julio del 36", *Estudios en homenaje a María Dolores Gómez Molleda*, Salamanca, ed. Universidad de Salamanca, Narcea, vol. I, 1990, p.191-.211.

[80]. Aznar, 1958, t. 1, p. 179.

[81] Jean Cassou, *Le Mercure de France*, 15 de mayo de 1926.

[82] "Unamuno ha muerto repentinamente, como el que muere en guerra. ¿Contra quién? Quizás contra sí mismo; acaso también, aunque muchos no lo crean, contra los hombres que han vendido a España y traicionado a su pueblo. ¿Contra el pueblo mismo? No lo he creído nunca ni lo creeré jamás." (Antonio Machado, 1983, p. 89.

[83]. Carta a Quintín de la Torre, 13 diciembre 1936, Unamuno, 1991-a, t. II, p. 354-355.

[84]. Carta a Quintín de la Torre, 1º de diciembre de 1936, Unamuno, 1991-a, t. II, p. 350.

[85] González Egido, 1986, p. 75.

[86] Miguel de Unamuno, "Mañana será otro día", *Ahora*, 19 de mayo de 1936.

[87]. Kazantzakis, 1958, p. 154..

[88]. "Debemos engañar al pueblo, par que los hombres tengan la fuerza y el gusto de vivir. El pueblo tiene necesidad de mitos, de ilusiones; el pueblo necesita ser engañado. Esto es lo que le sostiene en la vida. He escrito un libro sobre estas cosas, mi último libro. (*Ibid.*, p. 155). Unamuno se refiere a *San Manuel Bueno, mártir*.

[89]. Citado por Rubio Cabeza, 1975, p. 198-199.

[90] Comentado por Unamuno en su discurso de 1914, "De la neutralidad política", en «Cartas de Unamuno a M. García Morente», L. Robles (ed.), *Cuadernos de pensamiento*, Madrid, núm. 2, 1988, p. 186-188.

[91] *Ibid.*, p. 187.

[92] M. de Unamuno, "En el mayor de los ridículos", *España*, nº 22, 25 de junio de 1915.

[93] «Unamuno al servicio del fascismo en Salamanca», *Mundo obrero*, agosto 1936; «Unamuno y los generales», *El Tiempo*, Bogotá, 10 de enero de 1937; "Unamuno y el alzamiento nacional", *El Español*, Madrid, n.º 45, 24 de agosto de 1963.

[94]. "Galerías de traidores: El secreto de Unamuno", *Política*, 20 de agosto de 1936.

[95] "Un acto de la Alianza de Intelectuales. Bergamín habla del "fusilamiento" de Unamuno. A las once y media de la mañana del domingo, se celebró en el teatro de la Zarzuela, completamente ocupado por un auditorio entusiasta, el grandioso acto de afirmación cultural de la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

Presidió José Bergamín, que fue el primero en hablar, por la Alianza. Dedicó un recuerdo al poeta García Lorca, diciendo que no podía creer en su muerte y que, en cambio, creía en el fusilamiento de Unamuno, a quien los fascistas habían vaciado las entrañas, el cerebro y el corazón, rellenándolo después de paja y de aserrín, para que fuese el espectro de D. Miguel de Unamuno, que no había existido jamás. Pidió un minuto de silencio en memoria de Federico, y el público, en pie, levantó los puños emocionado." (*ABC*, Diario Republicano de Izquierdas, Madrid, 29 de septiembre de 1936, p. 13 c. Artículo no firmado).

[96]. El documento está en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca. Reproducido en Salcedo, 1964, p. 408.

[97] El autor de la propuesta, el concejal Rubio Polo, reclamó que al rector se le arrojara de la Corporación: "por España, en fin, apuñalada traidoramente por la pseudo-intelectualidad liberal-masónica cuya vida y pensamiento [...] sólo en la voluntad de venganza se mantuvo firme, en todo lo demás fue tornadiza, sinuosa y oscilante, no tuvo criterio, sino pasiones; no asentó afirmaciones, sino propuso dudas corrosivas; quiso conciliar lo inconciliable, el Catolicismo y la Reforma; y fue [...] la envenenadora, la celestina de las inteligencias y las voluntades vírgenes de varias generaciones de escolares en Academias, Ateneos y Universidades". (Acta del consejo municipal del 12 de octubre de 1936, citado por Ignacio Francia, *El País*, 29 de diciembre de 2006).

[98]. Kazantzakis, 1958, p. 154. La traducción es nuestra.

[99] "El traidor no es menester siendo la traición pasada" (Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, Acto III, escena Iª, v. 1109).

[100]. Unamuno, 1991-b.

[101]. *Ibid.*, p. 47.

[102]. M. de Unamuno, "Y después, ¿qué...?, *Ahora*, 3 de octubre de 1934.

[103]. M. de Unamuno, "Paciencia y barajar", *Ahora*, 8 de julio de 1936.

[104]. Unamuno, 1991-b, p. 31.

[105] "Porque yo, a quien se calumnia llamándome sabio, pensador, ingenioso y otros mote tanto o más feos que éstos, creo ser un hombre de pasión." (Carta al actor Fernando Díaz de Mendoza, citada por Manuel García Blanco, prólogo a M. de Unamuno, 1958, t. XII, p. 87).

[106] Unamuno, 1991-b.

[107] Carta a Quintín de La Torre, 13 de diciembre de 1936, conservada en la Casa-Museo Unamuno, Salamanca; Unamuno, 1991-a, t. II, p. 354.

[108] Fuera de las palabras redactadas en el dorso del sobre de la carta de la mujer de Atilano Coco, no hay transcripción de dicho discurso fuera de la traducción que de él hicieron las agencias de prensa extranjeras. Luis Portillo 1953, p. 397-409. Para una versión del campo nacionalista, José M^a. Pemán, "La verdad de aquel día", *ABC*, 12 de octubre de 1965.

[109] Díaz, 1994.

[110] Enrique Gómez Carrillo, "Una súplica a Unamuno", *ABC*, 15 de septiembre de 1922.

[111] M. de Unamuno, « Una vida sin historia, Amiel », *La Nación*, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1923.

[112] Borrador de una carta de marzo de 1906 a Francisco Giner de los Ríos, Miguel de Unamuno, 1991-a, t. II, p.111, y carta de marzo de 1906, fechada erróneamente por el editor en 1922, cuando Giner murió en 1915, *Ibid.*, p. 117.

[113] *Ibid.*, p. 117.

[114] M. de Unamuno, "La intelectualidad es gaseosa", *El Liberal*, 22 de enero de 1921.

[115] Ortega y Gasset, 1983, t. V, p. 508.

[116] Ramón Pérez de Ayala, "Público, pueblo y plebe", *El Sol*, 24 de noviembre de 1927.

[117] "El león, Don Quijote y el leonero", *La Pluma*, abril de 1922, Azaña, 1966, t. I, p. 450.

[118] Ortega y Gasset, 1997, p. 65.

[119] Maurín, 1935.

[120] Azaña, 1966-1971, t. IV, p. 627.

[121] María Zambrano, « Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset », *Revista de Occidente*, mayo de 1991, n^o120, p. 16-17.

[122] Azaña, 1966-1971, t. III, p. 626

[123] Larra, 1836. p 586-592.

[124] *Chicago Tribune*, 28 de julio de 1936, p. 2.

[125] «Unamuno. Un cadáver requisado por los rebeldes», *El Liberal*, Bilbao, 3 de enero de 1937.

[126] Nicos Kazantzakis, *Du Mont Sinaï à l'île de Vénus. Carnets de voyage, op.cit.*, p. 154. En 1926, Jean Cassou, que aludía al «inagotable monólogo» de don Miguel, le retrataba como «un hombre de lucha, en lucha consigo mismo, con su pueblo, contra su pueblo, hombre hostil, hombre de guerra civil, tribuno sin partidarios, hombre solitario, desterrado, salvaje, orador en el desierto, provocador vano, engañoso, paradójico, inconciliable, irreconciliable, enemigo de la nada y a quien la nada atrae y devora, desgarrado entre la vida y la muerte, muerto y resucitado a la vez, invencible y siempre vencido.» (*Le Mercure de France*, 15 de mayo de 1926).

[127] Ehreburg, Ilya, 1937.

Resumen:

Desde la revolución liberal, España está enfrascada en una querrela que opone los partidarios de dos concepciones de la patria. Unamuno tercia en el debate afirmando, frente al marasmo que, a su parecer, se apodera del país, la necesidad de un debate social. A esta confrontación cívica, protagonizada por los ciudadanos, el escritor llama "guerra civil", que opone, desde el antimilitarismo más radical, a la "guerra incivil", llevada a cabo por los militares.

Cuando, a lo largo del verano de 1936, los intelectuales más famosos que contribuyeron con él, después de la lucha contra la dictadura de Primo de Rivera, al advenimiento de la República, optan por el exilio afirmando que

no comparten los objetivos de ningún campo, Unamuno, quien aprobó inicialmente el golpe militar, elige el exilio interior, reafirmando, antes de morir desesperado, en una actitud crítica, su convicción de ser un franco-tirador, un solitario, convencido de encarnar a la España verdadera más allá de las dos Españas y de la Tercera España.

Palabras clave:

Unamuno, Guerra civil, Dos Españas, Tercera España, liberalismo, intelectual liberal.

[Volver](#)**Abstract:**

Since the liberal revolution, Spain is engaged in a quarrel between the proponents of two conceptions of the homeland. Unamuno participates in the debate by saying, as opposed to stagnation, which in his view, takes over the country, the need for a social debate. In this confrontation civic, starring people, the writer calls "civil war", which opposed, with the most radical anti-militarism, to the "uncivil war", conducted by the military.

When, during the summer of 1936, the most famous intellectuals who contributed with him, after the struggle against the dictatorship of Primo de Rivera, to the advent of the Republic, choosing exile saying they do not share the goals of any field, Unamuno, who initially endorsed the military coup, chose internal exile, reaffirming, before dying in despair, an attitude in Christ, his conviction of being a free-shooter, a loner, convinced embody the true Spain beyond the two Spain and the Third Spain.

Keywords:

Unamuno, Civil War, Liberalism, liberal intellectual.

[Volver](#)

Circunstancia. Año VII - N° 19 - Mayo 2009

Artículos

MIRADAS OPUESTAS: LA CASA BLANCA Y LA OPINIÓN PÚBLICA NORTEAMERICANA ANTE LA GUERRA DE ESPAÑA

Soledad Fox Maura

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#)

Durante la Guerra Civil Española el gobierno de Estados Unidos mantuvo una postura de "no-intervención". Se negó—en una clara violación de las leyes internacionales—a vender armas a la República. Al principio de la guerra los estadounidenses sabían muy poco de las circunstancias de ésta, y pocos se opusieron al embargo impuesto sobre la venta de armas. Pero la tensión entre la opinión popular y la inflexibilidad del Presidente Franklin Delano Roosevelt fue creciendo a lo largo de la contienda. Este no llegó nunca a cambiar su política, a pesar de las presiones urgentes y repetidas que le llegaron de muchos sectores del país, incluso de miembros claves de su gobierno y de su propia familia.

Muchos norteamericanos llegaron a creer que si la República española perdía la Guerra sería por culpa de Washington. Creían que si Estados Unidos hubiera vendido armas al gobierno Republicano, este podría haber vencido a los nacionalistas. Entre los más avergonzados estaba la primera dama, Eleanor Roosevelt, que escribió en 1938 "el acta de neutralidad no nos ha hecho neutrales... El acta de neutralidad en realidad no es en absoluto un acta de neutralidad, pero muy poca gente se da cuenta de ello." [i]

Desde el punto de vista del presidente, el colaborar con la República implicaba riesgos inconvenientes para la política doméstica e internacional. No quería perder el voto católico ni de los anticomunistas (muchos de los cuales asociaban a la República con el comunismo), no quería aumentar la tensión entre EEUU y Alemania e Italia, y no quería ir en contra de Inglaterra y Francia que también pactaron la no-intervención. El autor del embargo, el Senador Key Pittman, sostenía que la ley serviría para mantener apartadas a otras naciones. [ii]

A lo largo de la guerra hubo un grupo de norteamericanos que glorificaba lo que veía como la cruzada católica del general Franco, y que se opuso a cualquier tipo de ayuda a la República, incluida la humanitaria. Por ejemplo, en 1937 Claude Bowers, el embajador de Washington en España, y Eleanor Roosevelt se unieron para proponer que un grupo de niños refugiados del país vasco fueran evacuados a Estados Unidos. La propuesta fue rápidamente descartada por la vehemente oposición de los políticos católicos de Washington. Sin embargo, el grupo opuesto— que simpatizaba con la República y asociaba a los franquistas con Hitler y Mussolini—llegó a ser el mayor.

La movilización en Estados Unidos en contra de la política exterior norteamericana y a favor de la República acabó siendo masiva. Cualquiera con un conocimiento básico de la guerra civil sabrá algo de los casi 3.000 voluntarios americanos del Batallón Abraham Lincoln que vinieron a luchar a España. Y también le sonarán los reportajes y la novela *Por quien doblan las campanas* de Hemingway, y las fotos de Robert Capa publicadas en la revista *Life*. Pero la red de apoyo fue infinitamente más allá de estos ejemplos tan conocidos. Casi inmediatamente después de empezar la guerra se crearon decenas de organizaciones humanitarias y de propaganda pro-República, anti-franquista y anti-embargo. Estas se dedicaban a la recaudación de fondos, y contaban con la labor de cientos de periodistas, actores, escritores, y gente anónima—desde niños a ancianos— que quería dar a conocer la causa Republicana.

Aquí quiero centrarme en algunas personas excepcionales que conocían muy bien la situación en España y que hicieron lo que pudieron por ayudar a la República. Entre ellos están el médico Edward Barsky, los escritores Martha Gellhorn, Louis Fischer, y Jay Allen, los embajadores Claude Bowers y Fernando de los Ríos, y la primera dama Eleanor Roosevelt. Todos se volcaron hasta el último momento—de forma oficial y profesional pero también personal—por conseguir ayuda norteamericana para la defensa de la República. Sus deseos de revocar el embargo se vieron frustrados, pero sus esfuerzos dieron a conocer la causa republicana y contribuyeron directamente a que el americano medio—por lo general conservador y con poco interés en conflictos extranjeros— se identificara con la República y sintiera auténtica vergüenza por la política exterior de su gobierno. Si la opinión popular cambió—y así fue—entre 1936-1939 fue en parte gracias a la inmensa campaña que montaron.

Con los horrores de la Segunda Guerra Mundial y la represión del periodo de la Guerra Fría, los norteamericanos que habían sacrificado tanto por la República española fueron olvidados, marginalizados, y en muchos casos perseguidos durante décadas por el FBI. Se ha hablado poco de aquellos que apoyaron a la República española, y mucha gente piensa que fueron unos cuantos y que todos eran radicales o extremistas. Espero demostrar lo contrario, que fueron muchísimos y de todo tipo y en su mayoría moderados. En mi investigación intento recrear la historia de estas personas que se opusieron vehementemente a la política exterior del gobierno de FDR. Los ejemplos son traducciones de fuentes primarias—cartas, memorias, y diarios—que dan testimonio de este capítulo poco conocido tanto en la historiografía de los Estados Unidos como en la de la Guerra Civil.

Aunque se iría extendiendo por todo el país, Nueva York fue la base de la actividad anti-embargo. Hay que pensar que en 1936 tenía una comunidad judía de dos millones—el grupo étnico-religioso mayoritario de la ciudad [iii]—que estaba muy pendiente de los desarrollos políticos en Europa y de la amenaza Nazi.

Una oficina de prensa y propaganda republicana se estableció en Nueva York, y rápidamente se crearon más de treinta organizaciones Pro-República. Entre ellas: el Comité Americano de Guardianes de los Niños Vascos Refugiados, Comité Americano para la Ayuda Española, Comité de Servicio de los Amigos Americanos, Amigos Americanos de la Democracia Española, Sociedad Americana para la Ayuda Técnica a la Democracia, Comité Antifascista Español de los EEUU, y la Agencia de Información Española. En total recaudaron casi dos millones y medio de dólares. [\[iv\]](#)

Cuando el escritor Gustav Regler visitó Estados Unidos con pasaporte diplomático de la República para recaudar fondos para los hospitales republicanos, no se podía creer el entusiasmo con el que fue recibido. Dijo: "Hablé en Washington y en Nueva York, en Buffalo y en Detroit, siempre al mismo tipo de público, atentos, abiertos a lo que les contaba, en contra de las dictaduras y a favor de la República española...El dinero me llovía, tiraban los dolares al escenario..." [\[v\]](#)

Entre las más importantes de estas organizaciones fue la AMB (American Medical Bureau to Aid Spanish Democracy, organización adjunta a la North American Comité to Aid Spanish Democracy) que recaudó \$805.800, y que fue dirigida por el Dr. Edward Barsky un prestigioso cirujano neoyorquino. En 1936 Barsky, con la colaboración de otros médicos, fundó AMB. Organizaron el envío de ambulancias, aparatos, suministros, y en enero de 1937 enviaron un equipo completo de médicos, enfermeras, y técnicos, todos al mando de Barsky. Gracias a ellos, para 1938, la zona republicana contaba con 117 médicos, enfermeras y conductores de ambulancia norteamericanos. En 1937 Barsky volvió a Estados Unidos para dar una gira de conferencias y recaudar fondos. A la vuelta a España dirigió los Servicios Sanitarios de las Brigadas y estuvo a cargo de miles de voluntarios médicos internacionales. [\[vi\]](#)

Fue una verdadera hazaña enviar este equipo médico a España. Hay que recordar que durante la Guerra civil, todos los pasaportes norteamericanos llevaban un sello que decía "Not valid for travel to Spain" prohibiendo la entrada a España. Los casi tres mil voluntarios del batallón Abraham Lincoln viajaron ilegalmente y entraron por Francia, jugándose la vida y el derecho de volver a Estados Unidos. Como mínimo, el equipo de Barsky pudo viajar a España legalmente gracias a la intervención del embajador español Fernando de los Ríos. El embajador vio que el envío de Barsky y su equipo a España podría ayudar mucho a influir la opinión pública y consiguió que el departamento de estado hiciera una excepción al acuerdo de no dar pasaportes para España. [\[vii\]](#)

Barsky escribió unas memorias de gran valor testimonial e histórico *A Surgeon Goes to War* ("Un cirujano va a la Guerra") que hasta la fecha son inéditas. En ellas recordaría el significado que tuvo la Guerra para él y sus colegas:

"Yo era miembro de un grupo de médicos que se reunía para hablar sobre todo tipo de temas. Una noche estuvimos hablando sobre España. El gobierno casi no tenía servicio médico. Alguien dijo "Esas cosas deberían ser importantes para nosotros"...Pronto tuvimos un comité... mediante el que pretendíamos enviar una unidad médica a España. La mayoría éramos profesionales; teníamos unos recursos escasos, pero al final recaudamos más de un millón de dólares...Tuvimos muchas reuniones en Nueva York y también en casi todas las grandes ciudades del país. En todas partes existía un gran interés por España....Más difícilfue encontrar personal...las enfermeras o médicos (estaban) ocupados con trabajos que no podían abandonar....Para venir con nosotros ...dieron en algunos casos su salud, en otros, sus vidas. En todos dieron su trabajo." [\[viii\]](#)

Después de la guerra Barsky dirigió el Joint Anti-Fascist Refugee Committee, y la organización recaudó casi medio millón de dólares para los exiliados. En 1950 tuvo que comparecer ante la House of Un-American Activities Committee y no quiso nombrar a sus patrocinadores ni a los refugiados que recibían ayuda del comité. Fue sentenciado a seis meses de cárcel, multado, y se quedó sin su licencia de médico durante una temporada.

Fernando de los Ríos, embajador de la República en Estados Unidos, se enfrentó con una misión que resultaría imposible: cambiar, a través de la diplomacia, la política de Washington hacia su gobierno en guerra. A pesar de no poder cumplir su propósito, sus esfuerzos no fueron en vano ya que consiguió que se enviara comida y materiales indispensables a España, dio a conocer la causa republicana, y tuvo un papel importante en el esfuerzo de recaudar fondos durante y después de la guerra. En su correspondencia desde Washington con el Ministerio de Estado en Valencia, comentó repetidas veces lo conmovido que se sentía ante la explosión de apoyo popular que veía crecer todos los días en Estados Unidos. En un telegrama del 28 de Febrero de 1937 escribe: "Punto partido campaña para exponer problema español y allegar fondos enviar barco con comestibles fue éxito extraordinario, con setecientos comensales escritores, artistas, nombres (de) izquierdas, mostraron adhesión fervorosa causa gobierno...Fischer pronunció enérgico y espléndido discurso....Malraux pronunció bellissimo discurso...Fustigó democracias por abandono España que lucha contra Hitler y Mussolini conjuntamente...público rindió homenaje entusiasta. Cuestación inmediata para envío alimentos más de siete mil dólares." [\[ix\]](#) Al viajar por Estados Unidos y ver el apoyo enorme a la República y las inmensas cantidades de dinero que se recaudaban, De Los Ríos estaba convencido casi hasta el final de la guerra que el embargo sería revocado en cualquier momento. Hay que entender su postura en el contexto de lo que él veía a su alrededor, como dice en un cable a Valencia en marzo del '37 "Opinión pública cada vez más favorable nosotros....calculan ochenta por ciento prensa simpatiza con nosotros." [\[x\]](#) El embajador, como tantos otros, creía que poco a poco la presión de la población norteamericana tendría un impacto decisivo en la postura del presidente.

La escritora Martha Gellhorn, mucho menos conocida que su marido Ernest Hemingway, fue de las personas que más hizo y más se preocupó por la República. Gracias a su amistad con Eleanor Roosevelt, a la que conocía casi desde niña, presionó sin cesar a la primera dama para que hiciera cambiar la política de Estados Unidos. Durante la Guerra civil Gellhorn fue corresponsal de la revista *Colliers*. Era una mujer culta, comprometida políticamente, y no podía aceptar lo que veía como la indiferencia de su gobierno ante el ataque militar a la democracia española. Sus cartas a Eleanor reflejan su cariño por su amiga, pero también su ira y frustración. Los que tenían el poder en Washington no habían visto lo que estaba pasando en España. Gellhorn sí fue testigo ocular, y se creía obligada a hacerles entender que no sabían lo que hacían. En abril de 1938 le escribe:

"Querida Sra. Roosevelt,

Tu carta me hizo muy feliz....lo que dices del Acta de Neutralidad es lo que todos los que hemos visto sus efectos unidimensionales en España desde hace un año hemos pensado...El Acta de Neutralidad es de suma importancia aquí porque no todo está perdido pero se necesita material urgentemente... No veo como pueden perder, al no ser que las democracias dejen que Hitler y Mussolini sigan mandando suministros-abastecimientos ilimitados...Aquí estamos pidiéndole al cielo que el sentido de justicia y de autoprotección guíe a los representantes y al senado (de EEUU) y que al gobierno de España se le permita comprar con su oro todo lo que su ejército necesite para salvar al pueblo español ...Me siento muy patriota gracias a estos Americanos (de la Brigada Lincoln)....No he visto a mejores hombres en la vida, en ningún país, y ellos están dispuestos a morir por lo que tú—a tu manera y en tu sitio—estás dispuesta a vivir... y espero con todas mis fuerzas que Estados Unidos por lo menos no siga decepcionando a este país...Ya he escrito bastante...las palabras no van a lograr nada...ahora lo que los españoles necesitan son aviones...Te mando como siempre mi amor y admiración, y por favor dale mis recuerdos al Sr. Roosevelt. "[xi]

Hasta que murió Eleanor Roosevelt, las dos mantuvieron una correspondencia cariñosa que duró décadas. En general las cartas tienen un tono amable y respetuoso, pero hacia finales de la Guerra civil, Gellhorn no podía contener su frustración contra el Presidente, el tono se vuelve duro e impaciente. En enero de 1939, estuvo en Washington para hablar de la situación en España. Las reacciones de los políticos la dejaron decepcionada y furiosa, y esta vez expresó claramente, y sin rodeos, su indignación:

"He estado pensando en las conversaciones que he tenido con gente en Washington, y en cuanto más lo pienso, más negro lo veo todo....¿Crees que la gente tiene derecho de tomar una postura moral si no está preparada a defenderla con sus acciones, o que tiene derecho a tener convicciones sin tener valor, o el derecho a preparar discursos y escribir y hablar por la radio mientras se sienta a cenar satisfecha consigo misma y absolviendo su conciencia con palabras? En mi opinión el fascismo no puede destruir la democracia, la democracia solo puede autodestruirse. Se ha de haber debilitado y abaratado hasta tal punto que ya no es unarealidad....y así el gran impostor del fascismo puede disfrazarse como el poder dominante de la historia. La democracia se está suicidando.... Ver a España hundirse, y con ella los pocos ideales que hacen que valga la pena vivir y morirse, me parece una miseria de la que no saldremos fácilmente....Habrá millones como yo que nunca sabrán en que volver a creer...Es imposible pedirle a la gente que crea en la democracia cuando los que dirigen las democracias no creen en lo que hacen...No te estoy acusando a ti en particular, nos condeno a todos, los grandes y los pequeños. Pero a los más impotentes no se les puede condenar, se les dirige y luego pagan con sus vidas por los errores de los dirigentes....En el mundo entero solo hay un hombre para dirigir la democracia, y es el presidente de los EEUU....¿No crees que en este mundo asustado y atormentado....un hombre honrado y de valor auténtico pueda organizar a la gente...y hacerla ver que vale la pena vivir y seguir viviendo? ¿No crees que esto es lo que la gente busca?"[xii]

Las respuestas de la primera dama se fueron volviendo más tensas y defensivas ante su propia impotencia de cambiar la política de su marido, a pesar de que la opinión pública estaba ya claramente contra el embargo. Se ve claramente su dilema personal: sentía un gran cargo de conciencia por no haber podido ayudar a cambiar la política de su marido después de casi tres años de Guerra. El 26 de enero de 1939 escribe a Martha:

"Hablé con el presidente ayer por la noche para ver lo que cree que el congreso hará en cuanto el embargo (sobre todo en vista de los resultados de la encuesta Gallup). Me dijo que la mayoría de los congresistas no están convencidos que la gente entienda bien la situación, y que intentarán demorar el voto de cambiar la ley de neutralidad o revocar el embargo. Me dijo que no quieren tomar la responsabilidad de cambiar nuestra postura. El dice que no lo puede hacer solo. Reconozco que sus comentarios sobre los congresistas no reflejan a un grupo de personas con mucho valor, aunque creo que alguno sí es de confianza. Me temo que no está en la naturaleza humana abandonar el egoísmo....La gente ve las cosas desde su punto de vista individual, no desde el punto de vista de la historia o dentro de un contexto mundial." [xiii]

Eleanor Roosevelt no era la única en la casa blanca que se sentía entre la espada y la pared. Harold Ickes, el secretario de Estado, dejó en sus diarios evidencia de su disgusto con la situación. Era amigo de Jay Allen, corresponsal en España del *Chicago Tribune* y uno de los defensores más militantes de la República. Cuando Allen fue a verle en Mayo de 1938, Ickes se llevó un disgusto y se quedó muy preocupado, como refleja en su diario el 7 de mayo de 1938:

"Jay Allen vino ayer a verme...Está furioso por nuestro embargo que no permite vender armas a la España republicana. Cree, y estoy de acuerdo con él, que esta será una página oscura en nuestra historia. Cree que a Roosevelt le ha sido impuesta la ideología de los ambiciosos que veneran a Gran Bretaña y que creen que todo lo que hay que saber de asuntos internacionales empieza y termina con la British Foreign Office. Para él la valiente lucha de la República es una postura auténtica para defender principios demócratas. Como el dice, la neutralidad se ha convertido en instrumento de destrucción descarada. Cada día me llegan más y más cartas contra el embargo. Hace un par de días salía en la portada del *New York Times* que el Presidente está preparándose para revocarlo, pero Allen cree que se filtró la noticia precisamente para sabotear esta posibilidad. Pues con la reacción y las protestas de los católicos a la noticia el presidente ya no podrá hacer nada." [xiv]

Quizás Claude Bowers, embajador de Estados Unidos en España de 1933 a 1939 fue de los americanos que más incomodo se sintió a causa del embargo. Escribió unas memorias tituladas *Misión en España* basadas en los diarios que escribió mientras estuvo en la embajada. Esperó a publicarlas hasta retirarse del servicio diplomático, catorce años después del final de la guerra civil. Sus memorias son un testimonio de la frustración que experimentó mientras mandaba cables e informes—todos infructuosos-- rogando que la Casa Blanca revocara el embargo. La siguiente selección de citas es bastante larga, pero indispensable para entender la impotencia de un embajador al ver que su gobierno no tiene la más mínima consideración por sus informes:

"El día primero de marzo de 1939 fui llamado a Washington "para consultas" con el Departamento de Estado. Durante dos años y medio de guerra no había sido llamado ni una sola vez a mi país para consultas....Esto había sido tema decomentarios en la prensa norteamericana....Durante los dos años y medio escribí con regularidad y envié voluminosos informes sobre todas las fases de la lucha....y mi posición era perfectamente clara...Dije que

el Comité de No Intervención era un vergonzoso engaño, (cínico e indigno), y que Alemania e Italia mandaban constantemente soldados, aviones, tanques, artillería y municiones a España.... Yo había informado a Washington que nuestros intereses (ideológicos, comerciales, e industriales) estaban vinculados a los de la democracia en España, cuyo Gobierno era reconocido como constitucional y legal....A estas opiniones constantemente enviadas al departamento de Estado durante más de dos años, nunca recibí ningún comentario del Departamento...." [xv]

Bowers, que se describe como "demócrata Jeffersoniano", fue un hombre de política moderada. Su meta como diplomático en España era defender los valores de la democracia, y hacer lo posible para oponerse al fascismo europeo. Cuando por fin fue a Washington para dialogar con sus colegas, era demasiado tarde:

"No me sorprendió hallar en los Estados Unidos, entre la opinión pública, un poderoso sentimiento favorable a los españoles Republicanos. Era el sentimiento instintivo de los norteamericanos....Pero entonces era demasiado tarde para darse cuenta de que nuestro embargo había sido un factor que contribuyó a la victoria del fascismo... Yo verdaderamente no "tomé partido" hasta la llegada de aviones italianos y técnicos e ingenieros alemanes, que demostraban claramente que el Eje estaba haciendo la guerra contra la democracia española... Encontré al Presidente Roosevelt sentado en su despacho de la Casa Blanca, serio y preocupado como no lo había visto nunca....Antes de que me sentara y pronunciara una palabra, dijo: "Hemos cometido un error; usted ha tenido razón en todo momento." ...La noche del día que me entrevisté con Roosevelt estuve con el senador Key Pittman...presidente del Comité de Relaciones Exteriores, uno de los autores del embargo, desde las nueve de la noche hasta el amanecer en su casa.... Cuando entré...dijo: "Temo que cometimos un error en España." (A los) ... Pocos días...hablé....(ante el Comité de negocios Extranjeros de la Cámara)...hablé francamente durante más de una hora....Cuando se me preguntó si yo pensaba que el embargo había contribuido al triunfo fascista, contesté que incuestionablemente así era....tuve la impresión que el Comité era favorable a mi punto de vista....Por eso el Presidente había dicho que cometimos un error. El senador Pittman, autor del embargo, había dicho que cometimos un error. El Comité de la Cámara estaba de acuerdo. Pero era demasiado tarde." [xvi]

Junto a Gellhorn y Jay Allen, el neoyorquino Louis Fischer fue uno de los periodistas y propagandistas más importantes que tuvo la República. Mantuvo una estrecha relación con Bowers, Eleanor Roosevelt, Fernando de los Ríos, y con Juan Negrín entre muchos otros. En España fue corresponsal de *The Nation*, el encargado de la repatriación de los brigadistas norteamericanos, y consejero de muchos políticos y diplomáticos. [xvii] Pocos extranjeros se movilizaron a favor de la República como Fischer.

Desde Barcelona el 28 de Marzo 1938, escribió una carta a unos amigos americanos que deja muy clara su impresión del embargo:

"Las cosas aquí son tan reales que la elocuencia de las reuniones oficiales y los argumentos legales en comparación son pura basura. Durante tres días esta ciudad ha sido bombardeada por aviones italianos y alemanes que han venido de Palma...Han matado a más de 800 personas y herido a más de 2000. Las cifras son aproximadas porque nadie sabrá nunca los números exactos....El gobierno ha tenido que retirar aviones del frente—donde se necesitaban desesperadamente—para patrullar, y desde entonces los invasores no han vuelto ...Si el gobierno hubiera tenido unos cuantos aviones más esta atrocidad franquista no hubiera pasado. Y pensar que en NY y Washington hay gente que se supone tiene cabeza y corazón que nos dice que Estados Unidos no debería vender armas a los Republicanos...Aquí tenemos el acta de Neutralidad de Estados Unidos en acción. Los hombres y mujeres de Washington lo han aprobado, y los oficiales en Washington vigilan recelosos que no haya el menor incumplimiento- violación de su ley. Aquí en la distante Barcelona las mujeres, niños y hombres que no conocen ni de oídas a ...Hull, o Roosevelt se quedan hechos añicos porque a miles de kilómetros hombres y alguna mujer dijeron palabras y redactaron textos." [xviii]

Unos meses más tarde, el 24 de Noviembre 1938 le envía un telegrama desesperado y urgente desde Barcelona a su amigo y colega Jay Allen que estaba en Nueva York:

"Hemos sufrido once ataques aéreos en 24 horas, después del primero vi cuarenta cadáveres en el depósito... Mientras en Estados Unidos se comen la cena de Thanksgiving, aquí la gente está de luto profundo y pasando hambre...Los ataques iban dirigidos a la población civil...en cuanto antes se revoque el embargo antes cesarán estos bombardeos...los ataques tienen los mismos efectos que los pogroms en Alemania...Estados Unidos tiene la obligación de hacer una protesta que se oiga y que sea eficaz." [xix]

A Fischer le obsesionaba la idea de cambiar la política de Roosevelt, y la única posibilidad que veía era seguir con su campaña de propaganda pro republicana hasta el final. Con su red de contactos, trabajó incasablemente como demuestra esta carta (del 19 de enero 1939) que manda desde Nueva York a Otto Simon, el Jefe Comunista de la Prensa Republicana en París:

...La violenta oposición Católica de aquí ha atemorizado a muchos políticos que en privado piensan que lo mejor sería revocar el embargo...En mayo los católicos y la embajada británica impidieron que se revocara....La semana pasada un subsecretario de estado me comentó el Presidente está por revocarlo por su cuenta, pero otro subsecretario de estado me dice que esto sería ilegal. La segunda posibilidad es que el Congreso lo revoque....pero eso tomaría meses en las mejores circunstancias...Habrá muchos en contra de modificar de la legislación de neutralidad....Por favor envíame, con copia a Jay, literalmente TODO lo que tengas que demuestre apoyo a la República por parte de católicos europeos, apoyo a la iglesia en la España republicana, y ejemplos de racismo, antisemitismo, anstimasomería, y anti protestantismo en zona franquista....Por favor, mándame sugerencias, consejos, e información. [xx]

El obstáculo principal según Fischer era la fuerza del "lobby católico" en Estados Unidos. El 6 de febrero, 1939, después de estar en Washington para reunirse con Hull y Messersmith, Fischer le dice a Bowers que parece ser que su país está a cargo de los católicos y que estos pueden más que la opinión pública:

"He pasado mucho tiempo en Washington estos días. Cada día aparecen nuevos argumentos para revocar el embargo...Por ejemplo: si EEUU vende aviones a Francia porque es un país demócrata y puede ser atacado por

agresores, por qué no vendérselos a España que es una democracia y ha sido atacado por agresores?...Está en manos del presidente no solo salvar a España, sino también dirigir el camino que tomen los asuntos europeos... Vaya oportunidad histórica...Y sólo por el miedo a los católicos, no se hace nada....Los no-católicos están empezando a resentir violentamente que la Iglesia Católica tenga el poder de vetar la política doméstica y extranjera de EEUU. Muchos empiezan a preguntarse ¿Quién está realmente a cargo de este país? Es muy triste, pero tenemos que seguir adelante. Escríbeme." [xxi]

Fischer y el embajador Bowers mantuvieron una fascinante correspondencia durante la guerra. Nunca abandonaron sus intentos de defender la República, aunque cada vez esto pareciera más y más imposible. Sus cartas demuestran una solidaridad profunda contra la postura de su gobierno, como se ve en esta carta fechada el 18 de febrero de 1939, desde la Embajada de Estados Unidos en San Juan de Luz a Fischer en Nueva York:

"Me ofende que ahora estemos vendiendo aviones etc. a Francia cuando no vendimos nada a España que estaba luchando por la democracia francesa. La frontera norteamericana debió haber sido España. He insistido de forma directa para que no reconozcamos a Franco mientras el gobierno español siga existiendo y funcionando como tal, mientras la capital de España esté en manos de ese gobierno....No te olvides que hasta la fecha somos casi el único país de cierto nivel que no ha enviado un "agente diplomático" a Franco. Yo me he resistido totalmente a esto, sobre todo desde que los ingleses enviaron al suyo hace un año. Y la presión para que lo hiciera ha sido tremenda. Esta carta es muy confidencial." [xxii]

Los que apoyaron a la República siguieron haciendo lo posible aun después del final de la guerra. Bowers siguió en contacto con Juan Negrín, y el 17 de Abril de 1939, este escribió al embajador norteamericano para quejarse de Roosevelt:

"Mi querido Embajador y amigo: Aunque su gobierno ya no reconozca al mío como el gobierno de España, me tomo la libertad de comunicarle la impresión que me han causado las palabras que pronunció hace pocos días el presidente Roosevelt sobre Hitler y Mussolini.... Durante casi tres años de guerra mi gobierno y el suyo mantuvieron relaciones amistosas basadas en la afinidad de nuestras ideas demócratas, y que trascendieron lo formal. España, además, ha sido una de las víctimas principales de la agresión totalitaria que el Presidente Roosevelt ahora quiere frenar. Todo esto es para decirle porque le escribo ahora. Evidentemente estoy de acuerdo con la iniciativa actual del Presidente Roosevelt, y mi único pesar es que este paso no lo diera antes cuando hubiera podido salvar a la República Demócrata española....Yo he dicho en público varias veces que nosotros luchábamos por Europa, y lo que está pasando ahora....demuestra que teníamos razón...La semana que viene viajaré a EEUU en visita privada individual...Espero que nos volvamos a ver pronto. [xxiii]

Bowers le contestó a Negrín una larguísima y generosa carta diciéndole que ya le había comunicado el contenido de su carta a Roosevelt, y con una larga y detallada lista de las personas que pensaba que Negrín debía ver en Washington. Le recomienda que en sus entrevistas en EEUU se mantenga firme en los siguientes puntos: 1) Que la lucha de la República fue una lucha por la libertad e independencia de España, 2) que fue una lucha por la democracia en general, 3) que la República perdió porque el pacto de no-intervención privó a la democracia española de su derecho bajo la ley internacional de comprar armas y municiones para defenderse, mientras permitió que los poderes fascistas alimentasen colosalmente a los Nacionalistas durante todo el conflicto 4) Que insista que está muy agradecido por el dinero y la comida enviada a los niños españoles desde los EEUU, y por el amplio apoyo a la causa republicana por parte del pueblo norteamericano. Acaba con estas palabras que reflejan la confianza que se tenían: "Le sugiero que después de leer esta carta la destruya. Mientras yo siga siendo embajador, hasta que no haya cerrado la embajada de aquí, preferiría que esta carta fuese confidencial porque la he escrito con franqueza absoluta. Le envío mis saludos más cordiales, y mi renovada admiración por su lucha heroica e histórica." [xxiv]

Los esfuerzos humanitarios y de propaganda pro-republicana en los Estados Unidos—y solo he podido dar unos pocos ejemplos aquí—la ayuda médica Dr. Barsky, y las peticiones de Bowers, Fischer, y Martha Gellhorn — impactaron al Presidente. Se ha comprobado que él mismo tuvo una gran simpatía por el bando republicano, pero no dejo de haber un conflicto entre lo que manifestaba en privado y su política exterior. Algo que ha salido a la luz hace poco es que el Presidente llegó a sentirse tan atrapado e impotente ante su propia ley que hasta permitió que en 1938 se ingeniara una trama ilegal de ayuda encubierta— una verdadera locura a cargo de su cuñado—de enviar 200 aviones a la República a través de Francia. La trama salió a la luz antes de tiempo, y fue anulada y silenciada, pero demuestra como casi llegó a violar sus propias leyes. [xxv]

Para enero de 1939, más de un 70 % del público norteamericano estaba a favor de revocar el embargo--no era una minoría radical ni subversiva. Lo que sí fue subversivo fue cambiar la ley internacional que garantizaba el derecho de las democracias legales a comprar armas y recibir ayuda humanitaria. Eleanor Roosevelt culpó a todos los norteamericanos por el abandono de la República, pero a su marido en especial, diciendo "Entendíamos perfectamente lo que había que hacer, pero fuimos demasiado débiles. No supimos presionar a mi marido lo suficiente" [xxvi]

Para cerrar, quisiera dar un ejemplo de lo que fue la Guerra Civil para una neoyorquina que hace poco me escribió contándome la importancia que tuvo el conflicto español en su adolescencia. Su carta refleja la importancia que la causa Republicana llegó a tener, gracias a los esfuerzos de los corresponsales y activistas norteamericanos.

Me escribió:

"En tu carta me preguntas que como me interesé por la guerra civil española, y si fue por algún vínculo personal. No, no tuve ningún vínculo directo..la primera noticia que tuve de la Guerra Civil Española en el verano de 1937 cuando un monitor de mi campamento de verano nos enseñó a decir "No pasarán".

Unos meses más tarde, empecé a estudiar en el Colegio Walden de Nueva York...Walden era un colegio muy progresista y el ambiente político era intenso. La Guerra en España fue, ahora que lo pienso bien, el tema más importante de nuestras vidas. Yo tenía doce años y medio, y el poder participar en la causa de la guerra fue

emocionante y maravilloso. Leíamos, hablábamos, participábamos en manifestaciones, llevábamos chapas de propaganda en la solapa (yo siempre llevaba como mínimo tres, y todavía tengo una), nos poníamos en las esquinas para pedir dinero para los niños republicanos, guardábamos papel de aluminio religiosamente, mandábamos telegramas a Roosevelt y le maldecíamos a diario...una vez...hicimos un sorteo en el colegio para recaudar fondos para España...le pedí a mi padre que donara uno de los premios, y con su característica generosidad nos dio un maletín de cuero. Para nosotros la Guerra de España fue la causa más pura de nuestra juventud, y siempre se me ha quedado grabada... También tuvo su precio. Yo tenía catorce años en marzo de 1939 y cuando se veía que los Republicanos iban a perder fue tal el golpe que no he podido jamás volver a apoyar una causa con la misma intensidad. Espero que esto conteste tus preguntas."[\[xxvii\]](#)

En conclusión, la política de Estados Unidos durante la Guerra Civil Española resultó incómoda y complicada para los políticos que la decidieron y para los norteamericanos en general. Como decía Harold Ickes, llegaría a ser una "página oscura en nuestra historia"—tan oscura que hasta la fecha se ha preferido dejar de lado. Al final, el embargo de Estados Unidos a la República tendría pocos defensores convencidos. Entre ellos, el más entusiasta fue Francisco Franco, que declaró en 1937: "El presidente Roosevelt se ha portado como un verdadero caballero. Su acta de neutralidad...es un gesto que los nacionalistas no olvidaremos nunca."[\[xxviii\]](#)

Referencias Bibliográficas

Bowers, Claude. (1977) *Misión en España*. Barcelona: Grijalbo.

Ickes, Harold L. (1954) *The Secret Diary of Harold L. Ickes, Volume II, The Inside Struggle*. New York: Simon & Schuster.

Rey García, Marta. (1997) *Stars for Spain: La Guerra Civil Española en los Estados Unidos*. Coruña: Edicions do Castro.

Tierney, Dominic. (2007) *FDR and the Spanish Civil War*, Durham, N.C.: Duke University Press.

Wallace, Mike. "Nueva York y el mundo: el contexto global" (2008). *Frente al fascismo: Nueva York y la Guerra Civil Española*, edición de Peter Carroll y James D.Fernández, New York: Museo de la Ciudad de Nueva York & NYU Press.

Notas

[\[i\]](#) Carta de Eleanor Roosevelt a Martha Gellhorn. 5 de abril de 1938. Correspondencia de Eleanor Roosevelt, Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, New York.

[\[ii\]](#) Claude Bowers, *Misión en España*. (Barcelona: Grijalbo, 1977), p. 431

[\[iii\]](#) Mike Wallace, "Nueva York y el mundo: el contexto global" en *Frente al fascismo: Nueva York y la Guerra Civil Española*, edición de Peter Carroll y James D.Fernández, New York: Museo de la Ciudad de Nueva York & NYU Press, 2008, p. 22. La solidaridad con la República por parte de los brigadistas judíos fue un fenómeno importante. Los motivos de uno en particular, Hyman Katz, los ofrece él en una carta a su madre desde Albacete, el 25 de noviembre 1937. "Querida Mamá, Me resulta bastante difícil escribir esta carta, pero tengo que hacerlo; Claire me dijo que sabías que estoy en España...Vine a España porque creí que tenía que hacerlo...Nos sentimos mal cuando Hitler llegó a ser el canciller alemán, pero, ¿qué podíamos hacer?...Ante todo esto ¿no ves que el fascismo es un problema nuestro, que puede ocurrirnos a nosotros lo mismo que a los otros países? ¿Cómo puedo quedarme con los brazos cruzados y esperar a que las bestias lleguen a mi propia puerta....? Si permitiese que llegasen esos tiempos—y como judío y progresista sería uno de los primeros que caerían bajo el hacha del fascismo—todo lo que podría hacer en ese momento sería maldecirme.... Sí, mamá, éste es un caso cuando los hijos tienen que ir en contra de los deseos de sus madres por el bien de ellas...Estoy luchando en contra de los que han creado en España una inquisición semejante a la de sus antecesores ideológicos de hace unos siglos..." (Carroll & Fernández, pp.24-25).

[\[iv\]](#) La lista completa de las numerosas organizaciones está en las páginas 21-22 de Marta Rey García, *Stars for Spain: La Guerra Civil Española en los Estados Unidos*. Coruña: Edicions do Castro, 1997.

[\[v\]](#) Marta Rey García, *Stars for Spain*, p. 391.

[\[vi\]](#) Esta información está traducida de la nota biográfica que acompaña la descripción del archivo de Barsky en la biblioteca Tamiment de New York University: dlib.nyu.edu/eadapp/transform?source=tamwag/barsky.xml&style=tamwag/tamwag.xsl&body

[\[vii\]](#) Archivo Fernando de los Ríos, Correspondencia de Salida 1936-1939, folio 29.

[\[viii\]](#) Alguien tenía que ayudar de Dr. Edward Barsky, en Carroll & Fernández

[\[ix\]](#) Archivo Fernando de los Ríos, Residencia de Estudiantes Madrid. Correspondencia de salida, 1936-1939, folio 19.

[\[x\]](#) Archivo Fernando de los Ríos, Residencia de Estudiantes Madrid. Correspondencia de salida, 1936-1939. Marta Rey García señala: "Ni en este (reunión con Cordell Hull 10 de octubre 1936) ni en sucesivos encuentros con el secretario de Estado logro de los Ríos concesión alguna respecto a la política de no intervención adoptada por la administración Roosevelt en relación a España. Curiosamente, De los Ríos tardó catorce meses en transmitir a Hull una protesta formal contra esa política, limitándose hasta entonces a preguntarle reiteradamente acerca de la posibilidad de exportar armas a España. El secretario de Estado interpretó este retraso como un signo de aquiescencia con su posición de neutralidad..." (*Stars for Spain*, 118). Sin embargo, un

estudio de la correspondencia del embajador y la postura de Hull demuestran que Fernando de los Ríos no pudo haberse acercado a la situación de otra manera. Queda claro que si la Casa Blanca no cambió su postura, no fue por culpa del embajador que hizo lo que pudo para lograr este cambio.

[xi][xi] Carta del 24 o 25 de Abril, 1938, Barcelona. De la Franklin D. Roosevelt Library.

[xii][xii] Letter from Martha Gellhorn, undated but from response January 1939

[xiii][xiii] Letter from Eleanor Roosevelt to Martha Gellhorn, January 26, 1939.

[xiv][xiv] Harold L. Ickes, *The Secret Diary of Harold L. Ickes, Volume II, The Inside Struggle*. New York: Simon & Schuster, 1954. Saturday, May 7, 1938, pp. 388-389.

[xv][xv] Claude G. Bowers, *Misión en España*. Barcelona: Grijalbo, 1977, pp. 423-424.

[xvi][xvi] Bowers, pp. 425-432.

[xvii][xvii] El FBI veía a Fischer como un gran enemigo y le persiguieron y espionaron durante años, sin poder nunca condenarle a nada. Fischer parecía ser demasiado inteligente y camaleónico para los agentes y el director del FBI, John Edgar Hoover. En una carta de Abril de 1942 dirigida al "Agente Especial" a cargo del FBI en Nueva York, Hoover le pide urgentemente que averigüe en que actividades subversivas está metido Fischer. Según Hoover, Fischer era espía, pero había que averiguar más ya que tenían informes que decían que Fischer era comunista, mientras que otros decían que era anti-comunista. Louis Fischer File, FBI.

[xviii][xviii] Louis Fischer Papers. Mudd Manuscript Library. Princeton University.

[xix][xix] Louis Fischer Papers.

[xx][xx] Ibid.

[xxi][xxi] Ibid.

[xxii][xxii] Ibid.

[xxiii][xxiii] Ibid.

[xxiv][xxiv] Ibid.

[xxv][xxv] Este episodio lo narra Dominic Tierney en *FDR and the Spanish Civil War*, Durham, N.C.: Duke University Press, 2007.

[xxvi][xxvi] Carta de Eleanor Roosevelt a Martha Gellhorn. Correspondencia de Eleanor Roosevelt, Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, New York.

[xxvii][xxvii] Entrevista con la autora, junio 2008.

[xxviii][xxviii] Tierney, p. 39

Resumen:

Durante la Guerra Civil Española el gobierno de Estados Unidos mantuvo una postura de "no-intervención". Se negó—en una clara violación de las leyes internacionales—a vender armas a la República. El Presidente Roosevelt no llegó nunca a cambiar su política, a pesar de las presiones urgentes y repetidas que le llegaron de muchos sectores del país, incluso de miembros claves de su gobierno y de su propia familia. La movilización en Estados Unidos en contra de la política exterior norteamericana y a favor de la República acabó siendo masiva. Con los horrores de la Segunda Guerra Mundial y la represión del periodo de la Guerra Fría, estos norteamericanos que sacrificaron tanto por la República española fueron olvidados. Este ensayo recrea las historias de algunos de ellos con ejemplos de fuentes primarias—cartas, memorias, y diarios—que dan testimonio de este capítulo poco conocido tanto en la historiografía de los Estados Unidos como en la de la Guerra Civil.

Palabras clave:

Franklin Delano Roosevelt, Eleanor Roosevelt, embargo, Guerra Civil Española, no-intervención, diplomacia, República Española, Juan Negrín.

[Volver](#)

Abstract:

During the Spanish Civil War, the United States maintained a position of "non-intervention". Franklin D. Roosevelt refused—in a clear violation of international law—to sell arms to Spain's legally elected Republican government. The White House never revoked the embargo, despite intense pressure from the general public, politicians, and even members of the president's own family. In the end, the majority of Americans were opposed to their country's policy, and at the grass roots level there were massive efforts to overturn it. With the horrors of World War II and the repression of the Cold War, the story of these Americans who devoted their energy to defending the Spanish Republic has been largely forgotten. This essay focuses on some of the key people involved in this effort, all of whom were familiar with the what was happening in Spain and who worked tirelessly to promote the Republican cause. Their stories are told using primary documents—letters, memoirs, and diaries—in order to illustrate a little known chapter in the history of the United States and of the Spanish Civil War.

Keywords:

Franklin Delano Roosevelt, Embargo, Spanish Civil War, non-intervention, Spanish Republic, Juan Negrín, diplomacy, Claude Bowers, Fernando de los Ríos, Unites Status.

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Artículos

DE LA GRAN GUERRA A LA GUERRA CIVIL: EL NACIMIENTO DE LA MOVILIZACIÓN INDUSTRIAL[\[1\]](#)

Elena San Román

[Resumen-Palabras clave / Abstract-Keywords](#)

Introducción

1. Gran Guerra y movilización industrial

2. Movilización industrial y guerra civil

a. [La industria en la España republicana](#)

b. [La industria en la España de Franco](#)

3. Empresas en uno y otro bando

a. [Hidroeléctrica española: una empresa sin empresarios](#)

b. [Saltos del Duero: la consolidación de su mercado natural](#)

Conclusiones

Introducción:

La guerra civil fue para España la primera guerra industrial del siglo XX: el primer conflicto que movilizó todos los recursos económicos e industriales del país. La neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial evitó que hubiera experiencias anteriores, como los ensayos de movilización económica e industrial que protagonizaron los contendientes europeos entre 1914 y 1918. Sin embargo, los militares españoles habían tomado buena nota de lo sucedido en Europa y habían realizado en los años de entreguerras los primeros estudios sobre la forma de transformar la economía y la industria al servicio de la guerra. La ocasión de poner en práctica estos trabajos teóricos llegó en 1936.

Estas páginas analizan cómo se organizó la actividad industrial durante la guerra civil en España y la influencia que, sobre este proceso, tuvieron los trabajos de movilización económica e industrial desarrollados a raíz de la Gran Guerra. En el primer apartado se repasa lo que supuso la movilización de 1914 y la huella que dejó en España. El segundo apartado estudia la organización industrial tanto en la España republicana como en la España de Franco. Servirá para poner de manifiesto la distinta intensidad con que se siguieron, en uno y otro bando, las enseñanzas de la Primera Guerra Mundial y las repercusiones que tuvo la movilización sobre el desarrollo industrial del estado franquista una vez terminado el conflicto. El tercer apartado recoge la experiencia concreta de dos empresas del sector eléctrico situadas, cada una, en una de las dos Españas: la distinta manera de llevar a cabo la movilización tuvo consecuencias también diversas que fueron más allá de la propia guerra.

1. Gran Guerra y movilización industrial

La Primera Guerra Mundial implicó una importante transformación en el concepto de la guerra. Hasta entonces, los factores fundamentales de las guerras europeas se habían reducido a tres: la instrucción del soldado, la planificación de la estrategia y el armamento. En tiempos de paz se fabricaba el material de guerra necesario para cubrir las necesidades de los contendientes. Cuando estallaba un conflicto, las industrias especializadas en la fabricación de armamento eran las encargadas de reemplazar el material perdido o desgastado así como las municiones correspondientes. De este modo, cada país facilitaba a sus tropas los pertrechos necesarios sin necesidad de trastocar su economía. Los enfrentamientos se reducían a una cuestión puramente militar que no movilizaba los recursos de una nación y que sólo afectaba a las zonas donde se desarrollaban los enfrentamientos.

Sin embargo, la Gran Guerra acabó con esta situación. El plan alemán, trazado por el jefe del Estado Mayor, conde Schlieffen, suponía la conquista rápida de Francia a través de Bélgica: una guerra corta de cinco o seis semanas a lo sumo. Lejos de cumplirse estas predicciones, los frentes se estabilizaron y comenzó una guerra de trincheras de naturaleza desconocida^[2]. Las fábricas de armamento tradicionales ya no eran capaces de abastecer las enormes necesidades de los ejércitos movilizados. Por primera vez aparecían en el campo de batalla camiones y aeroplanos, gases tóxicos y otras armas químicas. Era la aplicación de la segunda oleada industrializadora a la guerra. Desde fines del siglo XIX el motor de combustión interna, la electricidad y las numerosas aplicaciones de la química habían transformado el panorama fabril de un modo similar a como lo había hecho dos siglos atrás la hulla. Ahora estas innovaciones transformaban también las guerras.

Como inmediata consecuencia de la nueva situación nació entre los contendientes, y desde ellos se

extendió a los neutrales, el concepto de movilización nacional para definir la utilización integral de los recursos de un país al servicio de la guerra[3]. El aspecto más importante de esa movilización general, era el de la industria; movilizar la industria equivalía a orientarla por entero a la construcción de material bélico. Esto significaba que, en las guerras del siglo XX, a los tres factores tradicionales se unía uno nuevo, el industrial, la capacidad de producir lo necesario para la guerra.

Durante la Gran Guerra, todos los países beligerantes siguieron, en lo referente a la organización de la economía, unas pautas comunes. Como indicó Marwick, en los primeros meses de la guerra cada uno de los contendientes vivió su particular crisis de municiones: un fuerte desajuste entre el brusco incremento de la demanda y la inelástica oferta de armamentos. La reacción fue también común: acabar con el libre mercado y abrir las puertas a la intervención estatal[4]. Desde el punto de vista industrial se intensificó la intervención del Estado sobre la producción y se crearon organismos, en algunos casos Ministerios, para llevar a cabo las tareas de coordinación, control de la producción y de los precios y elaboración de estadísticas.

La falta de experiencia hizo de aquella primera movilización industrial un cúmulo de errores marcados por la improvisación, pero también permitió extraer un conjunto de provechosas enseñanzas. La movilización industrial se convirtió en tema central durante los años de posguerra: *si vis pacem para bellum*[5]. Todas las naciones dirigieron sus esfuerzos a evitar que se repitiera el caos industrial de 1914. La movilización industrial nació en la Gran Guerra pero su importancia creció en los años siguientes favorecida por el ambiente bélico que caracterizó a la Europa de la Paz Armada. Aunque en muchos países desaparecieron los mecanismos de control creados para el conflicto, todos apostaron por la creación de organismos permanentes que se encargaran de la organización industrial de las futuras guerras. En términos generales, sus principales tareas consistieron en el estudio de la capacidad industrial de sus territorios, de sus posibilidades de transformación en caso de conflicto y en la obtención de productos esenciales como por ejemplo combustibles sintéticos.

Aunque España no participó en la Gran Guerra, la movilización industrial europea despertó gran interés entre los militares españoles. En España no se produjo intervención alguna de la industria por parte del Estado pero se crearon, en el seno del Ejército, unas Comisiones de Movilización Industrial cuyo objetivo era alcanzar un conocimiento detallado de la situación de la industria española y de sus posibilidades de participación en un conflicto. Estas comisiones emprendieron tareas de estadística industrial y estudios particulares de los sectores relacionados con la provisión de armamentos y la sustitución de importaciones en tiempos de guerra o con las principales regiones industriales de España. En el Archivo General Militar de Segovia se conservan muchos de estos trabajos: investigaciones sobre el estado de la industria química, aeronáutica y automovilista; recopilación de datos sobre sectores estratégicos o, simplemente sobre la capacidad fabril de la mayoría de las regiones españolas[6].

El trabajo de las Comisiones de Movilización industrial se extendió durante la posguerra y continuó hasta el inicio de la guerra civil española. Es cierto que, en el caso español, las tareas de movilización industrial se restringieron a un terreno puramente teórico puesto que se redujeron al estudio de la capacidad industrial del país. Apenas se hicieron planes concretos de movilización general ni se indicaron los modos de llevar a cabo una movilización industrial en caso de conflicto. Sin embargo, en el seno del ejército se generalizaron y difundieron ciertos principios y opiniones de gran trascendencia en la guerra civil y en la inmediata posguerra. En concreto quisiera destacar dos: la defensa de una mayor intervención del Estado en la industria a través del Ejército, y un fuerte afán por nacionalizar los principales sectores fabriles.

Respecto al intervencionismo, se extendió entre los militares la idea de que el Estado, a través del ejército, debía tener mayor protagonismo en el desarrollo de la industria, y no sólo en tiempo de guerra. Estaba fuera de toda duda que, en caso de conflicto, el control del ejército debía ser amplio e intenso. Pero además muchos militares defendieron que en tiempos de paz también el Estado, a través del ejército, debía intervenir o al menos controlar los sectores considerados estratégicos. Esta defensa de un mayor intervencionismo tuvo sus matices: hubo, en el ejército, defensores de la creación de una industria exclusivamente estatal y otros que abogaron por la colaboración entre industrias particulares y públicas. En efecto, algunos militares opinaron que la labor del gobierno debía encaminarse a la protección de la industria estatal de material de guerra, aunque esto tuviese consecuencias perjudiciales sobre la industria privada, creada o posible[7]. Hubo, sin embargo, otras voces que defendieron la necesidad de una industria mixta pero, en todo caso, apoyaron la labor de vigilancia del Estado a la producción nacional, considerando que sería erróneo permanecer al margen de una cuestión tan importante[8].

En cuanto al afán nacionalizador, la movilización industrial intensificó y amplió el grupo de los defensores de un nacionalismo económico a ultranza. La nacionalización suponía una política de sustitución de importaciones que no debía reparar en gastos. Se inició con ello una racionalidad económica, basada en la defensa nacional, que no contemplaba la existencia del coste de oportunidad tal como lo definieron los economistas clásicos[9]. No se puede calificar de irracional este tipo de criterio: simplemente abrió una senda, continuada en la posguerra civil española, y caracterizada por el sometimiento de la economía a los fines políticos. Es cierto que no todos los militares españoles abogaron por la nacionalización: el gasto adicional que suponía la renuncia al armamento y aparatos de guerra extranjeros, no sólo más baratos sino de mejor calidad, levantó fuertes oposiciones entre algunos militares. Sin embargo, es innegable que la defensa de la nacionalización fue una característica distintiva de las comisiones de movilización, tanto por la tenacidad como por la intensidad con que presentaron esta cuestión.

Ni el intervencionismo industrial ni el nacionalismo económico eran una novedad en la España del primero tercio del siglo XX. Sin embargo, la movilización industrial reforzó significativamente los argumentos de sus partidarios, especialmente los de algunos de los militares que regirían el futuro de España al terminar la guerra civil.

2. Movilización industrial y guerra civil

La influencia de la movilización industrial, y en concreto, de todos los trabajos realizados por las Comisiones

de Movilización Industrial en los años veinte, no pudo ser más distinta en las dos Españas que produjo el alzamiento de julio de 1936. Como cabía esperar, en la España centralizada y militarizada de Franco se siguieron las directrices marcadas por las Comisiones de Movilización Industrial y se hicieron sentir la mayoría de los principios que se habían difundido en la prensa militar de los años de entreguerras. En la España republicana, descentralizada y envuelta en una revolución social, no se percibe rastro alguno de una movilización industrial tal como se había comprendido en el ejército español tras la Gran Guerra.

a. La industria en la España republicana

Todos los historiadores que han estudiado el comportamiento económico e industrial de la España republicana durante la guerra civil coinciden en que la debilidad institucional fue clave en la derrota de la República[10]. Algunos trabajos recientes pretenden disminuir la importancia de este factor y señalan que la falta de materias primas y el progresivo estrangulamiento del mercado que padeció la España leal a la República fueron las causas centrales del mal comportamiento de su industria[11]. Es cierto que escasearon las materias primas y que el mercado disminuyó su tamaño a medida que las tropas de Franco avanzaron, pero también la España franquista partió en desventaja con respecto a las materias primas y tuvo que sobrevivir en los compases iniciales de la guerra con un mercado más rural y de menor poder adquisitivo. Y logró superar ambos obstáculos. Es indudable que el fracaso industrial de la República se debió a un conjunto de causas entre las que se encuentran las citadas y otras como la diferente intensidad y cuantía de la ayuda exterior. Sin embargo, los factores institucionales continúan siendo, hoy por hoy, esenciales para comprender lo sucedido.

Descentralización y caos definen a partes iguales la progresiva situación de la España republicana. Como señaló Thomas y ha recordado recientemente con acierto Sánchez Asíaín, "la España republicana constituía, más que un sólo Estado, una aglomeración de Repúblicas independientes"[12]. Durante buena parte de la guerra coexistieron gobiernos regionales e infinidad de poderes locales cuyas fricciones con el gobierno central se convirtieron en una constante. Cataluña y el País Vasco tuvieron sus propios gobiernos autónomos regidos por sus Estatutos. Otros territorios fueron controlados por instituciones de menor entidad jurídica pero que de hecho actuaron con enorme autonomía.

Siguiendo el reciente estudio de Jordi Catalán, que reúne y sintetiza cuanto se ha investigado sobre el tema, pueden distinguirse cinco etapas en la trayectoria industrial de la República. La primera, de julio a setiembre de 1936, caracterizada por la revolución social y la crisis industrial. La huelga inicial promovida en la mayoría del territorio republicano paró muchas de las fábricas en un momento crítico. La vuelta al trabajo fue acompañada por la implantación del control obrero en la gran mayoría de ellas. En Cataluña, por ejemplo, convivieron cuatro tipos de intervención de las empresas: (i) algunas fueron simplemente controladas por comités obreros locales. (ii) Otras fueron regidas por el Comité Central de Milicias Antifascistas, un organismo con competencias en materia de orden público creado en julio de 1936 por la Generalitat. (iii) En aquel mismo mes las autoridades de la Generalitat erigieron una Consejería de Defensa que instituyó, a su vez, una Comisión de Industrias de Guerra para organizar la fabricación de material bélico. La Comisión se organizó en tres grandes secciones, metal química y aviación, y en setiembre controlaba ya unas veinticuatro fábricas. (iv) Por último, algunos sectores industriales como las empresas ópticas o los trabajadores de la piel o del vidrio se inclinaron por la colectivización de todas sus fábricas. Esta diversidad de modelos de control se repitió en otros enclaves industriales leales a la República como Valencia, Alcoy, Elda o Guipúzcoa. En todos ellos, al igual que en Cataluña, los controles obreros y los organismos locales creados para la dirigir las fábricas se enfrentaron a las autoridades centrales que veían, con impotencia, su incapacidad para concentrar la organización de la industria en tiempo de guerra. Vizcaya fue la única región industrial destacada de la zona republicana que se mantuvo bajo una única dirección política, evitó los procesos de control obrero y mantuvo la propiedad privada de las empresas. También en Madrid el control obrero tuvo menos competencias y se respetó la antigua estructura jurídica de muchas sociedades.

La segunda etapa que destaca en su trabajo Jordi Catalán abarca desde setiembre de 1936 hasta el final de aquel año. Frente a la diversidad de formas de organización industrial surgidas en los compases iniciales del conflicto se impuso la colectivización en Cataluña y en Valencia. En Cataluña el decreto de colectivización, que afectaba a todas las sociedades con más de cien trabajadores, fue aprobado por la Generalitat en el mes de octubre de 1936. Suponía el traspaso de la responsabilidad de estas empresas a sus obreros. Entre ellos se elegiría un Consejo que actuaría como Consejo de Administración y del que formaría parte un interventor, nombrado por la Generalitat. Las sociedades de menor tamaño, que no entraban en el proceso de colectivización, preservarían la propiedad privada pero serían controladas por un comité obrero. El decreto de colectivización valenciano, aprobado en diciembre de 1936, era todavía más radical que el catalán puesto que afectaba a todas las empresas con más de cincuenta trabajadores. Una vez más, el País Vasco se convirtió en una excepción al marco general. En octubre fue aprobado el Estatuto de Autonomía y el nuevo gobierno logró asegurar el funcionamiento normal de la justicia y evitar las huelgas. Se intervino la industria pero no se produjeron expropiaciones y se respetó en todo momento la propiedad privada.

La tercera etapa abarca hasta agosto de 1937 e incluye la caída del enclave industrial de Bilbao. Esta etapa se caracteriza por las numerosas fracturas que resquebrajaron de forma definitiva la supervivencia de la República: por una parte el enfrentamiento entre el PSOE, que gobernaba desde noviembre de 1936 con apoyo de los anarquistas, y el PCE en claro ascenso y que entró finalmente en el gobierno desplazando a los anarquistas en mayo de 1937. Por otro lado, las malas relaciones del gobierno central con los gobiernos autonómicos vasco y catalán. Este panorama de divisiones afectó inevitablemente a la organización de la industria de guerra. Los comunistas abogaban por un proceso de nacionalización de industrias frente a las colectivizaciones. La nacionalización supondría la dirección de las industrias bélicas y de la minería por parte del Estado. Era una propuesta claramente centralizadora. Sin embargo el decreto sobre organización industrial, promulgado el 23 de febrero de 1937 no recogió en su totalidad este deseo de centralización y se limitó a establecer el derecho del Estado a intervenir e incautar industrias. Nacieron así como figuras jurídicas la empresa intervenida y la empresa incautada. En el primer caso, la dirección y responsabilidad económica continuaban a cargo del empresario y el Estado se reservaba la fiscalización de su actividad a través de un Delegado

Interventor. En el segundo caso, la responsabilidad económica pasaba a manos de los órganos de gestión representantes del Estado. Tanto la intervención como la incautación podían ser parciales, si afectaban sólo a determinadas materias o productos, o totales, que afectaban a la empresa como tal. La legislación establecía además la creación de un Comité de Control Obrero constituido de forma paritaria por obreros y empleados de la propia industria pertenecientes a las centrales sindicales U.G.T. y C.N.T. En el caso de las empresas intervenidas, la función del comité de control se limitaría a la inspección de la actividad industrial y la formulación de sugerencias de mejora. En las empresas incautadas, el Comité de Control asumía todas las actividades propias del Consejo de Administración de una sociedad anónima, bajo la dirección del Delegado Interventor.

En mayo de 1937 un nuevo cambio y reestructuración del gobierno acabó con la cartera de Industria y traspasó las competencias en materia industrial al recién nacido Ministerio de Defensa cuya cartera recayó sobre Indalecio Prieto. El cambio en la presidencia de gobierno, de Francisco Largo Caballero a Juan Negrín, la salida de los anarquistas y la presencia de los comunistas significaba, entre otras cosas, el deseo de aparcarse momentáneamente la revolución social para concentrarse en el esfuerzo de ganar la guerra. En palabras de Catalán, suponía el inicio de la fase de centralización de la política industrial en manos del gobierno de la república. La política industrial de Negrín y Prieto se dirigió a poner bajo el control directo de la República todas las actividades fabriles inmediatamente relacionadas con la guerra. Para ello se promulgó en junio de 1937 un decreto de nacionalización de industrias de guerra y se ordenaron requisas e incautaciones de diversas fábricas que hasta entonces habían estado en manos de poderes locales.

Con este viraje de la política industrial se inició, en agosto de 1937, la que Jordi Catalán considera cuarta etapa de la guerra y que se extendió hasta diciembre de 1938. Fue este el único momento del conflicto en el que las autoridades de la República trataron de poner en marcha una movilización industrial en sentido estricto del término. Y fue este el único momento en que pueden atisbarse las indicaciones y postulados que sobre el tema habían inundado las revistas y manuales del Ejército en los años de entreguerras. Por primera vez se otorgó a las autoridades militares un cierto protagonismo en el control de la industria de guerra, se les permitió realizar cuantas requisas precisaran y se estableció la obligación de hacer inventarios industriales. Se organizó, en definitiva, una movilización industrial "ortodoxa", dirigida por el ejército. Esta tarea de centralización se amplió meses más tarde con un decreto de intervenciones especiales, promulgado en octubre de 1937 que ampliaba las posibilidades de requisas establecidas en el verano de 1937. Todo este esfuerzo llegó, sin embargo, demasiado tarde. En el verano de 1937 la República perdió Vizcaya, Santander y Oviedo, tres enclaves industriales sin los que resultaba prácticamente imposible alcanzar la victoria. A partir de ese punto, los últimos meses de conflicto, que Catalán engloba en una quinta etapa, representaron la resistencia y hundimiento final de la República. Aunque Cataluña plantó cara desde el punto de vista industrial y trató de continuar la producción de material de guerra su esfuerzo resultó a todas luces insuficiente e imposible. Una guerra del siglo XX, industrial, no podía vencerse sin una mínima retaguardia industrial con la que no contaba la República desde la caída del norte.

b. La industria en la España de Franco^[13]

Frente al panorama descrito para la España Republicana, la España de Franco llevó a cabo un programa de movilización industrial centralizado y militarizado. Junto a los organismos militares que dirigían la actividad industrial se crearon otros en los que participaron civiles y cuyas tareas se restringían a la elaboración de estadísticas industriales o al estudio de sectores estratégicos. Este esquema de dirección militar y colaboración civil respondía a lo diseñado en los esquemas y planes de movilización trazados en los tiempos de entreguerras dentro y fuera de España. En la mayoría de ellos, se había separado las industrias propiamente bélicas de las "movilizables", es decir, de las que debían adaptarse a la producción militar por las circunstancias. Las primeras quedaron siempre bajo jurisdicción militar, mientras las segundas fueron confiadas a diversos organismos creados a tal efecto.

En el bando de los sublevados, y siguiendo a Bricall, pueden distinguirse dos etapas desde el punto de vista de la organización de la industria separadas por la toma de Bilbao^[14]. Antes del verano de 1937 la insignificancia industrial de la España de Franco hizo que bastara un mínimo marco institucional para organizar la movilización. Toda la industria quedó centralizada a través de las Jefaturas de Fabricación del Ejército y las Jefaturas de Servicios Técnicos de la industria Naval, ambos organismos militares. En agosto de 1936 se crearon unas Comisiones Provinciales de Clasificación, de carácter regional, presididas por los gobernadores civiles, y encargadas de elaborar las estadísticas industriales previas e imprescindibles para cualquier posible movilización de fábricas^[15]. Pocos días después, en el mismo mes de agosto, se creó una Comisión de Industria y Comercio, que dependía directamente de la Junta de Defensa Nacional, principal órgano de gobierno de la España de Franco. La Comisión también estaba formada por civiles y su objetivo era, igualmente, realizar estadísticas que garantizaran el suministro al Ejército^[16]. Entre sus tareas se contaba el estudio de todo lo referente al comercio exterior, exportaciones e importaciones necesarias en tiempos de guerra, y la contabilización de los stocks mineros para ponerlos al servicio del ejército. En octubre de 1936, cuando se creó la Junta Técnica del Estado para sustituir a la Junta de Defensa Nacional como máximo órgano administrativo del nuevo Estado franquista, la Comisión de Industria y Comercio pasó a llamarse Comisión de Industria, Comercio y Abastos^[17]. Sus funciones continuaron siendo las mismas que se le habían asignado a su predecesora: estudio estadístico de las actividades, mercancías y provisiones existentes en las provincias ocupadas, coordinación entre las industrias y posibles auxilios en caso de necesitarlos y fomento de las exportaciones y determinación de las importaciones.

En el verano de 1937, la caída de Vizcaya amplió la organización industrial mediante la creación de unas Comisiones Militares de Incorporación y Movilización Industrial^[18]. Eran organismos de carácter militar que se hacían cargo de las industrias en las zonas que se iban conquistando. Su objetivo era lograr su incorporación a la vida industrial de la España de Franco en el menor tiempo posible. Una vez que se habían solucionado los posibles problemas de las fábricas y que se había asegurado su vuelta a la normalidad, las industrias recuperadas, si estaban directamente relacionadas con la guerra, pasaban a depender de las Jefaturas de Fabricación del Ejército. Cada una de las Comisiones de Incorporación estaba dividida en dos secciones: una para dirigir las industrias directamente relacionadas con la guerra y otra que se encargaba del resto de las industrias y que actuaba como enlace con la Comisión de Industria, Comercio y Abastos de la Junta Técnica del Estado,

organismo que continuaría con el estudio y control de este tipo de empresas. En concreto se crearon tres Comisiones Militares de Incorporación: las de Vizcaya, Santander y Asturias.

En enero de 1938 Franco sustituyó la Junta Técnica del Estado por su primer Consejo de Ministros. La cartera de Industria y Comercio pasó a manos de Juan Antonio Suanzes, marino e ingeniero de la Armada. Suanzes estuvo al frente del Ministerio hasta el verano de 1939 y retomó esta cartera entre 1945 y 1951. Fue además fundador y primer presidente del Instituto Nacional de Industria (INI), el holding industrial del Estado creado en 1941 y que dirigió hasta 1963[19]. Suanzes disolvió las Comisiones Militares de Incorporación y Movilización Industrial y, siguiendo el esquema de trabajo que habían tenido, separó las industrias de guerra de las civiles[20]. Las primeras, tanto las fábricas del Estado regidas por personal militar y dedicadas a la fabricación de material de guerra como las fábricas civiles incautadas por el Estado y dirigidas por militares, continuaron adscritas al Ministerio de Defensa. Las antiguas Jefaturas Militares de Fabricación pasaron a llamarse Jefaturas Regionales de Movilización y asumieron las tareas de movilización que antes desempeñaban las Comisiones Militares de Incorporación y Movilización Industrial.

Todas las demás industrias no militares fueron encomendadas al Ministerio de Industria y Comercio que creó para su dirección unas Comisiones de Incorporación Industrial y Mercantil[21]. Las primeras regiones en las que se crearon estas Comisiones fueron precisamente aquéllas donde desaparecían las Comisiones Militares, es decir, Asturias, Vizcaya y Santander. En el preámbulo del Decreto de creación de las nuevas Comisiones, el ministro de Industria y Comercio advertía que sus predecesoras se habían limitado a organizar la industria de una economía de guerra, pero las nuevas se encargarían de planificar la economía de la paz[22]. El esquema de organización de la producción industrial se completó, en primer lugar, con la creación de las unas Comisiones Reguladoras de la Producción, organismos provisionales predecesores de los futuros sindicatos con amplias atribuciones sobre la regulación de la producción[23]. Además, el Ministerio impuso unas rígidas normas, en agosto de 1938, que regulaban el establecimiento de nuevas industrias o la ampliación de las existentes[24]. En el preámbulo de este decreto se advertía ya que el nuevo Estado tendría que "disciplinar la producción, supeditando la iniciativa privada a las consideraciones del superior interés nacional". Era un anuncio expreso del tipo de política industrial, de marcado carácter intervencionista, que se impondría en la posguerra y cuyo mejor exponente lo constituye el Instituto Nacional de Industria.

El INI, dirigido por quien había redactado toda la legislación industrial del bando franquista durante la guerra civil, Juan Antonio Suanzes, se convirtió en una pieza fundamental de la estructura económica de la autarquía y en uno de los pilares básicos de la estrategia industrializadora de la dictadura de Franco. Bajo la presidencia de Suanzes, el INI puso en marcha muchas industrias de las indispensables en caso de guerra. Desde el INI se hicieron realidad buena parte de las aspiraciones que habían defendido los militares españoles responsables de la movilización industrial en los años de entreguerras. Basta contemplar en el cuadro 1 la relación de actividades que planeaba el INI en sus primeros meses de andadura para darse cuenta de la fuerte influencia que la experiencia movilizador ejerció sobre la nueva institución: de los cinco grupos industriales que debían ser objeto de la actuación del INI, el último estaba dedicado por completo a las industrias "específicamente militares" y acaparaba casi un tercio de las actividades a emprender, diez de treinta y dos. Otros sectores no encuadrados en el grupo V tenían también un marcado tono militar: tal es el caso de la fabricación de pólvoras y explosivos de guerra, o de la producción sintética de hidrocarburos. Si en la España de la República apenas había existido una movilización industrial planificada, en la España de Franco no sólo se había desarrollado toda la teoría de los años de entreguerras: la movilización dejó una huella mucho más profunda al convertirse en la "música de fondo" que inspiró al organismo industrial por antonomasia del nuevo Estado.

Cuadro 1: Plan de actividades del INI. Sectores en los que el Instituto debe actuar. (1942)

Grupo I: Industrias de producciones básicas
Empresa Nacional de Investigaciones Mineras
Combustibles sólidos
Hierro y acero
Cobre y metales no férricos
Aluminio y aleaciones ligeras
Grupo II: Producciones especiales
Combustibles líquidos y lubricantes (rocas bituminosas)
Combustibles líquidos y lubricantes (carbones)
Refinerías
Nitrogenados y fertilizantes
Químicas

Pólvoras y explosivos de guerra
Celulosa
Fibras artificiales
Caucho
Grupo III: Empresas (no militares) de carácter nacional fundamental
Energía eléctrica
Marina mercante
Adquisiciones y suministros
Grupo IV: Industrias de Transformación (de carácter no específicamente militar)
Máquinas herramientas
Motores (excluidos automóvil y aviación e incluidos carros de combate)
Transporte automóvil
Material eléctrico
Transformación
Grupo V: Industrias de transformación, de aplicación característicamente militar
Corazas y elementos pesados
Construcciones navales militares
Aeronáuticas
Material de Artillería
Carros de combate
Aparatos e instalaciones de tiro
Aparatos militares de precisión
Aparatos de comunicaciones militares
Torpedos automóbiles
Otras no incluidas antes
Grupo VI: Varios
Comunicaciones

Fuente: INI, Memoria 1941 y 1942, Anexos, t. I

3. Empresas en uno y otro bando^[25]

La guerra civil española afectó de modo muy diferente a las empresas que operaron en uno y otro bando. La movilización industrial planificada de la España de Franco benefició a las sociedades allí situadas mientras que el desorden industrial de la República perjudicó las actividades de sus empresas, incluso cuando sus dueños

apoyaron a los sublevados. El sector eléctrico ofrece un excelente ejemplo de la distinta suerte que corrieron unas y otras sociedades a través de dos de sus empresas más importantes, Saltos del Duero e Hidroeléctrica Española. Resulta una muestra especialmente interesante porque ambas eran empresas privadas, no dedicadas específicamente al material de guerra, aunque integradas en un sector estratégico.

Hidroeléctrica Española se había creado en 1907 para construir un salto en el río Júcar que produjera electricidad con la que abastecer a Madrid y Valencia[26]. Por su parte, Saltos del Duero se había fundado en 1918 para hacer realidad un ambicioso proyecto de aprovechamiento integral del río Duero. A las puertas de la guerra civil Hidroeléctrica Española aportaba un 14 por ciento de la energía eléctrica que se producía en España. Contaba con tres grandes saltos en el río Júcar - Molinar, Cortes de Pallás y Millares - y uno en el río Cabriel, el de Villora. Su mercado se concentraba en dos zonas geográficas: el sureste español y la zona centro. Saltos del Duero era el principal productor de electricidad del país con su salto en el río Esla, provincia de Zamora, y sus proyectos en curso. Por un acuerdo firmado en 1934, distribuía parte de su electricidad al resto de las empresas eléctricas del país y, contaba además con un mercado propio en Castilla, León y Extremadura. Sin embargo en este mercado todavía no había logrado consolidar su monopolio y en varias de sus provincias seguían operando pequeñas empresas que le dificultaban sus actividades.

Durante la guerra civil, Saltos del Duero mantuvo sus activos y su Consejo de Administración en la España de Franco. Hidroeléctrica Española quedó dividida: sus activos permanecieron en la España leal a la República y su Consejo de Administración, así como la mayoría de sus directivos, estaban o se incorporaron a la España de Franco. Mientras duró el conflicto, la empresa fue gestionada por un Consejo de Administración intervenido por el gobierno central.

Desde el exclusivo punto de vista del negocio, la guerra fue para Saltos del Duero una ocasión única de completar su hegemonía en su mercado natural. De este modo, la Sociedad logró en aquellos años que se incorporaran a su órbita las provincias de Soria, León y Zamora, y la parte de Burgos que hasta entonces había permanecido ajena a su influencia. Las oportunidades que la guerra brindó a Duero no son comparables a la situación de supervivencia que padeció Hidroeléctrica Española, empresa que sufrió la desaparición de notables miembros de su Consejo de Administración como su Presidente, Fernando de Ybarra, asesinado en 1936, y otros importantes consejeros. El Consejo de Administración de Hidroeléctrica Española pasó la guerra sin tener apenas noticias sobre la situación de sus instalaciones. Al tener la sede social en Madrid, Hidroeléctrica Española pudo eludir los procesos de colectivización que afectaron a otras provincias como Cataluña y Valencia, aunque no sucedió lo mismo con algunas de sus más importantes filiales. En conjunto, la sociedad bandeó el conflicto con bastante éxito: como se verá a continuación, mantuvo sus mercados y su negocio. Sin embargo, si se analizan estos años desde una perspectiva comparada, la pérdida de ventajas comparativas frente a Saltos del Duero fue muy notable.

a. Hidroeléctrica Española: una empresa sin empresarios[27]

Desde agosto de 1936 el Consejo de Administración de Hidroeléctrica Española estuvo intervenido por las autoridades del Gobierno de la República en cumplimiento de la legislación promulgada a tal efecto. De los antiguos Consejeros sólo se mantuvo Alejandro González Heredia, de adscripción política republicana, que defendió los derechos de los accionistas durante todo el conflicto. Hasta el verano de 1937, también permanecieron en la empresa su Director Técnico, Manuel Querejeta, y su secretario general, Ángel Luis de la Herrán. Al nuevo Consejo se sumaron los tres representantes del gobierno prescritos por las nuevas leyes, así como un representante del personal técnico administrativo y otro del personal obrero. Se formó, además, un Comité de Control, integrado por trabajadores, cuyas funciones debían limitarse a la inspección de la actividad industrial y a la presentación de sugerencias al Consejo. De las dos tareas asignadas, el Comité de Hidroeléctrica Española se dedicó con especial afán a la segunda y, en realidad, se convirtió en una activa oficina puente entre los trabajadores y el Consejo, diseñada para hacer llegar todo tipo de peticiones y quejas.

La coexistencia de los propietarios, la intervención del gobierno central y el Comité obrero hizo del Consejo de Administración de Hidroeléctrica Española un órgano muy politizado y poco operativo, saturado por cuestiones escasamente relacionadas con la electricidad. Los enfrentamientos fueron la tónica general de sus reuniones, marcadas -sobre todo- por el carácter conflictivo de uno de los representantes del Gobierno, Gonzalo Gil Torres, que ocupó el cargo de Presidente de la empresa hasta noviembre de 1937 y que continuó después como Consejero Interventor y Consejero Delegado del Estado. Desde sus primeras intervenciones, Gil Torres asumió y desplegó una pléyade de competencias que el resto de los Consejeros consideraron excesivas. Tampoco su actitud rigorista le facilitó las relaciones con el resto de sus compañeros. No se debe olvidar que el Consejo de Administración estuvo, durante el curso de la guerra, formado por trabajadores que, a pesar de las diferencias políticas y de las tensiones, tendieron con más facilidad a una política de olvido y normalización de la vida laboral que a la aplicación de sanciones y expulsiones.

Este peculiar Consejo de Administración, sin profesionales de la gestión y con la supervivencia de la empresa como único plan estratégico, supo, sin embargo, protegerse de muchos de los desórdenes propios de la revolución social que llevaron a la ruina a muchas otras entidades industriales en la España de la República y supo también preservar su estructura jurídica de sociedad anónima. La clave de la diferencia radicó, por una parte, en la indudable buena voluntad de los trabajadores de Hidroeléctrica Española, que no cayeron en los desmanes protagonizados en otros lugares, y, por otra, en la menor regulación del gobierno central si se compara con la que facilitó las nacionalizaciones y los procesos de colectivización, especialmente en Cataluña.

Hidroeléctrica Española mantuvo durante la guerra una cierta normalidad en dos aspectos cruciales: su ritmo de producción y su mercado, que funcionó a pesar de las distorsiones. La práctica inexistencia de destrucciones en el capital físico de la Sociedad explica el mantenimiento de la producción en niveles no muy lejanos a los de 1935, como puede verse en el cuadro 2. Los daños materiales se restringieron a la Central de Castellón, volada poco antes de que las tropas de Franco tomaran la ciudad, y a la desaparición de bastantes líneas secundarias próximas a los frentes de guerra, especialmente en Madrid y Levante. Otro asunto diferente

fue el mantenimiento y mejora que requerían las instalaciones y que, a pesar de los planes trazados por Querejeta, encontraron una auténtica piedra de toque en la escasez de materiales y en las dificultades para importarlos.

Cuadro 2. La producción de Hidroeléctrica Española en la guerra civil

Año	Producción (en Kw h)	Diferencia de producción respecto al año anterior (en Kw h)	Diferencia de producción respecto a 1935 (en %)
1935	463.929.287	.	.
1936	399.337.011	- 64.592.276	-14, 0
1937	441.460.684	42.123.673	- 4,9
1938	551.204.268	109.743.584	19,0
1939	446.839.555	- 104.364.713	-3,7

Fuente: Memorias de la empresa, años 1936-1939.

El funcionamiento del mercado constituye un hecho más llamativo si se tiene en cuenta el grado de descomposición que alcanzó la España de la República. El convenio que habían firmado las empresas eléctricas en 1934 fue suspendido por razones obvias, y se paralizaron todos los planes de desarrollo del mercado que tenía previstos la empresa. Sin embargo, Hidroeléctrica Española siguió alentando durante la guerra los acuerdos de entendimiento entre empresas eléctricas que permitieran repartir clientes y evitar, en lo posible, el descenso de los precios. De este modo, en abril de 1937 el Consejo se felicitaba por el convenio que su filial, Electra de Levante, había establecido con sus competidoras, Electra del Cabriel y Electra del Pajazo, para normalizar las tarifas e impedir la competencia entre ellas. Del mismo modo, la empresa siguió empleando dureza con sus rivales cuando la situación lo precisaba. El Consejo no tuvo problema, por ello, en denegar la petición de compra de electricidad que presentaron Unión Eléctrica Madrileña y otras empresas del Levante.

Los dos problemas principales que obstaculizaron el funcionamiento del mercado durante la guerra fueron el fraude eléctrico y los impagados. Respecto al primer asunto, resulta imposible su cuantificación, aunque las Memorias y las Actas de la Sociedad lo identificaron como uno de los mayores inconvenientes para el desarrollo de la empresa y reconocieron que los empleados fueron los primeros en suprimir los contadores de sus casas. En cuanto a la segunda cuestión, el índice de morosidad se disparó, provocando un problema creciente de Tesorería. Existieron tres tipos básicos de deudores: las filiales de Hidroeléctrica Española, sus clientes industriales y los institucionales. Algunas de las primeras como Unión Eléctrica de Cartagena, Volta o la Sociedad Electra Valenciana causaron graves quebraderos de cabeza a la Sociedad matriz, no sólo por sus impagos, sino porque se perdió todo control sobre ellas. Con los clientes industriales hubo que negociar los contratos a la baja o admitir pagos a plazos. Respecto a los institucionales, algunos como el Ayuntamiento de Valencia resultaron especialmente resistentes a la hora de pagar sus facturas e incluso llegaron a amenazar con la municipalización del servicio eléctrico, a pesar de lo cual Hidroeléctrica Española no se arredró y continuó intentando hacer valer sus derechos.

El fraude y los impagados explican el descenso de los ingresos de la Sociedad que sólo fue proporcional al descenso de producción en el año 1936. La caída fue mucho más grave de lo que puede reflejarse en términos nominales si se considera la inflación galopante que se produjo en la guerra (Véase el cuadro 3).

Cuadro 3: Evolución de productos de explotación (ingresos por venta de energía)

Año	Ingresos nominales de explotación (en miles de Ptas. corrientes)	Diferencia de ingresos nominales respecto a 1935 (en %)	Ingresos reales de explotación (1) (en miles de Ptas. de 1935)	Diferencia de ingresos reales respecto a 1935 (en %)	Diferencia de producción respecto a 1935 (en %)
1935	32.095,0	.	32.095,0	.	.
1936	27.525,3	-14	27.038,6	-15,7	-14, 0
1937	27.280,7	-14,6	23.846,8	-25,7	- 4,9
1938	30.899,7	-3,7	24.543,1	-30,8	19,0
1939	28.002,1	-12,7	19.650,6	-38,8	-3,7

Nota (1): para los cálculos reales he deflactado utilizando el índice de precios al por mayor de Maluquer (1989),

cuadro 12.16. p. 521. Fuente: Memorias 1936-1939.

A pesar del regular funcionamiento que mantuvo la empresa y de la escasa destrucción de capital físico que hubo de afrontar, es evidente la pérdida de ventajas comparativas respecto a otras eléctricas y, en especial, a su principal rival hasta entonces, Saltos del Duero, cuya situación geográfica le convirtió en pieza central para el aprovisionamiento de las tropas del general Franco.

b. Saltos del Duero: la consolidación del mercado natural[\[28\]](#)

Al empezar la guerra civil se cortaron las comunicaciones entre Zamora y Bilbao y las autoridades militares ordenaron a Saltos del Duero que interrumpiera el suministro a la industria vizcaína. Esta situación duró menos de un año y, en junio de 1937, pudieron restablecerse las relaciones entre Zamora y Vizcaya, la dirección de la empresa recuperó su control y el Consejo de Administración comenzó a reunirse de nuevo en el mes de julio. La empresa fue gestionada por sus propietarios durante todo el conflicto aunque bajo la supervisión de las autoridades militares y en estrecho contacto con ellas. En este marco de relativa libertad y de posición dominante, por ser la principal suministradora del ejército nacional, la sociedad pudo dedicarse a la ampliación de su mercado.

Pocos meses después de la caída de Bilbao, Saltos del Duero creó por iniciativa de su presidente, Julio Arceche, un Servicio de Coordinación para obtener un control más efectivo de las Filiales. Comenzó así un proceso de expansión que no se detuvo hasta 1939. El mercado de Soria pasó a manos de Saltos del Duero tras comprar, a través de la Electra de Burgos, las distribuidoras sorianas y ganar el concurso de alumbrado público de la ciudad. La única competidora de Duero en Cáceres, la Empresa Eléctrica de Cáceres, abandonó el negocio eléctrico. En la Provincia de León, la Junta Técnica del Estado impuso a la Sociedad la construcción de la línea Esla-León para asegurar el abastecimiento eléctrico de la zona, hasta entonces vinculado a centrales ubicadas en suelo leal a la República. Una vez recuperadas estas centrales, Saltos del Duero negoció con los productores y distribuidores leoneses hasta hacerse con la práctica totalidad del negocio eléctrico: se compró la mitad del capital de la empresa Hidroeléctrica Legionense, se eliminó del mercado a la empresa Hullera Vasco Leonesa, se paró la central de la sociedad Fuerzas y Riegos del Canal del Esla después de tomarla bajo control, se fundó la empresa Electra Benaventana y se pactó con la empresa Minero Siderúrgica de Ponferrada el reparto del mercado leonés.

En Zamora, donde se había hecho sentir de forma permanente la tenaz oposición de una empresa llamada El Porvenir, Saltos del Duero amenazó con una guerra de precios que obligó a intervenir al Delegado de Orden Público. Su mediación permitió un acuerdo de reparto del mercado entre las dos sociedades en conflicto y El Porvenir se comprometió también a saldar su déficit energético futuro con electricidad suministrada por Duero.

El proceso de control del mercado de Saltos del Duero quedó prácticamente concluido al terminar la guerra civil y se cerró definitivamente en los siguientes años: el emblema de la resistencia, El Porvenir de Zamora, fue comprada en 1947.

La ampliación de mercado que se produjo en la guerra civil permitió que Saltos del Duero cumpliera con creces sus previsiones para la zona castellano-leonesa. La incorporación de Soria, León y Zamora incrementó notablemente el porcentaje de energía colocada en el mercado natural y proporcionó, además, cuantiosos beneficios por la participación en el capital de las empresas filiales. De hecho, casi todas ellas repartieron dividendos en los años inmediatos a la contienda. Saltos terminó la guerra con un mercado ampliado y saneado y con unas perspectivas de expansión notables.

En 1940 la energía de Saltos del Duero comenzó de nuevo a llegar a Madrid, en virtud del acuerdo firmado en 1934 entre esta empresa y el resto de las principales eléctricas, y paralizado cuatro años por la guerra. Por su compromiso como principal empresa productora de electricidad, Saltos del Duero comenzó pronto los estudios de construcción de su segundo salto para atender las necesidades de sus demandantes, principalmente otras empresas eléctricas. En 1943 el Ministerio de Obras Públicas aprobó la construcción del Salto de Villalcampo, de 41 metros de altura, ubicado once kilómetros aguas abajo del salto del Esla, y con una capacidad de producción de 350 millones de kwh. Para afrontar los gastos de las obras, la empresa hizo una ampliación de capital que fue íntegramente absorbida por antiguos accionistas.

Un año después de la aprobación de Villalcampo se produjo la fusión de Saltos del Duero con otra importante empresa eléctrica, Hidroeléctrica Ibérica, distribuidora hasta entonces de la energía de Saltos del Duero. Las ventajas de la unión eran poderosas. Existían razones puramente técnicas y económicas como la posibilidad de lograr economías de escala en las redes de distribución, mayor facilidad para construir grandes saltos y la conjugación de los sistemas hidroeléctricos de los ríos Cinca y Ebro, cuyas concesiones eran propiedad de la Ibérica, y Duero. La fusión permitiría, además, acabar con los problemas de competencia surgidos entre ambas sociedades y le evitaría a Saltos del Duero todas las inversiones que hubiera precisado al entrar en solitario en el negocio de la distribución.

A estas ventajas indudables se unió una razón de fuerza mayor inexistente antes de la guerra civil: la creación del Instituto Nacional de Industria y su irrupción en el mercado eléctrico. En 1944 la amenaza de intervención del Estado en el sector eléctrico era real y afectaba especialmente a Saltos del Duero, cuyas obras en Villalcampo resultarían objetivo preferente en caso de expropiación. Las restricciones energéticas provocadas por unos años continuados de fuerte sequía otorgaban al INI argumentos de peso a la hora de defender una posible nacionalización del sector eléctrico.

En estas circunstancias, el presidente de Hidroeléctrica Española, José María Oriol Urquijo, persona de gran prestigio en el sector eléctrico español y muy respetado también por el general Franco, visitó al Jefe del Estado con el propósito de averiguar sus planes para el sector. Oriol logró que Franco asegurara la continuidad de las empresas privadas y el respeto del INI a su propiedad a cambio de una colaboración que se concretó en el nacimiento de Unidad Eléctrica, S.A., (UNESA). UNESA agrupaba a las dieciocho empresas eléctricas más

importantes del país y Franco le otorgó la misión de coordinar las centrales eléctricas existentes, promoviendo el intercambio de energía para asegurar un reparto adecuado de la electricidad. Esta institución debía promover la interconexión de los sistemas regionales de las empresas hasta crear una auténtica red nacional que conectara todos los centros de producción y consumo.

La creación de UNESA resultó un arma indudable de fortalecimiento de las empresas privadas frente al INI como lo fue también, para Hidroeléctrica Ibérica y Saltos del Duero, su fusión, aprobada dos meses antes de que el Instituto Nacional de Industria creara su Empresa Nacional de Electricidad, ENDESA. De la suma de las dos eléctricas privadas nació Unión Ibérica Duero, S.A., Iberduero, un auténtico gigante eléctrico para España. Es innegable que la guerra civil había reforzado la situación de Saltos del Duero que se dibujaba, y así sucedió, como una de las empresas eléctricas con mayores perspectivas de crecimiento de los siguientes años.

Conclusiones

Es difícil exagerar la importancia que tuvo en España, a pesar de su neutralidad, la movilización industrial y económica llevada a cabo en Europa durante la Primera Guerra Mundial. La Gran Guerra no sólo facilitó la ocasión de realizar los primeros estudios españoles sobre movilización. Hizo posible, además, la creación de un cuerpo de opinión en el seno del ejército favorable a la intervención del Estado en la industria y a la nacionalización de las actividades industriales.

Durante la guerra civil, las repercusiones de la movilización resultaron muy distintas en uno y otro bando. La intensidad de su influencia fue directamente proporcional al peso del ejército como organizador y rector de la actividad económica e industrial. En la España de la República, la pervivencia de instituciones de carácter civil y su progresivo debilitamiento explican la escasa incidencia de las teorías que, sobre movilización industrial, se habían desarrollado en la España de entreguerras. Por el contrario, el bando franquista puso en marcha una movilización industrial centralizada, que le permitió controlar los exiguos efectivos iniciales y gestionar eficazmente la incorporación de las regiones industriales a medida que el ejército avanzaba. Lo más interesante es que la experiencia movilizadora trascendió los años de conflicto.

En efecto, la idea de que el Estado debía hacerse cargo de las actividades industriales relacionadas con la guerra y ponerlas en marcha cristalizó en la creación del Instituto Nacional de Industria, en el año 1941. En este sentido, puede decirse que, al menos durante sus primeros años de vida, el INI tuvo todo el carácter de un organismo de movilización industrial: su misión era iniciar en España muchas de las actividades que, en caso de guerra, asegurarían la necesaria autarquía y la defensa del Estado. Aunque su ley fundacional reconocía el carácter subsidiario del INI respecto a la iniciativa privada y le encomendaba la tarea de actuar como hospital de empresas, ambas funciones quedaron en la práctica un tanto relegadas y tardaron tiempo en hacerse presentes. A mi entender, el carácter autárquico y castrense del INI durante sus primeros años tuvo mucho que ver con las personas que lo dirigieron: su primer presidente, Juan Antonio Suanzes era marino e ingeniero militar. De él había dependido la organización de la industria durante buena parte de la guerra civil española y ya entonces había manifestado su deseo de crear una industria de carácter estatal. Suanzes incorporó al INI, además, a muchos de los militares que habían trabajado en las Comisiones de Movilización Industrial.

La guerra civil y la movilización afectaron de forma muy diversa a las empresas privadas. En estas páginas se ha puesto de manifiesto a través de los ejemplos de Hidroeléctrica Española y Saltos del Duero. Mientras la primera tuvo que limitarse a sobrevivir en la España de la República, la segunda encontró en la guerra una oportunidad de ampliar mercados y consolidar posiciones. Paradójicamente, la creación del INI supuso una amenaza real para ambas sociedades y para otras muchas: el Estado adoptaba por vez primera en España el papel de gran empresario con el fin de crear una industria autárquica que asegurara la independencia del país y su defensa en caso de guerra. El marcado carácter militar con que nació el INI y su firmeza a la hora de defender que la economía debía estar al servicio de los fines políticos del nuevo Estado le provocaron numerosos enfrentamientos con las empresas privadas y determinaron su orientación industrial. Estas fueron quizá dos de las consecuencias más graves y de mayor calado que la movilización industrial dejó en España.

Bibliografía Citada:

- Ballester, A. (1993), *Juan Antonio Suanzes 1891-1977. La política industrial de la posguerra*, León. Lid.
- Bricall, J.M. (1985), "La economía española 1936-1939", en Tuñón de Lara, M. et al., *La guerra civil española. 50 años después*, Barcelona, pp. 361-415.
- Casa Canterac (1917), "Las enseñanzas de la guerra. La industria militar", en *Memorial de Artillería del Ejército*, serie 6ª, vol. I, pp. 451 y sgtes.
- Catalán, J. (2005), "La industria entre la guerra y la revolución, 1936-1999", Comunicación presentada a la Sesión A2 "La economía de la Guerra Civil, 1936-1939", del VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica, http://www.usc.es/estaticos/congresos/histec05/a2_catalan.pdf
- Díaz Morlán, P. (2006) "Los saltos del Duero, 1918-1944", en Anes, G. *Un siglo de Luz. Historia empresarial de Iberdrola*, Madrid, El Viso, capítulo 6, pp.279-323.
- Díaz Morlán, P. y San Román, E. (2009), "Causas de la restricción eléctrica en el primer franquismo: una aportación desde la historia empresarial", en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 13, invierno 2009.
- Malefakis, E. (1987), "La economía española y la guerra civil", en Nadal, J.; Carreras, A. y Sudriá, C. comp., *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, pp. 150-163.
- Marva y Mayer, J. (1917), "Ligero bosquejo de las industrias en Espana en su relación con las necesidades militares, en general, y en particular con las del material de ingenieros", en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, vol XXXIV, p. 94 y sgtes.

Marwick, A. (1980), "Problems and Consequences of Organizing Society for Total War", en Dreisziger, N.F. ed, *Mobilization for Total War. The Canadian, American and British Experience 1914-18, 1939-45*, Ontario.

Sánchez Asiaín (2003), "Larraz y la tormenta monetaria del 36", en *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº XI, pp. 105-155.

San Román, E. (1994), "Las consecuencias pacíficas de la Gran Guerra: la movilización industrial", en *Hispania*, vol. LIV/2, nº 187, pp. 611-658.

___ (1999), *Ejército e industria: el nacimiento del INI*, Barcelona, Editorial Crítica.

___ (2006) "Hidroeléctrica Española: los difíciles años de la guerra civil", en Anes, G. *Un siglo de Luz. Historia empresarial de Iberdrola*, Madrid, El Viso, capítulo 7, pp. 325-346.

___ (2006a), *Cien años de Historia de Iberdrola. La Historia Económica*, Madrid, El Viso.

___ (2008), "Política industrial y proyectos de empresa pública en el bando franquista", en Comín F. *Economía y Economistas españoles en la Guerra Civil*, Madrid: Galaxia-Gutember, Círculo de Lectores, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Schwartz, P. y González, M.J. (1978), *Una historia del Instituto Nacional de Industria*, Madrid.

Sudrià, C. (1988), *Història econòmica de la Catalunya contemporània S. XX. Vol. 4, Una societat plenament industrial*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana.

Tipton, F. B. y Aldrich, R. (1987), *An Economic and Social History of Europe, 1890-1939*, Hong Kong.

Trebilcock, C. (1975), "War and the Failure of Industrial Mobilisation: 1899 and 1914", en Winter, J.M. ed., *War and Economic Development*, Cambridge, pp. 139-164.

[1] Una primera versión de este trabajo se presentó como Comunicación al Congreso Internacional "The Spanish Civil War in the age of Total War" organizado por el Departamento de Historia de la Universidad de Munich, en Julio de 2006.

[2] Como explican Tipton y Aldrich, una generación completa de militares había defendido la tradición ofensiva del Ejército, y tanto las líneas estáticas como la estrategia defensiva se consideraban signos de incompetencia e incluso de cobardía. Tipton y Aldrich (1987) p. 136

[3] A pesar de que la Gran Guerra suele considerarse la primera confrontación moderna que implicó una movilización general de recursos, Trebilcock defiende que la guerra inglesa contra los Boers fue un precedente inequívoco: en ella se produjo la primera llamada de alarma sobre la incapacidad de la industria de armamento para atender el brusco incremento de la demanda militar. Se inició como una "escaramuza colonial" y se terminó considerando una gran guerra que forzó la reforma drástica del sistema de abastecimientos militares. Sin embargo, esta reforma resultó a todas luces insuficiente para las necesidades de la guerra de 1914. Trebilcock (1975), p. 140.

[4] Marwick señaló la existencia de unas etapas similares en los procesos de creciente intervención estatal para los casos inglés y americano: a la emergencia inicial siguió un periodo de indecisión e improvisación y por último una etapa de decidida intervención. Creo que también se pueden aplicar al resto de los países implicados en la guerra, ya que tras el desconcierto inicial se dio en todos un gradual incremento de la intervención del Estado y de la creación de instituciones *ad hoc*. Marwick (1980), p. 13.

[5] "Estar preparados: he aquí unas palabras cuyo significado moderno difícilmente comprenderían los que en otros tiempos preparaban y dirigían la guerra". Marv y Mayer (1917), p. 6.

[6] Sobre los trabajos de movilización industrial en España véase San Román (1994) y (1999), pp. 89-142.

[7] Puede verse como ejemplo Casa-Canterac (1917), p. 454.

[8] En este grupo cabe destacar la presencia de Manuel Pérez Urruti, José Marv y Mayer y César Serrano César Serrano fue responsable de la comisión de movilización industrial de la 1ª Región desde 1922 hasta 1929. Manuel Pérez Urruti trabajó en la misma comisión durante los años 1920-1924 y 1929-1931; en el periodo 1924-26 estuvo destinado en la Sección de Movilización de Industrias Civiles del Ministerio de la Guerra. El general de división José Marv y Mayer, pasó los años del conflicto en la sección de reserva del Estado Mayor General del Ejército; fue, sin duda, una de las figuras más preparadas y singulares del Ejército español de principio de siglo. Archivo General Militar de Segovia. Expedientes S-2531, P-1712, M-513.

[9] Es decir, como la cantidad de bienes o servicios a la que debe renunciarse para la obtención de otro determinado bien o servicio.

[10] Véanse a modo de ejemplo los trabajos de Sudrià (1988), Bricall (1985), Sánchez Asiaín (2003), Malefakis (1987).

[11] Catalán (2005), p. 86.

[12] Sánchez Asiaín (2003), p. 120.

[13] Sobre este tema puede verse con más detalle San Román (2008).

[14] Bricall (1985), pp. 374-375

[15] Decreto de 14-8-1936

[16] Orden de 29-8-1936, BOE 4-9-1936.

[17] Ley 1-10-1936, BOE 2-10-1936, nº 1.

[18] Decreto 21-6-1937, BOE 22-6-1937, nº 301

[19] Sobre la figura de Suanzes véase Schwartz y González (1978), Ballesteros (1993) y San Román (1999), p. 27.

[20] Decreto 3-5-1938, BOE 6-5-1938, nº 448.

[21] Decreto 3-5-1938, BOE 6-5-1938, nº 452. El 13 de Junio se constituyeron tres Comisiones que abarcaban la totalidad del territorio en manos del bando franquista. Las tres fijaron su sede en Bilbao donde también se encontraba la sede del Ministerio. Véase O. 13-6-1938, BOE 16-6-1938, nº 651.

[22] Decreto 3-5-1938, BOE 6-5-1938, nº 452.

[23] Ley 16-7-1938, BOE 18-6-1938, nº 777.

[24] Decreto 20-08-1938, BOE 22-8-1938, nº 53.

[25] Véase Díaz Morlán y San Román (2009)

[26] El río Júcar atraviesa las provincias de Cuenca, Albacete y Valencia.

[27] Sobre la situación de Hidroeléctrica Española durante la guerra civil véase San Román (2006 y 2006a).

[28] Sobre la situación de Saltos del Duero durante la guerra civil véase Díaz Morlán (2006).

Resumen:

El artículo estudia la organización industrial durante la guerra civil en España y la influencia que, sobre este proceso, tuvieron los trabajos de movilización económica e industrial desarrollados a raíz de la Primera Guerra Mundial. En el primer apartado se repasa lo que supuso la movilización de 1914. El segundo apartado estudia la organización industrial tanto en la España republicana como en la España de Franco. Servirá para poner de manifiesto la distinta intensidad con que se siguieron, en uno y otro bando, las enseñanzas de la Primera Guerra Mundial y las repercusiones que tuvo la movilización sobre el desarrollo industrial del estado franquista una vez terminado el conflicto. El tercer apartado recoge la experiencia concreta de dos empresas del sector eléctrico: la distinta manera de llevar a cabo la movilización tuvo consecuencias también diversas que fueron más allá de la propia guerra.

Palabras clave:

Historia Industrial, Movilización industrial, Organización industrial, Guerra civil española.

[Volver](#)

Abstract:

This paper studies the industrial management during the Spanish Civil War. The work developed by Spanish Army as a result of Great War had a deep impact on the eve of Civil War. First section looks at the mobilisation in 1914. Second section studies the industrial management in both, Republican and Franco's Spain. It points out the different way to learn war lessons and the economic consequences of mobilisation on industrial development after the war. Third section is focused on two specific electric companies: the different way in which the mobilisation took place also had consequences that went further the war.

Keywords:

Industrial History, Industrial Mobilization, Industrial Management, Spanish Civil War.

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Artículos

EL PICASSO MÁS POLÍTICO: EL *GUERNICA* Y SU OPOSICIÓN AL FRANQUISMO

Genoveva Tusell García

[Resumen-Palabras clave / Abstract-Keywords](#)

Hace apenas tres años, en 2006, la conmemoración del 70^o aniversario del comienzo de la Guerra Civil coincidió con los 25 años del regreso del *Guernica* a España. La obra maestra picassiana fue considerada, al margen de la trascendencia artística que desde el primer momento adquirió, como una denuncia radical de la violencia impuesta por quienes resultarían vencedores en la guerra civil. El mural tomó como punto de partida el bombardeo de la ciudad vasca de Guernica, pero pronto se convirtió no sólo en un icono de la paz y alegato contra la guerra, sino también, con su regreso a España en 1981, en la imagen de la transición final a una democracia.

Para el régimen franquista, Picasso fue el enemigo político del que sólo con el tiempo se fue aceptando su significación artística y, al cabo, se produjo una cierta normalización siempre que el pintor no expresase de una forma rotunda su actitud política antirrégimen. La trayectoria biográfica de Picasso no se caracteriza por ser la de un pintor por completo involucrado en la política. Los medios que frecuentó en la Barcelona juvenil pudieron ser anarquistas, pero no puede atribuírsele ninguna significación concreta hasta el estallido de la guerra civil. Durante los años treinta Picasso, que ya había sido reconocido internacionalmente hasta convertirse en un mito, era un pintor conocido sólo indirectamente por el público español, aunque fuera muy admirado por la generación joven surgida a mediados de los años veinte. En 1936 se celebró en Barcelona y Madrid una exposición reducida que no fue una iniciativa del gobierno de la República, sino un certamen organizado por la Asociación de Amigos de las Artes Nuevas (ADLAN). El compromiso político de Picasso se inició con la guerra civil y tuvo como preámbulo su nombramiento como Director del Museo del Prado, que el artista aceptó pero sin tomar posesión de él ni visitar por este motivo España. Cuando se celebró la Exposición Internacional de París en 1937 surgió la iniciativa de encargarle el mural *Guernica* que, junto con otras obras de Julio González, Joan Miró o Alexander Calder, se exhibió en el pabellón del gobierno republicano español.

Estas circunstancias, bien conocidas y que por lo tanto tan sólo apuntamos aquí, explican lo sucedido tras la guerra civil. Picasso era considerado como un enemigo del régimen y de la misma España, aunque con el paso del tiempo se fue aceptando su egregia significación artística, pero hasta entonces su obra era desconocida de forma directa y las exposiciones del artista se hacían esperar. Hasta 1964 el único cuadro de Picasso en las colecciones españolas fue *Mujer en azul* (1901), que el propio pintor no retiró después de haberlo presentado a la Exposición Nacional, por lo que fue olvidado en los almacenes del Museo de Arte Moderno. Aún así, para los jóvenes artistas Picasso se había convertido en un mito y un motivo permanente de atracción, aunque su influencia directa ya fuera escasa a partir de 1945. Merece la pena citar las palabras que le dedicó Antoni Tàpies en recuerdo de su primer encuentro: "Le vi en 1950 cuando estuve en París con una beca. Picasso era para mí una especie de símbolo que en el aspecto político me explicaba lo que había pasado en este país, lo cual no estaba nada claro para los jóvenes, porque los vencedores lo tergiversaban todo. Tanto Picasso como Miró fueron quienes nos pusieron alerta e hicieron que nos empezásemos a preguntarnos algunas cosas... El ejemplo de Picasso me estimuló a estudiar la época de la República"[\[1\]](#).

La afiliación de Picasso al Partido Comunista Francés a mediados de los años cuarenta, coincidiendo con la ocupación alemana y posterior liberación de París en agosto de 1944, terminó por agriar aún más las relaciones entre el pintor y el régimen. En el círculo de amistades más íntimo de Picasso no extrañó en absoluto su filiación comunista, no en vano intelectuales y artistas cercanos a él como Paul Eluard estaban afiliados al partido, pero sí fue recibida con mayor sorpresa en España, especialmente por las declaraciones del pintor al respecto. "Deseaba mucho volver a encontrar una patria -declaró Picasso a *L'Humanité*-. Siempre he sido un exiliado, pero ahora no lo soy; hasta que España finalmente pueda volver a acogerme, el partido comunista francés me ha abierto sus brazos (...)"[\[2\]](#). Su actitud política era interpretada de manera benevolente e irónica en la prensa española, que presentaba al pintor como un "aldeano listo", un "rústico agitanado"[\[3\]](#) para el que el ingreso en el Partido Comunista no era sino un medio para prosperar en la difusión de su obra.

La ficha que la Dirección General de Seguridad abrió de Pablo Picasso revela que la policía conoció muy tempranamente su ingreso en el Partido Comunista Francés. La ficha se iniciaba con una anotación del 7 de diciembre de 1944 que hacía referencia a su participación en el envío de una carta al General De Gaulle, "en unión de otros significados elementos rojos", "para que se apoye a los españoles en contra de Franco y Falange". También se mencionaba su elección como miembro del Consejo Mundial de la Paz en 1951, descrito como una "entidad dirigida e inspirada por el sovietismo". Y, por último, se incluía en su ficha un recorte de prensa procedente de la revista norteamericana *Life* correspondiente al 30 de enero de 1950 en el que, bajo su fotografía, se decía: "Pablo Picasso, cuyo arte es denunciado por los críticos del Soviet, continúa políticamente adorando a los rojos"[\[4\]](#).

Picasso estuvo afiliado al Partido Comunista Francés hasta 1952 tal y como atestigua su carnet de afiliación, que se conserva en los archivos del Museo Picasso de París. Durante ese tiempo se mantuvo en estrecho contacto con las actividades del partido, sobre todo con sus tentativas de organizar a la opinión internacional en contra de la guerra mediante su participación en distintos congresos para la paz directamente organizados por esta

organización política. Las tensas relaciones entre el pintor y el régimen franquista quedaron patentes en muchas de las exposiciones antifranquistas organizadas en varios países pero sobretodo en Francia en los años cuarenta y cincuenta, que casi siempre giraron en torno a Picasso, que actuó en ellas tanto como organizador como expositor. En 1951, con ocasión de la I Bienal Hispanoamericana de Arte organizada por el Instituto de Cultura Hispánica, el pintor rechazó participar en iniciativas oficiales, sino que junto a otros pintores e intelectuales españoles exiliados en París firmó un manifiesto que recomendaba no sólo la no concurrencia a ella, sino también la celebración de una "contra-bienal" en la ciudad francesa y diversas capitales americanas. El rechazo que Picasso manifestó hacia la Bienal enojó aún más a sus organizadores y uno de ellos, a pesar de haber invitado oficialmente en un primer momento a Picasso, negó con posterioridad haberlo hecho "sencillamente, porque no es español, pues (...) ha adoptado hace tiempo otra nacionalidad extranjera"^[5]. Dos años más tarde, cuando la Embajada Española en París organizó la muestra "Artistes Espagnols a Paris", el Embajador decidió que invitaría "a todos los artistas cuyos nombres conocía, sin excluir a ninguno por razones políticas, salvo en lo que afecta al comunista Picasso"^[6], con lo que su nombre quedó eliminado desde la misma concepción de la exposición.

Las alusiones a la filiación política de Picasso eran frecuentes en los despachos de los Embajadores españoles en el extranjero, que se hacían eco de cualquier noticia publicada sobre el pintor. Con el transcurso del tiempo, los diplomáticos españoles fueron conscientes del alejamiento que se iba produciendo entre el artista y el comunismo, que resultó irreversible en 1956 con la invasión de Hungría por el Ejército Soviético. El Embajador de España en Washington, José María de Areilza, se hizo eco por ejemplo de los intentos de una delegación rusa desplazada a Cannes para entrevistarse con Picasso, que finalmente no los recibió. Todo ello se debía a ojos del Embajador a que "Picasso pertenece al Partido Comunista francés, pero ha dejado entrever ciertas desilusiones hacia Rusia desde las revueltas ocurridas en Hungría la primavera pasada"^[7]. Cualquier mínima noticia referente a Picasso era interpretada políticamente por las instancias españolas.

Los primeros contactos oficiales del régimen con Picasso

A partir de mediados de los años cincuenta la posición de la política oficial española con respecto a Picasso fue cambiando, aunque en unos términos muy particulares. Por un lado, para los primeros escalones de la política oficial seguía siendo un adversario con el que no se quería mantener contacto. Y sin embargo otras personas que ocupaban puestos oficiales en el segundo y tercer escalón eran perfectamente conscientes de lo que significaba Picasso para el arte contemporáneo, es decir, una gloria que además era compartida por todos los españoles. Así se explican toda una serie de iniciativas personales, en su mayor parte truncadas en cuanto afloraban a la luz pública o parecían afectar a lo oficial y no a lo oficioso. La evolución de esta relación entre el pintor y la política oficial es un testimonio claro de las grandes diferencias existentes entre las personas que servían al régimen y, además, del cambio producido por el transcurso del tiempo, que fue limando la distancia original entre ambos.

En junio de 1956 el crítico de arte y funcionario del Instituto de Cultura Hispánica José María Moreno Galván viajó a la localidad francesa de Cannes para entrevistarse con Picasso en representación del Museo Nacional de Arte Contemporáneo y proponerle la organización en Madrid una exposición de su obra con motivo de su 75º aniversario. Moreno Galván pretendía explicarle a Picasso el proyecto de José Luis Fernández del Amo y Luis Felipe Vivanco -director y presidente del Patronato del museo- que, "habida cuenta de que ellos tienen que capear los temporales de la 'menopausia oficial' sin herir susceptibilidades, habían pensado crear una especie de co-patronato libre que en la realidad actuase de común acuerdo con el patronato pero que oficialmente figurase como una 'asociación de amigos del arte contemporáneo' para poder hacer lo que oficialmente es imposible, esto es, llenar el museo de obras de autores no precisamente gratos al régimen"^[8]. Esta propuesta^[9] no fue sino un intento más por acercarse a Picasso desde el Museo de Arte Contemporáneo con el fin de organizar una exposición de su obra en España o de lograr que su producción artística estuviera presente en su colección permanente.

Después de dos intentos fallidos, Moreno Galván consiguió entrevistarse personalmente durante dos horas con Picasso en julio de 1956 y presentarle sus propuestas. Los resultados de esta conversación, en la que inevitablemente salieron a colación los aspectos políticos, llegaron a oídos del Director General de Relaciones Culturales a través del Agregado Cultural de la Embajada de España en París, José Luis Messía. "No se dolió Picasso pero tampoco se vanaglorió de su postura política" -explicó Moreno Galván-, al que el pintor dijo "con mezcla de testarudez y de melancolía" que "ciertas actitudes, una vez tomadas, obligan de por vida". Con respecto al destino de su obra a su muerte -"espero que Franco viva más que yo", le dijo Picasso-, el pintor mostró su deseo de que su obra permaneciera en España, tratando de encontrar una fórmula que le permitiera donar "una treintena de obras que comprendiese lo más sobresaliente y representativo de su producción de los últimos veinte años". También hablaron de la idea de organizar en España una exposición para celebrar su 75º aniversario, con la que Picasso se mostró en principio conforme, aunque finalmente no se llevaría a cabo. Para José Luis Messía esta reunión entre José María Moreno Galván y Picasso significaba una ocasión única para que el régimen entablase definitivamente una relación cordial con el pintor, "matando así el mito político Picasso", una posibilidad que en todo caso no podía desperdiciarse. "Ojalá que García Lorca estuviera vivo y tuviésemos también en la mano la posibilidad de enterrar su mito"^[10], terminaba diciendo el Agregado Cultural.

Las visitas de José Luis Fernández del Amo y el Ministro de Asuntos Exteriores a París hicieron que el asunto de Picasso volviera a replantearse a finales de ese mismo año, ya que éste último mostró a José Luis Messía "un interés muy especial" por el asunto dándole "instrucciones de seguirlo muy de cerca y de hacerlo progresar con prudencia y tesón", llegando a sugerirle que se entrevistase personalmente con el pintor. Messía no había querido dar este paso hasta entonces por no considerarlo oportuno, "pues por mucho que 'camuflase' mi condición de Consejero Cultural con supuestas condiciones personales de intelectual o de escritos, siempre acabaría viéndose el plumero". Sin embargo, consideraba que ése era el momento más oportuno para reanudar las relaciones con el pintor pues, "pese a la nueva actualidad de 'Guernica', su estado de ánimo no debe haber cambiado desde hace unos meses y que valdría la pena de aprovechar su buena disposición para encontrar la fórmula que hiciese posible la entrada en España de una masa importante de su obra". Por todo ello Messía recomendaba que en lugar de él fuera Fernández del Amo el que tuviese una conversación con Picasso, "pues no es ni un 'francotirador' como Moreno Galván ni un agente oficial como yo", ya que su condición de

Director del Museo de Arte Contemporáneo le confería "simultáneamente carácter representativo y un margen de 'neutralismo' todo lo elástico que se quiera para evitar la alergia de nuestro bronco compatriota". Lo importante de todo esto era "no desaprovechar la ocasión que tenemos en las manos y conducir el asunto, como lo vio el Ministro, con la máxima prudencia y tenacidad"[\[11\]](#). Todas estas conversaciones se mantenían en secreto considerándose que, por sus especiales matices, no era momento de tratarlas por despacho oficial.

El propio Ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín-Artajo subrayaba la discreción con la que debían llevarse estos contactos, indicando a José Luis Messía a través del Director de Relaciones Culturales que "de momento no hay que dar ningún paso que sea oficial ni parezca siquiera oficial (...) Fernández del Amo puede hablar al pintor, también con cautela, y luego ya veremos"[\[12\]](#). Sin embargo, a pesar del secreto que rodeó estas conversaciones, la noticia de una posible celebración de una exposición de Picasso en Madrid saltó de inmediato a la prensa a partir de una reseña publicada en el diario *Informaciones* en la que se decía que para ello se ofrecerían "toda clase de facilidades por las Direcciones Generales de Asuntos Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Aduanas"[\[13\]](#). Los contactos de Picasso con el régimen salieron a la luz a raíz de unas declaraciones del pintor al *Chicago Daily Tribune* en las que anunciaba que había sido invitado por una delegación española a realizar dos exposiciones en Madrid y Barcelona. Las manifestaciones de Picasso tuvieron eco en la prensa francesa[\[14\]](#), que se atrevía a apuntar sin ningún fundamento que en la supuesta exposición, en cuyo comité de organización se incluiría a Ramón Menéndez Pidal, Joan Miró, Gregorio Marañón, Julián Marías, el cineasta Luis García Berlanga y el torero Luis Miguel Dominguín, estaría incluida su más polémica obra: el *Guernica*[\[15\]](#).

Ante el enojo que estas noticias filtradas a la prensa provocaron en el Ministro de Asuntos Exteriores, el Director General de Relaciones Culturales se apresuró en salir al paso de estas declaraciones del pintor y desmentir cualquier contacto oficial dirigiéndole una amplia nota informativa. En ella Antonio Villaceros declaraba que "jamás he dicho a nadie que la Dirección General de Relaciones Culturales fuese a dar facilidades para la Exposición de Picasso. Naturalmente, no me hubiera permitido manifestar tal criterio (de ser cierto) sin haber obtenido previamente la aprobación de V.E.". Villaceros añadía que en una entrevista con un periodista de *Informaciones*, contestando a sus preguntas sobre si era cierto que se iba a celebrar una exposición de Picasso en Madrid, "le contesté que había oído decir en una reunión fuera de este Ministerio que un grupo de personas aficionadas al arte, críticos y académicos, pensaban pedir autorización a la Dirección General de Bellas Artes para organizar dicha Exposición, a título puramente particular; y, precisamente, puse empeño en manifestar a dicho periodista que este Ministerio de Asuntos Exteriores no intervenía ni tenía por qué intervenir en una iniciativa puramente privada"[\[16\]](#). Idénticas explicaciones dio Villaceros al Director General de Bellas Artes Antonio Gallego Burín, aclarando que a su parecer "se trata de un caso más de ligereza informativa, para dar atractivo o sensacionalismo a la noticia. No me iba yo a meter en un asunto que en este Ministerio de Asuntos Exteriores no se ha planteado para nada y que sería de tu exclusiva competencia, si hubiera preparación o intervención oficial en tal Exposición"[\[17\]](#).

Antonio Villaceros remitió una nueva nota informativa a Martín-Artajo por si se trataba el tema de Picasso en el Consejo de Ministros. "Que yo sepa -se decía en la nota-, el Ministerio de Asuntos Exteriores no ha realizado ni ha encargado de realizar gestión alguna a nuestra Embajada en París, en relación con ese proyecto que abrigan varias personas (críticos o coleccionistas o amigos del pintor, incluso creo que algún Director de Museo)"[\[18\]](#), aunque aclarando que Relaciones Culturales conocía la entrevista de Moreno Galván y Picasso. En suma, de esta manera concluyó ese primer contacto entre el artista y el régimen que gobernaba España, que no fue sino un intento fallido guiado por buenos deseos personales pero de imposible realización en la España de entonces.

El homenaje a Picasso en su 75º aniversario se llevó finalmente a cabo en 1957, pero en el Museum of Modern Art de Nueva York. En la exposición estuvo presente además la única obra de Picasso que por entonces era propiedad del Estado Español: *Mujer en azul* (1901). Con motivo de esta muestra, la revista norteamericana *Newsweek* se refería a la tan comentada exposición de Picasso que se proyectaba en Madrid y Barcelona para finales de 1957, mencionando que el pintor había puesto como única condición para su celebración que fueran expuestas sus obras *Guernica* (1937) y *La masacre de Corea* (1950). "He sido invitado a asistir, pero no creo que lo haga. Después de todo, estamos en malas relaciones"[\[19\]](#) -declaraba el pintor al respecto de esta muestra. Finalmente, y no desde las instancias oficiales sino por iniciativa privada, en octubre de 1957 se llevó a cabo una exposición de pinturas, esculturas, mosaicos y cerámicas de Picasso en la Sala Gaspar de Barcelona. Mientras tanto, el régimen franquista seguía en sus trece: intentando por un lado establecer contacto con Picasso, que se había convertido en un pintor de fama internacional, y por otro lado criticando sus tendencias políticas.

La exhibición del *Guernica* en Europa

Otro foco de tensiones entre Picasso y el régimen estuvo en torno al mural *Guernica*. Desde el final de la Guerra Civil el cuadro se había convertido en un instrumento de lucha en favor de los exiliados republicanos. En 1955 la obra abandonó los Estados Unidos -donde se encontraba depositado en el Museum of Modern Art de Nueva York- para ser expuesto en distintos museos y galerías europeas. Como cabía esperar, la exposición del *Guernica* trajo consigo innumerables comentarios por parte de la prensa y el público acerca de la situación política y el régimen dictatorial españoles que no agradaron en absoluto al cuerpo diplomático desplazado en el extranjero.

Ya en 1951, con motivo de la celebración de la Trienal de Milán, el comisario del pabellón español José Antonio Coderch se refería en uno de sus informes a los aspectos políticos que rodeaban tanto la figura de Picasso como su obra *Guernica*. "Bastaron unos dibujos panfletarios de un Picasso -decía Coderch-, ampliamente reproducidos en revistas de arte políticamente neutras pero de gran circulación para que la 'carnicería' de *Guernica* pasara a ser un dogma en grandes sectores artísticos de Europa y América". Y es que el *Guernica* se había convertido ya en el símbolo de la lucha contra la dictadura franquista, no en vano Coderch -un gran arquitecto inequívocamente partidario del régimen- se refería al pintor en este informe como "tránsfuga Picasso"[\[20\]](#).

Una de las primeras protestas estuvo motivada por la proyección de un documental sobre el *Guernica* en el marco de una conferencia sobre Picasso y su obra pronunciada por el ex-ministro de Educación Nacional francés

Olivier Lapie en febrero de 1955 en la Galería Nacional de Oslo. A dicha conferencia fue invitado el Encargado de Negocios de la Embajada de España, José María Campoamor, que decidió asistir receloso de lo que en ella pudiera tratarse, pues "nunca se sabe en el servicio exterior dónde saltan las liebres y la ocasión se prestaba a que dieran salto de mata dos, una artístico-nacionalista y la otra política". Las primeras ofensas llegaron cuando el conferenciante se refirió a Picasso como "este gran pintor francés" o al "mejor ambiente de libertad que encontró en París". Pero el desagrado llegó con la proyección de un documental sobre el *Guernica* narrado por María Casares[21] en el que, mientras se mostraban los destrozos producidos por el ataque de la aviación alemana, se hablaba del ataque que "estando la ciudad llena de mujeres y niños" llevaron a cabo "los sicarios de Franco"[22].

Profundamente enojado por los comentarios vertidos en el documental, Campoamor remitió a la mañana siguiente una carta de protesta al Embajador de Francia en Oslo. Además de dejar claro que, debido a una serie de circunstancias mundiales, el *Guernica* se había convertido "en un arma de propaganda política", el Encargado de Negocios español recomendaba que, para evitar "los inconvenientes políticos que derivan de pequeños incidentes sin importancia como éste", se hiciera "alguna modificación en un film que ofende, de la manera más innecesaria del mundo, a los españoles"[23]. La Dirección General de Política Exterior del Ministerio de Asuntos Exteriores dio su aprobación a la actuación de Campoamor, considerando que el mencionado documental abundaba en "citas insultantes para el Movimiento Nacional y para el actual Régimen español"[24].

El 5 de mayo de 1956 se inauguraba en el Palais de Beaux-Arts de Bruselas una exposición compuesta por el *Guernica* y su colección de dibujos preliminares. La muestra sirvió según el Embajador español "para que al socaire de la crítica de arte, se saque una y mil veces a relucir el manoseado cliché de la interpretación que de este hecho de guerra han logrado imponer nuestros enemigos a la opinión universal"[25]. Los comentarios de la prensa belga fueron desiguales, aunque la mayoría se mostraron críticos hacia el régimen español[26], describiendo la devastación producida por el ataque, a excepción del semanario *Phare Dimanche*, que dedicó un artículo a repasar la biografía del general Franco "lleno de simpatía y objetividad hacia la personalidad y la carrera del Generalísimo"[27]. Esta polémica demostró hasta qué punto seguía vivo el recuerdo de la guerra civil española.

De ahí el *Guernica* se trasladó a Amsterdam, donde a partir del 24 de julio de 1956 fue exhibido en el Museo Municipal. El Embajador de España, que acudió a la apertura, se felicitó por el hecho de que "no se quiso dar carácter político a la ceremonia y en los breves discursos pronunciados no se mencionó nuestra guerra civil ni el Jefe del Estado". También estuvo presente en el acto Daniel-Henry Kahnweiler, organizador de las exposiciones del *Guernica*, recalcó en sus palabras el "humanismo" del pintor español y sus "desvelos por la paz y su odio a toda clase de destrucciones y guerras", describiéndole como un hombre "idealista, sentimental y desinteresado" sin hacer referencia alguna "a sus ideas pro-comunistas"[28]. Tras su gira europea y por indicación de Picasso, el *Guernica* se depositó de forma indefinida en el MOMA de Nueva York, pasando a convertirse en un icono universal de la paz y contra la guerra después de haber servido para recaudar fondos para los exiliados españoles tras la guerra civil.

Cuando el 25 de mayo de 1964 fue reabierto el Museum of Modern Art de Nueva York tras realizar obras de ampliación en sus salas, el *Guernica* volvió a ser de nuevo el foco de atención de la diplomacia española. Desde Nueva York el Cónsul General de España Ángel Sanz-Briz informaba que, en el letrero adosado al cuadro y en el que se hacía una breve descripción del mismo, "se dice que esta famosa obra de la pintura contemporánea carece, según lo señala el propio autor, de significación política alguna y fue pintada por encargo del gobierno republicano para figurar en la Exposición Mundial que se celebró en París el último año de nuestra guerra civil. Añade el cartel que este cuadro fue inspirado a Picasso por el bombardeo realizado por la aviación alemana sobre la famosa ciudad vasca". El Cónsul señalaba aliviado que "esta obra tan discutida no constituye un elemento de hostilidad política para nuestro régimen, al que no se menciona en el cartel a que vengo refiriéndome"[29].

El Museo "Colección Sabartés" de Barcelona

En 1961 tuvo lugar la primera y única exposición de Picasso en Madrid realizada por un organismo oficial español en vida del artista. Los preparativos de la muestra "Obra gráfica de Pablo Picasso" se remontaban a 1959 pues, desde su acceso a la dirección del Museo Nacional de Arte Contemporáneo, Fernando Chueca había intentado establecer contacto con el pintor como hiciera en su momento José Luis Fernández del Amo. La idea era organizar en Madrid una exposición de obra gráfica de Picasso "que recogiera carteles, grabados, litografías, ilustraciones de libros, etcétera" que, además de resultar sugestiva e interesante, "recogería la faceta menos conocida por el público" [30] de la producción artística del malagueño. La exposición de Picasso se convertiría en la más importante que organizase la institución a lo largo del año, más aún teniendo en cuenta que para ella el museo destinó 82.000 pesetas de las 120.000 que tenía de subvención anual. La inevitable expectación que suscitó se debió no sólo a la calidad de las obras expuestas, sino también a toda la polémica que rodeaba la faceta política del pintor.

Tras varios aplazamientos la muestra se inauguró el 27 de enero de 1961, presentando 177 grabados, litografías y linóleos, aunque al acto no acudió el Ministro de Educación Nacional, que se excusó por coincidir con un Consejo de Ministros[31]. La prensa destacó la importancia del acontecimiento no sólo porque suponía el primer reconocimiento de un organismo oficial hacia la obra de Picasso sino también por la importancia de la obra presentada. En el catálogo de la muestra Fernando Chueca Goitia daba la bienvenida a unas obras hasta entonces desconocidas en España: "El Museo de Arte Contemporáneo de Madrid se siente muy orgulloso de poder recibir en esta casa de los artistas españoles al primero de ellos, tanto por lo que significa para el mundo como por lo que es para España. Para nosotros la llegada de Picasso nos conmueve doblemente: como admiradores de su arte y como compatriotas"[32]. A esta exposición se unió otra celebrada en la Sala Gaspar de Barcelona con treinta obras inéditas seleccionadas por el propio Picasso.

Coincidiendo con la celebración de ambas exposiciones, se comenzó a hablar en Francia de la creación de un museo del pintor en Barcelona[33], la ciudad española con la que había mantenido un contacto más estrecho desde que se trasladara a París tras residir en ella entre 1895 y 1904. Se trataba de un proyecto de extrema

importancia, más aún si tenemos en cuenta que las colecciones públicas españolas tan sólo se contaba una sola de sus obras, la *Mujer en azul*, descubierta de forma casual en los almacenes del Museo de Arte Moderno. Habría que esperar hasta 1964 para incorporar otras obras del pintor, pues fue entonces cuando el Estado Español adquirió tres lienzos de la serie *El pintor y la modelo*, utilizando como mediadora una galería española que adquirió las obras a Daniel-Henry Kahnweiler, marchante de Picasso. Las obras fueron exhibidas por vez primera en el pabellón español en la Feria Mundial de Nueva York celebrada ese mismo año, pero se pretendió hacer constar que no se habían comprado específicamente para esta ocasión^[34].

Durante años, Picasso había mantenido la costumbre de regalar a su secretario personal, biógrafo y amigo íntimo Jaime Sabartés (1881-1968) un ejemplar especial y firmado de cada grabado que hacía. De esta manera, Sabartés fue reuniendo una notabilísima colección constituida por casi trescientos grabados que abarcaban la totalidad de la producción litográfica de Picasso, además de una escultura, cuatro pinturas y seis dibujos. A comienzos de los sesenta, ante el deterioro general de su estado de salud, Sabartés comenzó a dar forma a la idea de donar su colección para constituir un Museo Picasso en Barcelona, para lo cual contó desde un principio con el apoyo incondicional del Ayuntamiento, con el que se consiguieron salvar las dificultades impuestas al proyecto por las malas relaciones existentes entre el pintor y el régimen franquista. Las negociaciones al respecto consiguieron dar sus frutos a partir de 1960, cuando en el 27 de julio era constituido oficialmente el museo por acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona y cuando Picasso aceptó el Palacio Berenguer de Aguilar del barrio gótico como sede del museo, que acogería no sólo la colección Sabartés, sino algunas obras donadas por el artista, otras que el Museo de Arte Moderno de Barcelona había adquirido e importantes cesiones de coleccionistas y amigos del artista. En su gestación intervinieron también de forma decisiva Miguel y Juan Gaspar, en cuya galería se habían realizado las últimas y más importantes exposiciones de Picasso en Barcelona.

El 26 de junio de 1962, en una reunión en su casa de París, Jaime Sabartés entregó al Ayuntamiento de Barcelona la colección de su propiedad destinada al futuro Museo Picasso. A la misma asistieron el Subdirector de los Museos de Arte del Ayuntamiento de Barcelona, José Selva Vives, y el Consejero Cultural de la Embajada de España, Rafael Fernández Quintanilla^[35]. El propio Picasso colaboró activamente en el proyecto a través de sus contactos con Juan Ainaud de Lasarte, Director de la Junta de Museos del Ayuntamiento de Barcelona, haciendo indicaciones sobre el color de los muros de las salas de pintura y manifestando su voluntad de donar un número importante de sus obras una vez inaugurado el museo.

En marzo de 1963 se inauguró el Museo Picasso de Barcelona, una inauguración deslucida por la ausencia de Picasso que constituyó un acto de carácter no oficial al que tampoco acudieron ni el alcalde ni las principales autoridades barcelonesas. El artista pudo conocer la estructura del museo a él dedicado gracias a las fotografías e informaciones que le proporcionaron su hijo Pablo, Jaime Sabartés y otros amigos franceses que lo visitaron Barcelona. En todo caso, la apertura del museo causó un gran revuelo informativo que traspasó las fronteras españolas. En Irlanda, por ejemplo, un diario presentaba la apertura del museo como "el primer gesto de la España de Franco en reconocimiento del maestro", aunque no se esperaba que durara largo tiempo, pues algunas autoridades comunicaron a su periodista "que el lugar podía cerrar cualquier día"^[36].

La apertura del museo marcó un nuevo desencuentro entre el artista y el régimen. Las esferas oficiales evitaban referirse al Museo Picasso, al que denominaban simplemente "Colección Sabartés", mientras el pintor reconsideraba la posibilidad de realizar la donación prometida. A propósito de su inauguración, la revista norteamericana *Newsweek* se hacía eco en sus páginas de las malas relaciones entre el pintor y el franquismo: "El gobierno de Franco nunca ha respondido los desaires de Picasso con su afecto, y durante dos décadas el público español ha tenido que enmudecer su entusiasmo por su héroe cultural". Se ofrecían además las declaraciones de un anónimo abogado barcelonés que ponían de relieve los enfrentamientos entre ambos: "¿Se dan cuenta que hace tan sólo diez años la más leve mención del nombre de Picasso le convertía a uno en sospechoso a los ojos de la policía? Un buen amigo mío, después de asistir a un rutinario registro policial de su casa... fue arrestado y encarcelado ¿Por qué? La policía había encontrado copias de originales de Picasso en su casa". Se decía además que el alcalde de Barcelona, José María de Porcioles, había recibido órdenes de "un Ministro del Gabinete de que el museo no podía ser, bajo ninguna circunstancia, llamado *Museo de Picasso*... El gobierno ha sugerido que Barcelona se refiera a todo él como la *Colección Sabartés*"^[37]. Se anunciaba por último que Picasso había rechazado realizar las donaciones inicialmente previstas para el museo, que hasta el momento carecía de director o conservador.

A los ojos del Cónsul de España en Nueva York, el artículo de *Newsweek* contenía "una serie de afirmaciones y omisiones desagradables para nuestro gobierno"^[38] y sin embargo se obviaba la pertenencia de Picasso al Partido Comunista francés y el hecho de que el edificio gótico donde se había instalado el museo había sido restaurado con fondos del Estado Español. Por éste y otros comentarios acerca de la denominación del museo publicados en el *New York Times*, Ángel Sanz-Briz reiteraba su "criterio de que se denomine con el nombre de Picasso [sic] a esa nueva colección que ha enriquecido el acervo artístico de Barcelona, y ello no sólo por la buena impresión que en esta opinión pública causaría tal decisión, sino también por evitar que nuestros enemigos puedan aprovechar tal ocasión que, de no hacerlo así, se les depararía para fustigar a España y al Régimen"^[39].

Juan Ainaud de Lasarte, Director de la Junta de Museos del Ayuntamiento de Barcelona, redactó en agosto de 1964 un informe acerca de la relación de Picasso con el museo a él dedicado en Barcelona. Después de tratar el especial afecto que desde su juventud había unido a Picasso con la ciudad, en él se explicaba que "el proyecto halló una acogida entusiasta en los medios artísticos barceloneses y logró desde un principio el incondicional apoyo de la Junta de Museos". Una vez inaugurado en 1963, Ainaud de Lasarte visitó personalmente a Picasso en Francia, quien le manifestó su propósito de donar "un lote importante de obras: pinturas, esculturas, cerámica y dibujo", así como "su deseo de conocer en detalle la estructura del edificio para estudiar mejor la distribución de las colecciones"^[40]. Se le entregó al artista una maqueta del edificio y éste pidió que le mantuvieran al tanto de todas las novedades referentes al museo. Un año más tarde, en el verano de 1964, Ainaud de Lasarte volvió a viajar a Vallauris para confirmar hasta qué punto eran ciertos los rumores de que Picasso pensaba donar al museo las obras que componían la serie *Las Meninas y la vida*, aunque no consiguió ser recibido por el

artista[41].

Como hemos visto, las malas relaciones entre Picasso y el régimen eran objeto habitual de los despachos - casi siempre reservados- de los Embajadores desplazados al extranjero. A petición del Embajador de España en Roma Alfredo Sánchez-Bella, el Director General de Relaciones Culturales Alfonso de la Serna informaba que "el contacto con Picasso con España se hace más bien por vía verbal y por medio de amigos, sin que conste ninguna actitud pública, escrita, formal, etc." [42]. En su carta reservada, de la Serna le informaba sobre los últimos acontecimientos referidos al artista: la constitución y apertura de su museo y el interés de Picasso hacia el mismo o la adquisición de tres obras de la serie *El pintor y la modelo*.

El deseo por establecer una comunicación sin que ésta pareciera oficial llegó a ser tal que el régimen intentó establecer contacto con Picasso a través de alguno de sus amigos íntimos que residía en España, entre ellos el torero Luis Miguel Dominguín, al que el Ministerio de Asuntos Exteriores se dirigió en distintas ocasiones para que actuara como intermediario. Una de ellas tuvo lugar cuando al ministerio llegaron noticias de que el pintor tenía la intención de legar a Méjico todas sus obras [43]. También se acudió al torero cuando el diario español Pueblo otorgó a Picasso la medalla "A la Fama" en su "Concurso de la Popularidad", que por su ausencia del acto fue recogida por el Director General de Relaciones Culturales Alfonso de la Serna. Se pretendía que Dominguín hiciera llegar a Picasso la medalla [44], puesto que en dicha ocasión Jaime Sabartés [45] prefirió no servir de intermediario.

Con ocasión del 85º aniversario del artista volvieron a organizarse una serie de celebraciones en Francia cuyo principal foco de atracción fueron las exposiciones retrospectivas celebradas en el Grand y Petit Palais de París con 300 y 500 obras respectivamente. Su promotor fue el Ministro de Asuntos Culturales francés, André Malraux, y al acto de inauguración asistieron el Embajador Español José María de Areilza y su Agregado Cultural Rafael Fernández Quintanilla, constituyendo el mayor homenaje jamás ofrecido a un artista en vida. Al mismo asistió además una delegación especial del partido comunista francés para unirse al homenaje que se hacía "a uno de sus más egregios militantes". En una carta dirigida al Ministro de Asuntos Exteriores, el Embajador Español manifestaba su opinión de que, por el contenido político que se había dado a este homenaje, "merece tenerse en consideración para contrarrestarlo en lo posible". "Dada la manera de ser del interesado -proseguía Areilza- sería improcedente, por supuesto, un homenaje oficial que parecería arrastrado por el ejemplo francés y tendría muchas dificultades, en cambio para igualarlo. Pero lo que no me parece acertado es permanecer inactivos, pues ideologías aparte es una gloria pictórica consagrada en el mundo y no podemos prestarnos por inactividad a que otro país nos la arrebatase". Para el proyecto podría aprovecharse el empuje del Museo Picasso de Barcelona, que "brindaría un pretexto excelente para un acto de esta naturaleza ¿caso se podría preparar una inauguración solemne en presencia suya que permitiese rendir un homenaje de calor patrio a su persona?". El acto se realizaría con la ayuda de algunos amigos íntimos del artista, "personas que, guiadas exclusivamente por su buena fe y su amor a España, podrían prestarse a tomar una iniciativa de esta naturaleza" [46].

Días más tarde el Embajador informaba acerca de un nuevo acto en homenaje a Picasso celebrado en el Palacio de los Deportes de París al que asistieron los hijos del artista y que contó con las actuaciones de un ballet ruso, del bailarín Antonio y del cantante Raimon, y al que asistió en representación española el Agregado Cultural de la Embajada. A la salida del espectáculo, Fernández Quintanilla se encontró con el actor Paco Rabal, que le presentó al pintor español José Ortega [47] -"sucesor, al parecer, de Julián Grimau en Francia"-, el cual le preguntó qué posibilidades tenía de regresar a España. A pesar de la presencia en el acto de un importante grupo de militantes del partido comunista francés, se señalaba que a lo largo del mismo no hubo "ninguna manifestación ni de carácter político ni alusiva a España" [48], salvaguardándose por lo tanto los intereses del régimen franquista.

Desde la perspectiva de cuanto hemos relatado hasta el momento, se entiende que como continuación de la política hasta entonces seguida, a finales de los años sesenta, siendo Director General de Bellas Artes Florentino Pérez Embid, se llevara a cabo un primer intento de recuperación del *Guernica* del que estuvo incluso enterado el propio Almirante Carrero Blanco. Pero estos propósitos eran ilusorios mientras que se mantuviera el régimen político dictatorial y frente a ellos hubo las declaraciones de Picasso, personales o a través de su abogado, estableciendo las condiciones en que se podría llevar a cabo la devolución sólo cuando España hubiera llegado a un régimen democrático [49]. Daba comienzo entonces el largo proceso de negociaciones para la recuperación del *Guernica*, que no concluiría hasta el 10 de septiembre de 1981, con la llegada del mural a España y su posterior ubicación en el Casón del Buen Retiro de Madrid.

[1] Julián, I. y Tàpies, A.: Diálogo sobre arte, pintura y sociedad. Barcelona, Icaria, 1977, pág. 46.

[2] Ibidem, pág. 310.

[3] Estos comentarios corresponden a un artículo de César González Ruano publicado en *Arriba* el 18 de abril de 1948 y aparecen citados en Tusell, Javier: "El ambiente cultural, político y artístico en el Madrid de la posguerra" en Arte para después de una guerra. Madrid, Comunidad de Madrid, diciembre de 1993- enero de 1994, pág. 51.

[4] Ficha policial de Pablo Picasso. Archivo Histórico Nacional, Madrid.

[5] Trabazo, Luis: "Una gran manifestación artística. Don Leopoldo Panero habla sobre la Bienal" en Informaciones, Madrid, 11 de octubre de 1951.

[6] Despacho núm. 1238 del Embajador de España en París, José Rojas y Moreno, a la Dirección General de Relaciones Culturales fechado en París el 13 de mayo de 1953. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Leg. 3685, Expte. 60.

[7] Despacho núm. 784 del Embajador de España en Washington, José María de Areilza, dirigido a las Direcciones Generales de Política Exterior y Relaciones Culturales fechado en Washington el 16 de mayo de 1957. AMAE,

Leg. R. 5229, Expte. 43.

[8] Carta de José María Moreno Galván a José Luis Fernández del Amo, Director del Museo de Arte Contemporáneo, fechada en Cannes el 23 de junio de 1956. Archivo José Luis Fernández del Amo, Biblioteca del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Material Especial/ 4973 35251.

[9] El propio Moreno Galván dijo en una nota manuscrita que dejó a Picasso en su casa La Californie tras esperar durante horas a ser recibido que todo esto "me lo inventé en estas horas de inactividad. Creo que es la mejor manera de entrarle al maestro. Que se ilusione con la posibilidad de ayudar a la 'juventud progresiva' española, como él la llamaría, sin que eso signifique una claudicación y dejando bien claro que se actúa de acuerdo con las mejores intenciones del Museo Contemporáneo".

[10] José María Moreno Galván relató a José Luis Messía los pormenores de su conversación con Picasso y éste último a su vez comunicó sus resultados a la Dirección General de Relaciones Culturales. Carta reservada del Agregado Cultural de la Embajada de España en París, José Luis Messía, dirigida al Director General de Relaciones Culturales, Antonio Villacieros, fechada en París el 31 de julio de 1956. AMAE, Leg. R. 8630, Expte. 114, denominado "Picasso, Pablo. Expediente Reservado".

[11] Carta reservada del Agregado Cultural de la Embajada de España en París, José Luis Messía, al Director General de Relaciones Culturales, Antonio Villacieros, fechada en París el 7 de diciembre de 1956. AMAE, Leg. R. 8630, Expte. 114, denominado "Picasso, Pablo. Expediente Reservado".

[12] Carta reservada del Director General de Relaciones Culturales, Antonio Villacieros, dirigida al Agregado Cultural de la Embajada de España en París, José Luis Messía, fechada en Madrid el 14 de diciembre de 1956. AMAE, Leg. R. 8630, Expte. 114, denominado "Picasso, Pablo. Expediente Reservado".

[13] "Picasso expondrá en Madrid" en Informaciones, Madrid, 10 de abril de 1957.

[14] Véase los artículos "L'Exposition Picasso a Madrid" en Indépendant, Perpignan, 12 de abril de 1957 y "Picasso exposera 'Guernica' a Madrid" en L'Ardennais, Charleville, 9 de abril de 1957.

[15] "Exposition Picasso à Madrid. 'Guernica' y figureraït" en Parisien-Liberé, París, 17 de abril de 1957.

[16] Villacieros, Antonio: "Nota Informativa" dirigida al Ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín-Artajo, fechada en Madrid el 12 de abril de 1957. AMAE, Leg. R. 8630, Expte. 114, denominado "Picasso, Pablo. Expediente Reservado".

[17] Carta reservada de Antonio Villacieros, Director General de Relaciones Culturales, a Antonio Gallego Burín, Director General de Bellas Artes, fechada en Madrid el 12 de abril de 1957. AMAE, Leg. R. 8630, Expte. 114, denominado "Picasso, Pablo. Expediente Reservado".

[18] Villacieros, Antonio: "Nota Informativa" con la calificación de "Reservado" dirigida al Ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín-Artajo, fechada en Madrid el 11 de junio de 1957. AMAE, Leg. R. 8630, Expte. 114, denominado "Picasso, Pablo. Expediente Reservado".

[19] Lansner, Kermit: "The World of Pablo Picasso" en Newsweek, Washington, 27 de mayo de 1957. [La traducción del inglés es de la autora]

[20] Coderch, J.A.: "Informe B del arquitecto J.A. Coderch de Sentmenat sobre la participación española..." Op. Cit. AMAE, Leg. R. 4838, Expte. 5.

[21] Seguramente la presentación del documental también enojaría al diplomático español, pues María Casares era hija de Santiago Casares Quiroga, Presidente del Consejo de Ministros de la República en el momento del estallido de la guerra civil.

[22] Despacho núm. 168 del Encargado de Negocios de la Embajada de España en Oslo, José María Campoamor, dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores fechado en Oslo el 25 de febrero de 1955. AMAE, Leg. R. 4468, Expte. 9, denominado "Rojos españoles en Francia. Pintor Picasso".

[23] Copia de la carta remitida por el Encargado de Negocios de la Embajada de España en Oslo, José María Campoamor, al Embajador de Francia en Oslo, Louis de Monicault, fechada en Oslo el 25 de febrero de 1955. AMAE, Leg. R. 4468, Expte. 9, denominado "Rojos españoles en Francia. Pintor Picasso". [La traducción del francés es de la autora]

[24] Despacho reservado de la Dirección General de Política Exterior dirigido al Embajador de España en París, el Conde de Casa Rojas, fechado en Madrid el 25 de marzo de 1955. AMAE, Leg. R. 4468, Expte. 9, denominado "Rojos españoles en Francia. Pintor Picasso" y AMAE, Leg. R. 4840, Expte. 70.

[25] Despacho núm. 265 del Embajador de España en Bruselas, el Conde de Casa Miranda, dirigido a la Dirección General de Relaciones Culturales y fechado en Bruselas el 14 de mayo de 1956. AMAE, Leg. R. 4468, Expte. 9, denominado "Rojos españoles en Francia. Pintor Picasso".

[26] Véanse los artículos Thomas, Robert-Marie; "Guernica" en La Dernière Heure, Bruselas, 5 de mayo de 1956; L.D.H.: "Picasso et le Masacre de Guernica" en La Libre Belgique, Bruselas, 7 de mayo de 1956; J.G.: "Guernica" en Le Drapeau Rouge, Bruselas, 8 de mayo de 1956; Séaux, Jean: "Picasso a peint 'Guernica' en souvenir de la guerre d'Espagne mais n'a pas voulu la signer" en Le Peuple, Bruselas, 8 de mayo de 1956; Colleye, Hubert: "Picasso et Guernica" en La Metropole, Bruselas, 12 de mayo de 1956; y Kerels, Henri: "Le long des cimaises...Guernica" en La Lanterne, Bruselas, 12 de mayo de 1956.

[27] Despacho núm. 299 del Embajador de España en Bruselas, el Conde de Casa Miranda, dirigido a la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores y fechado en Bruselas el 8 de junio de 1956. AMAE, Leg. R. 4468, Expte. 9, denominado "Rojos españoles en Francia. Pintor Picasso".

- [28] Despacho núm. 82 del Cónsul de España en Amsterdam, J.M. Trias de Bes, remitido a la Dirección General de Política Exterior del Ministerio de Asuntos Exteriores y fechado en Amsterdam el 26 de julio de 1956. AMAE, Leg. R. 4468, Expte. 9, denominado "Rojos españoles en Francia. Pintor Picasso" y AMAE, Leg. R. 5228, Expte. 59.
- [29] Despacho núm. 478 del Cónsul de España en Nueva York, Ángel Sanz-Briz, dirigido a la Dirección General de Relaciones Culturales y fechado en Nueva York el 28 de mayo de 1964. AMAE, Leg. R. 8148, Expte. 53.
- [30] Carta de Fernando Chueca dirigida a Daniel-Henri Kahnweiler y fechada en Madrid el 24 de septiembre de 1959, procedente del Archivo del Museo Español de Arte Contemporáneo y contenida en Jiménez-Blanco, M^a Dolores: Arte y Estado en la España del siglo XX. Madrid, Alianza Forma, 1989, pág. 122.
- [31] Seguramente, además del Consejo de Ministros, detrás de la ausencia de Jesús Rubio García Mina habría que buscar además motivaciones políticas. Véase la carta en la que el Ministro de Educación Nacional se excusa ante Fernando Chueca por su ausencia de la inauguración, Archivo MEAC, en Jiménez-Blanco, M^a Dolores: Op.Cit., pág. 123.
- [32] Chueca Goitia, Fernando: Prólogo al catálogo Obra gráfica de Pablo Picasso, Madrid, Museo Nacional de Arte Contemporáneo, enero-febrero de 1961 [sin paginar]
- [33] Fryns, Marcel: "Barcelone offre à Picasso, pour ses 80 ans, une exposition et un musée" en Les Beaux-Arts, núm. 926, París, 3 de marzo de 1961.
- [34] Todas estas informaciones son fruto de la conversación personal de la autora con Álvaro Martínez-Novillo, Ex Director del Museo Español de Arte Contemporáneo (MEAC).
- [35] Despacho núm. 1319 del Embajador de España en París, José María de Areilza, dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores y fechado en París el 11 de julio de 1962 en el que comunica la entrega de dichas obras y su posterior envío a Barcelona. AMAE, Leg. R. 8383, Expte. 24. Sin embargo Rafael Fernández Quintanilla señala como fecha de esta reunión el día 20 de junio de 1962. Véase Fernández Quintanilla, Rafael: La odisea del Guernica de Picasso. Madrid, Planeta, 1981, págs. 67-68 y 197.
- [36] Kenny, Mary: "Picasso in Barcelona" en The Irish Times, Dublín, 19 de mayo de 1964. [La traducción del inglés es de la autora]
- [37] "Picasso vs. Franco" en Newsweek, Nueva York, 8 de abril de 1963. [La traducción del inglés es de la autora]
- [38] Despacho núm. 343 del Cónsul General de España en Nueva York, Ángel Sanz-Briz, dirigido a la Dirección General de Relaciones Culturales y fechado en Nueva York el 3 de abril de 1963. AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [39] Despacho núm. 470 del Cónsul General de España en Nueva York, Ángel Sanz-Briz, dirigido a la Dirección General de Asuntos Culturales y fechado en Nueva York el 13 de mayo de 1963. AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [40] Ainaud de Lasarte, Juan: "Informe sobre la relación de Picasso con el Museo Monográfico a él dedicado en Barcelona" fechado en Barcelona el 27 de agosto de 1964. AMAE, Leg. R. 8148, Expte. 27.
- [41] La noticia de la posible donación al museo de la serie *Las Meninas y la vida* se dio a conocer a través de un artículo de Josep Palau y Fabre en El Correo Catalán (12 de mayo de 1964) y de las declaraciones de Luis Miguel Dominguín y su mujer Lucía Bosé, amigos íntimos del artista, al semanario Gaceta Ilustrada (núm. 4040, 4 de julio de 1964).
- [42] Carta reservada del Director General de Relaciones Culturales, Alfonso de la Serna, al Embajador de España en Roma, Alfredo Sánchez-Bella, fechada en Madrid el 2 de septiembre de 1964. AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [43] Carta del Director General de Relaciones Culturales, Alfonso de la Serna, dirigida al torero Luis Miguel Dominguín fechada en Madrid el 9 de marzo de 1966. AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [44] Carta del Director General de Relaciones Culturales, Alfonso de la Serna, a Luis Miguel Dominguín fechada en Madrid el 5 de julio de 1968. AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [45] Véase la carta de Alfonso de la Serna a Rafael Fernández Quintanilla, Agregado Cultural de la Embajada de España en París, fechada en Madrid el 26 de mayo de 1967; y la respuesta de éste fechada en París el 3 de junio de 1967 en la que, refiriéndose a Jaime Sabartés, se dice "Me manifestó que personalmente prefería no servir de intermediario". AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [46] Copia de la carta enviada por el Embajador de España en París, José María de Areilza, a Fernando María Castiella, Ministro de Asuntos Exteriores, fechada en París el 25 de noviembre de 1966. AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [47] José Ortega García (1921-1990) fue condenado en 1947 a diez años de prisión por oposición al régimen franquista, residió desde 1960 en Francia y fue uno de los promotores del grupo *Estampa Popular*.
- [48] Copia de la carta enviada por el Embajador de España en París, José María de Areilza, a Fernando María Castiella, Ministro de Asuntos Exteriores, fechada en París el 1 de diciembre de 1966. AMAE, Leg. R. 11646, Expte. 1.
- [49] El proceso seguido para la recuperación del *Guernica* se aborda en profundidad en el catálogo Guernica-Legado Picasso. Madrid, Museo del Prado, Casón del Buen Retiro, octubre de 1981; en el que además se incluye un anexo con toda la documentación al respecto.

Resumen:

Para el régimen franquista, Picasso fue el enemigo político del que sólo con el tiempo se fue aceptando su significación artística y, al cabo, se produjo una cierta normalización siempre que no expresase de una forma rotunda su actitud política antirrégimen. En la Exposición Internacional de París (1937) surgió la iniciativa de encargarle el mural *Guernica*, que se exhibió en el pabellón del gobierno republicano español. Una vez finalizada la Guerra Civil, Picasso pasó a ser considerado un enemigo del régimen, que con el paso del tiempo fue aceptando su egregia significación artística, pero hasta entonces su obra era desconocida en España. La afiliación de Picasso al Partido Comunista Francés en los años cuarenta, coincidiendo con la ocupación alemana y posterior liberación de París, terminó por agriar aún más las relaciones con el pintor. A partir de entonces se abrió un periodo de tirantezas en el que el régimen procuró no distanciarse en exceso de su pintor más internacional, entablando para ello conversaciones puntuales con Picasso acerca de posibles exposiciones o donación de sus obras al Estado.

Palabras clave:

Picasso, franquismo, Guerra Civil, Guernica, política.

[Volver](#)**Abstract:**

For Franco's regime, Picasso was an enemy whose artistic significance was accepted as long as he didn't express his political attitude against dictatorship. When the International Exhibition took place in Paris in 1937, he painted the mural *Guernica*, which was exhibited at the Spanish republican government's pavilion. When Civil War ended, Picasso's work was completely unknown in Spain and his relations with the regime became even worse when he became a member of French Communist Party. But Francoism's administration tried not to stop the contacts with the artist by organizing exhibitions or negotiating donations of his works, what happened when the Picasso Museum opened in Barcelona.

Keywords:

Picasso, Francoism, Civil War, Guernica, politics.

[Volver](#)[Imprimir](#)

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Miscelánea

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- *Crisis de la Modernidad. El escenario del siglo XX.*
José Lasaga
- *Gregorio Marañón y el nacimiento de la endocrinología en España: Ejemplo ilustrativo del impulso científico del primer tercio del siglo XX español.*
Antonio López Vega

Imprimir

Circunstancia. Año VII - Nº 19 - Mayo 2009

Miscelánea

CRISIS DE LA MODERNIDAD. EL ESCENARIO DEL SIGLO XX.

José Lasaga Medina

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#)

1

La crisis de la modernidad, según Arendt, se ha resuelto. Entendido el término en su sentido historiográfico, como el periodo temporal que arranca de otra crisis, la del mundo medieval que culmina con el surgimiento de la subjetividad cartesiana y la objetividad de la ciencia físico-matemática, habría llegado a su fin con el ciclo de grandes guerras europeas de 1914 a 1945. Las formas culturales más características que nacieron con la nueva época, al filo del siglo XVII, se han agotado y perdido su razón de ser: la nación-estado y su estilo de hacer política (*raison d'état*); la visión del mundo burgués, cifrada en una filosofía de la historia que hace del progreso su ideal supremo y su motor, y lo humano como "valor" alternativo a lo divino trascendente, anclado en una concepción optimista de la naturaleza humana; finalmente, hasta la ciencia misma y su concepto de verdad se habrían convertido en "otra cosa" que muy pocos habían intuido antes del final del siglo XX, y que ahora llamamos, entre otros, con el nombre de "tecnociencia".

Lo que demuestra de manera inequívoca el fin de la modernidad, bajo la especie de desastre o naufragio histórico, incluso bajo la especie de "fin de la historia", es para Arendt el surgimiento de los sistemas totalitarios.

El libro que escribió para comprender lo que había sucedido en Europa desde que la Unión Soviética cayó bajo el dominio de Stalin ³/₄cosa que sitúa en 1929³/₄ y Alemania bajo el de Hitler, en 1933, lo redactó en EEUU entre 1945 y 1949. Es importante para nuestro propósito[1] recordar cómo vio Arendt la experiencia totalitaria con una cierta distancia y con muchos más conocimientos sobre el funcionamiento de los mecanismos totalitarios. En 1966, con motivo de una nueva edición, añadió un prólogo específico para la tercera parte, titulada precisamente "Totalitarismo". Parecía que aquella experiencia "política" en absoluto semejante a cualquiera de las formas de Estado que se conocían desde los tiempos más antiguos, había concluido. Hitler había sido derrotado en 1945 y la muerte de Stalin en 1953 había desbloqueado la evolución del régimen soviético hacia una dictadura de partido único cualitativamente distinta, como forma política, de la *gestalt* totalitaria. El recuerdo, más de veinte años después, de lo que había pasado en su Europa natal en el periodo que antecedió a la redacción de *Los orígenes del totalitarismo* (OT), evocaba aún un paisaje notablemente descorazonador de

"décadas de desorden, confusión y horror —las revoluciones tras la primera guerra mundial, la ascensión de los movimientos totalitarios y el debilitamiento del Gobierno parlamentario, seguidos por toda clase de nuevas tiranías, fascistas y semifascistas, dictaduras de partido único y militares y, finalmente, el aparentemente firme establecimiento de Gobiernos totalitarios que descansaban en el apoyo de las masas" (OT, 27)

Pero todo eso había pasado y la historia se había tomado un respiro. El triunfo felizmente transitorio del totalitarismo permitió comprender que la modernidad y sus alucinaciones habían terminado. El éxito del *animal laborans*[2]—entiéndase como un estilo de vida— resultó ser bastante peligroso y su forma de hacer política inaceptable. El primer intento de convertir el mundo, y con él todas las instituciones que dan estabilidad a la vida humana, en un proceso sin fin en donde todo se consume había fracasado al desaparecer los dos sistemas totalitarios. Y aunque en el futuro podía regresar bajo otras configuraciones, la evolución de los acontecimientos abría un espacio para la reflexión o como Arendt prefiere decir, para la comprensión. Pero la lección que ella sacaba de todo esto no era ni mucho menos desoladora o nostálgica. Más bien acertada Ricoeur al calificarla como una "resistente"[3]. Y la prueba más clara de este carácter de resistente se halla en el esfuerzo teórico que hizo a lo largo de toda su obra por hallar una interpretación de la realidad acaecida que le permitiera sobrepasar las inevitables emociones tristes que se seguían de tanto desastre y reconciliarse con el mundo[4]. Finalmente lo logró, cuando estuvo en condiciones de reinterpretar lo ocurrido a los judíos, el programa de la "solución final", la deportación en masa de los judíos europeos hacia las "fábricas de la muerte"[5], no en términos de "mal radical" sino como mal "banal". El giro conceptual, que tuvo enormes implicaciones biográficas y teóricas, se originó en las reflexiones que llevó a cabo para redactar las crónicas sobre el juicio de Eichmann ante un tribunal del Estado de Israel en 1961. El mal radical es demoníaco y, en condición de tal, trasciende la responsabilidad humana[6]. O hay algo corrompido en la "naturaleza" humana o el mal es de factura humana y cae dentro del campo de sentido que abren las acciones libres de los nacidos. En este caso, ¿cómo pensar el mal que había generado el nazismo al proponerse la liquidación planificada de un pueblo? El problema era dar con conceptos capaces de aprehender las no-cualidades de los hombres y las situaciones que lo habían hecho posible[7]. Y eso fue lo que se le reveló a Arendt escuchando y viendo gesticular a aquel hombrecillo que había organizado la deportación de millones de seres humanos desde las ciudades y pueblos de media Europa en dirección a sus confines del este. Eichmann podía ser "culto" pero carecía de capacidad de juicio: era incapaz de sopesar lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y ahí residía el fatal origen de su predisposición a convertirse en agente de un mal, que, estando más cerca de la capacidad de propagarse como un hongo por cualquier superficie, que de la gesticulación satánica de quien le planta cara al Bien, convenía que fuera descrito como "banal"[8]. Independientemente de la cantidad de malentendidos que provocara el uso del término "banalidad" y el general el tratamiento que Arendt dio al "Holocausto", ella misma se tomó su descubrimiento muy en serio. Tanto, que puede decirse que orientó el resto de sus trabajos en una precisa dirección que le empujaba de nuevo hacia las cuestiones que habían originado sus grandes libros. Si OT había aspirado a responder a las preguntas *¿qué pasó, por qué pasó; cómo pudo pasar?*, la

CH partía de la tercera, que no había sido respondida a satisfacción. Cuando el libro estuvo terminado y el "cómo" respondido mediante la tesis de que la modernidad había puesto en marcha un conjunto de transformaciones que condujeron a lo que llamó metafóricamente "el triunfo del *animal laborans*"^[9] y la destrucción del mundo, Arendt creyó que no había acertado con el planteamiento. Había descrito los quehaceres de la "vita activa" desde el punto de vista de "vita contemplativa"^[10]. El hiato abierto entre comprensión y acción por el problema de cómo había surgido una figura "política" que producía el "mal radical", le impedía, por un lado, articular, aun en la diferencia, las dos cosas que más le habían importado, la filosofía y la política, y, por otra, explicar los dos supuestos antropológicos que operaban como puente entre la acción humana y el mundo: la voluntad y la capacidad de juzgar. De ahí que proyectara y escribiera, *La vida del espíritu*, dividida en tres partes, dedicadas respectivamente al pensamiento, la voluntad y el juicio. Era un esfuerzo más por aclarar qué capacidades humanas enfermaban cuando en una sociedad emergían hombres capaces de poner en marcha actividades radicalmente perversas, pero de cuyo mal apenas eran conscientes porque la *banalidad* de su carácter los convertía en seres incapaces de juicio y, por tanto, en sus agentes ideales de propagación. En otras palabras, Arendt buscó en la "vida del espíritu" el "fundamento" para su teoría sobre el mal^[11].

Forzando el alcance de algunas obras menores, se podría decir que todos sus libros estuvieron dedicados a profundizar en la tarea ya comenzada en el primero de su obra madura, de comprender lo que desafía toda comprensión: cómo había sido posible la matanza planificada técnicamente de todo un pueblo, el judío, en una de las naciones europeas más cultas y desarrolladas y sus secuelas en todos los órdenes de la vida, en el público, en el cultural y hasta en el íntimo.

2

Arendt nunca prestó mucha atención a la cuestión del método de conocimiento. Más bien ha despreció ese tipo de cuestiones tan caras a la academia. Ocupó plaza de "out-sider" en las grandes instituciones universitarias que la acogieron. Pero como pensadora conscientemente perspectivista, Arendt se cuida de decirle al lector donde hinca su mirada: lo hace desde la cofa de un barco que se está hundiendo. La metáfora es de Walter Benjamin^[12]. Arendt la asocia con otra de Kafka en la que éste observa que mientras uno lucha contra la desesperación puede tomar notas sobre lo que pasa en medio de las ruinas. También fue Kafka quien le proporcionó la idea de que la modernidad vivió de una perspectiva: la del punto de vista de Arquímedes que contemplaba el universo desde un enclave imaginario exterior al mismo, lo que permitía al observador concebir la naturaleza como un todo y sus cambios como partes de un proceso único^[13].

Arendt, instalada sobre el mástil del navío que se hunde, fue una crítica no sé si más o menos radical que otros contemporáneos cercanos. Heidegger miró la modernidad desde una distancia tan confortable como la de Arquímedes, aunque el observatorio se llamó "diferencia ontológica". Arendt lo critica encubiertamente cuando habla del giro que tuvieron que dar algunos hacia el pensamiento puro después de haberse llevado un fiasco al intervenir en el campo político^[14]. Adorno y Horkheimer dependieron demasiado de la vieja metafísica hegeliana, cuyo sentido había sido destruido desde la ciencia que ellos criticaban^[15]. Eran ilustrados a su pesar porque la pulsión utópica, que nunca abandonaron, les impedía abandonar el observatorio privilegiado que comparten con la ciencia aquellos que siguen creyendo que la historia se hace como se hace un barco o una casa^[16]. No obstante, su profunda veracidad intelectual les llevó a reconocer las aporías en que se habían sumergido al extraer de su crítica a la Ilustración la identificación entre razón y dominio y postular como única "salvación" la reconciliación del hombre con la naturaleza, sin que llegara a estar claro en términos prácticos que significaba eso^[17]. La prueba de que se mantuvieron en el orden de las viejas categorías de pensamiento reside en que fueron eficaces con la crítica pero no hallaron el camino hacia la reconciliación y el *amor mundi*; única señal fiable de que se ha comprendido

3

Tal y como hemos dicho en el apartado primero, la modernidad termina cuando la sociedad europea de los estados-nación ha puesto en marcha los procesos económicos, políticos e históricos que destruirán el soporte material y espiritual de la forma de vida europea. El éxito del totalitarismo en Alemania y su contaminación al resto de Europa es el acontecimiento que ilumina ese proceso de destrucción que Arendt persigue hasta sus orígenes en la *nuova scienza*, la sociedad ilustrada, el idealismo historicista, el utilitarismo, los fenómenos del imperialismo y la revolución industrial.

La metáfora adecuada al siglo XX es "tiempos de oscuridad". En el primer artículo de *Hombres en tiempos de oscuridad* nos pone en la pista del alcance que da a la metáfora: lo que oscurece una época es la destrucción del "ámbito de lo público", la oclusión de la política. Para quien no esté familiarizado con el pensamiento de Arendt hay que apresurarse a señalar que el ámbito de lo público es el correlato de la acción, del mismo modo que la vida lo es de la labor y el mundo de artefactos duraderos (cosas e ingenios) lo es del trabajo^[18]. Lo que da sentido a la vida humana, más allá de su realidad biológica, es, por un lado, el trabajo, pero sobre todo la experiencia de libertad espontánea y creación que tiene lugar en el espacio de lo público. Por lo demás, sólo en la acción política se genera sentido, de modo que el mundo como tal y las claves para su comprensión depende de las acciones humanas en el espacio de aparición y de las subsecuentes narraciones que dan cuenta de ellas. El *homo faber* y el *animal laborans* no entienden la acción política y argumentan que lo más decisivo son los valores que dominan sus respectivas esferas de existencia, pero no pueden "prescindir por completo de la esfera pública, ya que sin un espacio de aparición y sin confiar en la acción y el discurso como modo de estar juntos, ni la realidad del yo de uno ni la realidad del mundo circundante pueden establecerse fuera de toda duda" (CH, 274). A pesar de las dificultades de la traducción, es claro que Arendt afirma nítidamente que el mundo, en cuanto realidad extramental, es una función de la esfera pública y de las actividades que en ella tienen lugar^[19]. Discutir la tesis a fondo nos llevaría muy lejos. De ella nos importa ahora únicamente la implicación que contiene respecto del análisis de la crisis de la modernidad que propone Arendt. Pues, la pérdida ³/₄ en el sentido de enajenación, incluso de perversión ³/₄ del espacio público es para Arendt, ya lo hemos dicho, la grieta que arruina la modernidad. No la economía, no la decadencia de las formas culturales y la "crisis de fundamentos" de la filosofía y de la ciencia, no las contradicciones de la civilización o su dejación moral, sino la definitiva cerrazón de ese espacio público al que, en algunas ocasiones históricas, los hombres concurren en condiciones de igualdad para

tomar decisiones.

La posibilidad de que la crisis del Renacimiento, que ponía fin al mundo cristiano-medieval, permitiera hacer la experiencia de un espacio público, tal y como lo habían conocido los antiguos $\frac{3}{4}$ la *polis* griega y la *civitas* romana $\frac{3}{4}$, se dio cuando se produjo el repentino y sorprendente "surgimiento de lo secular" (HI, 53) que coincide con la aparición del nuevo modelo de racionalidad concebido por Descartes y Galileo. La pérdida de prestigio del punto de vista de la contemplación y de la administración religiosa de poder político, basada en el uso coercitivo del miedo al infierno, permitió que poco a poco la política recuperara "para la existencia de los hombres la importancia decisiva y grave que, desde la antigüedad, estaba ausente" (HI, 54). Maquiavelo, los teóricos ingleses de XVII como Locke y Hume y los ilustrados del XVIII, sobre todo Montesquieu, recuperaron en sus reflexiones parte de las vivencias políticas de la antigüedad grecorromana. El cambio se debió a que la secularización del mundo significaba ante todo que el hombre se veía de nuevo como mortal y finito. Arendt deriva el concepto moderno de historia precisamente de esta experiencia de recuperar la conciencia de la finitud en lo humano; de tener que vivir en el horizonte de la contingencia. Y propone un atractivo argumento. El hombre moderno necesitó, confrontado con el dato de su propia contingencia, hallar alguna figura de inmortalidad cismundana. Así como la *polis* había sido ese escenario de inmortalidad para el hombre antiguo, así la historia se convirtió en el ámbito en que el hombre podía esperar reconocimiento de sus semejantes:

"la historia, al extenderse en la doble infinitud del pasado y del futuro, puede garantizar la inmortalidad en la tierra de una manera muy similar a como la *polis* griega o la república romana habían garantizado que la vida y las gestas humanas, en la medida en que revelaban algo esencial y grande, recibirían una permanencia estrictamente humana y terrenal en este mundo" (HI, 58).

A este descubrimiento de la historia como el lugar propio de los humanos $\frac{3}{4}$ así como la naturaleza lo es para animales y plantas[20]— debería haber correspondido una filosofía de la acción, esto es, una filosofía política. Y Arendt observa que se intentó. Fue la filosofía que desarrollaron los empiristas ingleses de Hobbes a Hume[21], quienes, deseosos de "orientarse a sí mismos de acuerdo con las exigencias del ámbito público" (HI, 60), rechazaron el punto de vista contemplativo $\frac{3}{4}$ esto es metafísico que predominaba aún— para la filosofía que se proponían hacer. Pero los empiristas ingleses no tuvieron suerte en el continente a pesar de haber sido muy leídos por la primera ilustración francesa. Montesquieu recogerá su legado y dará forma a la experiencia política de la modernidad. Es posible que su influencia se desvaneciera cuando la revolución se radicalizó. El significado político de Montesquieu[22] reside para Arendt en su comprensión de la necesidad de someter la esfera del poder a la pluralidad de opiniones[23].

Podemos establecer casi con la precisión del año, el momento en que la época moderna extravía su camino, al menos en el ámbito de sus teorías. Curiosamente es Kant quien, por influencia de Rousseau, da el giro desde una filosofía cuya tarea es pensar la historia desde la lógica de la acción, a la de una filosofía de la historia que vuelve a concebirse con criterios exclusivamente contemplativos. Y Hegel quien consagra el modelo de una filosofía de la historia en el que la acción $\frac{3}{4}$ en el sentido arendtiano $\frac{3}{4}$ pierde su sentido y la política su propia sustancia, transformada en el proyecto utópico que elabora la razón contemplativa de espaldas al mundo, y la inmortalidad, cuya persecución debía ser el contenido de la historia (las gestas heroicas), deja de ser el atributo de sujetos individuales para ser la especie $\frac{3}{4}$ la Sociedad, la Humanidad $\frac{3}{4}$, a quien corresponde disfrutar la perdurabilidad. La primera alternativa moderna a la metafísica tradicional de corte aristotélico-escolástico no fue la filosofía de la historia idealista, sino la filosofía política de los empiristas ingleses, extraviada en Francia por la "voluntad general" de Rousseau.

Da la impresión de que Arendt sugiere un cierto paralelismo entre Kant y Platón. Éste fue incapaz de comprender que la acción no puede aceptar más criterio de sentido que la persuasión, la pluralidad de razones y argumentos que los hombres libres intercambian entre sí. El orden político no se construye como una casa o un barco. Si se hace, entonces se introduce en la polis el elemento de la coacción y la violencia, que destruye la espontaneidad del libre actuar. El déficit de espacio público padecido por la historia europea y la mala prensa de que siempre ha disfrutado entre los filósofos $\frac{3}{4}$ habría que decir, hasta que se hicieron "revolucionarios" en el siglo XX $\frac{3}{4}$ es responsabilidad de Platón y de su esfuerzo por resolver la enemistad entre la filosofía y la polis a raíz de la ejecución de Sócrates[24].

Del mismo modo, Kant habría sido incapaz de comprender la historia, esa insensata "mezcla de error y violencia" (según palabras de Goethe – HI 65) en lo que ésta tenía de escenario de la acción, por tanto, algo inevitablemente condenado a romper los dictámenes de la razón práctica. El espectáculo de la "falta de sentido del curso de los asuntos humanos" y de la absoluta contingencia en que estos se desenvuelven, no parecía dejarle al filósofo más que una salida: suponer que el sentido de esos acontecimientos había que buscarlo más allá de ellos, en alguna forma de trascendencia. Fue Kant, antes que Hegel, quien recuperó la concepción platónico-agustiniana de la historia, basada en que un Dios es la medida y el Autor[25] de los acontecimientos humanos, aunque la fórmula es del segundo: la historia está dirigida por la astucia de la razón (cf. HI 65).

Aunque Arendt no lo afirma expresamente, pudiera ser que el relativo fracaso de la Revolución Francesa por el triunfo de los demagogos y la implantación del terror condicionara que los filósofos dejaran de confiar en la política. Lo que se palpaba en la superficie de los sucesos era su fragilidad, contingencia y aparente falta de sentido. Con tales experiencias no era posible hallar una "explicación" coherente de la historia que fuera capaz de dar razones sobre los sucesos, excepto remitiendo estos a un sentido y un cumplimiento en un final de proceso que tendría lugar en un futuro indeterminado, aunque lógicamente prefigurado. Por tanto la filosofía de la historia al concebirse desde un punto de vista idealista, no podía por definición, comprender la acción humana más que recurriendo a expedientes como el que acabamos de describir, llámese Providencia, Espíritu o Proletariado.

4

Arendt sitúa el origen de su personal versión del estado de nihilismo, que se inicia en Europa a mediados del XIX y que caracteriza las postrimerías de la época moderna, en la filosofía de la historia romántica. No el agotamiento

del platonismo como fuente de valor y la "muerte de Dios" diagnosticados por Nietzsche, sino la oclusión de la historia como espacio para que los hombres hicieran política y encontraran así una alternativa en el deseo de inmortalidad a la finitud y contingencia que el cristianismo había universalizado. El nihilismo no consiste tanto en la pérdida de valor, como en la destrucción de las fuentes de sentido. Las dos mejores cabezas políticas de la segunda mitad del XIX, Tocqueville y Marx, confirmaron con su obra el callejón sin salida en el que iba a terminar la modernidad por el regreso de la metafísica. El primero, reconociendo que ya no es posible comprender lo que estaba pasando en la política [26]; y Marx interpretando la acción desde el modelo de la fabricación. Marx interpretó la acción, que hace la historia, desde la fabricación, la experiencia mundana del "homo faber". Volvió así a Platón, aunque secularizado: los hombres que se daban a sí mismos los fines que habían descubierto como valiosos y necesarios de acuerdo con las leyes económicas del materialismo histórico. Las filosofías de la historia, la hegeliana o la marxiana, eran los relatos que intentaban la reconciliación con el mundo al transformar la masa de fracasos, muerte y dolor en un proceso que tuviera sentido por sí mismo [27]. Esta fórmula que buscaba salvar los detalles por su remisión a la totalidad, ha fracasado. Como fracasó la variante utilitarista, más cercana a la realidad empírica, de construir la realidad y su significado como el artesano fabrica sus objetos.

Pero el problema de comprender la historia como un proceso sin fin se podía complicar más aún al advertir que la ciencia física había hecho lo mismo con la naturaleza. El ensayo sobre la concepción moderna de la historia arrancaba de la constatación de que lo que diferencia lo moderno de cualquier otra época es concebir la naturaleza y la historia como proceso. En CH, la obra en que Arendt retomará estos análisis a otro nivel de profundidad, asociará el proceso con la labor, que se caracteriza por ser la actividad humana que responde a la necesidad biológica y corporal; en su carácter cíclico, está destinada a recomenzar siempre, sin fin, en el proceso de la vida que se reproduce a sí misma. Pero el único sentido que tiene el proceso de la vida es el consumo de lo necesario que simplemente la sostiene y reproduce. Algo tiene que romper —y así ocurrió en la antigüedad— ese ciclo para que surja un mundo estable y con él las preguntas que los hombres se hacen acerca de la razón de ser de su estancia sobre la tierra. Ese algo fue la libertad estructurada en espacio público [28].

Lo que Arendt parece sugerir es que al final de la modernidad estamos en el mismo punto del que surgió la historia europea: en la barbarie previa a la fundación de la polis [29]. Y en la medida en que identifiquemos lo que vino después del nihilismo cultural (de la destrucción del sentido), con las formaciones totalitarias en que se resolvió la intervención del hombre-masa en política, concluiremos que hace algo más que sugerirlo. Las condiciones de posibilidad de la acción política se perdieron definitivamente conforme avanzaba la modernidad haciendo converger la interpretación determinista de la naturaleza y la necesitarista de la historia.

El proceso de "explicación" de la historia comienza a parecerse peligrosamente al de explicación de la naturaleza que la ciencia, con ayuda de la técnica, ha alcanzado a lo largo de la época moderna y gracias a haber adoptado el punto de vista de Arquímedes, tal y como comentamos más arriba. La implicación epistemológica del uso científico de la matemática para cuantificar y del experimento para imponer modelos a la naturaleza, reside en que las hipótesis ya no se prueban recurriendo a procedimientos objetivos e independientes, sino que se puede intervenir en el proceso "a partir de ellas", produciendo "una serie de resultados dentro de la realidad que tienen sentido y además, *funcionar*" (EPF, 97). Lo grave no se advierte hasta que se extrae una consecuencia lógica inserta en la afirmación: si se puede tomar una hipótesis absurda, propia de la más ridícula e increíble propaganda de masas, por ejemplo que la salud espiritual y económica de la nación alemana mejorará cuando los judíos sean exterminados, nos podemos encontrar con que la falta de principios en el juego del razonamiento conduzca a que *todo sea posible* [30].

Pero que "todo es posible" es el principio que articula la esencia del totalitarismo que, en última instancia, no es sino el salto desde el nihilismo moral del "todo está permitido" —porque Dios ha muerto—, al "todo es posible" porque la realidad mundana, bajo las formas de Naturaleza e Historia, ha desaparecido transmutada en un proceso sin fin carente de sentido. La naturaleza y la historia fueron, algún día, entidades que se tenían por trascendentes, antes de que la ciencia galileana y la filosofía de la historia hegeliano-marxiana las convirtieran respectivamente en procesos ilimitados a la espera de una ley o de un final, quedando así inutilizadas como soportes mundanos para las acciones de los hombres, horizontes de sentido desde lo que fuera posible esperar alguna forma de verdad trascendente.

Pero ese proceso que parecía pertenecer a la estructura interna de la naturaleza según la moderna ciencia físico-matemática o de la historia, según las filosofías de la historia, pertenece, según Arendt a un tipo humano, el *animal laborans*, que en un último giro de la historia universal europea se ha convertido en su sujeto único.

Después del fracaso de la *vita activa* y de su subsunción bajo el punto de vista de la *vita contemplativa*; después de que el *homo faber* recuperara cierta iniciativa y desprestigiara la contemplación en los orígenes de la época moderna, gracias a la revalorización del trabajo manual, inseparable del lugar que el experimento pasó a ocupar en la ciencia natural, éste, sin embargo, perdió su ganancia muy pronto. Y fue la técnica, incrustada en el corazón del método de la ciencia $\frac{3}{4}$ la fase de la misma que Ortega ha caracterizado acertadamente como la "técnica del técnico" [31] $\frac{3}{4}$, una vez puesta en marcha la revolución industrial, la que transformó a su vez el mundo de objetos duraderos que es propio del hombre fabricante por cosas listas para ser consumidas y lo que provocó su desprestigio. Además de los procesos económicos que socavaron el valor de uso introduciendo el principio de intercambiabilidad, y la ruina de los demás valores, ... "fue decisivo que el hombre comenzara a considerarse parte integrante de los dos procesos sobrehumanos que lo abarcan todo, de la naturaleza y de la historia, los cuales parecían destinados a un infinito progreso", por tanto sin que se dibujara en el horizonte el *telos* que prometía el sentido o la Idea que armonizaba y daba coherencia a todas las certezas provisionales (CH, 401).

El mundo y con él la historia se convirtió en un proceso. El industrialismo de la segunda mitad del XIX comenzó a producir mercancías superfluas, restándole al objeto fabricado el carácter de firmeza y duración que había sido capaz de poner, entre el hombre contingente y la naturaleza en devenir, la solidez de un mundo. Y con las mercancías destinadas a ser consumidas en un proceso sin fin, surgieron los hombres superfluos que hicieron posible el fenómeno del imperialismo [32] y su consecuencia: la destrucción de la moralidad burguesa y el sistema político que la modernidad había inventado para organizar la convivencia: el estado-nación. Así como la moralidad

pública se disolvió en un nihilismo práctico cuando los "hombres superfluos" volvieron de la colonia a la metrópoli habiendo hecho la experiencia de vivir sin principios morales, así las filosofías de la historia estaban preparadas para degenerar en ideologías y el artefacto político inventado por la modernidad ^¾el Estado-nación¾ listo para ser sustituido por el Estado totalitario, de tal modo que el principio constitucional, fuente de estabilidad y seguridad, fue desplazado por el principio legislativo supremo y único de la voluntad del Führer[33].

Estaría reservado al siglo XX ver el triunfo de las ideologías sobre el sentido común, al que, por suerte, aún hay que persuadir de la verdad y oportunidad de una determinada propuesta. El darwinismo y el marxismo ofrecerían la materia bruta para las dos únicas cosmovisiones que triunfaron ocupando la conciencia de grandes sectores sociales estructurados en movimientos totalitarios. Pero para que ello fuera posible tenían que surgir las masas, esto es, tenían que transformarse los hombres en individuos atomizados y empujados unos contra otros hasta ignorar sus propios intereses y ser incapaces de luchar por los mismos (Cf., EPF, 99-100)

Aunque Arendt no subraya el paralelismo es tentador establecerlo. Así como una filosofía de la historia explica y ordena los acontecimientos históricos, así una ideología reduce la multiplicidad del mundo y la complejidad de las experiencias a un único principio que lo hace todo transparente. Pues lo propio de una ideología, a diferencia de una opinión, señala Arendt, es que afirma poseer "o bien la clave de la Historia o bien la solución de todos los 'enigmas del Universo' o el íntimo conocimiento de las leyes universales ocultas de las que se supone que gobiernan a la Naturaleza y al hombre" (OT, 222).

Para que las ideologías se transformaran en formas efectivas de intervención política tenía que surgir el sujeto adecuado a su mensaje:

"Los movimientos totalitarios son posibles allí donde existen masas que, por una u otra razón han adquirido el apetito de la organización política" (OT, 392)

En el siglo XIX las ideologías todavía no eran eficaces. Sólo llegarían a serlo cuando estallara, en forma de guerras y errores de gobierno, la crisis de la civilización europea, cuando se objetivara en la Gran Guerra de 1914 y se hicieran sentir sus efectos devastadores en todos los órdenes de la existencia. Fue su criatura el surgimiento de una nueva forma de organización política que nadie había podido prever y a la que Arendt bautizó con el término "totalitarismo".

El siglo XX es un nuevo escenario histórico porque en él se cumple, por efecto de la irrupción de la forma de vida totalitaria, la ruptura entre el pasado y el presente. El europeo medio perdió su capacidad de orientarse desde los fondos de su propia experiencia: "La crisis del mundo actual es en primer término política y (...) la famosa 'decadencia de Occidente' consiste sobre todo en la declinación de la trinidad romana religión, tradición y autoridad" (EPF, p. 151). Esto no había pasado desde el hundimiento del mundo antiguo y el nacimiento de Europa, forma de vida colectiva que ahora desaparecía de la superficie de la Historia.

5

Escribimos al principio, siguiendo a Ricoeur, que Arendt era una "resistente". Quizá donde mejor se advierta el coraje intelectual que, a mi modo de ver, es su virtud fundamental, es en un breve texto que acaba de ser traducido al castellano, "Del desierto y los oasis" (DO), y que podríamos describir como una ventana de esperanza abierta sobre el paisaje nihilista. El texto advierte del error de que, puesto que vivimos en el desierto, somos de su hechura; por contra, nuestro desajuste, observa Arendt, revelado por el dolor, prueba que "bajo las condiciones del desierto somos humanos y estamos aún intactos" (DO, p. 100). En consecuencia podemos transformarlo si evitamos las tentaciones más frecuentes durante la travesía: acomodarse, rendirse o desesperarse. Esto puede sonar a puro voluntarismo. Para Arendt el hombre no está inserto en una historia de necesidades. Esa fue la alucinación compartida, generada por el *animal laborans*, que finalmente condujo al totalitarismo y a la destrucción del mundo. Pero lo que destruye el hombre se puede reconstruir, porque depende de una de las dimensiones específicas de la condición humana: la acción espontánea asociada al discurso. La historia es una trama de narraciones que se puede regenerar en cualquier momento. Para que eso sea posible sólo hay que preservarse de los peligros que acechan al habitante del desierto: ajustarse al desierto, cosa que procuran los psicólogos convencidos de que seamos disciplinados trabajadores/consumidores; sucumbir en una de las tormentas que se desatan en su espacio, es decir, que sobrevenga un movimiento totalitario y que nos transformemos en hombre-masa, o ignorar que hay oasis en el desierto donde se puede descansar[34].

Que esta idea de que el desierto no había cerrado la posibilidad de recuperar mundo no era un pío deseo lo intentó probar mediante el análisis de la revolución húngara que añadió a la nueva edición de OT. Allí concluía, en 1957, que los húngaros se habían levantado, contra toda lógica histórica, por efecto de las palabras y del coraje de unos pocos. De ese acontecimiento extraía Arendt la siguiente conclusión: "La voz del Este de Europa hablando tan clara y llanamente de libertad y de verdad resonó como una última afirmación de que la naturaleza humana es inalterable, de que el nihilismo será vano, de que el anhelo de libertad y verdad surgirán siempre del corazón y del espíritu del hombre, incluso en ausencia de toda enseñanza y en medio de un adoctrinamiento abrumador" (R, 128). La verdad es que suena hermoso y convincente.

BIBLIOGRAFÍA

Obras citadas de Hannah Arendt

OT *Los orígenes del totalitarismo* (1951), Madrid, Taurus, 1974. (Nueva edición en tres volúmenes en Madrid: Alianza, 1981)

CH *La condición humana* (1958), Barcelona, Seix Barral, 1974. Hay una reedición con prólogo de Manuel Cruz en Barcelona, Paidós, 1993.

EPF *Entre el pasado y el futuro* (1961), Barcelona, Península, 1996. Algunos artículos de este libro se han editado en *Hannah Arendt: de la historia a la acción*, Barcelona, Paidós - I.C.E.-U.A.B., 1995.

EJ Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal (1963), Barcelona, Lumen, 1967. Hay reedición en la misma editorial, 1999.

SR Sobre la revolución (1965), Madrid, Revista de Occidente, 1967. Reedición en Madrid: Alianza, 1988

HTO Hombres en tiempos de oscuridad (1968), Barcelona, Gedisa, 1990. (La primera edición no contenía todos los ensayos. La reedición de 2001 incorpora los que faltaban.)

VE La vida del espíritu (1978), Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984. Una segunda ed. en Barcelona, Paidós, 2002.

HA De la historia a la acción, Barcelona, Paidós, 1995

EC Ensayos de comprensión (1930-1954), Madrid, Caparrós editores, 2005

MH "Martín Heidegger, octogenario" (1969), Madrid, Revista de Occidente

C Correspondencia: Hannah Arendt - Gershom Scholem (1963), en relación con *Eichmann en Jerusalén. Raíces*, nº 36, Madrid 2002, p 13 y ss.

DO "Del desierto y los oasis" (1955), *Revista de Occidente*, Madrid, octubre 2006, nº 305, pp 99-102.

R "Reflexiones sobre la revolución húngara" (1957), *Debats*, Valencia, 1997, nº 60, pp 118-140

Otros referencias

Antich, X. (1994) "Nuestra desventurada condición de supervivientes", *En torno a Hannah Arendt*, (compilación de M. Cruz y F. Birulés). Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

Esteban Enguita, J. E. (2006), "Praxis, poder, libertad", *Revista de Occidente*, Madrid, octubre, nº 305, pp 69-77.

Fuentes, J. F., (2006), "Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave", *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, nº 134, pp 195-218.

Habermas, J. *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989

"Hannah Arendt", en *Perfiles filosófico políticos*, Madrid, Taurus, 1984

Ortega y Gasset, J., (1983) *Obras Completas*, doce volúmenes. 1ª edición, Madrid Alianza/ Revista de Occidente.

Patočka, J. (1988) *Ensayos heréticos*, Barcelona, Península.

Ricoeur, P., (1991) "De la filosofía a lo político. Trayectoria del pensamiento de Hannah Arendt", *Debats*, Valencia, nº 37, pp 4-7

Serrano, A., (2002) "Acotaciones a la correspondencia entre G. Scholem y H. Arendt", *Raíces*, nº 36, Madrid 2002.

Young-Bruehl, E., (1993) *Hannah Arendt*, Valencia: ed. Alfons el Magnanim, s.

Wolin, R (2003) "Hannah Arendt: *Kultur*, 'irreflexión' y envidia de la Polis", en

Los hijos de Heidegger, Madrid, Cátedra.

NOTAS

[1] El siglo XX ha presenciado el fin de la época moderna y el comienzo de "otra" a la que la propia Arendt bautiza con el nombre provisional de "tiempos modernos". Lo moderno no es ya una promesa, una búsqueda, sino la realidad misma, en la medida en que el mundo se estructura como un proceso de producción de "lo nuevo". "La Edad Moderna no es lo mismo que el Mundo Moderno. Científicamente, la Edad Moderna, que comenzó en el siglo XVII terminó a comienzo del XX; políticamente, el Mundo Moderno, en el que hoy día vivimos, nació con las primeras explosiones atómicas" (CH, p. 17). El hoy desde el que escribe Arendt es 1958, fecha de redacción del prólogo a *La condición humana*. Nuestro propósito es describir el análisis que Arendt hace de la crisis de la modernidad como algo ya resuelto, como un tiempo histórico cerrado por un acontecimiento que al mismo tiempo que efectúa la clausura, lo ilumina y permite su comprensión. Ese acontecimiento es el surgimiento del totalitarismo.

[2] Doy por sabida la distinción que vertebró la CH en las tres modalidades del quehacer humano en labor, trabajo y acción. Cada una de ellas implica un tipo de existencia; si se impone a las otras, conlleva un modo unívoco de determinar la realidad. El "animal laborans" — Arendt lo llama así porque se trata de una forma de vida no-humana, pues consumir para satisfacer nuestras necesidades vitales es lo que compartimos con los animales— ha ocupado la esfera pública, lo que para Arendt significa precisamente la destrucción de la misma: "El resultado es lo que llamamos con un eufemismo cultura de masas, y su enraizamiento es un infortunio universal que se debe, por un lado al perturbado equilibrio entre labor y consumo y, por el otro, a las persistentes exigencias del *animal laborans* para alcanzar una felicidad que sólo puede lograrse donde los procesos de agotamiento y regeneración de la vida, del dolor y de librarse de él, encuentren un perfecto equilibrio" (CH, p. 180). Semejante demanda de felicidad y placer mediante el consumo está condenada al fracaso, pero para Arendt el verdadero problema es que ocupó con sus asuntos el espacio de lo público, y al hacerlo preparó el camino para la llegada de los movimientos totalitarios.

[3] Contra las interpretaciones de Arendt como "un pensamiento *vuelto al pasado*", Ricoeur subraya más bien que es el suyo un "pensamiento resistente en un doble sentido: tanto filosófica como políticamente" (Ricoeur, 1991, p. 5). Wollin le atribuye un "talante anticuarista-homérico" y escribe que "Arendt revela una serie de tendencias normativas antiguas que a menudo no hacen justicia a la naturaleza de la modernidad política" (Wollin, 2003, pp 117 y 115 respectivamente). También Habermas: Arendt había "tratado de renovar a su manera la pretensión de la política clásica... rehabilitar la visión que aquella filosofía política [del derecho natural] tenía de las cosas, con la vista puesta, eso sí, en un mundo que apenas si se ajusta ya a las viejas categorías" (Habermas, 1984, p. 200)

[4] La comprensión es definida por Arendt como una forma específica del pensar distinta del conocer (como adquirir información), explicar, juzgar o especular: "Es una actividad sin fin, en constante cambio y variación, a través de la cual aceptamos la realidad y nos reconciliamos con ella, es decir, tratamos de estar en casa en el mundo" (EC, p. 371. De la definición se deriva que el término tiene para Arendt, además del alcance epistemológico tradicional, una dimensión práctica que hace de la tarea de comprender una especie de acción teórica que tiene de suyo consecuencias políticas: "la comprensión se vuelve la otra cara de la acción" (EC, p. 391). En una entrevista, a la pregunta de si escribe para influir en los demás, respondió: "Yo quiero comprender. Y si otros comprenden en el mismo sentido en que yo he comprendido, ello me produce una satisfacción personal, como un sentimiento de encontrarme en casa" ("¿Qué queda? Queda la lengua alemana". Entrevista con Günther Gauss. (1964) EC, p. 19). La reconciliación con el mundo heredado del siglo XX, arrasado por el totalitarismo, fue probablemente la inspiración que guió la obra toda de Arendt, primero de manera espontánea y luego como un programa perfectamente definido.

[5] Véase *Eichmann en Jerusalén* (EJ, 1967), especialmente el capítulo 6 "La solución final. Matar".

[6] La tesis del "mal radical" fue sostenida por Arendt, tomando la expresión de un escrito tardío de Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón*, por el motivo fundamental de que le parecía que el tamaño del crimen sobrepasaba la medida humana. Por muy monstruosa que una mente pudiera llegar a ser, no era posible que hubiera deseado y dispuesto los campos de exterminio. Por eso escribió hacia el final de OT, en un tono inequívocamente elegíaco: "Los regímenes totalitarios han descubierto sin saberlo que hay crímenes que los hombres no pueden castigar ni perdonar. Cuando lo imposible es hecho posible se torna en un mal absolutamente incastigable e imperdonable que ya no puede ser comprendido ni explicado por los motivos malignos del interés propio, la sordidez, el resentimiento, el ansia de poder y la cobardía. Por eso la ira no puede vengar; el amor no puede soportar; la amistad no puede perdonar" (OT, p. 556). A este análisis seguía un reconocimiento de la extrema dificultad del concepto, que había escapado al tratamiento de la teología cristiana y a la del mismo Kant, que había reulado, después de darle nombre. Arendt terminaba sugiriendo que las conclusiones que se seguían de este enfoque eran paradójicas pero que en cualquier caso, hay que hablar de mal absoluto cuando estamos ante un sistema político para el que "todos los hombres se han tornado igualmente superfluos" (OT, 557).

[7] En las crónicas que mandaba al *New Yorker* la cuestión no era ya cómo fue posible la "solución final" sino que tipo de humano sirvió al aparato burocrático y estuvo en contacto con las víctimas, una vez que se tomó la decisión de exterminar a todo un pueblo. Al observar a Eichmann descubrió que no estaba ante un ser sanguinario —un Gilles de Rais^{3/4} sino ante un hombre de una absoluta mediocridad. El único rasgo que destacaba era la ausencia de pensar por sí mismo, la carencia de juicio: "Eichmann no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión ^{3/4}que en modo alguno podemos equiparar con la estupidez^{3/4} fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo" (EJ, 413). Al tener que elegir Arendt entre atribuirle al oficial de las SS una "diabólica profundidad" o una personalidad "vacía" incluso "cómica", optó por lo segundo. La incapacidad de juzgar por cuenta propia acerca de las cosas se convertía ahora en la verdadera causa del mal.

[8] La mejor descripción de lo que Arendt quiere decir exactamente con la nada transparente expresión "banalidad del mal" la da en una de las cartas a Gershom Scholem, quien había acusado a Arendt de dejarse llevar por una expresión ingeniosa: "me suena más a un slogan" (C, 2002, p. 16). Pero Arendt había reflexionado a fondo y estaba en condiciones de precisar que, a su juicio, "el mal nunca es 'radical', que es sólo extremo, y que no posee ni profundidad ni dimensión demoníaca ninguna" (C, 2002, p. 19). En realidad, Arendt estaba descontenta con su propia conclusión de OT respecto de que el mal totalitario es "radical" y "absoluto" porque sencillamente significaba sacarlo de la esfera de los asuntos humanos y comprometer la exigencia intelectual de abrirse a la teología. Aunque parezca una ironía, el juicio contra Eichmann en Jerusalén, puso en marcha el proceso de reconciliación de Arendt con el mundo, sobre el que venía meditando desde que iniciara la serie de ejercicios de reflexión política que fueron apareciendo entre 1954 y 1968. ¿Había destruido el totalitarismo el futuro de Occidente, haciendo imposible la recuperación del espacio público? ¿Podía la comprensión de lo sucedido dar una segunda oportunidad e iniciar otra historia, ahora que comenzábamos a saber que no existe La Historia, sino muchas historias, esto es, muchos comienzos, pero ningún final necesario?

Dejando de lado su función en la evolución del pensamiento de Arendt, la tesis de la banalidad del mal no desacreditaba el sufrimiento del pueblo judío o aliviaba la responsabilidad de los verdugos. Como observa juiciosamente Xavier Antich, la tesis de la banalidad del mal "alerta sobre los demonios que alimentan el fenómeno del totalitarismo; sólo un análisis ingenuo o apresurado podría interpretar esta corrección del diagnóstico [respecto del de OT] en términos de relajación de la crítica o de olvido del sufrimiento de las víctimas" (Antich, 1994, p. 81). En el mismo sentido, Agustín Serrano, en su nota de presentación a su traducción de la correspondencia Arendt/Scholem, invita a mantener separados los aspectos lógicos en que se emplea el concepto de "banalidad" aplicado al mal, pues una cosa es referirse a la consistencia propia del mal, sea cual fuere su origen y forma de manifestarse, y otra "no reparar por sistema, por banalidad, en la perpetración del mal y en el sufrimiento de los hombres, sea cual fuere la consistencia última de aquél" (Serrano, 2002, p. 27).

[9] Es el título del § 45 del capítulo VI y último de la CH, "La *vita activa* y la *Época moderna*".

[10] En un coloquio celebrado en torno a su obra, la propia autora reconocía que el principal error de la CH fue "examinar lo que, según las tradiciones, se denomina *vita activa* desde el punto de vista de la *vita contemplativa*, sin decir nada acerca de la *vita contemplativa*". (AA, p. 142)

[11] Arendt atribuye precisamente a la exigencia teórica de justificar la hipótesis de la "banalidad del mal" la redacción de *La vida del espíritu*: "...después de que me llamara la atención un hecho que, por fuerza, 'me puso en posesión de un concepto' (banalidad del mal), no pude evitar suscitar la *quaestio juris* y preguntarme 'con qué derecho lo poseía y lo utilizaba'" (VE, p. 16)

[12] Como entrada a la segunda parte de su ensayo sobre Benjamin, "Walter Benjamin 1882-1940", "Los tiempos de oscuridad", cita lo siguiente, copiado de una carta del propio Benjamin a Scholem: "Al igual que alguien que se mantiene encima de la nave trepándose a lo más alto de un mástil que se está derrumbando. Pero desde allí, tiene la oportunidad de dar una señal para su rescate" (HTO, p. 180). La imagen proyecta dos de las virtudes que Arendt tenía en más estima y que practicó durante toda su vida: el coraje de resistir luchando y una cierta confianza en que, a pesar de que el horizonte esté cerrado, siempre cabe esperar que se abra un resquicio. De hecho había escrito años antes en un ensayo sobre Kafka: "Sólo la salvación, no la ruina, llega de improviso, pues la salvación y no la ruina depende de la libertad y voluntad de los hombres" (EC, p. 96).

[13] El *moto* que Arendt pone al frente del capítulo VI de la CH es de Kafka y dice: "Encontró el punto de Arquímedes, pero lo usó contra sí mismo; parece que sólo se le permitió encontrarlo con esta condición" (CH, p. 325). El apólogo remite a la ciencia moderna que, según Arendt, ha podido llevar a cabo el proceso de dominio de la naturaleza, sólo a partir del momento en que contempló todos los fenómenos naturales como parte de un proceso único que los abarca y que, por tanto, son contemplados desde un ojo racional $\frac{3}{4}$ el sujeto trascendental $\frac{1}{4}$ situado fuera del cosmos. Pero semejante proceso, al mismo tiempo que una riqueza inesperada, ha traído consigo la destrucción del mundo humano en las dos esferas en que se articula: la esfera de lo privado y la de lo público. El problema teórico de Arendt estaba en sustituir el punto de vista de Arquímedes por el punto de vista del náufrago.

[14] No hace al caso entrar en las relaciones personales entre Heidegger y Arendt, cosa que se va convirtiendo en una costumbre. Arendt fue muy perspicaz, gracias a que se había convertido en una pensadora conscientemente perspectivista, al comprender que el genio metafísico de Heidegger lo convertía en poco menos que un idiota en política. Así lo expresó en la alegoría de "Heidegger el zorro" (EC, pp 435-436) y también en el ensayo que le dedicó con motivo de su ochenta cumpleaños. Allí y partiendo de una reflexión de Heidegger sobre cómo entiende Platón la posición del pensador, dice Arendt: "Cuando les afecta el asombro ante lo sencillo, cuando, cediendo a este asombro, se aventuran en el pensamiento, saben que están desarraigados de su situación propia en el fluir de las ocupaciones y quehaceres en que se llevan a cabo los asuntos humanos" (MH, p. 265). Todo lo que tuvo que decir frente a la marea creciente del nacionalismo centroeuropeo fue que era "el encuentro del hombre moderno con la técnica definida a nivel planetario" (MH, p. 270, nota 1)

[15] A Arendt siempre le sorprendió la impotencia de la filosofía para enfrentarse a y rechazar los acontecimientos políticos surgidos con el éxito de los sistemas totalitarios nazi y soviético. De hecho fue uno de los puntos de energía que movilizó su pensamiento y que en una ocasión le llevó a escribir: "La hostilidad entre política y filosofía (...) ha sido el azote del arte de gobierno de Occidente, así como de la tradición filosófica desde que los hombres de acción se separaron de los hombres de pensamiento, es decir, desde la muerte de Sócrates" (SR, p. 320, nota 1).

[16] Es decir seguían siendo ilustrados porque seguían siendo idealistas platónicos, aunque hubieran vislumbrado el fondo del callejón sin salida en que había terminado la filosofía alemana ante la inesperada novedad del totalitarismo: "No estaba claro en absoluto qué tipo de *praxis* perseguir. Como había advertido Horkheimer en *Eclipse of Reason*, la racionalidad no suministraba líneas de orientación para la actividad política". (Jay, 1974, p. 449)

[17] Durante su exilio en Estados Unidos, la Escuela de Frankfurt no superó la aporía en que cayeron al fundar su crítica a la Ilustración en la tesis de que el mal residía en el dominio que ejercía los usos de la razón sobre la naturaleza, produciendo la alienación del hombre respecto de ésta, y, mantener al mismo tiempo la exigencia de la utopía como emancipación en el final de los tiempos. La *praxis* revolucionaria resultaba ser una idea demasiado ilustrada. Jay tiene razón cuando, al discutir la posición final de los principales representantes de la escuela, observa que su "objetivo obvio era la reconciliación con la naturaleza, pero nunca se aclaró del todo lo que esto podía significar precisamente" (Jay, 1974, p. 430).

[18] "La acción, única actividad que se da entre los hombres sin el intermedio de cosas o materia, corresponde a la condición humana de la pluralidad". Esta pluralidad funda por así decir la política, la acción más específicamente humana: "puesto que la acción es la actividad política por excelencia, la natalidad y no la mortalidad, puede ser la categoría central del pensamiento político, diferenciado del metafísico" (CH, 19 y 21)

[19] Se entiende mejor cuando recurre al concepto "sentido común" para explicar que es el que permite al yo encerrado en su subjetividad, tener una experiencia común a la de los demás hombres. De ahí que el sentido común ocupe "un alto rango en la jerarquía de las cualidades políticas" y que su desaparición, "cuando se corresponde con un notable incremento de la superstición y de la charlatanería" constituya un indicio "casi infalible de alienación de mundo" (CH, 275).

[20] *Apud* Droysen citado en HI 59.

[21] Hobbes vio con más claridad que nadie la nueva tarea que incumbía a la filosofía "era regular propósitos y fines y establecer una teleología razonable de la acción" (EPF, p. 86).

[22] De la importancia de Montesquieu para la evolución del pensamiento de Arendt sobre lo político da fe el papel que desempeñan sus ideas en dos decisivos ensayos de Arendt, "Comprensión y política. (Las dificultades de la comprensión)" y "De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión", ambos de 1953. En este segundo, la definición de gobierno constitucional que propone el filósofo francés en *El espíritu de las leyes* (1748) le sirve a Arendt de modelo para captar *per negationem* la esencia del gobierno totalitario. Ambos ensayos representan, en el conjunto de su obra, una especie de punto de no retorno en lo que respecta a su esfuerzo por determinar no sólo la esencia del totalitarismo, sino la posibilidad de luchar contra él y vencerlo. (Ambos

artículos en EC, pp 371 y ss y 395 y ss).

[23] Rousseau comete, frente a Montesquieu, el error de confundir la libertad con la soberanía de la voluntad, desactivando así su visión del espacio público como algo irreductiblemente plural, que hay que preservar de la tentación de protegerlo de su inherente contingencia y fragilidad. Arendt, concluye, del lado de Montesquieu, que "si los hombres quieren ser libres deben renunciar precisamente a la soberanía" (EPF, 177). Sobre el error consistente en confundir la soberanía con la libertad, véase CH, p. 308.

[24] "La causa por la que Platón quería que los filósofos se convirtieran en gobernantes de la ciudad está en el conflicto entre el filósofo y la *polis*, o en la hostilidad de la *polis* hacia la filosofía, que quizá se mantuvo latente durante cierto tiempo, antes de mostrarse como una amenaza para la vida del filósofo en el juicio y condena a muerte de Sócrates" (EPF, p. 117-118).

[25] Cf. OT 378: "No el hombre sino Dios debe ser la medida de todas las cosas".

[26] Arendt cita a Tocqueville: "Como el pasado ya no ilumina el porvenir, el espíritu humano camina entre tinieblas" (HI 60).

[27] Y para Arendt el sentido de la historia solo puede acogerse en un relato que transfiera la fugacidad del acontecimiento a la duración de un relato bien contado. Sólo de esa manera puede el hombre soñar coherentemente con la inmortalidad.

[28] Aunque es muy difícil resumir la idea central de Arendt sobre la acción (política), el siguiente texto alcanza un notable grado de precisión: "Para Arendt libertad y acción son lo mismo o dos aspectos de lo mismo: se es libre en tanto en cuanto se actúa, si antes ni después. El grado de libertad política de los hombres se mide por la participación de los mismos en el espacio público, por su actuación conjunta, mediante la cual se muestran mutuamente y llevan a cabo acuerdos que establecen reglas del juego que limitan la acción pero, a cambio, otorgan a la comunidad política una estabilidad relativa sin la que no puede mantenerse el espacio de aparición" (Esteban, 2006, p. 76)

[29] Patocka ha ayudado a pensar esta hipótesis arendtiana al describir la vida sin libertad, en la rutina de la necesidad y la costumbre, de los humanos que habitaban en los grandes imperios de la antigüedad Cf. Patocka 1988, "El principio de la historia", pp 47 y ss.

[30] El *moto* que pone Arendt al frente de la tercera parte de OT reza: "Los hombres normales no saben que todo es posible". Es cita de David Rousset, autor de *Les jours de notre mort* (1947), uno de los primeros y más profundos libros sobre los campos de exterminio que se publicaron y en el que Arendt se apoyó para describir la función que los campos de exterminio tenían en el proyecto totalitario de "dominación total" (Cf. OT pp 533 y ss). Para precisar en qué sentido hay que entender ese "todo es posible": "La falacia trágica de todas esas profecías, originadas en el mundo que todavía era seguro, consistió en suponer que existía algo semejante a una naturaleza establecida para siempre, en identificar a esta naturaleza humana con la Historia y en declarar así que la idea de dominación total era no sólo inhumana, sino también irrealista. Mientras tanto, hemos aprendido que el hombre es tan grande que realmente puede ser lo que quiera ser" (OT, p. 553).

[31] Esta remisión de la técnica a sí misma es coincidente con el método de la ciencia moderna que se pregunta por las condiciones de posibilidad universales que valgan para cualquier situación semejante. "La maravilla máxima de la mente humana, la ciencia física, nace de la técnica (...) El nuevo tecnicismo, en efecto, procede exactamente como va a proceder la *nuova scienza*. (Ortega, 1983, V, p. 372). Cf. CH, p. 387.

[32] Recuérdese la importancia que concede Arendt al imperialismo como uno de los factores clave en el proceso de destrucción del mundo liberal-burgués porque entre otras cosas contribuyó a la gestación de los llamados "hombres superfluos". Cf. especialmente el cap. VII "Raza y burocracia" OT, pp 251 y ss.

[33] Véase el recorrido por el concepto de totalitarismo, desde sus orígenes en la Italia fascista hasta su decadencia después de la caída del muro de Berlín en 1989 que lleva a cabo Juan Francisco Fuentes en "Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave" (Fuentes, 2006).

[34] Aunque no hay espacio para comentarlos en detalle, los oasis son la creación artística, la soledad del filósofo, el amor y la amistad.

Resumen:

El artículo examina la relación directa que establece Hannah Arendt entre la crisis de la modernidad y el surgimiento de los totalitarismos en el siglo XX. Se intenta definir el principio vertebrador de la obra de Arendt, a partir del fracaso de Los orígenes del totalitarismo para esclarecer la tercera cuestión que se había propuesto responder: cómo fue posible el surgimiento de la *gestalt* totalitaria. Y los descubre en el tipo humano carente de capacidad de juzgar (banalidad del mal). A partir de este punto, estudiamos las consecuencias que tuvo el divorcio entre filosofía y política, a través de las críticas que Arendt dirigió al pensamiento moderno, centradas en dos puntos: la emergencia de la sociedad de masas, organizada en torno al consumo, y el olvido de la acción en el sentido político del término.

Palabras clave:

Modernidad, acción, política, totalitarismo, libertad mal, filosofía de la historia, comprensión.

[Volver](#)

Abstract:

This article deals with the role of Gregorio Marañón in the introduction of the endocrinology in Spain. The article points out, on the one hand, the vicissitudes that this discipline had to overcome to become consolidated in our country and, on the other hand, an illustrative case of the Spanish scientific renewal that took place in the first third of the 20th century -what it is known as the Spanish "Edad de Plata"- . Although that scientific renewal witnessed by Spain on the first third of the 20th century has been sufficiently confirmed by the historiography, there are few detailed studies on specific cases.

Keywords:

Modernity, Action, politics, totalitarianism, freedom, evil, philosophy of history, understanding.

[Volver](#)

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Miscelánea

GREGORIO MARAÑÓN Y EL NACIMIENTO DE LA ENDOCRINOLOGÍA EN ESPAÑA: EJEMPLO ILUSTRATIVO DEL IMPULSO CIENTÍFICO DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX ESPAÑOL (*)

Antonio López Vega

[Resumen-Palabras clave / Abstract-Keywords](#)

1. **Introducción**
2. **La etapa formativa de Marañón: Sus primeros pasos médicos**
3. **El nacimiento de la Endocrinología en España**
4. **Conclusiones**

1. Introducción

Gregorio Marañón y Posadillo (1887-1960), fue miembro de la conocida como *generación del 14*^[1]. José Luis Abellán caracterizó este grupo generacional en España por su europeísmo, racionalismo, cientificismo y republicanismo^[2]. Como ha puesto de manifiesto la historiografía, aquellos hombres constituyeron la primera generación integrada no sólo por hombres del mundo artístico y literario, sino también por hombres de ciencia. Así, fue Juan Marichal quien definió a sus componentes como hombres de ciencia, tomando el vocablo *ciencia* en su sentido más amplio^[3].

Sabemos que la nómina de los integrantes de este grupo generacional estuvo compuesta, entre otros, por algunos de los protagonistas de la vida pública española de los años veinte y treinta como Manuel Azaña, Salvador de Madariaga, Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Luis Jiménez de Asúa, los literatos Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Eugenio d'Ors, el físico Blas Cabrera, el matemático Julio Rey Pastor, el pintor Pablo Ruiz Picasso, el filólogo e historiador Ramón Menéndez Pidal, los historiadores Américo Castro, Ramón Carande, Claudio Sánchez-Albornoz, Bosch Gimpera, los médicos Gregorio Marañón, Gonzalo Rodríguez Lafora, Gustavo Pittaluga, Roberto Novoa Santos, Augusto Pi i Suñer, Pío del Río Hortega, Teófilo Hernando, el músico Manuel de Falla y un largo etcétera difícil de especificar en su totalidad.

El líder generacional de aquellos hombres, o intergeneracional si aceptamos la tesis propuesta por Vicente Cacho Viu, fue el filósofo José Ortega y Gasset^[4]. Como es conocido, la *generación del 14* propugnó la europeización de España a través de la modernización de su ciencia y cultura. En concreto, esa europeización estribaba, básicamente, en la mejora pedagógica, científica y cultural del país. A través de ella buscaban una solución al tan mentado *problema de España*. Así, consideraban que España no había evolucionado al mismo ritmo que el resto de los países de su entorno, que ni su ciencia, ni su sociedad civil, ni el sistema político liberal, se había desarrollado como en el resto de la Europa occidental. Por eso, buscaron crear una *nueva* España, científicamente al nivel de los países europeos más avanzados, que contribuyera activamente al desarrollo de la cultura moderna. Para ello, aquellos hombres pretendieron constituirse en la elite directriz de esa sociedad española y, por medio de su acción e implicación en la vida nacional, vertebrar ese renacer de la ciencia y la cultura nacional para que ésta se asimilase a la europea^[5]. Así lo entendió también Gregorio Marañón.

Junto a los miembros de otros grupos generacionales, *generaciones del 98 y del 27*, en aquellos años se asistió a la emergencia de pléyade de literatos, científicos, músicos, artistas, etc., que dio lugar a la conocida como *Edad de Plata Española* (1898-1936/39)^[6]. La historiografía ha puesto también de manifiesto cómo los años de la II República (1931-1936) fueron el momento culminante de ese impulso. De hecho, el régimen republicano ha sido visto como «algo parecido a un Estado cultural»^[7].

En este trabajo vamos a estudiar el caso de Gregorio Marañón como ejemplo ilustrativo del impulso científico al que se asistió en el primer tercio del siglo XX y del que fueron protagonistas, sobre todo, los hombres de la *generación del 14*. Si otros científicos coetáneos desarrollaron sus respectivas disciplinas, Blas Cabrera (1878-1945) la Física; Julio Palacios (1881-1970), termología; Hernández-Pacheco, geología; Ángel del Campo, Enrique Moles, Antonio Madinaveitia, Amalio Jimeno y Luis Bermejo distintos campos de la química; Julio Rey Pastor la matemática; Gregorio Marañón fue precursor e impulsor de la endocrinología en España.

2. La etapa formativa de Marañón: Sus primeros pasos científico-médicos

Gregorio Marañón inició sus estudios médicos en el viejo Colegio San Carlos en el curso Preuniversitario de 1902-1903. Analizando su expediente académico se comprueban las altas calificaciones que le llevaron a obtener el Premio Extraordinario de Licenciatura en 1909^[8].

De entre sus profesores hay que destacar, por encima de todos, la influencia determinante que ejerció Santiago Ramón y Cajal sobre su obra y pensamiento científico^[9]. De hecho, es un influjo extensivo a la medicina española en particular, y toda la ciencia en general. En verdad, la investigación histológica de Cajal y su

reconocimiento a través de la concesión –junto a Golgi– del Premio Nobel en 1906, por sus investigaciones sobre la estructura del sistema nervioso, ejercieron una influencia determinante no sólo sobre toda aquella generación médica, sino sobre todo el siglo XX español –como ha reconocido, en su propio caso, el también Premio Nobel Severo Ochoa–[\[10\]](#). De hecho, fue la investigación en el campo de la neurobiología –en la que destacó entonces, además de Cajal, Nicolás Achúcarro–, la que marcó el punto de partida del desarrollo al que se asistió en algunas disciplinas médicas en España a comienzos del siglo XX como, por ejemplo, fisiología, hematología clínica, pediatría, cirugía, medicina interna o la misma endocrinología donde el impulso de Marañón fue decisivo.

Si Cajal fue para muchos españoles de la época –más aún para los que fueron sus alumnos en las aulas de la Facultad de Medicina–, el espejo científico en el que reflejarse, Pedro Laín no ha dudado en señalar que «fue la persona decisiva en el alumbramiento de la vocación científica y en la formación intelectual y moral de Gregorio Marañón»[\[11\]](#). Con todo, no fue el único profesor universitario que influyó en su posterior orientación profesional y en su idea de la medicina. Como él propio Marañón reconoció, entre los demás profesores que le vieron pasar por las aulas universitarias, influyeron decisivamente sobre él los doctores Federico Olóriz –que impartía Anatomía Descriptiva–, Alejandro San Martín –Patología Quirúrgica–, Alonso Sañudo –Patología Médica– y Juan Madinaveitia –Patología General–[\[12\]](#). En todos ellos, vio Marañón algunos de los maestros universitarios que, sin haberse formado en centros europeos –como si lo hicieron una parte sustantiva de los médicos de su generación–, contribuyeron a la renovación de la ciencia médica española a la que se asistió en el primer tercio del siglo XX[\[13\]](#).

En 1909, cuando Marañón contaba 22 años y finalizaba sus estudios de licenciatura, animado por Olóriz, se presentó al premio *Martínez Molina* que convocaba la Real Academia Nacional de Medicina[\[14\]](#). Su trabajo *Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo del hombre* fue el premiado[\[15\]](#). Su obtención suponía el nombramiento de Académico correspondiente de Medicina lo que causó el desconcierto del jurado al comprobar que el autor del trabajo aún no había finalizado sus estudios[\[16\]](#). Este premio no se había vuelto a conceder desde 1904, año en que fue otorgado a Cajal por su trabajo *Sobre los centros sensoriales del hombre y los animales*. Aquel premio tuvo una trascendencia fundamental sobre su carrera académica y científica. Desde entonces asistió a las sesiones ordinarias de la Academia de Medicina, participando en alguno de sus debates y dando a conocer sus líneas de investigación entre los médicos que formaban la corporación en aquellos años. De este modo, se puede afirmar que Marañón introdujo las cuestiones endocrinológicas en la Docta Casa [\[17\]](#).

Pero ¿cómo llegó Marañón a la endocrinología en un país en cuyos itinerarios académicos era una materia ausente? La endocrinología a comienzos del siglo XX era disciplina médica en plena expansión. Desde el descubrimiento de la enfermedad de Addison a finales del XVIII, llevada a cabo por el investigador británico que dio nombre a la dolencia, a finales del siglo XIX es cuando, realmente, la endocrinología cobra entidad como disciplina independiente. Entonces comenzaron a desarrollarse una serie de trabajos que estudiaban las glándulas de secreción interna y su acción en el organismo. En este sentido, los científicos que marcaron lanzaron su estudio a lo largo y ancho del planeta en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX fueron, entre otros, los franceses Charles Sajous (1852-1929) y Emile Gley (1857-1930), el austriaco Artur Biedl (1869-1933), los norteamericanos Harvey Cushing (1869-1939) y Henry H. Turner (1892-1970), o el argentino Bernard Houssay (1887-1971). Marañón fue el pionero de esta disciplina en España.

Cuando Gregorio Marañón finalizó su carrera universitaria en 1909 se enfrentó con la difícil decisión de hacia donde orientar sus pasos profesionales. Entonces, comenzaba a ser frecuente que los alumnos universitarios más brillantes realizaran viajes de ampliación de estudios pensionados fuera de España. La mayoría de ellos iban financiados por el Ministerio de Instrucción Pública –caso de Marañón– o por instituciones como la Junta para la Ampliación de Estudios, creada con este fin en 1907[\[18\]](#). Respondiendo a los aires europeizantes que imbuyeron a su generación y en cuyo origen estaban las enseñanzas de Francisco Giner de los Ríos desde la Institución Libre de Enseñanza, Marañón decidió ampliar su formación en Alemania, país considerado entonces como uno de los destinos más prestigiosos, si no el que más, en ámbitos científicos. Así, en 1910, se desplazó a Francfort, donde entró en contacto con la bibliografía extranjera y conoció las corrientes de investigación científica más vanguardistas. Desde entonces, en sus trabajos de especialización médica hubo una presencia considerable de bibliografía foránea y fue frecuente su relación con profesores e investigadores nacionales y extranjeros [\[19\]](#).

En Francfort, Marañón estuvo adscrito al Laboratorio de Química Fisiológica donde conoció al Profesor Embden que lo dirigía y trabajó en el Laboratorio de Investigaciones Biológicas que dirigía Paul Ehrlich que terminaba por entonces sus trabajos con el 606 que supusieron un gran avance en el remedio de las enfermedades infecciosas, sobre todo en el combate contra la sífilis[\[20\]](#). Como explican expertos en microbiología,

la utilización experimental del nuevo compuesto en la sífilis se hizo de un modo revolucionario e innovador, con la distribución del producto a distintos clínicos alemanes y de otros países [Marañón, por ejemplo], en lo que podría ser el primer gran estudio terapéutico multicéntrico y multinacional para la evaluación de un fármaco. Los efectos del salvarsán resultaban pasmosos de creer para muchos de esos clínicos [...] El 606 resultaba muy activo en los casos de sífilis[\[21\]](#).

En su caso, Ehrlich entregó a Marañón unos gramos de salvarsán (preparado 606) para que estudiase su uso en el combate contra el tifus exantemático, por entonces frecuente en España. Así lo recordó Marañón varias décadas después,

en los comienzos de la era salvarsánica se suponía que estábamos a punto de resolver el tratamiento de las enfermedades infecciosas. Ehrlich tenía mucho interés en conocer los resultados de su nuevo remedio, en la viruela y en el tifus exantemático, enfermedades que, por entonces, existían aún en España. Le prometí ocuparme del problema. Y como preparación a la empresa, empleé casi todo mi tiempo en el estudio biológico de las infecciones.

Volví a mi patria, portador del precioso polvo amarillo que aún no se vendía y del que la Humanidad esperaba milagros, que, en parte, se cumplieron. Si hubiera querido comerciar con mi pequeño cargamento de 606, me hubiera hecho millonario.

Fracasaron los ensayos en las infecciones exantemáticas. Poco después el gran Nicolle, en Túnez, confirmaba estos resultados negativos. Pero la experiencia me hizo ahondar en la clínica epidemiológica, y a poco me vi nombrado director del Hospital de Infecciosos, que por entonces se empezó a construir en Madrid.

Dividí mi tiempo entonces entre esta labor y el cultivo de mis estudios endocrinos, que inicié de estudiante, en la Sala de Disección y en el Laboratorio de Fisiología, y que ya no había de abandonar [22].

Así, fue. Marañón encaminó sus primeros pasos profesionales hacia esos dos ámbitos: Endocrinología y lucha contra las enfermedades infecciosas.

3. El nacimiento de la Endocrinología en España

A su vuelta de Francfort, Marañón finalizó su Doctorado y elaboró su tesis doctoral, *La sangre en los estados tiroideos*, por la que obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado [23]. El tema elegido muestra el interés del joven doctor por la nueva disciplina. Poco después, en mayo de 1911, ganó por oposición –en la que obtuvo el número 1–, un puesto de médico de la Beneficencia Provincial. Solicitó como destino el Servicio de enfermedades infecciosas cuya jefatura estaba entonces vacante, y que estaba situado en unas salas abuhardilladas en la última planta del Hospital General de Madrid. Ésta era un área de trabajo un tanto ingrata para el médico de hospital. Entonces las muchas epidemias que afectaban a la población causaban una mortalidad significativa algo que, como es sabido, no varió hasta que Alexander Fleming dio con la penicilina en 1928. En aquellas salas, como consecuencia de las deficientes condiciones higiénicas, los contagios se multiplicaban. Allí trabajó hasta 1913 cuando, ayudado por Sor Ventura Pujadas –superiora del Hospital– y con el patrocinio de la marquesa de Perinat, inauguró un pabellón de infecciosos, situado en el patio central de dicho Hospital General [24]. Allí se mantuvo su Servicio hasta que, en 1925, se finalizaron las obras del Hospital del Rey donde se trataría a estos enfermos en los años siguientes. En tiempos de la II República española, este centro sanitario recibió el nombre de Hospital de Enfermedades Infecciosas.

Como no existía la endocrinología en España fue en ese Servicio de Enfermedades Infecciosas donde Marañón impulsó el Departamento de Patología Médica que, a la postre, fue el primer centro de estudio y tratamiento endocrinológico de España [25]. En todo caso, hubo de compaginar ambas esferas de su acción médica. No debe pensarse que Marañón ocupó aquel Servicio para dejar en un discreto segundo lugar a las enfermedades infecciosas. De hecho, señalemos que llevó a cabo una intensa labor en este sentido. Su preocupación por este tipo de enfermedades le llevó a solicitar a los poderes públicos, en estos años, una serie de reformas sociales y de medidas de salud pública, necesarias para minimizar la incidencia de las epidemias que estaban haciendo estragos en España en general pero, de modo muy particular, en el Madrid de la época. Citemos, a modo de ejemplo, que Marañón se ocupó de enfermedades como la gripe, la viruela, la sífilis, el tifus exantemático, la fiebre tifoidea, o diferentes infecciones del sistema nervioso central [26]. Además, en la Academia de Medicina presentó varias comunicaciones relacionadas con el combate contra el tifus abdominal, la meningitis cerebroespinal, la erisipela, la fiebre tifoidea, la escarlatina, el tétanos o la tuberculosis, entre otras [27]. En todo caso, sirva como botón de muestra el recuerdo de una de las actuaciones más destacadas de su vida profesional en relación al combate contra las enfermedades infecciosas, la mortífera pandemia gripal de 1918. Comisionado por el Gobierno español, junto a los doctores Pittaluga y Ruiz Falcó, viajó entonces a Francia para estudiar la etiología de la epidemia gripal que asolaba Europa y elaborar propuestas para combatirla. Entonces entabló amistad con científicos europeos como Fleming, Babinski y Cushing, si bien, como sabemos, las iniciativas resultaron infructuosas. Aquella pandemia se cobró cerca de 50 millones de vidas humanas en Europa.

Pero, volviendo a la endocrinología, ¿cuál fue el camino que llevó a su irrupción en el mundo académico español? Desde un punto de vista oficial, el camino de la endocrinología fue tortuoso. Si bien Marañón, a lo largo de dos décadas de trabajo profesional, desarrolló en el Departamento de Patología Médica una importante actividad docente, clínica e investigadora, su dedicación a la endocrinología no se vio plasmada en la creación de la Cátedra de esa disciplina hasta dos décadas más tarde, en 1931. Es conocida la aversión de Marañón a los concursos de oposición. Después del que ya se ha reseñado en el que ganó una plaza de médico de la Beneficencia Provincial, nunca más se presentó a una oposición. Por ello, para seguir su *iter* académico, hay que fijarse en diferentes concursos a los que concurrió. Así, en octubre de 1912, obtuvo una plaza de auxiliar del sexto grupo de la facultad de Madrid siendo desde entonces ayudante de la sala de disección adscrita a la cátedra del Dr. Olóriz [28]. Ese fue su puesto académico hasta que, en 1924, fue nombrado profesor agregado de Patología y Clínica Médica [29]. Como se ha dicho ya, habría que esperar a la llegada de la II República para que se procediese a la creación de la Cátedra de endocrinología. En ello, no poco tuvo que ver el enorme prestigio personal que el Dr. Marañón había atesorado en años precedentes. Por entonces, la Diputación Provincial de Madrid –presidida por Salazar Alonso–, de la que dependía el Departamento de Patología Médica, subvencionó unas obras de ampliación y mejora y otorgó, a ese Departamento, el título de Instituto de Patología Médica. Los trámites para la creación de la cátedra de Endocrinología –que iba a ser materia propia del Doctorado–, se sucedieron a lo largo del mes de julio de 1931 [30]. El día 4, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, sección Universidades, emitió una resolución que decidía que, por la importancia de la especialidad de Endocrinología y la escasez de personal con la suficiente preparación científica y docente en esta disciplina, procedía a nombrar un Catedrático de reconocido prestigio aunque no perteneciera al profesorado titular de la Universidad –en clara alusión a Marañón. Para proveer esa plaza, la Facultad de Medicina de la Universidad Central, la Academia Nacional de Medicina y el Consejo de Instrucción Pública debían presentar, por separado, a un candidato. Las tres instituciones propusieron al Dr. Marañón. El día 20 de este mes de julio de 1931, el Ministerio de Instrucción Pública se mostró favorable a «nombrar, [...], a D. Gregorio Marañón y Posadillo, Catedrático de *Endocrinología* del período del Doctorado de la expresada Facultad [de Medicina de la Universidad Central], con el haber anual de 12.000 pts, que percibirá con cargo al cap. 9º, art. único, conceptos 1º y 2º de la vigente Ley de Presupuestos» [31]. El 4 de agosto tomó posesión de la cátedra, que aparecía por primera vez en España, sin mediar oposición.

Si esto fue así desde un punto de vista administrativo, ni que decir tiene la importancia vital que tuvo su impulso a la endocrinología desde un punto de vista investigador y clínico. En los años que llevaron a la creación de la Cátedra de Endocrinología (1911-1931), Marañón llevó a cabo un trabajo médico y científico febril. Entonces,

publicó más de una treintena de trabajos especializados consecuencia de lo cual gozó de un enorme prestigio nacional e internacional que le valió los más diversos reconocimientos[32]. Entre sus monografías, las que mayor relieve alcanzaron fueron *La doctrina de las secreciones internas. Su significación biológica y sus aplicaciones a la Patología* (1915), *La Edad Crítica* (1919), que sufrió diversas revisiones hasta la definitiva *Climaterio de la mujer y del hombre* (1937)[33], *La diabetes insípida. Nuevas orientaciones sobre su patogenia y tratamiento* (1920), *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales* (1930) y, con un perfil más divulgativo, *Gordos y flacos* (1926) o *Tres ensayos sobre la vida sexual* (1926). En algunos ámbitos muy concretos sus investigaciones también resultaron de gran importancia. Así, sus trabajos sobre la adrenalina, resultaron fundamentales para sus innovadoras investigaciones sobre la emoción sobre la que publicó varios artículos, entre otros «La emoción» (1920) y «Contribución al estudio de la acción emotiva de la adrenalina» (1922) que, en su traducción francesa, se convirtió en el trabajo más citado de la literatura científica marañoniana[34]. Esa avalancha de aportaciones sustantivas llevó a Santiago Ramón y Cajal a escribirle, al recibir varios trabajos suyos en 1929, «atravesada V. una fiebre de actividad suprainensiva, polivalente y fecundísima. Asombra como puede V., atender conjuntamente con el Servicio del Hospital y su copiosa clientela, a tantos requerimientos periodísticos y lo que es más notable, que tenga tiempo para escribir prólogos y admirables libros de vulgarización científica henchidos de datos y de observaciones y críticas originales»[35].

Destaquemos algunos hitos de ese *iter* endocrinológico de Marañón. En primer lugar queremos hacer hincapié en la importancia una serie de conferencias que el médico dictó en el Ateneo de Madrid entre el 21 de enero y el 17 de febrero de 1915, recogidas, un año más tarde, en *La doctrina de las secreciones internas. Su significación biológica y sus aplicaciones a la Patología*[36]. Marañón contaba entonces 28 años y el Ateneo de Madrid era, de hecho, uno de los centros culturales de mayor trascendencia e importancia entre las elites intelectuales y científicas del período[37]. Por entonces, la sección de ciencias exactas, físicas y naturales del Ateneo estaba presidida por el etnógrafo Luis de Hoyos Sainz. La programación del curso académico de ese año recogía ciclos breves de conferencias impartidos, además de por Marañón, por el matemático Julio Rey Pastor –que expondría una *Introducción al estudio de la matemática superior*–, el geólogo Lucas Fernández Navarro –que se ocuparía de la *Historia evolutiva de la península*–, el físico Pedro Carrasco –que disertaría acerca de la *Teoría de la relatividad* cuyos principios venía desarrollando Albert Einstein desde sus conocidos artículos de 1905– y, el mismo Luis de Hoyos, que habló acerca de *Las bases, los métodos y las explicaciones históricas de la etnografía española*. Es decir, una buena muestra de la renovación científica a la que se estaba asistiendo en el país.

En aquellas conferencias, Marañón expuso algunos de los temas que centrarían sus trabajos clínicos en las décadas siguientes. En concreto, los títulos de las mismas fueron «Introducción al estudio de la significación biológica de la doctrina de las secreciones internas»; «El crecimiento y la morfología del organismo y las secreciones internas»; «El sexo, la vida sexual y las secreciones internas»; «El sistema nervioso y las secreciones internas»; «El papel defensivo de las secreciones internas y la vejez». El ciclo resultó un éxito y un auténtico espaldarazo público para el joven doctor. Con ellas se puede decir que Marañón se presentó en sociedad. *El Heraldo de Madrid*, recibió así su primera disertación «Añoche dio en la docta Casa, ante un público numeroso y distinguido que llenaba totalmente el salón de actos, la primera de las siete conferencias sobre Medicina experimental que tiene anunciadas el joven y notable doctor Marañón. El conferenciante, con palabra fácil y elegante, expuso el plan de conferencias y deleitó al auditorio con la clara y amena divulgación de temas difíciles dentro del campo de la Medicina, confirmando una vez más su inmensa cultura y las altas dotes intelectuales que le adornan. Fue aplaudido con gran entusiasmo durante su discurso y al terminar. Merece muy sinceros plácemes la Sección de Ciencias exactas, físicas y naturales, organizadora de esta serie de conferencias» [38].

En el Ateneo, Marañón explicó los principios básicos de la endocrinología entonces. El núcleo central consistía en lo que llamaba *teoría pluriglandular*, de la que el propio Marañón fue pionero junto a Nicola Pende, Émile Gley y Ernest Henry Starling. Esta teoría consistía, *grosso modo*, en el análisis de la participación de las glándulas endocrinológicas o de secreción interna –tiroides, hipófisis, suprarrenales, genitales, etc.–, en diferentes procesos metabólicos humanos –nutrición, crecimiento, sexualidad y su papel defensivo en relación a la senectud, etc.–. Sobre ella, desarrolló su investigación endocrina en las décadas venideras. De modo este modo, a la hora de estudiar las diferentes enfermedades endocrinas, Marañón sostenía que había una «conexión que une a unas glándulas endocrinas con otras: esta conexión es tan estrecha que cuando una de las glándulas se altera, las demás se descomponen también, y si la primitivamente enferma persiste en su trastorno, las otras perturbadas por un mecanismo reaccional permanente, acaban por sufrir lesiones [...] Consecuencia de esta íntima conexión funcional [...] se ha podido decir que, en realidad, no hay enfermedades monoglandulares, sino que todas son pluriglandulares»[39].

Además de la notoriedad y relevancia que tuvo este ciclo en medios científicos, académicos y médicos, estas conferencias pueden ser consideradas el inicio de su proyección pública e, incluso, como índice de muchos de los temas endocrinológicos que desarrollaría en adelante. Él mismo consideró aquel momento como clave en su carrera científica. Así, años después señalaba que «si de algo me enorgullezco en mi vida científica es de haberme atrevido, en el curso que pronuncié en el Ateneo en el año 1915, a considerar el problema de las secreciones internas en este aspecto trascendental y general, estudiando a las hormonas como moldes y andamiajes de la biología individual y no como un capítulo más de la patología»[40]. En cualquier caso, aquella intervención suya fue verdaderamente audaz.

Un segundo hito importante que merece mención especial fue la publicación en 1916 de un ambicioso proyecto. Teófilo Hernando propuso a Marañón codirigir el que sería el primer *Manual de Medicina Interna* elaborado, exclusivamente, por autores españoles[41]. Se reflejaba en esta iniciativa una de las principales ambiciones de la generación médica de Marañón, dotar a la ciencia nacional de un nivel equivalente al europeo. Esta obra abordaba un amplio abanico de las ramas médicas de modo riguroso y acorde al estado de la cuestión, con una extensa y actualizada bibliografía. En su primer volumen, participaron algunos de los mejores especialistas de la medicina del momento como los doctores Achúcarro, Azúa, Bellido, Cañizo, Carrión, Covisa, Gil y Casares, Llorente, Madinaveitia, Novoa Santos, Pi y Suñer, Rodríguez Lafora, Ruiz y Falcó, Tello, etc. –muchos de los cuales, por cierto, también habían ampliado estudios en el extranjero–. Aquella ambiciosa obra fue acogida con entusiasmo por muchos de sus colegas. Ejemplo ilustrativo de ello es la carta que escribió a Marañón Gustavo

Pittaluga en febrero de 1915, ésta «es una obra que nos honrará a todos; y que se debe sin embargo a la iniciativa y al talento con que Vdes. [que] han sabido llevarla a cabo»[42]. Con todo, el segundo volumen del *Manual* resultó frustrado como consecuencia de que algunos colaboradores se retrasaron en la entrega de los capítulos. Sí se publicó, en 1920, un tercer volumen en el que Marañón abordó el tratamiento de las enfermedades de las glándulas de secreción interna, la obesidad, la diabetes insípida y algunas enfermedades infecciosas –viruela, varicela, tifus exantemático, procesos tifoideos, septicemias, erisipela, reumatismo articular agudo, paperas, meningitis cerebro-espinal, afta epizootica, tétanos, psitacosis–. Las demás partes del volumen se referían a las enfermedades de la sangre, la nutrición, las infecciosas y parasitarias, la avitaminosis y el cáncer[43].

Otro mojón fundamental en el camino de Marañón por la endocrinología y su impulso en España tuvo lugar el 12 de marzo de 1922. Entonces, cuando el médico contaba 35 años, ingresó como académico de número en la Real Academia Nacional de Medicina. Su discurso versó sobre el *Estado actual de la doctrina de las secreciones internas*[44]. Este discurso puede ser considerado como el *estado de la cuestión* de la endocrinología en 1922. Además de la importancia que tiene que lo dedicara a esta materia casi novel en la medicina española, es importante porque trató de abarcar esta disciplina en toda su extensión. En él trazó sus planteamientos teóricos fundamentales señalando las principales escuelas del mundo y haciendo hincapié en el inmenso abanico investigador que se presentaba ante los médicos de entonces. También se centró en el análisis minucioso del papel fisiológico de las facultades endocrinas –el crecimiento y las secreciones internas, la función genital desde el punto de vista endocrino, el sistema nervioso y el endocrino y el factor humoral de la emoción– y en cuestiones concretas de la clínica de las secreciones internas en sus diferentes glándulas –el tiroides, las suprarrenales, las genitales, el timo, la epifisis, los síndromes pluriglandulares. Buena muestra del nuevo panorama que se abría ante ellos es la carta, de 13 de septiembre de 1922, que recibió de Santiago Ramón y Cajal quien, además de la preceptiva felicitación, le decía, «me ha agradado mucho [...] el resumen lúcido y preciso del estado actual de los problemas relacionados con las correlaciones químicas de órganos y tejidos; resumen de inestimable valor para los profanos en estos estudios. Espero hallar en el texto no leído todavía algo que pueda servirme para la realización de nuevas investigaciones neurogénicas e histológicas de los órganos de secreción interna. Me interesa todo el problema de su inervación, sobre el cual se está trabajando en mi laboratorio»[45].

Al cabo de diez años de ejercicio profesional, Marañón gozaba de un amplio prestigio internacional como consecuencia de algunas de sus aportaciones a la ciencia clínica como su descripción del síndrome pluriglandular, sus trabajos sobre insuficiencia suprarrenal, fisiopatología tiroidea, hipofisaria e hipotalámica, su concepto de edad crítica, sus aportaciones acerca de la emoción y los estados prediabéticos, el síndrome A-B-D, entre otras. Los tratados de endocrinología conocen hoy como “signos de Marañón”, la mano hipogenital (1918) y la mancha roja tiroidea (1922).

Inmediatamente después, asistimos a un hito fundamental en la trayectoria personal y científica de Gregorio Marañón, el viaje a Las Hurdes con Alfonso XIII en junio de 1922. Desde un punto de vista personal, fue su «viaje personalmente más decisivo, [quedando a partir de entonces] ya para siempre comprometido, como intelectual y como español, con el devenir de su país»[46]. Desde un punto de vista científico y médico aquella expedición a una de las zonas de mayor marginalidad de España, permitió poner en marcha acciones terapéuticas que paliaron el hipotiroidismo congénito y endémico de su población. En él se aunaban los dos ámbitos en los que Marañón venía trabajando desde el inicio de su carrera profesional, enfermedades infecciosas y endocrinología. Desde el punto de vista estrictamente endocrinológico, este viaje supuso, como han señalado Francisco Escobar y Gabriela Morreale, la principal aportación marañoniana en relación a la glándula tiroidea[47].

Durante los años que abarcó la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), se asistió al período de mayor politización de Marañón. Entonces, desde diferentes ámbitos científicos y culturales como, por ejemplo, desde la presidencia del Ateneo de Madrid, la Universidad o el Patronato de Las Hurdes o el Hospital del Rey enarbó la bandera del liberalismo. En 1925, su desacuerdo con la política sanitaria de Martínez-Anido, hizo que fuera destituido de su cargo de director del Hospital del Rey. En 1926 se produjo la conspiración cívico-militar conocida como *La Sanjuanada*. Aunque no participó en ella, a Marañón le fue impuesta una multa de 100.000 pesetas y sufrió prisión en la Modelo de Madrid durante un mes –período durante el cual tradujo la obra del inglés Friedrich Hardman, sobre el conocido héroe de la guerra de la Independencia, el *Empecinado*–.

Con todo, su trabajo científico y médico no se vio ralentizado. Lo interesante de esos años veinte es que fue entonces cuando Marañón trató de sacar los temas científicos del ámbito estrictamente académico –sin que dejara de publicar decenas de artículos y monografías estrictamente científicas. Entonces, como ya se ha señalado, publicó una serie de trabajos científicos de carácter divulgativo y de gran éxito editorial cifrado en las sucesivas ediciones que de ellos fueron apareciendo y en su traducción y repercusión en la esfera pública nacional e internacional[48]. Expresión de esa trascendencia más allá de nuestras fronteras fueron las cartas que le escribieron destacados intelectuales como el conde de Keyserling que, en agosto de 1926, valoró de modo positivo sus observaciones sobre el sexo y el trabajo ya que éstas contenían «puntos de vista de verdadera importancia»[49]. Poco después, el mismo Keyserling impulsó la traducción al alemán de sus *Tres Ensayos sobre la vida sexual* que apareció publicada en Heidelberg, en 1928. Un año antes, en 1927, Marañón viajó a Estados Unidos y Cuba, donde dictó múltiples conferencias logrando «un éxito sensacional [... Su actividad allí mostró] su inteligencia y tacto mundano al exponer sus teorías sexuales, entonces consideradas aún asaz atrevidas, ante un público en su mayoría femenino»[50].

En concreto, sus *Tres ensayos sobre la vida sexual* (1926), provocaron una auténtica convulsión social en la España de la época –estos ensayos eran «Sexo, trabajo y deporte», «Maternidad y feminismo» y «Educación sexual y diferenciación social»[51]. En este trabajo se ocupaba, entre otras cosas, de los conceptos de *diferenciación sexual e intersexualidad*, que estaban en el fundamento de su idea de la sexualidad y que dieron origen, por ejemplo, a su famosa teoría del *donjuanismo* –que desmitificaba éste como arquetipo de virilidad[52]–. Años más tarde, *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales* (1930), se acercaba al tema desde una perspectiva más especializada[53]. En *Gordos y flacos* (1926), Marañón se fijó en el tratamiento endocrino de la obesidad, y en la relación entre peso –constitución morfológica– y psicología[54]. En *Amor*,

conveniencia y eugenesia (1929), desarrolló una teoría acerca de la constitución familiar y los deberes que los seres humanos tenían para con la sociedad en función de su edad y sexo –prestando especial atención a la juventud y su protagonismo en las sociedades de entonces, cuando las masas irrumpieron en la escena pública–. Todas ellas generaron amplios debates sociales y científicos[55].

Con la llegada de la II República, se puede decir que, tras pasado el umbral de la madurez, entonces Marañón contaba 43 años, su obra científica entró en una nueva etapa centrada en aspectos clínicos –en los que, sin duda, continuó siendo hasta el final de sus días un excelente y reputado médico–, docentes y teóricos. Además de la labor que siguió desarrollando en el Instituto de Patología Médica –donde impartió la disciplina de endocrinología ya como catedrático–, Marañón no dejó de publicar diferentes artículos, comunicaciones, y monografías en estos años[56]. Sin embargo, no fueron aquellas obras de gran originalidad de los años diez y veinte. Ahora ahonda en sus tesis y líneas de investigación, por ejemplo las relacionadas con la sexualidad en las que continuó realizando sustantivas aportaciones[57], al tiempo que fija su atención en cuestiones de ética médica. Desde entonces reivindicó el papel humanista de la medicina ante la creciente especialización y tecnificación de la ciencia. Fruto de esa preocupación fueron obras suyas posteriores como *Vocación y ética* (1936) y *La medicina y nuestro tiempo* (1953)[58].

Fue también a partir de entonces cuando comenzó a publicar con asiduidad sus conocidas *psicobiografías*, de la que es considerado pionero. Así, en obras como *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1930), *Amiel. Un estudio sobre la timidez* (1932), *Las ideas biológicas del padre Feijoo* (1934), *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar* (1936) o *Tiberio. Historia de un resentimiento* (1939), analizaba aspectos del comportamiento humano como la timidez, la pasión de mandar, la impotencia o el resentimiento, dando una trascendencia fundamental al influjo de las secreciones endocrinológicas sobre todos los aspectos del vivir humano de sus biografiados.

Para terminar recordemos cómo la sublevación militar fracasada de julio de 1936, que dio lugar a la más incivil de nuestras guerras, truncó uno de los momentos más brillantes de nuestra historia cultural y científica y, por ende, de la labor médica e investigadora que Gregorio Marañón estaba llevando a cabo en España. Entonces partió hacia el exilio de donde no regresaría hasta finales de 1942. En esos años, desde el punto de vista de su producción médica, preparó su célebre *Manual de diagnóstico etiológico*, aparecido en 1943 y con el que se formaron varias generaciones de médicos[59].

A su regreso a España aún tardó algunos años más en retomar su Cátedra. En la historia de la endocrinología en nuestro país, el carácter nominal con que había sido nombrado catedrático en 1931 tuvo una consecuencia negativa para esta disciplina que nadie podía imaginar entonces. El carácter nominativo de la asignatura produjo que, con la guerra y el exilio de Marañón, la endocrinología desapareciera en España, no sólo durante su permanencia en París (finales de 1936 a 1942), sino también hasta que la Dictadura franquista le permitió ejercer de nuevo la disciplina en el curso académico 1946-47[60]. Desde entonces y hasta su fallecimiento en 1960 su presencia universitaria volvió a circunscribirse a su labor en la cátedra. Desde ella, fue creando una escuela que consolidó el estudio de esta disciplina en nuestro país[61]. Sin embargo, en todos esos años no se modificó el estatus legal de la asignatura lo que ocasionó que su vida en el panorama académico español se viera de nuevo truncada con el fallecimiento de Marañón en marzo de 1960. Paradójicamente, un mes antes, en febrero de 1960, se había convocado una nueva oposición para profesores adjuntos a la cátedra de Endocrinología. Con motivo del deceso del titular de aquella Cátedra nominativa, se produjo de nuevo una situación excepcional. Fallecido el catedrático, desaparecía la Cátedra. Sin embargo, el proceso habitual de la oposición convocada en febrero siguió su curso habitual, publicación de la relación de candidatos y tribunal, y convocatoria para el ejercicio, el 9 de diciembre de ese año. El vicerrector de la Universidad Central tuvo que dirigirse al director general de Enseñanza Universitaria explicándole que se debía suspender la convocatoria ya que la disciplina de Endocrinología «[...] ha sido suprimida de la Enseñanza, por fallecimiento del Catedrático que la desempeñaba y siendo esto así, no debe haber Profesores Adjuntos en una disciplina que ha sido extinguida»[62]. Así fue. La cátedra de Endocrinología no reaparecería hasta 1969.

Conclusiones

En este artículo se ha recorrido los diferentes avatares administrativos y clínicos y de investigación por los que transcurrió la endocrinología en España de la mano del que fue su pionero en nuestro país, Gregorio Marañón. Dos son las principales conclusiones que se pueden extraer de las líneas precedentes. En primer lugar, con carácter particular, en el ámbito de la historia de la medicina, se ha mostrado cómo nació la endocrinología en España. Con ello, además de mostrar su surgimiento, se ha querido significar la importancia que tuvo en su devenir la figura de Marañón. Y, en segundo lugar, y con carácter general, se ha presentado el caso de Marañón como impulsor de la endocrinología como *caso ilustrativo de la renovación científica española* que se produjo en el primer tercio del siglo XX en la conocida como *Edad de Plata Española*. De este modo, si aquí se ha presentado este caso concreto, para otras tantas disciplinas científicas de nuestro país se asistió a procesos de impulso y consolidación similares. En este sentido, si bien es cierto que la historiografía ha acreditado suficientemente ese renacer científico al que se asiste en nuestro país en el primer tercio del siglo XX, por otro lado, apenas hay estudios pormenorizados de los diferentes casos particulares, como el que aquí se ha querido mostrar.

(*) Este artículo tiene su esquema inicial en la comunicación «Gregorio Marañón: Un caso ilustrativo de la renovación científica española» que el autor presentó al Congreso Internacional «Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras», celebrado en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid entre el 20 y el 22 de abril de 2006.

[1] Robert Wohl ha estudiado los rasgos de este grupo generacional caracterizado por el estallido de la Gran Guerra en Francia, Alemania, Inglaterra, España e Italia. Cf. Wohl, Robert, (1979), *The Generation of 1914*, USA, Harvard University Press. Acerca de esta generación en España se ha escrito mucho. Sin pretender ser exhaustivos, entre otros títulos cabe destacar con carácter general: Cerezo Galán, Pedro (1993), «De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y el 14» en Laín Entralgo, Pedro (Coord.), *La Edad de Plata de la Cultura Española (1898-1936)*, Vols. XXXIX (*), Madrid, Espasa-Calpe, pp. 133-265; García

de la Concha, Víctor (Coord.), (1984), «Época Contemporánea 1914-1939» en Rico, Francisco (ed.), *Historia crítica de la Literatura Española*, Vol. 7, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 7-246. Igualmente resulta clarividente la síntesis de Díaz-Cristóbal, Marina, (2002/2), «¿La generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación del 14», *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 8, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 143-165; o el monográfico que le dedicó la revista *Ínsula*: (Noviembre 1993), «La generación del 14», *Ínsula*, núm. 563, Madrid.

[2] Abellán, José Luis (1998), *Historia del Pensamiento español. De Séneca a nuestros días*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 553-561.

[3] Marichal, Juan (1947), «La generación de los intelectuales y la política (1909-1914)» en *La crisis de fin de siglo: ideología y literatura*, Barcelona, Ariel, p. 27.

[4] Cacho Viu, Vicente (2000), *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 49-54 y también en (1997), *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 27-36.

[5] Cacho Viu, Vicente (1997), *Ibidem*, pp. 123-126.

[6] El estudio clásico de la misma es el de Mainer, José-Carlos (1975), *La Edad de Plata. Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra.

[7] Fusi Aizpurúa, Juan Pablo (1999), *Ibidem*, p. 88.

[8] Archivo Histórico Universidad Complutense de Madrid, Caja 406, expediente «Marañón y Posadillo, Gregorio». También en Archivo General de la Administración, Educación, Caja 31/16127, Legajo 910/58. En su licenciatura Gregorio Marañón obtuvo ocho Matrículas de Honor, tres Sobresalientes, nueve Notables y siete Aprobados. En aquella época el Premio Extraordinario se obtenía tras un examen entre los mejores alumnos de cada promoción –en su caso el tema fue «Tratamiento quirúrgico de los derrames pleurísticos»–.

[9] Marañón conoció a Cajal en el curso académico de 1903-1904, al asistir a la asignatura que el científico impartía, *Histología*, en la que obtuvo la calificación de «Notable».

[10] Ochoa, Severo (2003), *Prólogo a Ramón y Cajal, Santiago, Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad*, Madrid, Espasa-Calpe, Austral, 17ª edición, pp. 9-10.

[11] Laín Entralgo, Pedro (1969), *Gregorio Marañón. Vida, obra y persona*, Madrid, Espasa-Calpe, p. 19.

[12] Curiosamente en las asignaturas de San Martín, Sañudo y Madinaveitia, obtuvo algunas de sus calificaciones más bajas, «Notable» con los dos primeros, «Aprobado» con el último.

[13] Así lo señaló en varios escritos en donde recordó sus enseñanzas. Cf. Marañón, Gregorio, «La promoción de 1909 honra a sus maestros. Olóriz, San Martín y Alonso Sañudo», *La Medicina Íbera*, Madrid, 10 de marzo de 1923, pp. CCXIX-CCXXI (Artículo recogido en los fondos bibliográficos del Centro de Investigaciones Biológicas); «Veinticinco años de medicina», conferencia en el Instituto de Patología Médica, recogida en WAA, (1935), *Veinticinco años de labor. Historia y bibliografía del Profesor G. Marañón y del Instituto de Patología Médica del Hospital de Madrid*, Madrid, Espasa-Calpe, (y también en (1972), *Obras Completas*, Vol. III, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, pp. 287-294); «El pasado, el presente y el porvenir del Hospital General de Madrid», *Gaceta Médica Española*, Madrid, 2 y 9 de mayo de 1936 (también en (1976), *Obras Completas*, Vol. IV, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, p. 287-302).

[14] Federico Olóriz había dado clase a Marañón en primero de carrera. Entonces Marañón obtuvo la calificación de «Matrícula de Honor» en Anatomía Descriptiva. Se ha hecho famoso el comentario que Olóriz anotó en la ficha de Marañón «Trabaja con fe y podrá sobresalir entre los mejores». Cf. Laín Entralgo, Pedro (1969), *Ibidem*, p. 18 (Laín señala que esta anotación es fruto del trabajo de Guirao, M. (1950), «Datos biográficos de don Federico Olóriz», *Boletín de la Universidad de Granada*, p. 150; y que también lo citó F. J. Sánchez Cantón en la contestación a Marañón de su Discurso de Ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1956). Cuando Marañón cursó Anatomía de segundo, también impartida por Olóriz, obtuvo de nuevo «Matrícula de Honor» consecuencia de lo cual, el Dr. Olóriz le nombró Jefe de Prácticas.

[15] Marañón, Gregorio (1911), *Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo del hombre: examen anatómico e histológico de la región tiroidea de 180 cadáveres*, Madrid, Tello.

[16] Además, el premio estaba dotado económicamente con 2.561 pesetas y con el diploma acreditativo correspondiente. Cf. Archivo Real Academia Nacional de Medicina. Expediente *Gregorio Marañón*.

[17] Entre otras, a lo largo de la década de 1910 presentó en esta Academia las siguientes comunicaciones: Marañón, Gregorio, «La sangre en el hipertiroidismo. Valor y significación de la fórmula de Kocher en el mal de Basedow». Comunicación publicada en los (1911) *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina* (en adelante *ARANM*), Madrid; «Nota preliminar sobre un síndrome apendicular ligado con trastornos de secreción interna». Comunicación presentada en la Academia –marzo de 1914– y publicada ese mismo año en *El Siglo Médico*, Madrid; «Un caso de lesión traumática de la hipófisis». Comunicación presentada en la Academia en marzo de 1916; «Secreción interna de la hipófisis». Comunicación publicada en (1917) *ARANM*, Vol. 37, Madrid; «Contribución clínica y experimental al estudio de la acción de la hipófisis sobre la diuresis», Comunicación publicada en (1917), *ARANM*, Madrid; «Significación de la Endocrinología en la Medicina Interna». Conferencia pronunciada en la Academia y publicada en *El Siglo Médico*, Madrid, 1918; «La posición de la endocrinología en la medicina general». Comunicación en la Academia –enero de 1918–, publicada en *La Medicina Íbera* y *El Siglo Médico*, ese mismo año; «Contribución clínica y experimental al conocimiento de la intervención de la hipófisis en la patogenia de la diabetes insípida». Comunicación publicada en (1918), *ARANM*, Madrid; «Diabetes insípida y las hipófisis». Comunicación publicada en (1918), *ARANM*, Vol. 38, Madrid.

[18] En este sentido, la Junta para la Ampliación de Estudios tuvo una importancia fundamental en el envío de universitarios españoles a universidades europeas y norteamericanas con el objeto de completar su formación

científica. Presidida por Santiago Ramón y Cajal y dirigida por José Castillejo, la JAE durante el período comprendido entre 1907 y 1936 envió, aproximadamente, unas dos mil personas pensionadas a completar estudios al extranjero. A partir de su acción se crearon centros de investigación fundamentales en este primer tercio del siglo XX como, por ejemplo, el Centro de Estudios Históricos –cuyo director fue Ramón Menéndez Pidal–, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, los Laboratorios de Química Fisiológica y Anatomía de los Centros Nerviosos, Química General, Fisiología General, Serología y Bacteriología, Histología Normal y Patológica. Para el estudio de la JAE resultan imprescindibles: Puig-Samper Mulero, Miguel Ángel, (2007), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC-Ministerio de Educación y Ciencia; Sánchez Ron, José Manuel (Coord.), (1988), *La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 Vols., Madrid, CSIC, 1988.

[19] El principal motivo de aquellos contactos en años sucesivos fue, obviamente, el intercambio de publicaciones y la presentación mutua de discípulos.

[20] Archivo Real Academia Nacional de Medicina. Expediente *Gregorio Marañón*. Consecuencia de su experiencia médica en Alemania son sus publicaciones: Marañón, Gregorio, (1910), *La quemoterapia moderna. Tratamiento de la sífilis por el 606*, Madrid, Vidal; (1910b), «La quemoterapia moderna. El nuevo remedio de Ehrlich-Hata contra la sífilis», *Revista Clínica de Madrid*, Vol. 4, Madrid, pp. 203-217; (1911), «Acción del arsenobenzol en las enfermedades no sífilíticas», *Revista Clínica de Madrid*, Vol. 5, Madrid, pp. 295 y ss.

[21] Bouzal, Emilio; Perea, Evelio; Pizazo de la Garza, Juan; Rodríguez-Torres, Antonio, «Contribuciones e influencia de Gregorio Marañón en las enfermedades infecciosas», en (2003), *Revisión de la Obra Médica de Marañón (ROMM)*, Ciudad Real, Fundación Gregorio Marañón-Ediciones Puertollano, pp. 376-377.

[22] Marañón lo recordó en el discurso que pronunció al ser nombrado miembro de la Sociedad Peruana de Neuropsiquiatría el 7 de septiembre de 1939. Cf. Marañón, Gregorio, (1971), *Obras Completas*, Vol. II, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, p. 392.

[23] Archivo Histórico Universidad Complutense de Madrid, Caja 406, expediente «Marañón y Posadillo, Gregorio». También en Archivo General de la Administración, Educación, Caja 31/16127. Legajo 910/58. Las asignaturas que cursó en 1909-10 fueron: Historia de la Medicina (Notable), Análisis Químico, Antropología y Psicología Experimental (Aprobado). El 20 de enero de 1911 defendió su tesis doctoral, inédita, «La sangre en los estados tiroideos», obteniendo la calificación de Sobresaliente Se conserva una copia de la misma en el Archivo de la Fundación Gregorio Marañón.

[24] El pabellón de infecciosos era, según algunos testimonios, un lugar decoroso aunque no lujoso. Allí, anteriormente, se habían almacenado enseres hospitalarios. Construido en madera, el principal beneficio que se obtuvo para los enfermos con este traslado, fue la mejora higiénica. Aspectos relatados en WAA, (1935), *Ibidem*, (también reflejados por Gómez-Santos, Marino (2001), *Gregorio Marañón*, Barcelona, Plaza & Janés, pp. 81-82).

[25] Sus discípulos han calificado como determinante la intervención de Marañón en la construcción del Hospital del Rey. También han señalado cómo no recibieron ayuda oficial para la dotación del Departamento de Patología Médica, cuyo pabellón se renovó y amplió sucesivamente hasta 1931, gracias al impulso –también económico–, del mismo Marañón. WAA, (1935), *Ibidem*, pp. 11-15.

[26] No detallamos todas sus aportaciones en este ámbito, porque no es el objeto de este artículo. En todo caso, desde un punto de vista médico se puede encontrar una buena síntesis de sus aportaciones en esta área en: E. Bouzal, E. Perea, J. Pizazo de la Garza, A. Rodríguez-Torres, «Contribuciones e influencia de Gregorio Marañón en las enfermedades infecciosas» en (2003), *Ibidem*, pp. 371-395.

[27] Citemos a título de ejemplo, Marañón, Gregorio, «El tifus abdominal en Madrid». Comunicación publicada en (1912) *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina* (en adelante *ARANM*), Madrid; «Meningitis cerebroespinal epidémica». Comunicación publicada en *ARANM* y en *El Siglo Médico*, 1912; «Una epidemia de erisipela médica» Comunicación publicada en (1918), *ARANM*, Madrid; «Comentarios a una epidemia de erisipela», Comunicación publicada en (1918) *ARANM*, Madrid y *La Medicina Íbera*, 1918; «Dietética de la fiebre tifoidea». Comunicación publicada en (1920), *ARANM*, Madrid y *La Medicina Íbera*, 1920; «Fiebre tifoidea», Comunicación publicada en (1922) *ARANM*, Madrid y *La Medicina Íbera*, 1922; «Sobre las llamadas fiebres gástricas». Comunicación presentada en la Real Academia Nacional de Medicina, 1922; «La hemoglobinuria paroxística sífilítica». Comunicación publicada en (1924), *ARANM*, Madrid y *La Medicina Íbera*, 1924; «Sobre el diagnóstico de la meningitis». Comunicación a la Real Academia Nacional de Medicina, 1926; «Sobre el diagnóstico general de la meningitis». Comunicación publicada en (1926), *ARANM*, Madrid y *La Medicina Íbera*, 1926, etc.

[28] Instancia manuscrita recogida en Archivo General de la Administración, Educación, Caja 31/16127. Legajo 910/58. La normativa acerca de estas auxiliares estuvo recogida en la Gaceta de Madrid en el RD de 12 de enero de 1912 y en la RO de 12 de octubre de ese mismo año.

[29] Archivo General de la Administración, Educación. Legajo 15050/12. Marañón solicitaba dicha plaza acogiéndose a lo dispuesto en el artículo 4 del RD de 30 de septiembre de 1902. El 16 de julio de 1924 el Vicerrector envió una nota al Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública notificándole la decisión de la Junta. El 20 de agosto de 1924, desde el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, se notificó por RO el nombramiento puntualizando que dicho nombramiento era "gratuito y no da más derecho al nombrado que los que le reconocen los Reales decretos mencionados".

[30] Archivo General de la Administración, Educación. Legajo 15050/12. Marino Gómez-Santos relata estos acontecimientos. Cf. Gómez-Santos, Marino (2001), *Ibidem*, pp. 344-346.

[31] Orden de 4 de julio de 1931. Cf. Archivo General de la Administración, Educación. Legajo 15050/12.

[32] Ese prestigio internacional es perceptible en su epistolario donde hay cartas de destacados científicos de

todo el mundo con los que Marañón tuvo contacto habitual. Así, por ejemplo, Harvey Cushing –médico del Meter Bent Brigham Hospital de Boston y, años más tarde, profesor de la prestigiosa Universidad de Yale–, Walter B. Cannon –de la Harvard Medical School–, Nicola Pende –Director del Instituto de Patología Médica y Metodología Clínica de Roma–, el profesor Schaeffer –de la Facultad de Medicina de Estrasburgo–, el argentino Bernardo Houssay –director del Instituto de Biología y Medicina Experimental de Buenos Aires y Premio Nobel de Medicina en 1947–, etc. Entre los diferentes reconocimientos que recibió podemos destacar que en 1911 fue nombrado socio de la Academia Médico-Quirúrgica de Madrid –de la que, años más tarde, en 1925, fue elegido presidente– y, en 1912, participó como socio fundador de la Sociedad Española de Biología. Un poco más tarde, en 1932, recibió el doctorado *honoris causa* en la Universidad de La Sorbona (1932) y, ya más tarde, en la Universidad de Oporto y Coimbra (en 1946 y 1959, respectivamente), o su nombramiento para diferentes Academias de Medicina en Latinoamérica, Europa y Estados Unidos.

[33] Si bien en este artículo no vamos a tratar pormenorizadamente la aportación de Marañón a la biología sexual, éste es un tema verdaderamente importante en su obra endocrinológica. Un estudio pormenorizado del mismo se puede encontrar en: VV.AA., «Marañón y la biología sexual (el nacimiento de la sexología en España)» en (2003), *Ibidem*, pp.161-209 y Botella Llusá, José, «La edad crítica y el climaterio de la mujer y del hombre» en (2003), *Ibidem*, pp. 429-446.

[34] Marañón, Gregorio, «La emoción», *Voluntad*, Madrid, 15 de marzo de 1920; «Contribución al estudio de la acción emotiva de la adrenalina» en (1922), *Libro en honor de don Santiago Ramón y Cajal*, Vol. 2, Madrid. Su traducción al francés apareció como «Contribution a l'étude de l'action emotive de l'adrenaline», *Revue Française d'Endocrinologie*, Vol. 2, nº 5, octubre 1924, pp. 301-325. Como ha señalado Antonio Fernández de Molina su interés por la emoción nació de sus experiencias con adrenalina inyectada a humanos, lo que le llevó a establecer «importantes conceptos que integrará en su teoría neurohumoral de la emoción, que tanto contribuyó a la incorporación de Marañón a la literatura científica mundial». Cf. Fernández de Molina, Antonio, «Contribución de Marañón a la teoría de la emoción» en VAA. (2003), *Ibidem*, pp. 349-369.

[35] Fundación Gregorio Marañón. *Carta de Santiago Ramón y Cajal a Marañón*. Signatura 7-17.

[36] Marañón, Gregorio (1915), *La doctrina de las secreciones internas. Su significación biológica y sus aplicaciones a la Patología*, Madrid, Biblioteca Corona.

[37] Francisco Villacorta ha estudiado el transcurrir de esta institución en los años inmediatamente anteriores al que nos estamos refiriendo. Cf. F. Villacorta Baños (1985), *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, CSIC. Para los años posteriores no se encuentran estudios exhaustivos debido a la pérdida de buena parte de la documentación generada en esos años durante la guerra civil española.

[38] *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 21 de enero de 1915.

[39] Marañón, Gregorio, (1915), *Ibidem*, pp. 37-38.

[40] WAA., (1935), *Ibidem*, pp. 37-41.

[41] Hernando, Teófilo; Marañón, Gregorio (dirs.), (1916), *Manual de Medicina Interna*, Tomo 1, Ruiz, Madrid.

[42] Fundación Gregorio Marañón. *Gustavo Pittaluga a Marañón*. Signatura 6-106.

[43] Hernando, Teófilo; Marañón, Gregorio (dirs.), (1920), *Manual de Medicina Interna*, Tomo 1, Ruiz, Madrid. Los capítulos elaborados por Marañón se recogen en las siguientes pp. 3-108, 269-284, 391-396, 523-550, 555-666, 745-750, 767-792, 1105-1108, 1119-1134.

[44] Este discurso está recogido en varias publicaciones, las principales son: Real Academia Nacional de la Medicina, (1922), *Estado actual de la Doctrina de las Secreciones internas. Discurso de recepción del Dr. D. Gregorio Marañón y Posadillo y contestación del Dr. D. Gustavo Pittaluga, leídos el 12 de marzo de 1922*, Madrid, Ruiz Hermanos editores; (1988), *Marañón, actualidad anticipada. Homenaje ofrecido por la Universidad Complutense con motivo del primer centenario de su nacimiento*, Eudema, Madrid, pp. 157-235; y en (1971), *Obras Completas*, Vol. II, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, pp. 9-89.

[45] Fundación Gregorio Marañón. *Carta de Santiago Ramón y Cajal a Marañón*. Signatura 7-17.

[46] Marañón y Bertrán de Lis, Gregorio, «El mito de Las Hurdes» en VAA., (1993), *Viaje a Las Hurdes. El manuscrito de Gregorio Marañón y las fotografías de la visita de Alfonso XIII*, Madrid, El País Aguilar y Fundación Gregorio Marañón, p. 205.

[47] Escobar, Francisco; Morreale, Gabriela, «Marañón y el tiroides» en VAA., (2003), *Ibidem*, pp. 23- 94.

[48] Así los *Tres Ensayos sobre la vida sexual* publicados en 1926, fue reeditado por segunda y tercera vez en 1927, su 4ª ed. es de 1928, la 5ª de 1929, la 6ª de 1931, la 7ª de 1934, etc. *Amor, conveniencia y eugenesia*, se publicó en 1929, en 1930 salió su 2ª ed., en 1931 la 3ª, etc. *Gordos y flacos* fue publicado en 1926, en 1927 se reeditó de nuevo, así como antes de la guerra, en 1936.

[49] Fundación Gregorio Marañón. *Graf Hermann Keyserling a Marañón*. Signatura 4-65. Otros muchos también le escribieron. Entre los médicos españoles, destaca la carta que Augusto Pi i Suñer le escribió con ocasión de la aparición de su libro *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales* (1930). Fundación Gregorio Marañón. *August Pi i Sunyer a Marañón*. Signatura 6-94.

[50] Archivo Real Academia Nacional de Medicina. Expediente Gregorio Marañón. De su estancia en Estados Unidos conservó relación epistolar y amistad con diferentes profesores norteamericanos. Su viaje a Cuba fue muy elogiado en la prensa. Así, por ejemplo, el Dr. Rodríguez Cruz explicó en *El Diario de la Marina*, La Habana, el 7 de octubre de 1927, cómo se articulaba su Departamento de Patología Médica y su método de trabajo. También escribieron acerca de este viaje Antonio Ros o Manuel Bueno destacando el éxito del mismo. Cf. M. Bueno, «El viaje de un sabio», *Abc*, Madrid, enero de 1928.

[51] Marañón, Gregorio, (1926), *Tres ensayos sobre la vida sexual*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1926. También en (1990), *Obras Completas*, Vol. VIII, 2ª ed, Madrid, Espasa Calpe, pp. 247-345. En esta publicación aparece bajo el título *Ensayos sobre la vida sexual* y recoge la reedición de 1951 que contenía algunas variaciones e incluía *Amor, conveniencia y eugenesia*, el primero de los ensayos recogidos en una obra posterior del mismo título (1929).

[52] El autor de este artículo se ha ocupado de este tema en: López Vega, Antonio, «Introducción» a Marañón, Gregorio (2008), *Amiel-Don Juan*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 13-57.

[53] Marañón, Gregorio (1930), *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, Morata, Madrid, (1990), *Ibidem*, Vol. VIII, pp. 499-710). Esta obra suponía la segunda edición de (1929), *Los estados intersexuales en la especie humana*, Madrid, Morata, y que recogía lo dicho por Marañón en su viaje a Cuba, mientras que en la de 1930 se presentaba de modo ampliado y sustancialmente modificado –no sólo desde el punto de vista tipográfico y estructural, sino también en su aparato crítico y en su argumentación científica–. Estas publicaciones recogían lo estudiado durante mucho tiempo. Así se pone de manifiesto, por ejemplo en carta a Zuloaga a quien le decía, «He publicado mi libro sobre la *Intersexualidad* (¡10 años de trabajo!). Ha tenido un gran éxito. Lo discuten mucho. Claro que me alegro. Estoy seguro que al fin se impondrá en las ideas de los médicos y biólogos». Cf. Fundación Gregorio Marañón. *Marañón a Ignacio Zuloaga*. Signatura 3-13. Esta obra pronto apareció en inglés (1932), *The evolution of de Sex*, London, Allen, y en italiano (1934), *L'Evoluzione de la sessualità e gli stati intersessuali*, Bologna, Zanichelli.

[54] Marañón, Gregorio, (1926), *Gordos y flacos*, Madrid, Cuadernos de Ciencia y Cultura, (también en (1990), *Ibidem*, Vol. VIII, pp. 365-412).

[55] Marañón, Gregorio (1929), *Amor, conveniencia y eugenesia*, Madrid, Historia Nueva. También en (1990), *Ibidem*, Vol. VIII, pp. 413-497.

[56] Entre ellas se puede destacar (1933), *Once lecciones sobre el reumatismo*, Madrid, Espasa Calpe. En ella recogía muchos de los casos clínicos que había tratado en su Instituto, definía el reumatismo y realizaba un estudio sistemático de las diferentes patologías reumáticas.

[57] Además de reediciones y traducciones de sus obras divulgativas más destacadas y de las comunicaciones en la Academia de Medicina, Marañón publicó alguna nueva monografía, amén de prólogos y artículos en revistas especializadas. Entre ellos podemos destacar: Marañón, Gregorio (1931), *Estudios de fisiopatología sexual*, Barcelona, Marín, 1931; (1935), *Ginecología endocrina*, Madrid, Espasa-Calpe, o «Notas a un libro de antropología sexual», prólogo a la conocida obra de B. Malinowski (1932), *La vida sexual de los salvajes*, Madrid, Javier Morata, 1932 (también en (1975), *Obras Completas*, Vol. I, 2ª ed., Madrid, Espasa Calpe, pp. 109-119).

[58] Marañón, G. (1936), *Vocación y ética*, Madrid, Espasa-Calpe, –también en (1973), *Obras Completas*, Vol. IX, Madrid, Espasa Calpe, pp.321-390–; (1953), *La medicina y nuestro tiempo*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.

[59] Marañón, G. (1943), *Manual de diagnóstico etiológico*, Madrid, Espasa-Calpe. Este manual ha sido actualizado y revisado por Alfonso Balcells desde la muerte de Marañón en 1960. En la actualidad está en su décimo quinta edición (2002).

[60] Archivo General de la Administración, Educación. Legajo 15050/12. La reincorporación de la Endocrinología en la enseñanza de Doctorado se publicó en el Boletín Oficial del Estado el 1 de noviembre de 1945.

[61] Consecuencia de ello se convocó, en abril de 1950, una plaza de profesor adjunto a su cátedra que obtuvo Vicente Pozuelo Escudero. Cf. Archivo General de la Administración, Educación. Legajo 15055/3.

[62] Archivo General de la Administración, Educación. Legajo 15055/3. Dicha anulación se publicó en el Boletín Oficial del Estado de 23 de enero de 1961.

Resumen:

En este artículo se estudia el nacimiento de la endocrinología en España de la mano de Gregorio Marañón. Con ello, se ha querido mostrar, además de las diferentes vicisitudes que esta disciplina tuvo que atravesar para asentarse en nuestro país, un caso ilustrativo de la renovación científica española que se produjo en el primer tercio del siglo XX en la conocida como Edad de Plata Española. De este modo, si bien es cierto que la historiografía ha acreditado suficientemente ese renacer científico al que se asiste en nuestro país en el primer tercio del siglo XX, por otro lado, apenas hay estudios pormenorizados de los diferentes casos particulares.

Palabras clave:

Marañón, ciencia, endocrinología, Edad de Plata, España.

[Volver](#)

Abstract:

This article deals with the role of Gregorio Marañón in the introduction of the endocrinology in Spain. The article points out, on the one hand, the vicissitudes that this discipline had to overcome to become consolidated in our country and, on the other hand, an illustrative case of the Spanish scientific renewal that took place in the first third of the 20th century –what it is known as the Spanish “Edad de Plata”–. Although that scientific renewal witnessed by Spain on the first third of the 20th century has been sufficiently confirmed by the historiography, there are few detailed studies on specific cases.

Keywords:

Marañón, Science, Endocrinology, Edad de Plata, Spain.

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Reseñas y noticias bibliográficas

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- *El estante vacío. Literatura y política en Cuba. Rafael Rojas.*
Andrea Donofrio
- *La democracia en treinta lecciones Giovanni Sartori*
José Lasaga
- *Historia de Europa en el siglo XX. A través de grandes biografías, novelas y películas (1914-1989).*
Onésimo Díaz Hernández.
Manuel Martínez Neira
- *From Colony to Superpower. U. S. Foreign Relations Since 1776.*
Herring, George C.
José Antonio Montero Jiménez

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Reseñas y noticias bibliográficas

RAFAEL ROJAS: *EL ESTANTE VACÍO. LITERATURA Y POLÍTICA EN CUBA.*

Barcelona : Anagrama, 2009. 231 p.

Por Andrea Donofrio

¿Qué se lee y qué no se lee en Cuba? ¿Qué política y qué literatura produce lo censurado? El libro de Rafael Rojas, ensayista cubano exiliado en México, intenta contestar a estas preguntas, aspirando a valorar el peso del excluido y su efecto político.

El libro analiza las relaciones entre la literatura y la política en Cuba, las diferencias en el mercado editorial desde los primeros pasos de la revolución a la etapa postsoviética. Inventariando la literatura del exilio no publicada en la isla o que haya llegado de forma clandestina, Rojas elabora una lista de 70 libros importantes para la cultura cubana, censurados por el régimen; se trata de diez títulos por cada uno de los siete géneros: novela, poesía, cuento, ensayo, historia, ciencias sociales y memorias y testimonios. Sin embargo, no se trata de una mera recopilación ya que resultaría imposible incluir todos los libros publicados durante el tiempo que lleva la Revolución en el poder (más de cientos de libros en cinco décadas); además el autor se "limita" a incluir en la lista sólo un libro por autor y género. De esa manera, Guillermo Cabrera Infante repite en novela y testimonio, Severo Sarduy en novela y ensayo, mientras que Reinaldo Arenas lo hace en novela y cuento.

A lo largo del libro, se entiende que lo que se lee y lo que no se lee en Cuba tiene como fundamento la existencia del Estado como único propietario de bienes públicos: en la isla, no existen impresoras privadas ni las grandes editoriales pueden elegir libremente qué se publica. Esa función está desenvuelta por el Estado, único editor en Cuba, animado por el afán de generar una específica determinación ideológica. Por eso, según el autor, el principal obstáculo para la apertura de la isla a los escritores exiliados radica en que el control del mercado editorial está por completo en manos del Estado: para garantizar la "supervivencia" de este sistema y la impermeabilidad de la isla a los escritores exiliados, el Estado ha favorecido la idea de que los opositores políticos sean "sujetos antinacionales", espías del imperialismo y enemigos de Cuba.

Debido a esta finalidad, en Cuba no se han leído pensadores fundamentales de la segunda mitad del siglo XX (Hannah Arendt, Isaiah Berlin, Karl Popper, Robert Dahl, Norberto Bobbio, Giovanni Sartori por citar algunos), cuya carencia dificulta imaginarse un rápido proceso de democratización de la isla al igual que la Europa del Este. Además, merece la pena subrayar cómo muchas lecturas teóricas del socialismo cubano demuestran un claro desfase temporal, provocado por la censura previa. Basta con tener en cuenta que los escritos de León Trotski, Antonio Gramsci y Rosa Luxemburgo han sido publicados sólo después de la caída del bloque soviético.

De gran interés resulta el retrato de Fidel Castro como lector: el gusto literario del Caudillo es cuestionado tanto que se le define un "amateur", como alguien que "no domina el arte literario, pero aspira a dominarlo desde otra racionalidad, la de la ideología y la política". El líder Máximo es descrito como un lector "interesado" tanto que su interés en la literatura proviene de la conciencia del desempeño de un oficio distinto: la política. En sus lecturas, Fidel resulta atraído por los elementos que son funcionales para su diseño político: la literatura como arma y el artista como soldado de la Revolución.

¿Qué tan conocida es la literatura exiliada en Cuba? A pesar que resulta difícil contestar a esta pregunta, el libro confirma que en la isla se lee más literatura "exiliada" de lo que se piense, mostrando que su existencia no está amenazada por una "pira bibliofóbica" al estilo de Fahrenheit 451, sino por la determinación ideológica del régimen castrista. Lo no publicado no es lo no leído, sino lo más difícil que alcanzar y de menor publico.

Mientras dibuja una "crítica a la cultura de Estado", el libro intenta analizar el peso y el efecto político de lo que no lee en Cuba, reivindicando la libre circulación de editoriales iberoamericanas para que los cubanos puedan entrar en contacto sin el filtro o la mediación del Estado. Consecuencia de esta "aduana ideológica" es que la literatura mal vista por el poder despierta al mismo tiempo rechazo y fascinación.

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Reseñas y noticias bibliográficas

GIOVANNI SARTORI: LA DEMOCRACIA EN TREINTA LECCIONES

Madrid: Taurus, 2009. 150 p.

Por José Lasaga

No es menester presentar a Giovanni Sartori (Florencia, 1924) – profesor de algunas de las más prestigiosas universidades (Yale, Stanford, Columbia) y premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (2005) – pero sí su nueva faceta de divulgador televisivo. En efecto, este breve libro constituía un arriesgado cambio de género para un autor de grandes mamotretos teóricos que en algunas ocasiones no bajaban de las quinientas páginas. Y la novedad es más pronunciada aún si tenemos en cuenta que los textos de divulgación se concibieron para ser leídos por el propio Sartori en un medio televisivo, con el que había sido tan lúcidamente crítico en su *Homo videns*.

Para el autor de *¿Qué es la democracia?* debía constituir un reto comprimir toda la sabiduría, argumentación, hechos y refutaciones que precisaba la respuesta a la pregunta por la "cosa" *democracia* en treinta "píldoras" – la expresión es del propio Sartori – de cinco minutos de duración cada una, confeccionadas en un lenguaje transparente y preciso, asequible y conciso. El reto residía en que el espectador terminara la serie de programas con las ideas más claras sobre este complejo asunto en el que nos va el futuro a los occidentales. En mi opinión, Sartori cumple con creces y presenta al lector un ensayo que no desmerece en rigor y precisión de sus grandes textos académicos, produciendo la impresión de que estamos ante respuestas muy bien justificadas, aunque, dada la materia de que está hecha la política, se mantenga inevitablemente abierta la posibilidad de discrepancia.

Las lecciones se articulan en tres bloques. El inicial, compuesto por las doce primeras, está dedicado a dilucidar eso que llamamos "democracia", su consistencia interna, estructura y función. Precisa, en primer lugar, el sentido de las realidades de las que depende, el "demos" y el "populus", para pasar, a renglón seguido, a examinar las cuestiones nodales de la representatividad, la donación de legitimidad que está en el raíz misma de la concepción democrática del poder, etc. Y siempre procura no simplificar, presentando las distintas maneras en que la democracia ha sido concebida a lo largo de su historia: como absoluta o limitada, directa o representativa, racionalista (à la francesa) o empirista (à la inglesa). Esta última distinción, menos frecuente en los manuales que las otras, resulta especialmente clarificadora, por su actualidad y su peso en el futuro de la democracia. Condiciona la manera de juzgar la relación entre realidad e ideal, de tal modo que una democracia de inspiración empirista anglosajona, subrayará la importancia del respeto a la ley y a las formas constitucionales ya configuradas, mientras que la de ocasión racionalista, tenderá a menospreciar el presente en aras de un ideal más perfectamente democrático (lecciones 3 y 4).

El esfuerzo por precisar la realidad histórica que es la democracia como forma de gobierno, le conduce a discutir la función de la opinión pública, el problema de la participación directa en la toma de decisiones, y el siempre polémico problema de las minorías que toman decisiones y que parecen falsear con su existencia la "esencia" de la democracia". La posición que adopta Sartori es realista, y, al mismo tiempo, tranquilizadora: cree perfectamente compatible la democracia auténtica con la existencia de minorías que ejercen la gobernación de las instituciones.

En efecto, lo más valioso del libro, a mi modo de ver, reside en que explica de modo claro no sólo la diferencia entre la democracia antigua, directa, y la moderna, representativa, sino que no deja lugar a dudas de que, dado que la moderna rige en grandes territorios a través del Estado moderno, no puede dejar de ser representativa; y eso implica que su principal problema no es la organización del demos para tomar decisiones sino el control del inmenso poder del Estado. La conclusión a que abocan estas premisas es que la democracia moderna es incomprensible sin el liberalismo político porque la temple y la hace eficaz como forma de gobierno al inventar la "ingeniería constitucional" de la división de poderes.

Pero con estas observaciones hemos penetrado ya en la segunda zona de lecciones, de la doce a la veinte, en donde Sartori examina el substrato político de ideas y valores del que respira y se alimenta la vida democrática de nuestras sociedades desde hace unos cientos de años. Hemos adelantado que el problema de la limitación del poder, relacionado con el valor "libertad" es, a juicio del autor, el fundamental, aunque siempre a la par que el otro valor que ha contribuido al despliegue de las democracias occidentales: el de la igualdad. El esfuerzo por diferenciar el liberalismo político del liberalismo económico y de ordenar un poco las ideas en torno al confuso asunto de las relaciones entre mercado, propiedad, trabajo, tipos de igualdad, valores socialistas, etc, conforman el cuerpo teórico de este grupo de lecciones en las que no es posible detenerse.

Finalmente, hay un último bloque en donde Sartori planta cara a los asuntos que se debaten en la actualidad, tales como la "preferibilidad" de la democracia sobre otras formas de gobierno, su relación con las tradiciones políticas no occidentales, entre ellas, la más inquietante de todas, la que mantenemos con el islam, la cuestión del multiculturalismo, cuya apariencia de pluralismo denuncia como un peligro para el auténtico pluralismo, sin el cual la democracia moriría, y el reconocimiento de que la democracia como civilización puede estar en conflicto con otras, no como resultado de una coyuntural mala voluntad del gobernante de turno sino por algo más complejo y sin solución.

Si la razón de ser de una reseña es la de invitar a su lector a que lea el libro en cuestión, pocas veces puede el redactor de la misma hacerlo con mejor conciencia y hasta alegría. Porque se trata de un excelente libro capaz de "rehacer" nuestras ideas sobre democracia, para que resulten un poco más rigurosas, articuladas, convencidas e informadas.

[Imprimir](#)

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Reseñas y noticias bibliográficas

ONÉSIMO DÍAZ HERNÁNDEZ: *HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XX. A TRAVÉS DE GRANDES BIOGRAFÍAS, NOVELAS Y PELÍCULAS (1914-1989)*

Pamplona: Eunsa, 2008. 283 p.

Por Manuel Martínez Neira

La historia de Europa en el novecientos puede articularse en torno a tres acontecimientos: la gran guerra (1914-1918), la segunda guerra mundial (1939-1945), la caída del muro de Berlín (1989). De ahí que desde el punto de vista histórico se considere un siglo corto. La guerra del 14 puso fin a la Europa de los imperios, y con ellos desapareció el mundo liberal caracterizado por el dominio de una burguesía segura y elitista. El periodo de entreguerras fue una pugna entre las distintas soluciones a esa crisis (la democrática, representada por Weimar, y la autoritaria, estrenada por Mussolini) que se resolvió en la guerra del 39. El mundo de la posguerra ya no fue europeo. Las dos potencias que construyeron un sistema bipolar se repartieron el continente, occidente para los EE UU y el este para la URSS. Con la caída del muro comienza un periodo nuevo que todavía no somos capaces de sintetizar.

Onésimo Díaz ofrece una narración, ágil y amena, de estos sucesos que ilustra con numerosas referencias a memorias, novelas y películas. Es así una historia de esos hechos, de cómo son contados por algunos protagonistas y de cómo han sido interpretados por la literatura y el cine. En el libro se aprecia su experiencia docente y por ello servirá para organizar cursos y debates sobre su argumento.

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Reseñas y noticias bibliográficas

GEORGE C. HERRING: FROM COLONY TO SUPERPOWER. U.S. FOREIGN RELATIONS SINCE 1776.

New York: Oxford University Press, 2008. 1.035 p.

Por José Antonio Montero

La política exterior ha constituido tradicionalmente uno de los terrenos a partir de los cuales se ha forjado la identidad nacional estadounidense. Desde la Declaración de Independencia, los líderes de Norteamérica han procurado apoyar su actuación internacional aludiendo a las características que distinguían al pueblo americano. No sin discusiones ni polémicas, estas justificaciones acabaron convirtiéndose en parte del imaginario colectivo de los estadounidenses. La lucha contra Inglaterra se apoyó en una visión de las Trece Colonias como el lugar donde la libertad y los derechos individuales, lejos de las luchas intestinas que corroían al continente europeo, podían alcanzar un grado superior de desarrollo. Este excepcionalismo sirvió durante el siglo XIX para un doble propósito. Por una parte apoyó el aislacionismo de los Estados Unidos respecto de lo que ocurría en el Viejo Continente, algo posible gracias a la barrera geográfica representada por el Océano Atlántico. Por otra parte, dotó a Norteamérica de una misión: expandir sus ideales a través del Hemisferio Occidental, que consideraba su esfera particular de influencia. Las circunstancias fueron traduciendo esta tendencia en formulaciones específicas, como la *Doctrina Monroe* –nacida ante la amenaza de una intervención de la Santa Alianza en las colonias españolas– o el *Destino Manifiesto* –acuñado con ocasión de la guerra contra México en 1848.

El tránsito entre los siglos XIX y XX vino acompañado de la eclosión de los Estados Unidos como gran potencia internacional, dotada de recursos materiales superiores incluso a los de las principales naciones europeas. En ese momento, Washington aprovechó su fuerza no sólo para afianzar su posición como líder regional en América, sino para salirse de sus fronteras tradicionales. La Guerra de 1898 le permitió poner un pie en el Lejano Oriente, llevando su misión “civilizadora” hasta las Islas Filipinas. Sin embargo, el crecimiento de su fuerza enfrentó a Norteamérica con una seria contradicción. Sus crecientes conexiones con los circuitos comerciales y financieros mundiales, su mayor implicación en determinados problemas internacionales –como la regulación del mercado chino– y la creciente globalización del sistema internacional, sacaron a la luz la inadecuación del aislacionismo. La Primera Guerra Mundial conformó la primera gran intervención directa y activa de Washington en los principales problemas internacionales. Aprovechando la coyuntura, Woodrow Wilson y sus colaboradores dieron nuevo sentido a las tradiciones ideológicas estadounidenses. La preservación de la pureza de los valores estadounidenses no exigía mantenerse al margen de los asuntos mundiales, sino intervenir directamente en ellos. El *Destino Manifiesto* dejó así de ser un postulado limitado al continente americano y a pueblos considerados como inferiores en términos civilizatorios. La cruzada democrática de Wilson tenía pretensiones globales, buscando el establecimiento de un orden mundial basado en un liberalismo internacionalista de corte claramente estadounidense. El giro ideológico del wilsonianismo no se impuso enseguida; de hecho, los años veinte y treinta asistieron a un resurgir de la retórica aislacionista. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría colocaron a los Estados Unidos definitivamente al frente del bloque occidental, definido filosóficamente como un baluarte de la democracia. Una concepción que sobrevivió al enfrentamiento con la Unión Soviética, llegando a servir de base para la invasión de Irak ordenada en 2003 por George W. Bush.

Los buenos trabajos de síntesis se caracterizan por constituir un buen reflejo tanto de la sociedad que las produce, como de la disciplina a la que representan. Los cambios experimentados en la visión que los Estados Unidos tienen de sí mismos pueden seguirse a través de obras paradigmáticas, fruto de la pluma de relevantes historiadores de su diplomacia. Samuel Flagg Bemis publicó la primera edición de su *A Diplomatic History of the United States* en 1937, cuando se encontraba en pleno apogeo el revisionismo en torno a las causas de la Primera Guerra Mundial[1]. Llevado por este ambiente, así como por una educación basada en el particularismo del pueblo estadounidense, Bemis lamentaba todavía el giro intervencionista dado por los Estados Unidos en 1917-1919. Tres años después, en 1939, Thomas A. Bailey sacó a la luz otro manual de título similar: *A Diplomatic History of the American People*. El libro buscaba igualmente desentrañar las peculiaridades de la acción exterior norteamericana, que en este caso parecían residir en la enorme influencia de la opinión pública sobre el comportamiento de sus gobiernos[2]. Tras la Segunda Guerra Mundial los historiadores dejaron poco a poco de poner sus miras en lo que distinguía a los Estados Unidos, para enfocarse en lo que les asemejaba al resto de naciones. El propio Bailey –cuya obra conoció diez reediciones hasta 1980– acabó apuntando al interés nacional como “the very mainspring of all foreign policy”. En los sesenta, un grupo de estudiosos provenientes de la Universidad de Wisconsin comenzó a reinterpretar el devenir de la política internacional de Washington desde una perspectiva eminentemente económica. Varios autores de esta escuela plasmaron sus influencias en otra obra colectiva con afán de síntesis –*Creation of the American Empire*– que concebía la política norteamericana como una especie de adaptación moderna del imperialismo clásico europeo[3].

Sin embargo, faltaba un trabajo que fuera capaz de ofrecer una recapitulación de las principales líneas interpretativas surgidas en las últimas décadas. El último intento –la *Cambridge History of the United States*– acabó fracasando al presentar cada período cronológico desde la óptica de una única escuela[4]. No ocurre lo mismo con el libro de George C. Herring, incluido dentro de la *Oxford History of the United States*. Este experto en la guerra del Vietnam ha sintetizado paradigmáticamente la literatura publicada en las últimas décadas, hasta ofrecer un cuadro completo de las variables estratégicas, económicas e ideológico-culturales que influenciaron la política exterior estadounidense desde los años de la Revolución hasta la presidencia del segundo Bush. Con un

lenguaje claro y directo, Herring ha procurado a la par de desmitificar y comprender el sentimiento excepcionalista a que nos hemos referido en los párrafos precedentes. Tras analizar los acontecimientos de los últimos ocho años, su conclusión no puede ser más clara: "Americans (...) must cast away centuries-old notions of themselves as God's chosen people. In today's World, such pretensions cannot fail to alienate others. They should recognize the historical truth that the United States in its dealings with other people and nations has not been uniquely innocent and virtuous" (p. 963).

Esperamos ver pronto una edición en español de este volumen, cuya lectura no sólo ha de servir a expertos en la materia, sino a cualquier lector culto interesado por adentrarse en las motivaciones y pormenores de uno de los principales actores de la arena internacional.

[1] Samuel Flagg Bemis, *A Diplomatic History of the United States* (New York: H. Holt and Company, 1937). Gaston Smith, "The Two Worlds of Samuel Flagg Bemis," *Diplomatic History* 9, no. 4 (1985).

[2] Thomas A. Bailey, *A Diplomatic History of the American People* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1980), 2.

[3] Lloyd C. Gardner, Walter LaFeber, and Thomas J. McCormick, *Creation of the American Empire. Volume 2: U.S. Diplomatic History since 1893* (Chicago: Rand McNally, 1976).

[4] Cfr. como ejemplo Walter LaFeber, *The American Search for Opportunity*, ed. Warren I. Cohen, vol. 2, *The Cambridge History of American Foreign Relations* (New York: Cambridge University Press, 1998). Y Akira Iriye, *The Globalizing of America, 1913-1945*, ed. Warren I. Cohen, vol. 3, *The Cambridge History of American Foreign Relations* (New York: Cambridge University Press, 1993).

Imprimir

Circunstancia. Año VII - Nº 19 - Mayo 2009

Colaboran en este número

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

- **Paul Aubert.** Catedrático de Literatura y Civilización Españolas Contemporáneas en la *Université de Provence* (Aix-Marseille I). Fue miembro y director de estudios de la Casa de Velázquez. Es diplomado de Ciencias Políticas y autor de una tesis doctoral sobre *La Prensa española y su público durante la Primera Guerra mundial* y de una tesis de Estado sobre *Los intelectuales españoles y la política (1898-1936)*. Es director del *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* y responsable de un programa de investigación sobre *Cultura política y transferencias culturales en la Europa meridional* en el CNRS (UMR 6570). Es autor de un centenar de publicaciones sobre la historia ideológica y cultural de la España contemporánea.
- **Soledad Fox Maura.** Catedrática de Literatura Española y Comparada en la Universidad de Williams College en Massachusetts. En el 2004-2005 recibió una beca de investigación Fulbright. Actualmente es investigadora visitante en el Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid. Es la autora de los libros *Constancia de la Mora: espendor y sombra de una vida española del siglo XX* (Editorial Renacimiento 2008), y *Flaubert and Don Quijote: The Influence of Cervantes on Madame Bovary* (Sussex Academic Press, 2009), y de numerosos artículos y capítulos en volúmenes editados sobre el exilio republicano. Ha participado en coloquios y seminarios sobre la Guerra Civil en la London School of Economics, New York University, el CSIC, la Complutense, y la Universidad de Salamanca.
- **Eve Giustiniani.** Doctora en Estudios Hispánicos por la Universidad de Aix-en-Provence (Francia), diplomada del *Institut d'Études Politiques*, licenciada en Filosofía y profesora "agrégée" de Literatura y civilización españolas, fue pensionaria de la Casa de Velázquez en Madrid de 2006 a 2008. Es actualmente colaboradora extranjera asociada del Centro de Estudios Orteguitanos y secretaria de redacción del *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* publicado en Aix-en-Provence. Su tesis de doctorado, defendida en 2008, reconstruye la biografía intelectual de Ortega y Gasset durante sus diez años de exilio para proponer un análisis contextualizado de su filosofía política.
- **José Lasaga Medina.** Catedrático de Filosofía en el Instituto Lope de Vega de Madrid. Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido secretario de la Sociedad Española de Fenomenología y es miembro de la Asociación de Hispanismo Filosófico. Entre sus últimos trabajos publicados destacan *José Ortega y Gasset (1883-1955): vida y filosofía* (Madrid, 2003), *Las metamorfosis del seductor: ensayo sobre el mito de Don Juan* (Madrid, 2004) y *Figuras de la vida buena* (Madrid, 2006).
- **Antonio López Vega.** Premio Extraordinario de Licenciatura por la UCM y Doctor en Hª Contemporánea por esta misma Universidad con una tesis titulada "Gregorio Marañón: Biografía intelectual". Entre sus obras, además de numerosos artículos en revistas especializadas, destaca: *Marañón, académico. Los paisajes del saber* (Biblioteca Nueva, 2008), *Epistolario inédito: Marañón Unamuno Ortega* (Espasa, 2008), "Introducción" a *Don Juan y Amiel* de Gregorio Marañón en la Colección Austral (Espasa 2008) o la monografía que coordinó junto a Pedro Schwartz, *Luis Vives. Humanista español en Europa* (Biblioteca Valenciana, 2008). En la actualidad es director de la Fundación Gregorio Marañón, Profesor Asociado de la Universidad Carlos III de Madrid, Profesor e investigador del Instituto Universitario José Ortega y Gasset (donde participa en un grupo de investigación "Nación y nacionalismo español", dirigido por Juan Pablo Fusi, Antonio Morales Moya y Andrés de Blas) y, recientemente, ha sido nombrado Director de la Revista electrónica de Ciencias Sociales "Circunstancia" que edita la Fundación Ortega y Gasset.
- **Elena San Román.** Doctora en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid y Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia. Es Profesora Titular de Historia e Instituciones Económicas en la Universidad Complutense. Su línea de investigación preferente es la historia industrial contemporánea. Ha colaborado en revistas de la especialidad españolas y extranjeras. Entre sus publicaciones destaca *Ejército e Industria. El nacimiento del INI* (Barcelona, 1999) y *Cien años de Historia de Iberdrola* (Madrid, 2006).
- **Genoveva Tusell García.** Profesora en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Es Licenciada en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid y Doctora en Geografía e Historia por la UNED. Asimismo, realiza trabajos como comisaria de exposiciones, catalogación de colecciones artísticas o asesora editorial. Entre otras, ha participado en exposiciones como "El Modernismo catalán, un entusiasmo" (2000), "En el tiempo de El Paso" (2002) o "Ignacio Zuloaga. Los talleres de Pedraza y Zumaia (1898-1945)" (2005).

Imprimir

Circunstancia. Año VII - N^o 19 - Mayo 2009

Normas para el envío de originales

NORMAS PARA EL ENVÍO DE ORIGINALES

1. La extensión total de los trabajos no deberá exceder de 20 páginas (10.000 palabras) en formato Word (Verdana, 10) a doble espacio, incluyendo cuadros, gráficos, mapas y referencias bibliográficas.
2. Los gráficos y cuadros se limitarán al mínimo imprescindible.
3. Cada artículo deberá ir precedido de una página que contenga el título del trabajo y el nombre del autor o autores, junto con su dirección, e-mail y teléfono, así como un breve currículum del autor o autores (no más de 10 líneas). En página aparte se incluirá también un breve resumen (abstract) del trabajo de unas 150 palabras y una lista de palabras clave (keywords), con no más de 8 términos. Tanto el resumen como la lista de palabras clave deben tener una versión en español y otra en inglés.
4. Las notas y referencias bibliográficas irán al final del artículo bajo los epígrafes correspondientes: Notas y Referencias bibliográficas. Estas últimas estarán ordenadas alfabéticamente por autores siguiendo el siguiente criterio: apellido y nombre (en minúsculas) del autor o autores, año de publicación (entre paréntesis y distinguiendo a, b, c, en caso de que el mismo autor tenga más de una obra citada en el mismo año), título del artículo (entre comillas), título de la revista a la que pertenece el artículo (en cursiva o subrayado), lugar de publicación (en caso de libro), editorial (en caso de libro), número de la revista, y páginas (xx-yy, en caso de un artículo de revista o de una contribución incluida en un libro). Cuando se trate de artículos o libros traducidos y se cite de acuerdo con la traducción, el año que debe seguir al nombre del autor será el de la edición original, en tanto que el año de la versión traducida figurará en penúltimo lugar, justo inmediatamente antes de la referencia a las páginas. Las referencias bibliográficas que aparezcan en el texto o en las notas deberán hacerse citando únicamente el apellido del autor o autores (en minúsculas) y entre paréntesis el año y, en su caso, la letra que figure en las Referencias bibliográficas, así como las páginas de la referencia.
5. Los cuadros, gráficos y mapas incluidos en el trabajo irán numerados correlativamente, incluyendo además su título y fuente. Si el cuadro o gráfico se ha realizado en Excel deberá ser importado al texto en forma de imagen.
6. El formato de texto no incluirá ni encabezado ni pie de página.
7. Los trabajos se enviarán a la siguiente dirección de correo electrónico: circunstancia@fog.es. El Consejo de Redacción acusará recibo de los originales, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre los mismos salvo cuando sean aceptados o hayan sido expresamente solicitados. Una vez evaluados los textos originales, se resolverá sobre su publicación en un plazo no superior a cuatro meses desde la recepción. *Circunstancia* se reserva, cuando se estime conveniente, el derecho de introducir mínimos cambios de estilo respetando siempre el sentido del texto.

Imprimir